

LOS REYES MALDITOS IV

LA LEY



DE LOS VARONES

MAURICE DRUCO

Lectulandia

Junio de 1316. Tras un corto y catastrófico reinado, Luis X acaba de morir envenenado. Han pasado sólo dieciocho meses de la muerte de su padre, Felipe el Hermoso. Por primera vez desde hace trescientos años, un rey de Francia desaparece sin dejar un heredero varón. La corona puede ir a la cabeza de una niña de cinco años, sospechosa de bastardía, hija del primer matrimonio de Luis X con Margarita de Borgoña. También puede ser destinada al hijo que espera la segunda esposa del rey fallecido, Clemencia de Hungría. Este cuarto volumen de la serie Los Reyes Malditos revive las luchas encarnizadas que, para apoderarse de la regencia del reino, librarán tres parientes del rey muerto: su hermano el duque de Poitiers, su tío el conde de Valois, y su primo el duque de Borgoña. El conde de Poitiers recurrirá a la "ley de los varones" para justificar su derecho al trono, adaptándola hábilmente a las circunstancias.

Lectulandia

Maurice Druon

La ley de los varones

Los reyes malditos 4

ePUB v1.1

draflaeon 17.03.12

Gracias a Orkelyon por la portada

más libros en lectulandia.com

ISBN 13: 978-84-7417-049-8

ISBN 10: 84-7417-049-4

Título: *La ley de los varones*

Título original: *La Loi des mâles*

Autor: Maurice Druon

Fecha Impresión: 1984

Traducción: María Guadalupe Orozco Bravo

Colección: Los reyes malditos

Prólogo

Durante los tres siglos y cuarto desde la elección de Hugo Capeto hasta la muerte de Felipe el Hermoso, solamente once reyes ciñeron la corona de Francia, y todos ellos dejaron un heredero a quien legarla.

¡Prodigiosa dinastía, ésta de los Capetos! Parecía que el destino la había marcado con el signo de la duración. De los once reinados, solamente dos habían durado menos de quince años.

Esta extraordinaria continuidad en el ejercicio del poder había contribuido, a pesar de la mediocridad de algunos reyes, a la formación de la unidad nacional.

El ligamiento feudal, puramente personal de vasallo a señor, de más débil a más fuerte, quedaba sustituido progresivamente por este otro ligamiento, este otro contrato que une los miembros de una amplia comunidad humana sometida durante largo tiempo a las mismas vicisitudes y a la misma ley. Aunque la idea de nación no era todavía evidente, su principio, su representación, existía ya en la persona real, fuente permanente de autoridad. Quien pensaba en «el rey» pensaba también en «Francia».

Volviendo a los objetivos y métodos de Luis VI y de Felipe Augusto, sus más notables antepasados, Felipe el Hermoso se había dedicado, durante casi treinta años, a construir esta unidad; pero los cimientos estaban tiernos todavía.

Ahora bien, apenas desapareció el Rey de Hierro, su hijo Luis X lo seguía a la tumba. El pueblo no dejó de ver en estas dos muertes tan inmediatas un signo de fatalidad.

El duodécimo rey había reinado dieciocho meses, seis días diez horas, justo el tiempo suficiente para que este mezquino monarca pudiera destruir en gran parte la obra de su padre.

Durante su paso por el trono, Luis X se hizo notar principalmente por haber hecho asesinar a su primera mujer, Margarita de Borgoña, haber enviado a la horca al ministro principal de Felipe el Hermoso, Enguerrando de Marigny, y haber hundido a todo un ejército en los barrizales de Flandes.

Mientras el pueblo era diezmado por el hambre, se sublevaban dos provincias, por instigación de los barones. La alta nobleza se sobreponía al poder real, la reacción era todopoderosa y el Tesoro estaba exhausto.

Luis X había subido al trono cuando el mundo se hallaba sin papa, y lo dejaba sin que existiera ningún acuerdo sobre su elección.

Y ahora Francia se veía sin rey.

Porque de su primer matrimonio Luis X sólo dejaba una hija de cinco años, Juana de Navarra, a la que muchos consideraban bastarda. En cuanto al fruto de su segundo matrimonio, no era por entonces más que una débil esperanza: la reina Clemencia

estaba encinta, pero tardaría aún cinco meses en dar a luz.

Por último, se decía abiertamente que el Turbulento había sido envenenado.

En tales condiciones, ¿quién sería el decimotercer rey?

Nada estaba previsto sobre la regencia. En París, el conde de Valois intentaba hacerse proclamar regente. En Dijon, el duque de Borgoña, hermano de la reina estrangulada y jefe de una poderosa liga de barones, no dejaría de ponerse a defender los derechos de su sobrina, Juana de Navarra. En Lyon, el conde de Poitiers, primer hermano del Turbulento, estaba ocupado en desbaratar las intrigas de los cardenales y se esforzaba vanamente en obtener del cónclave una decisión. Los flamencos sólo esperaban una ocasión para tomar de nuevo las armas, y los señores del Artois continuaban su guerra civil.

¿Se necesitaba algo más para traer a la memoria popular el anatema lanzado por el Gran Maestre de los Templarios, dos años antes, desde lo alto de la hoguera? En una época propicia a la credulidad, el pueblo de Francia podía fácilmente preguntarse, aquella primera semana de junio de 1316, si el linaje capetino no estaría señalado para siempre por la maldición.

Primera parte: Felipe puertas cerradas

I.- La reina blanca

Las reinas guardaban luto vistiéndose de blanco. Blanca la toca de fina tela que apretaba el cuello, aprisionaba la barbilla hasta el labio y dejaba asomar sólo el centro del rostro; blanco el gran velo que cubría la frente y las cejas; blanco el vestido cerrado en las muñecas y que caía hasta los pies. Tal era el aspecto, casi monacal, que acababa de adoptar, a los veintitrés años, y sin duda para el resto de su vida, Clemencia de Hungría, viuda de Luis X.

De ahora en adelante nadie volvería a ver su admirable cabellera dorada, ni el óvalo perfecto de sus mejillas, ni aquel halo, aquel tranquilo esplendor que había impresionado a cuantos la conocieron y celebraron su belleza. La reina Clemencia había adquirido ya aspecto mortuario.

Sin embargo, bajo los pliegues de su vestido, se estaba formando una nueva vida, y Clemencia estaba obsesionada por la idea de que su marido no conocería jamás al hijo que esperaba.

«Si al menos Luis hubiera vivido lo bastante para verlo nacer —se decía—. ¡Cinco meses, sólo cinco meses más! ¡Qué alegría hubiera tenido, sobre todo si es un niño!... ¡O que hubiera quedado embarazada la misma noche de bodas!...»

La reina volvió con desmayo la cabeza hacia el conde de Valois, que, con paso de gallo cebado, deambulaba por la habitación.

—¿Pero por qué, tío mío, por qué habrían de envenenarlo vilmente? —preguntó—. ¿No hacía todo el bien que podía? ¿Por qué buscáis siempre la perfidia de los hombres en donde sin duda sólo se manifiesta la voluntad de Dios?

—Sois la única en atribuir a Dios lo que más bien parece pertenecer a los artificios del diablo —respondió Carlos de Valois.

Con su caperuza de gran cresta, que le caía hasta los hombros, gran nariz, mejillas anchas y coloradas, estómago prominente, y vestido con el mismo traje de terciopelo negro adornado con colas de armiño y con broches de plata que había ostentado dieciocho meses antes, en el entierro de su hermano Felipe el Hermoso, monseñor de Valois llegaba de Saint-Denis, donde acababa de asistir a la inhumación de Luis. La ceremonia le había planteado ciertos problemas, ya que, por primera vez desde que fue instaurado el ritual de las exequias reales, los oficiales de la Casa Real, después de gritar: «¡El rey ha muerto!», no habían podido agregar: «¡Viva el rey!» y no habían sabido ante quién rendir el homenaje destinado al nuevo soberano.

—¡Bien! Romperéis vuestro bastón ante mí —había dicho Valois al gran chambelán Mateo de Trye—. Yo soy el más antiguo de la familia.

Pero su hermanastro, el conde de Evreux, protestó contra esta extraña pretensión.

—Si entendéis la antigüedad en un sentido tan lato —dijo el conde de Evreux—, no lo sois vos, Carlos, sino nuestro tío Roberto de Clermont, hijo de San Luis.

¿Olvidáis que vive todavía?

—Sabéis bien que el pobre Roberto está loco y que no se puede basar nada sobre aquella cabeza perdida —replicó Valois, encogiéndose de hombros.

Finalmente, a la salida del banquete fúnebre servido en la abadía y ante una silla vacía, el gran chambelán había roto las insignias de sus funciones.

—Clemencia

Continuó:

—¿No daba Luis limosna a los pobres? ¿No conmutaba la pena a muchos encarcelados? Yo puedo testimoniar sobre la generosidad de su alma y sobre su piedad. Si antes había pecado, estaba arrepentido.

Evidentemente, era mal momento para discutir las virtudes con que la reina adornaba la memoria, viva aún, de su esposo. Sin embargo, Carlos de Valois no pudo contener un gesto de malhumor.

—Sobrina mía —respondió—, sé que habéis ejercido sobre él una influencia muy piadosa, y que él se mostró muy generoso... con vos. Pero no se gobierna solamente con oraciones, ni llenando de favores a quienes se ama. Y el arrepentimiento no basta para desarmar los más enconados odios que se han sembrado.

Clemencia pensó: «He aquí... he aquí a quien se atribuía todos los méritos del poder cuando vivía Luis y que ya reniega de él. En cuanto a mí, pronto me reprocharán todos los regalos que Luis me ha hecho. Me he convertido en "la extranjera"...»

Demasiado débil, demasiado cansada por las noches de insomnio y los días de lágrimas para encontrar fuerza para discutir, añadió solamente:

—No puedo creer que hayan odiado a Luis hasta el punto de querer matarlo.

—¡Pues bien, no lo creáis, sobrina mía, pero la verdad es ésa! —exclamó Valois—. La prueba nos la da ese perro que lamió uno de los paños empleados para extraer las entrañas durante el embalsamamiento, que reventó acto seguido.

Clemencia aferró con fuerza los brazos de su asiento para no vacilar ante la visión que le ponían delante. Su rostro estrechado y patético, con los ojos cerrados, se volvió tan pálido como la toca y el velo que lo encuadraban. El cadáver, el embalsamamiento, el perro errante que lamía los ensangrentados paños... ¿Podía referirse todo aquello a Luis, al hombre que había dormido a su lado, durante diez meses?

Monseñor de Valois continuaba desarrollando sus macabras conclusiones. ¿Cuándo se callaría aquel hombre gordo, agitado, autoritario, vanidoso, que vestido ya de azul, ya de rojo o de negro, aparecía en cada momento importante o trágico, desde que ella había llegado a Francia, para sermonearle, ensordecirla con palabras y hacerla actuar contra su voluntad? Desde la mañana de la boda... Y Clemencia se acordó del día de su matrimonio, en Saint-Lye; volvió a ver la ruta de Troyes, la

iglesia del pueblo, la habitación del pequeño castillo, acondicionada apresuradamente para cámara nupcial... «¿He sabido disfrutar bastante de mi felicidad? No, no quiero llorar delante de él», se dijo.

—Todavía no sabemos quién es el autor de ese horrible hecho —continuó Valois—; pero lo descubriremos, sobrina mía; os lo prometo solemnemente... si se me dan los medios necesarios, claro está. Nosotros, los reyes...

Valois no perdía nunca la ocasión de recordar que había llevado dos coronas, puramente nominales, pero que, no obstante, lo colocaban en pie de igualdad con los príncipes soberanos.

—...nosotros, los reyes, tenemos enemigos que no lo son tanto de nuestra persona como de las decisiones de nuestro poder; y no falta gente que podía tener interés en haceros enviudar. En primer lugar los Templarios, cuya orden fue una gran equivocación destruir, como dije repetidas veces, los cuales se juramentaron secretamente para perder a nuestro linaje. ¡Mi hermano ha muerto, y ahora le sigue su primogénito! Luego, los cardenales romanos. Recordad que el cardenal Caetani trató de hechizar a Luis y a vuestro cuñado Felipe, con la declarada intención de sacar a los dos con los pies por delante. Caetani bien pudo pretender dar el golpe por otro medio. ¡Qué queréis hacerle! No se echa al papa del trono de San Pedro, como hizo mi hermano, sin sembrar inextinguibles resentimientos. Lo cierto es que Luis está muerto... Tampoco podemos dejar de sospechar de nuestros parientes de Borgoña que vieron mal la reclusión de Margarita, y peor aún, que vos la hayáis reemplazado. Sobre este asunto, ellos se han deshecho en mil villanías...

Clemencia le miró fijamente a los ojos, y Carlos de Valois se turbó y enrojeció ligeramente.

Comprendió que Clemencia sabía algo. Pero Clemencia no dijo nada; siempre evitaría ese tema. Se sentía cargada de una culpabilidad involuntaria. Porque aquel esposo, cuya virtuosa alma enaltecía, había hecho estrangular, con la complicidad de Valois y de Artois, a su primera mujer, con el fin de poderse casar con ella, la sobrina del rey de Nápoles.

—Y luego está también la condesa Mahaut, vuestra vecina —se apresuró a añadir Valois—, que no es mujer para retroceder ante un crimen.

«¿En qué se diferencia ella de vos? —pensó Clemencia, sin osar responderle—. Parece que en esta corte no se vacila mucho para matar.»

—Y Luis, un mes antes, acababa de confiscarle su condado de Artois para obligarla a someterse.

Por un instante Clemencia se preguntó si, al inventar tantos posibles culpables, no intentaba despistar, y si no era él mismo el autor del asesinato. Este pensamiento, que no podía basarse en nada concreto, le produjo horror. No, no quería sospechar de nadie; quería que Luis hubiera fallecido de muerte natural... No obstante, la mirada de

Clemencia se dirigió inconscientemente, por la ventana abierta, sobre la fronda del bosque de Vincennes hacia el sur, en dirección al castillo de Conflans, residencia de la condesa Mahaut... Días antes de la muerte de Luis, Mahaut, en compañía de su hija, la condesa de Poitiers, había hecho una visita a Clemencia. Una visita muy amable.

Habían estado admirando los tapices de la habitación...

«Nada envilece tanto como imaginarse rodeada de felones —pensaba Clemencia— y buscar la traición en cada rostro...»

—Por esto, mi querida sobrina —prosiguió Valois—, es preciso que volváis a París en cuanto yo os lo pida. Vos sabéis cuánto os estimo. Vuestro padre era mi cuñado. Escuchadme como lo escucharíais a él, si Dios nos lo hubiera conservado. La mano que ha abatido a Luis puede querer proseguir su venganza con vos y con el fruto que lleváis. No podría dejaros así en medio del bosque, expuesta a las acechanzas de los malvados y no estaré tranquilo hasta que estéis instalada cerca de mí.

Desde hacía una hora, Valois se esforzaba en obtener de Clemencia que volviera al palacio de la Cité, ya que él mismo había decidido trasladarse allí. Esto formaba parte de su plan para imponerse como re gente. Quien dominaba en el palacio adquiría figura real. Pero si se instalaba solo, Valois se arriesgaba a que sus enemigos lo acusaran de golpe de fuerza y de usurpación. Si por el contrario, entraba en la Cité detrás de su sobrina, como su protector y pariente más próximo, nadie podría oponerse válidamente, y el Consejo de los pares se encontraría ante un hecho consumado. El vientre de la reina era, en aquel momento, la mejor garantía y el más eficaz instrumento de gobierno.

Clemencia levantó los ojos, como para pedir ayuda, hacia un tercer personaje, un hombre barrigudo y canoso, que se mantenía en pie junto a ella, el cual, inmóvil y con las manos cruzadas sobre la guarnición de una alta espada, seguía la conversación.

—Bouville, ¿qué debo hacer? —murmuró.

Hugo de Bouville, antiguo gran chambelán de Felipe el Hermoso, nombrado curador del vientre inmediatamente después de la muerte del Turbulento, se había tomado su nueva misión, más que en serio, a lo trágico. Este excelente señor, servidor ejemplar de la casa real, había formado una guardia de veinticuatro gentileshombres cuidadosamente elegidos, que se relevaban por grupos de seis ante la puerta de la reina. El mismo iba vestido con atuendo de guerra y, debido al calor de junio, sudaba a mares bajo su cota de malla. Murallas, patios y accesos de Vincennes estaban embutidos de arqueros. Cada criado de cocina era escoltado permanentemente por un sargento.

Incluso las damas de compañía eran registradas antes de entrar en las

habitaciones. Nunca vida humana había sido protegida tan estrechamente como la que dormitaba en el seno de la reina de Francia.

Bouville compartía su carga con el viejo sire de Joinville¹. Pero el senescal hereditario de Champaña, compañero de San Luis, tenía noventa y dos años, lo cual lo hacía probablemente el decano de la alta nobleza francesa. Estaba medio ciego, y aspiraba sobre todo, como cada verano, a volver a su castillo de Wassy en el alto Marne, donde vivía suntuosamente del ingreso de las dotaciones que le habían concedido los reyes. En realidad pasaba la mayor parte del tiempo dormitando, y todas las tareas recaían sobre Bouville.

Para la reina de Francia, éste representaba sus recuerdos felices. Primero, había sido el embajador que solicitó su mano, luego la escoltó a Francia desde Nápoles; era su confidente y, probablemente, el único amigo verdadero que tenía en la corte.

Bouville comprendió perfectamente que Clemencia no quería moverse de Vincennes.

—Monseñor —dijo a Valois—, puedo asegurar mejor la custodia de la reina en esta mansión estrechamente cercada de murallas que en el gran palacio de la Cité, abierto a todo el que llega. Y si lo que teméis es la vecindad de la condesa de Mahaut, puedo deciros, porque se me tiene informado de todos los movimientos de los alrededores, que en este momento la señora Mahaut hace cargar sus carretas para marchar a París.

Valois no dejaba de estar bastante molesto por la importancia adquirida por Bouville desde que era curador, así como por su insistencia en permanecer allí, plantado junto a su espada, al lado de la reina.

—Messire Hugo —dijo con altanería—, habéis sido encargado de velar por el vientre de la reina y no de decidir la residencia de la familia real, ni de defender vos solo el reino.

Sin turbarse, Bouville respondió:

—¿Debo haceros observar también, monseñor, que la reina no puede mostrarse antes de que hayan pasado los cuarenta días de duelo?

—¡Conozco tan bien como vos las costumbres, amigo mío! ¿Quién os dice que la reina haya de mostrarse? La haremos viajar en carruaje cerrado. En fin, sobrina mía —exclamó Valois volviéndose hacia Clemencia—, no os quiero enviar más allá de los mares, ni Vincennes está a mil leguas de París.

—Comprended, tío mío —respondió débilmente Clemencia—, que Vincennes es el último regalo que recibí de Luis. Me donó esta casa horas antes de su muerte... Me parece que todavía no se ha ido de verdad. Comprended... es aquí donde hemos tenido...

Pero monseñor de Valois no podía comprender nada de las exigencias del recuerdo ni de las imaginaciones del dolor.

—Vuestro esposo, por quien todos rogamos, mi querida sobrina, pertenece desde ahora al pasado del reino. Pero vos, vos lleváis su porvenir. Exponiendo vuestra vida, exponéis la de vuestro hijo. Luis, que os ve desde lo alto, no os lo perdonaría.

La había tocado en lo más vivo, y Clemencia, sin proferir palabra, se hundió un poco más en su asiento.

Pero Bouville declaró que no podía decidir nada sino de acuerdo con sire de Joinville, a quien mandó a buscar inmediatamente. Transcurrieron unos minutos; luego se abrió la puerta y esperaron un poco mas; al fin, vestido con un traje de seda como en tiempo de las Cruzadas, con los miembros temblorosos, la piel pecosa y semejante a corteza de árbol, los parpados lacrimosos y pálida la pupila, apareció el último compañero de San Luis, arrastrando los pies y sostenido por un escudero casi tan canoso como él. Lo sentaron con todos los miramientos que se le debían, y Valois se encargó de explicarle sus planes con respecto a la reina. El anciano escuchaba, moviendo compungidamente la cabeza y visiblemente satisfecho de tener todavía un papel que desempeñar.

Cuando concluyó Valois, el senescal se abismó en una meditación que todos se guardaron de turbar; esperaban el oráculo que iba a salir de su boca. Y de repente preguntó:

—Entonces, ¿dónde está el rey?

Valois cobró una expresión desolada. ¡Tanto esfuerzo hecho en vano, cuando urgía el tiempo! ¿Comprendería el senescal lo que se le iba a decir?

—Veamos, el rey ha muerto, messire de Joinville —dijo el de Valois—, y lo hemos enterrado esta mañana. Vos sabéis que se os ha nombrado curador...

El senescal frunció la frente y pareció reflexionar con gran esfuerzo. Perdía cada vez más el recuerdo de lo inmediato. Desde hacía mucho tiempo adolecía de esta falta; así, al dictar su famosa Historia, cerca ya de los ochenta años, no se había dado cuenta de que repetía casi textualmente hacia el fin de la segunda parte lo que había dicho en la primera...

—Sí, nuestro joven sire Luis —dijo al fin—. Ha muerto... Fue él a quien le presenté mi gran libro.

¿Sabéis que éste es el... cuarto rey que veo morir?

Manifestó esto como si se tratara de una verdadera hazaña.

—Entonces, si el rey ha muerto, la reina es regente —declaró.

Monseñor de Valois enrojeció. Conociendo la decrepitud de uno y la natural dedicación del otro, había creído que manejaría a su antojo a los dos curadores; sus cálculos se volvían contra él.

La extrema vejez y el extremo escrúpulo parecían juntarse para crearle dificultades.

—La reina no es regente, messire senescal; está embarazada —exclamó—. Fijaos

en su estado, y ved si está en condiciones de cumplir con los deberes del reino.

—Ya sabéis que no veo nada —respondió el anciano.

Con la mano en la frente, Clemencia pensaba solamente:

«¿Pero cuándo acabarán? ¿Cuándo me dejarán en paz?»

Joinville comenzó a explicar en qué condiciones, a la muerte del rey Luis VIII, la reina Blanca de Castilla había asumido la regencia, con gran satisfacción de todos.

—La señora Blanca de Castilla... y esto se decía en voz baja... no era todo pureza, como han querido pintarla. Y parece que el conde Thibaud de Champaña, de quien messire mi padre era compañero, la sirvió hasta en el lecho...

No hubo más remedio que dejarlo hablar. El senescal, que olvidaba fácilmente los sucesos de la víspera, conservaba una gran memoria para las maledicencias que corrían en su primera juventud. Había encontrado un auditorio, y lo aprovechaba. Sus manos, agitadas por un temblor senil, raspaban sin descanso la seda de su vestido, en las rodillas.

—E incluso cuando nuestro santo rey partió para la cruzada, en la que lo acompañé...

—La reina residía en París durante ese tiempo, ¿no es verdad? —cortó Carlos de Valois.

—Sí... sí... —asintió el senescal.

Clemencia fue la primera que habló:

—¡Pues bien, sea, tío mío! Voy a hacer vuestra voluntad: volveré a la Cité.

—¡Ah! He aquí por fin una sabia decisión, que seguramente aprueba messire de Joinville.

—Sí... sí... —dijo el senescal.

—Voy a tomar todas las medidas. Vuestra escolta será mandada por mi hijo Felipe y nuestro primo Roberto de Artois...

—Muchas gracias, tío mío, muchas gracias —dijo Clemencia—; pero ahora suplico que se me deje rezar.

Una hora más tarde, en cumplimiento de las órdenes del condé de Valois, el castillo de Vincennes estaba en plena confusión. Sacaban los carros de las cocheras, restallaban los látigos sobre la grupa de los corpulentos caballos de El Perche, pasaban corriendo los servidores, y los arqueros habían dejado sus armas para echar una mano a los caballerizos. Mientras que desde el duelo todo el mundo se había impuesto el hablar en voz baja, ahora encontraban la ocasión de gritar.

En el interior de la mansión los tapiceros descolgaban los tapices de imágenes, desmontaban los muebles, transportaban los aparadores, estantes y cofres. Los oficiales de la casa de la reina y las damas de compañía se afanaban también en hacer su equipaje. Se contaba con un primer tren de veinte carros, y sin duda, serían precisos otros dos viajes para llevarlo todo.

Clemencia de Hungría, con su largo vestido blanco, al que todavía no estaba acostumbrada, vagaba de pieza en pieza, escoltada siempre por Bouville. Por todas partes el polvo, el sudor, la agitación y la sensación de saqueo que acompañan siempre a las mudanzas. El tesorero, inventario en mano, vigilaba la expedición de la vajilla y de los objetos preciosos, que estaban agrupados y cubrían todo el enlosado de una sala; las fuentes, los jarros, los doce vasos de plata sobredorada que Luis había encargado para Clemencia, el gran relicario de oro que contenía un fragmento de la Vera-Cruz, tan pesado que el hombre que lo llevaba jadeaba penosamente...

En la habitación de la reina, la primera lencera, Eudelina, que había sido la amante de Luis X cuando éste aún no se había casado con Margarita, dirigía el embalaje de los vestidos.

—¡Para qué... para qué llevar todos estos vestidos, si ya no me han de servir de nada! —dijo Clemencia.

También las joyas cuyos estuches se amontonaban en pesadas cajas de hierro, todos los broches, los anillos, y piedras preciosas de que la había colmado Luis durante el breve tiempo de su matrimonio, le parecerían en adelante objetos inútiles. Incluso las tres coronas, repletas de esmeraldas, de rubíes y de perlas, eran demasiado altas y adornadas para que pudiera llevarlas una viuda. Un sencillo cerco de oro de pequeñas flores de lis, colocado por encima del velo, sería la única joya a la que tendría derecho desde ahora.

«Me he convertido en una reina blanca, como mi abuela María de Hungría, y debo ajustarme a ella —pensaba—. Pero mi abuela tenía entonces sesenta años y había dado a luz trece hijos... Mi esposo ni siquiera verá al suyo...»

—Señora —preguntó Eudelina—, ¿debo ir con vos al Palacio? Nadie me ha dado órdenes...

Clemencia miró a aquella mujer rubia, que olvidando los celos, le había prestado tan solícita ayuda los últimos meses y sobre todo durante la agonía de Luis. «Tuvo una hija de ella, que le arrancó y la confinó en un claustro...» Se sentía como heredera de todas las faltas cometidas por Luis antes de conocerla. Dedicaría su vida entera a pagar a Dios, con lágrimas, plegarias y limosnas el gran precio del alma de Luis.

—No —murmuró—, no, Eudelina; no me acompañes. Es preciso que alguien que lo haya amado se quede aquí.

Y luego, alejándose incluso de Bouville, fue a refugiarse en la única pieza tranquila, la única que habían respetado, la habitación en que Luis había muerto.

Las cortinas envolvían la pieza en sombras. Clemencia se arrodilló junto al lecho, y puso los labios sobre la cubierta de brocado.

De repente oyó el arañar de una uña sobre una tela. Experimentó una sensación de angustia que le demostró sus deseos de vivir todavía. Permaneció un momento inmóvil, conteniendo la respiración. Tras de ella continuaba el arañar. Lentamente

volvió la cabeza. Era el senescal de Joinville, que dormitaba en una silla de alto respaldo esperando el momento de partir.

II.- Un cardenal que no creía en el infierno

Una noche de junio. Comenzaba a clarear y, desde el este, una tenue franja gris en el horizonte anunciaba la aurora que pronto iba a elevarse sobre la ciudad de Lyon.

Era la hora en que los carros se ponían en marcha en los campos vecinos para llevar a la ciudad las legumbres y los frutos; la hora en que enmudecían los mochuelos y los pájaros aún no cantaban. Era también la hora en que, tras las estrechas ventanas de uno de los aposentos de honor de la abadía de Ainay, el cardenal Jacobo Duéze meditaba sobre la muerte.

El cardenal nunca había tenido gran necesidad de dormir, y con la edad esta necesidad no dejaba de reducirse. Con tres horas de sueño tenía más que suficiente. Poco después de medianoche se levantaba y se instalaba ante su escritorio. Hombre de inteligencia rápida y de saber prodigioso, versado en todas las disciplinas del pensamiento, había compuesto tratados de teología, de derecho, de medicina y de alquimia que sentaban cátedra entre los entendidos y doctores de su tiempo. En aquella época en que la gran esperanza tanto del pobre como del príncipe era la fabricación del oro, se hacían constantes referencias a los elixires destinados a la transmutación de los metales.

Así, en su obra intitulada El elixir de los filósofos se podían leer algunas definiciones que daban que pensar:

Las cosas de las que se puede hacer elixir son tres: los siete metales, los siete espíritus y las otras cosas... Los siete metales son: sol, luna, cobre, estaño, plomo, hierro y mercurio; los siete espíritus son: mercurio, azufre, sal, amoniaco, oropimente, magnesia y marcasita; y las otras cosas son: mercurio, sangre de hombre, sangre de cabellos y de orina y la orina es del hombre...

Y también curiosas recetas, como ésta para «depurar» la orina del niño: Cójase y póngase en una vasija, dejándola reposar durante tres o cuatro días; luego se cuele ligeramente. Vuélvase a dejarla reposar hasta que la porquería esté en el fondo. Póngase a cocer y espúmese hasta que se reduzca a su tercera parte; luego se destila por fieltro y se guarda en vasija bien tapada para evitar su corrupción por el aire.

A los sesenta y dos años, el cardenal descubría todavía materias religiosas y profanas que no había tratado, y completaba su obra mientras sus semejantes dormían. Empleaba él solo tantos cirios como una comunidad de monjes.

A lo largo de sus noches trabajaba también en la enorme correspondencia que mantenía con gran número de prelados, de abades, de juristas, de sabios, de cancilleres y de príncipes de toda Europa. Su secretario y sus copistas hallaban por la mañana labor preparada para la jornada entera.

O también se dedicaba a estudiar el mapa astrológico de sus rivales, lo comparaba con su constelación personal e interrogaba a los planetas para ver si llegaría a papa.

Según los astros, su mayor oportunidad se situaba entre el comienzo de agosto y el de septiembre del año corriente.

Ahora bien, era ya 10 de junio y nada parecía vislumbrarse...

Luego llegaba el momento penoso de antes del alba. Como si tuviera la certeza de que había de dejar el mundo precisamente a aquella hora, el cardenal experimentaba entonces una difusa angustia, un vago malestar tanto corporal como espiritual. Influidado por la fatiga, se interrogaba sobre su pasado. Su recuerdo le mostraba el desarrollo de un extraordinario destino... Nacido de una familia burguesa de Cahors, y habiendo abrazado el estado eclesiástico, y nombrado arcipreste a los cuarenta y cuatro años, parecía haber llegado a la cima de la carrera a que podía aspirar razonablemente. Pero en realidad, su aventura no había empezado todavía. Presentada la ocasión de ir a Nápoles con uno de sus tíos que iba allí a comerciar, el viaje, el cambio de país, y el descubrimiento de Italia actuaron sobre él de extraña manera. Días después de haber desembarcado entró en relación con el preceptor de los infantes reales; se convirtió en su discípulo y se lanzó a los estudios abstractos con tal pasión, agilidad mental y flexibilidad de memoria que podrían envidiarla los adolescentes mejor dotados. No sentía el hambre, así como tampoco la necesidad de dormir. Nombrado, al cabo de poco tiempo, doctor en derecho canónico y luego en derecho civil, su nombre había comenzado a difundirse. La corte de Nápoles solicitaba la opinión del clérigo de Cahors.

Tras el ansia de saber, le vino la del poder. Consejero del rey Carlos II el Cojo (abuelo de la reina Clemencia), luego secretario de los consejos privados y provisto de numerosos beneficios eclesiásticos, se vio nombrado, diez años después de su llegada, obispo de Frejus, y un poco más tarde ascendido al cargo de canciller del reino de Nápoles, es decir, primer ministro de un Estado que comprendía a la vez la Italia meridional y todo el condado de Provenza.

Una ascensión tan fabulosa, entre las intrigas de las cortes, no pudo realizarse solamente con su talento de jurista y teólogo. Un hecho conocido por muy poca gente, ya que era secreto al mismo tiempo de la Iglesia y del Estado, demostraba a las claras la astucia y el aplomo con que Duéze era capaz de actuar.

Meses después de la muerte de Carlos II, había sido enviado en misión a la corte papal cuando el obispado de Aviñón —el más importante de toda la cristiandad, ya que era residencia de la Santa Sede— se encontraba vacante. Siendo canciller, y por lo tanto guardasellos, redactó tranquilamente una carta en la que el nuevo rey de Nápoles, Roberto, solicitaba para él, Jacobo Duéze, el episcopado de Aviñón. Esto ocurría en 1310 Clemente V, deseoso de ganarse el apoyo de Nápoles en un momento en que sus relaciones con Francia eran muy difíciles, accedió en seguida a la solicitud. La superchería se descubrió poco más tarde, cuando el papa Clemente recibió la visita del rey Roberto; ambos se mostraron su mutua sorpresa; el primero

por no haber recibido más calurosas gracias por la concesión de este gran favor; y el segundo, por no haber sido consultado sobre este imprevisto nombramiento que lo privaba de su canciller. Antes de provocar un inútil escándalo, ambos prefirieron aceptar el hecho consumado. Y todos salieron ganando. Ahora Duéze era cardenal de curia, y sus obras se estudiaban en todas las universidades.

Sin embargo, por asombroso que aparezca un destino, sólo se presenta así a quienes lo miran desde el exterior. Los días vividos, hayan sido pletóricos o vacíos, tranquilos o agitados, son todos por igual días huidos, y la ceniza del pasado pesa lo mismo en todas las manos.

¿Tenía sentido tanto ardor, ambición y energía cuando todo debía inclinarse ineluctablemente hacia ese más allá del que las más altas inteligencias y las más difíciles ciencias humanas no llegaban a captar más que indescifrables fragmentos? ¿Por qué ser papa? ¿No hubiera sido más cuerdo encerrarse en el fondo del claustro y desentenderse del mundo exterior?

Despojarse al mismo tiempo del orgullo del conocimiento y de la vanidad de dominar... adquirir la humildad de la fe más simple... prepararse para desaparecer... Pero incluso este género de meditación adquiriría en el cardenal Duéze un giro de especulación abstracta, y su ansiedad de morir se transformaba al momento en debate jurídico con la divinidad.

«Los doctores nos aseguran —pensaba aquella mañana— que después de la muerte, las almas de los justos gozan inmediatamente de la visión beatífica de Dios, que es su recompensa.

Admitámoslo... Pero las escrituras nos dicen también que al fin del mundo, cuando los cuerpos resucitados se hayan reunido con sus almas, seremos juzgados en el Juicio Final. Hay en esto una gran contradicción. ¿Cómo puede Dios, totalmente soberano, omnisciente y perfecto, convocar dos veces el mismo caso en su propio tribunal y juzgar en apelación su propia sentencia? Dios es infalible, e imaginar doble sentencia por su parte, lo que supone revisión y por lo tanto posibilidad de error, es a la vez impiedad y herejía... Además, ¿no conviene que el alma no entre en posesión del goce de su Señor hasta el momento en que, reunida con el cuerpo, ella misma sea perfecta en su naturaleza? Luego... luego los doctores se equivocan. Luego no puede haber beatitud propiamente dicha ni visión beatífica antes del fin de los tiempos, y Dios sólo se dejará contemplar después del Juicio Final. Pero hasta entonces, ¿dónde se encuentran las almas de los muertos? ¿No iremos a esperar sub aliare Dei, bajo ese altar de Dios del que habla san Juan en el Apocalipsis?...»

El trote de un caballo, ruido desacostumbrado a semejante hora, retumbó a lo largo de las paredes de la abadía, sobre los pequeños guijarros redondos que pavimentaban las mejores calles de Lyon. El cardenal prestó atención un instante; luego volvió a su razonamiento, producto de su formación jurídica y cuyas

consecuencias iban a sorprenderle a él mismo.

«...Porque si el paraíso está vacío —se decía—, eso modifica singularmente la situación de los que declaramos santos o bienaventurados... Pero lo que es cierto para las almas de los justos, forzosamente lo es también para las almas de los pecadores. Dios no podría castigar a los malos antes de haber recompensado a los buenos. El obrero recibe su salario al final de la jornada; en la última hora del mundo el buen grano y la cizaña serán separados definitivamente. Actualmente ninguna alma habita en el infierno puesto que no se ha pronunciado la condena. Esto quiere decir que, hasta ahora, el infierno no existe...»

Esta posición era más bien tranquilizadora para cualquiera que pensara en la muerte; retrasaba el plazo para el supremo proceso sin cerrar la perspectiva de la vida eterna, y se conciliaba bastante con esa intuición, común a la mayoría de los hombres, de que la muerte es una caída en un gran silencio oscuro, una inconsciencia indefinida... una espera *sub aliare Dei*.

Ciertamente, semejante doctrina, si era difundida, había de levantar violentas reacciones tanto entre los doctores de la Iglesia como en la creencia popular, y para un candidato a la Santa Sede no era momento propicio para ir a predicar la inexistencia o la vanidad del paraíso y del infierno.

«Esperemos el fin del cónclave», se decía el cardenal.

Fue interrumpido por un hermano tornero que llamó a la puerta y le anunció la llegada de un jinete de París.

—¿Quién lo envía? —preguntó el cardenal.

Duèze tenía una voz ahogada, apagada, totalmente desprovista de timbre, aunque muy clara.

—El conde de Bouville —respondió el hermano tornero—. Ha debido de galopar sin descanso, porque su aspecto denota fatiga; en el tiempo que he tardado en abrirle lo he encontrado dormitando, pegado a la puerta.

—Hacedlo pasar aquí.

Y el cardenal, que minutos antes meditaba sobre la vanidad de la ambición, pensó en seguida: «¿Se tratará de la elección? ¿Apoyará abiertamente la corte de Francia mi nombramiento? ¿Me propondrán un arreglo?»

Se sentía agitado, lleno de curiosidad y de esperanza, y recorría la habitación con pequeños pasos rápidos. Duèze² tenía la estatura de un niño de quince años, hocico de ratón, grandes cejas blancas y frágil osamenta.

Detrás de la vidriera, el cielo comenzaba a rosear; todavía eran necesarios los cirios, pero ya el amanecer disolvía las sombras. La hora fatídica había pasado...

Entró el jinete; a la primera ojeada, se dio cuenta el cardenal de que no se trataba de un correo de oficio. En primer lugar, un verdadero correo hubiera puesto en seguida la rodilla en tierra y hubiera tendido su mensaje, en lugar de permanecer en

pie inclinando la cabeza y diciendo:

«Monseñor...» Además, la corte de Francia, para enviar sus pliegos, utilizaba caballeros fuertes, de anchas espaldas, muy aguerridos, como el gran Robin-Qui-Se-Maria que hacía con frecuencia el trayecto entre París y Aviñón, y no un jovencete como aquél, de nariz puntiaguda que parecía esforzarse en mantener los párpados abiertos y apenas podía sostenerse en sus botas.

«Se huele mucho a disfraz —se dijo Duèze—; por otra parte, he visto esa cara en otro lugar...»

Con su mano corta y menuda hizo saltar los sellos de la carta, y en seguida quedó decepcionado. No se trataba de la elección, sino de una solicitud de protección para el mensajero.

No obstante, Duèze quiso ver en ello un indicio favorable; cuando París quería obtener un servicio de las autoridades eclesiásticas, se dirigía a él.

—¿Así, vos os llamáis Guccio Baglioni? —dijo cuando hubo terminado la lectura.

El joven se sobresaltó.

—Sí, monseñor...

—El conde de Bouville os recomienda a mí para que os tome bajo mi protección y os esconda de la persecución de vuestros enemigos.

—¡Si aceptáis concederme esta gracia, monseñor!...

—Parece que habéis tenido una mala aventura que os ha obligado a huir bajo esa librea —continuó el cardenal con su voz rápida y sin resonancias—. Contádmelo. Bouville me dice que vos formabais parte de su escolta cuando condujo a la reina Clemencia a Francia. En efecto, ahora me acuerdo. Os vi junto a él... Y vos sois el sobrino de maese Tolomei, capitán general de los lombardos de París. Muy bien, muy bien. Exponedme vuestro asunto.

Se había sentado y jugaba maquinalmente con un gran pupitre giratorio sobre el que estaban colocados los libros que le servían para sus trabajos. Ahora se encontraba distendido, tranquilo, presto a distraer su espíritu con los pequeños problemas del prójimo.

Guccio Baglioni había recorrido ciento veinte leguas en cuatro días y medio. Apenas sentía su propio cuerpo; una densa niebla le llenaba la cabeza, y hubiera dado cualquier cosa por tumbarse allí, incluso en el suelo, y dormir... dormir...

Logró recobrarle; su seguridad, su amor, su porvenir, todo exigía que superase un momento más su fatiga.

—Monseñor, me he casado con una hija de la nobleza —respondió él.

Le pareció que sus palabras habían salido de la boca de otro, pues hubiera querido empezar de otra manera. Hubiera querido explicar al cardenal que una desgracia sin precedentes se había abatido sobre él; que era el hombre más desgraciado, el más

desgarrado del universo; que su vida estaba amenazada, que había tenido que huir, para siempre quizá, de la mujer sin la cual no podía vivir; que esta mujer iba a ser encerrada, que los acontecimientos habían caído sobre ellos desde hacía una semana con tal violencia y rapidez, que el tiempo parecía haber perdido sus dimensiones habituales, y que él mismo se sentía como un guijarro arrastrado por un torrente... Y sin embargo, todo su drama, cuando fue preciso expresarlo, se resumió en esta corta frase: «Monseñor, me he casado con una hija de la nobleza...»

—¡Ah, sí! —dijo el cardenal—. ¿Cómo se llama?

—María de Cressay.

—¡Ah!... Cressay, no la conozco.

—Tuve que casarme secretamente, monseñor; la familia se oponía.

—¿Por ser vos lombardo? Seguramente. Todavía están un poco atrasados en Francia. La verdad es que en Italia... Entonces, ¿queréis obtener la anulación? ¡Bah!... Si el matrimonio ha sido secreto...

—Monseñor, la quiero y ella me quiere —dijo—. Pero su familia ha descubierto que está encinta y sus hermanos me han perseguido para matarme.

—Pueden hacerlo; tienen a su favor el derecho consuetudinario. Vos estáis considerado como raptor. ¿Quién os ha casado?

—El hermano Vincenzo, de los agustinos.

—Fra Vincenzo... no lo conozco.

—Lo peor, monseñor, es que este monje ha muerto. Por lo tanto ni siquiera puedo demostrar que verdaderamente nos hemos casado... No creáis que soy cobarde, monseñor. Yo quería batirme.

Pero mi tío se dirigió a messire de Bouville...

—...quien sabiamente os ha aconsejado alejaros.

—¡Pero a María la van a encerrar en un convento! ¿Creéis, monseñor, que podréis sacarla de allí? ¿Creéis que la recobraré?

—¡Ah! Una cosa tras otra, mi querido hijo —respondió el cardenal, mientras continuaba haciendo girar el pupitre—. ¿Un convento? Bien, ¿dónde podría estar mejor por ahora?... Confiad en la infinita bondad de Dios, de la que todos tenemos gran necesidad...

Guccio bajó la cabeza con aire desolado. Sus negros cabellos estaban cubiertos de polvo.

—¿Está vuestro tío en buenas relaciones comerciales con los Bardi? —prosiguió el cardenal.

—Ciertamente, monseñor, ciertamente. Creo que los Bardi son vuestros banqueros.

—Sí, son mis banqueros. Pero últimamente los encuentro menos... menos fáciles en el trato que en lo pasado. ¡Forman una compañía tan poderosa! ... Tienen

sucursales en todas partes. Y la menor solicitud que se les hace han de remitirla a Florencia. Son tan lentos como un tribunal eclesiástico... ¿Cuenta vuestro tío con muchos prelados entre sus clientes?

Las preocupaciones de Guccio se hallaban bien lejos de la banca. La niebla se espesaba en su frente; sus párpados quemaban.

—No, principalmente son grandes barones. El conde de Valois, el conde de Artois...

Estaríamos muy honrados, monseñor... —dijo con maquinal cortesía.

—Ya hablaremos de ello más tarde. Por el momento estáis a cubierto en este monasterio.

Pasaréis por un hombre a mi servicio; tal vez tengáis que poneros ropa de clérigo... Trataré esto con mi capellán. Podéis quitaros esa librea e ir a dormir en paz, de lo que me parece que tenéis gran necesidad.

Guccio saludó, balbució unas palabras de gratitud e hizo un movimiento hacia la puerta.

Luego, deteniéndose, dijo:

—Todavía no puedo ir a dormir, monseñor; debo entregar otro mensaje.

—¿A quién? —preguntó Duèze con aire de sospecha.

—Al conde de Poitiers.

—Confiadme la carta; la haré llevar en seguida por un hermano.

—Es que, monseñor, messire de Bouville me ordenó...

—¿Sabéis si ese mensaje se relaciona con el cónclave?

—¡Oh, no, monseñor! Se refiere a la muerte del rey.

El cardenal saltó de su asiento.

—¿Ha muerto el rey Luis? ¡Cómo no me lo habéis dicho en seguida...!

—¿Aún no se sabe aquí? Creía que estabais al corriente, monseñor.

La verdad es que no había pensado en ello. Sus desgracias y su fatiga le habían hecho olvidar este acontecimiento capital. Había galopado directamente desde París, cambiando de caballo en los monasterios que le habían indicado como parada, comiendo de prisa, hablando lo menos posible, y sin saberlo se había adelantado a los jinetes oficiales.

—¿De qué ha muerto?

—Eso es precisamente lo que messire de Bouville quiere hacer saber al conde de Poitiers.

—¿Crimen? —susurró Duèze.

—Según el conde de Bouville, parece que el rey ha sido envenenado.

El cardenal reflexionó un instante.

—He aquí algo que puede cambiar mucho las cosas —murmuró—. ¿Ha sido designado un regente?

—No lo sé, monseñor. Cuando salí se mencionaba mucho al conde de Valois...

—Muy bien, mi querido hijo; id a descansar.

—Pero, monseñor... ¿y el conde de Poitiers?

Los labios delgados del prelado dibujaron una sonrisa que podía pasar por expresión de benevolencia.

—No sería prudente que os mostrarais, y además os caéis de cansancio —dijo—. Dadme ese pliego; para evitaros todo reproche, yo mismo iré a entregarlo.

Minutos más tarde, precedido de un criado y seguido de un secretario, el cardenal de curia salía de la abadía de Ainay, situada entre el Ródano y el Saona, y se metía en callejuelas oscuras, obstaculizadas frecuentemente por montones de inmundicias. Delgado, endeble, avanzaba con paso saltarín, llevando casi corriendo sus setenta y dos años. Su ropa de púrpura parecía danzar entre las paredes.

Las campanas de las veinte iglesias y de los cuarenta y dos conventos de Lyon anunciaban los primeros oficios. Las distancias eran cortas en aquella ciudad, de casas apretujadas, que contaba unos veinte mil habitantes, de los que la mitad se dedicaban al negocio de la religión y la otra mitad a la religión del comercio. El cardenal llegó en seguida a la residencia del cónsul Varay, en la cual se alojaba el conde de Poitiers.

III.- Las puertas de Lyon

El conde de Poitiers acababa de terminar su aseo, cuando el chambelán le anunció la visita del cardenal.

Muy alto, muy delgado, prominente la nariz, echados los cabellos sobre la frente en mechones cortos que le caían en rizos a lo largo de las mejillas, la piel fresca como se puede tener a los veintitrés años, el joven príncipe, vestido con bata de casa de camocán³ jaspeado, salió a recibir a monseñor Duèze y le besó el anillo con deferencia.

Hubiera sido difícil hallar mayor contraste, más irónica semejanza que la existente entre estos dos personajes, de los cuales uno hacía pensar en un viejo hurón salido de su madriguera, y el otro en una garza atravesando con altanería los pantanos.

—A pesar de la hora tan temprana, monseñor —dijo el cardenal—, no he querido retrasar el momento de ofreceros mis plegarias en el duelo que os aflige.

—¿Duelo? —dijo Felipe de Poitiers con un ligero sobresalto.

Su primer pensamiento fue para la esposa que había dejado en París, y que estaba embarazada de ocho meses.

—Veo que he hecho bien en venir a notificároslo —continuó Duèze—. El rey, vuestro hermano, murió hace cinco días.

El semblante de Felipe no se alteró; apenas una aspiración más fuerte levantó su pecho. En su rostro no se advirtió ni sorpresa, ni emoción ni siquiera la impaciencia de conocer más detalles.

—Os agradezco vuestra diligencia, monseñor —respondió—. ¿Pero cómo habéis sabido tal noticia... antes que yo?

—Por messire de Bouville, cuyo mensajero ha corrido con gran prisa para que yo os entregara esta carta en secreto.

El conde de Poitiers abrió el pliego y lo leyó acercando la nariz, ya que era muy miope.

Tampoco durante la lectura traicionó sus sentimientos; simplemente leyó la carta, la volvió a plegar y la deslizó entre sus ropas. Luego permaneció silencioso.

El cardenal guardó silencio también, simulando respetar el dolor del príncipe, aunque éste no mostraba grandes señales de aflicción.

—Dios lo salve de las penas del infierno —dijo al fin el conde de Poitiers, en respuesta a la devota actitud del prelado.

—¡Oh!... el infierno... —murmuró Duèze—. ¡En fin, roguemos a Dios! Pienso también en la infortunada reina Clemencia, a quién vi crecer cuando me encontraba junto al rey de Nápoles. Una princesa tan dulce, tan perfecta...

—Sí, es una verdadera desgracia para mi cuñada —dijo Poitiers.

Y al mismo tiempo pensaba: «Luis no ha dejado ninguna disposición testamentaria para la regencia. Por lo que me escribe Bouville, mi tío Valois ya se prevale de ilusorios derechos...»

—¿Qué vais a hacer, monseñor? ¿Regresaréis a París? —preguntó el cardenal.

—No lo sé todavía, no lo sé —respondió Poitiers—. Espero una información más amplia. Me atenderé a las necesidades del reino.

Bouville, en su carta, no le ocultaba que deseaba su regreso. Como hermano mayor del rey muerto, y como par del reino, el lugar de Poitiers estaba en París, en el momento en que se debatía la regencia. Cualquier otro ya habría dado orden de ensillar los caballos.

Pero Felipe de Poitiers lamentaba e incluso sentía repugnancia de dejar a Lyon antes de dar fin a las tareas emprendidas.

En primer lugar tenía que concluir el contrato de esponsales entre su tercera hija, Isabel, que apenas contaba cinco años de edad, y el pequeño delfín del Viennois, el pequeño Guigues, que tenía seis. Acababa de negociar este matrimonio en la misma Vienne con el delfín Juan II de la Tour du Pri y la delfina Beatriz, hermana de la reina Clemencia. Buena alianza, que permitiría a la corona de Francia contrabalancear en aquella región la influencia de los Anjou-Sicilia. La firma debía tener lugar dentro de unos días.

Y luego, sobre todo, estaba el asunto de la elección del papa. Durante semanas, Felipe de Poitiers había surcado la Provenza, el Viennois y el Lyonnais, para ver uno tras otro a los veinticuatro cardenales⁴ dispersados, y asegurarles que no volvería a producirse la agresión de Carpentras y que no se les haría objeto de ninguna violencia, dejando entender a muchos que podían tener su oportunidad, defendiendo el prestigio de la fe, la dignidad de la Iglesia y el interés de los Estados.

Por fin, a costa de esfuerzos, de palabras y a veces de dinero, había logrado reunirlos en Lyon, ciudad colocada desde hacía largo tiempo bajo la autoridad eclesiástica, pero que acababa de pasar recientemente, en los últimos años de Felipe el Hermoso, a poder del rey de Francia.

El conde de Poitiers se creía muy cerca de alcanzar su objetivo. Pero si se marchaba ¿no se corría el riesgo de que todo comenzara de nuevo, que otra vez se encendieran los odios personales, que se dejara sentir la influencia de la nobleza romana o la del rey de Nápoles en perjuicio de la de Francia y que los diversos partidos se acusaran mutuamente de traición y de herejía? Y después de tantas discusiones, ¿no se vería volver el papado a Roma? «Precisamente lo que mi padre quería evitar...», se decía Felipe de Poitiers. «Su obra, ya muy desvirtuada por Luis y por nuestro tío Valois, ¿se iba a desmoronar por completo?»

Durante unos instantes, el cardenal Duéze tuvo la impresión de que el joven se había olvidado de su presencia. Y de repente, Poitiers le preguntó:

—¿Mantendrá el partido gascón la candidatura del cardenal Pélagre? ¿Creéis que vuestros piadosos colegas están dispuestos al fin a reunirse...? Sentaos, pues, aquí, monseñor, y decidme cuál es vuestra opinión. ¿En qué situación nos encontramos?

Durante el tercio de siglo en que había participado en los asuntos de los reinos, el cardenal había conocido a muchos soberanos y gobernantes. Pero no había encontrado ninguno que tuviera tanto dominio de sí mismo. He aquí un príncipe de veintitrés años a quien se acaba de anunciar que su hermano había muerto, que el trono estaba vacante, y que parecía no tener más urgente preocupación que los embrollos del cónclave. Merecía que se pensara en ello.

Sentados uno al lado del otro, cerca de una ventana, sobre un arca recubierta de Damasco, los pies del cardenal tocando apenas el suelo y el tobillo del conde de Poitiers balanceándose lentamente en el aire, los dos hombres tuvieron una larga conversación.

En realidad, según la exposición que hizo Duéze, se había vuelto sensiblemente a las mismas dificultades que había expuesto antiguamente a Bouville en un campo de los alrededores de Aviñón, a los dos años de la muerte de Clemente V.

El partido de los diez cardenales gascones, que se llamaba también partido francés, seguía siendo más numeroso, pero era insuficiente por sí solo para formar la mayoría requerida de los dos tercios del Sagrado Colegio, es decir dieciséis votos. Los gascones, considerándose depositarios del pensamiento del difunto papa, a quien todos ellos debían el cardenalato, apoyaban firmemente la sede de Aviñón y se mostraban muy unidos ante los otros dos partidos. Pero entre ellos existía una sorda competencia; junto a las ambiciones de Arnaldo de Pélagre crecían las de Arnaldo Fougères y de Arnaldo Nouvel. Mientras se hacían mutuas promesas, disimuladamente se echaban la zancadilla.

—La guerra de los tres Arnaldos —dijo Duéze con su voz susurrante—. Veamos ahora el partido de los italianos.

No eran más que ocho, pero divididos en tres fracciones. El bofetón de Anagny separó para siempre al temible cardenal Caetani, sobrino del papa Bonifacio VIII, de los dos cardenales Colonna.

Entre estos adversarios flotaban los otros italianos. Stefaneschi, por hostilidad a la política de Felipe el Hermoso, era partidario de Caetani, de quien, por otra parte, era pariente. Napoleón Orsini estaba titubeante. Los ocho sólo coincidían en un punto: el retorno del papado a la Ciudad Eterna. Y en esto su determinación era feroz.

—Bien sabéis, monseñor —prosiguió Duéze—, que por un momento se cernía la amenaza de un cisma y que aún existe este peligro... Nuestros italianos se negaban a reunirse en Francia y han hecho saber, no ha mucho, que si se elegía un papa gascón no lo reconocerían y nombrarían el suyo en Roma.

—No habrá cisma —dijo con calma el conde de Poitiers.

—Gracias a vos, monseñor, gracias a vos; me complazco en reconocerlo y lo digo en todas partes. Habéis ido de ciudad en ciudad llevando la buena palabra, y aunque no habéis encontrado el pastor, ya habéis reunido el rebaño.

—¡Costosas ovejas, monseñor! ¿Sabéis que salí de París con dieciséis mil libras, y que la semana pasada tuve que hacerme enviar otras tantas? Jasón^a a mi lado sería un pequeño señor.

Me gustaría que todos estos vellocinos de oro no se me escaparan de las manos —dijo el conde de Poitiers entornando ligeramente los párpados.

Duéze, que por vía indirecta se había beneficiado grandemente de sus larguezas, no se dio por aludido, y respondió:

—Creo que Napoleón Orsini y Alberti de Prato, e incluso tal vez Guillermo de Longis, que me precedió como canciller del rey de Nápoles, se separarían fácilmente... Evitar un cisma bien vale ese precio.

Poitiers pensó: «Ha utilizado el dinero que le hemos dado para lograr tres votos entre los italianos. No hay duda de que es hábil.»

En cuanto a Caetani, aunque continuaba haciéndose el irreductible, su situación no era tan firme desde que se habían descubierto sus prácticas de brujería y su tentativa de hechizar al rey de Francia y al mismo conde de Poitiers. El antiguo templario Everardo, un medio loco, de quien se había servido Caetani para sus obras demoníacas, había hablado demasiado antes de entregarse a la gente del rey...

—Me reservo este asunto —dijo el conde de Poitiers—. El perfume de la hoguera podría, llegado el momento, dar un poco de flexibilidad a monseñor Caetani.

Ante el pensamiento de ver quemar a otro cardenal, una sonrisa muy tenue, muy furtiva, se dibujó en los finos labios del viejo prelado.

—Por desgracia —prosiguió Poitiers—, ese tal Everardo se ahorcó en la prisión donde lo hice encerrar, antes de que lo interrogasen de verdad.

—¿Se ahorcó? Me sorprendéis, monseñor. Algunos de los míos que lo conocen bien, me han asegurado haberlo visto hace menos de dos semanas rondando otra vez por Valence. Tendría que haber resucitado...

—O bien, que hubieran colgado a otro de los barrotes de su calabozo.

—El Temple es poderoso todavía —dijo el cardenal.

—Ya veremos —dijo el conde de Poitiers, que anotó mentalmente enviar a uno de sus oficiales a indagar en Valence.

—Parece que Francisco Caetani ha vuelto la espalda a los asuntos de Dios para no ocuparse más que de los de satán. ¿No será él quien, tras fracasar en su hechicería, ha hecho ingerir a vuestro hermano elveneno?

El conde de Poitiers se encogió de hombros.

—Cada vez que muere un rey se afirma que ha sido envenenado —respondió—.

Lo mismo se dijo de mi abuelo Luis VIII; se dijo también de mi padre, que Dios tenga en su gloria... Mi hermano era muy enfermizo. No obstante, la cosa merece ser meditada.

—Queda por último —continuó Duéze— el tercer partido, que se llama provenzal, debido al más inquieto de entre nosotros, el cardenal de Mandagout...

Este último partido sólo contaba con seis cardenales, de diverso origen; meridionales, como los dos hermanos Berenguer Frédol, otros normandos y uno del Quercynois, que no era otro que el mismo Duéze. El oro distribuido por Felipe de Poitiers los había vuelto más accesibles a los argumentos de la política francesa.

—Somos los menos numerosos, los más débiles —dijo Duéze—, pero constituimos el apoyo indispensable para toda mayoría. Y puesto que gascones e italianos se niegan mutuamente un papa que pudiera surgir de sus filas, entonces, monseñor...

—Entonces habrá que elegir un papa de entre los vuestros, ¿no es ése vuestro pensamiento?

—Así lo creo, así lo creo firmemente. Lo dije desde la muerte de Clemente V. No me han escuchado; sin duda creían que predicaba en mi favor, ya que en efecto se pronunció mi nombre, sin que yo lo quisiera. Pero la corte de Francia nunca me ha dispensado gran confianza.

—Es que, monseñor, se os apoyaba demasiado abiertamente desde la corte de Nápoles.

—Si no me hubiera apoyado nadie, monseñor, ¿quién se hubiera ocupado de mí en alguna ocasión? Creedme que no tengo otra ambición que la de ver un poco de orden en los asuntos de la cristiandad, asuntos que marchan muy mal; la tarea será sumamente pesada para el próximo sucesor de san Pedro.

El conde de Poitiers juntó sus largas manos ante el rostro y reflexionó durante unos segundos.

—¿Creéis, monseñor —preguntó—, que los italianos, a cambio de la satisfacción de no tener un papa gascón, aceptarían que la Santa Sede permaneciera en Aviñón, y que los gascones, por la seguridad de Aviñón, podrían renunciar a su candidatura y unirse a vuestro tercer partido?

Lo cual claramente significaba: «Si vos, monseñor Duéze, llegáis a ser papa con mi apoyo, ¿os comprometéis formalmente a conservar la residencia actual del papado?»

Duéze comprendió perfectamente.

—Esa sería, monseñor —respondió—, la solución más sabia.

—Me acordaré de vuestra preciosa opinión —dijo Felipe de Poitiers levantándose, para poner fin a la audiencia.

Acompañó al cardenal.

El instante en que dos hombres a los que aparentemente todo separa, edad, aspecto, experiencia, funciones, se dan cuenta de que tienen igual temple y adivinan que puede haber entre ellos colaboración y amistad, ese instante depende más de la misteriosa conjunción del destino que de las palabras cambiadas.

En el momento en que Felipe se inclinó para besar el anillo del cardenal, éste murmuró:

—Vos seríais, monseñor, un excelente regente.

Felipe se sobresaltó. «¿Cómo sabía que durante todo este tiempo no pensaba en otra cosa?» Y respondió:

—¿No seríais también vos, monseñor, un excelente papa?

Y ambos no pudieron ocultar una discreta sonrisa, el anciano con una especie de afecto paternal, el joven con una amigable deferencia.

—Os agradeceré —agregó Felipe— que guardéis en secreto la grave noticia que me habéis dado hasta que haya sido confirmada públicamente.

—Así lo haré, monseñor, para serviros.

En cuanto se quedó solo, el conde de Poitiers no invirtió más que unos segundos en su reflexión. Llamó a su primer chambelán.

—¿Ha llegado algún jinete de París? —preguntó a Adán Heron.

—No, monseñor.

—Entonces, haced cerrar todas las puertas de Lyon.

IV.- Enjuaguemos nuestras lágrimas

Aquella mañana la población de Lyon se quedó sin legumbres. Los carros de los hortelanos habían sido detenidos fuera de las murallas, y las amas de casa gritaban ante los mercados vacíos.

El único puente, el de Saona, estaba cerrado por la tropa. Si no se podía entrar en Lyon, tampoco se podía salir. Mercaderes italianos, viajeros, monjes ambulantes, reforzados por los mirones y los desocupados, se aglomeraban ante las puertas y reclamaban explicaciones. La guardia, invariablemente, respondía a las preguntas: «¡Orden del conde de Poitiers!», con ese aire distante y de importancia que adoptan los agentes de la autoridad cuando han de aplicar una medida cuya razón ignoran ellos mismos.

—Pero tengo mi hija enferma en Fouvière...

—Mi granero de Saint-Just se quemó ayer a la hora de vísperas...

—El baile de Villefranche me va a detener si no le pago hoy mis tributos... — gritaba la gente.

—¡Orden del conde de Poitiers!

Y cuando la protesta arreciaba demasiado, los soldados reales amenazaban con sus mazas.

En la ciudad circulaban extraños rumores. Unos aseguraban que iba a haber guerra. ¿Pero contra quién? Nadie podía decirlo. Otros afirmaban que se había producido una revuelta sangrienta durante la noche cerca del convento de los agustinos, entre los hombres del rey y la gente de los cardenales italianos. Se habían oído pasar caballos. Incluso se citaba el número de muertos. Sin embargo, en los agustinos todo estaba en calma.

El arzobispo Pedro de Saboya se hallaba muy inquieto y se preguntaba qué golpe de fuerza se estaba preparando para obligarle tal vez a ceder, en provecho del arzobispo de Sens, la primacía de las Galias, única prerrogativa que había podido conservar tras la anexión de Lyon a la corona en 1312⁵. Había enviado a uno de sus canónigos en busca de noticias; pero éste, al llegar a casa del conde de Poitiers, se encontró con un escudero cortés, pero mudo. Y el arzobispo esperaba recibir un ultimátum.

Entre los cardenales alojados en diversos establecimientos religiosos, la angustia no era menor, y llegaba casi a la desesperación. Se acordaban del golpe de Carpentras. Pero, ¿cómo huir esta vez? Los emisarios corrían de los agustinos a los franciscanos y de los dominicos a los cartujos.

El cardenal Caetani había despachado a su hombre de confianza, el cura Pedro, a casa de los prebostes Napoleón Orsini, Alberti de Prato, y Flisco, el único español, para decirles:

—¡Ya veis! Os habéis dejado seducir por el conde de Poitiers. Juró no molestarnos, que ni siquiera tendríamos que entrar en clausura para votar y que permaneceríamos completamente libres.

Y ahora nos encierra en Lyon.

El mismo Duéze recibió la visita de dos de sus colegas provenzales, el cardenal Mandagout y Berenguer Frédol el mayor. Pero Duéze fingió salir de sus trabajos teológicos y no estar al corriente de nada. Durante este tiempo, en una celda próxima a sus habitaciones, Guccio Baglioni dormía como un tronco, bien ajeno a pensar siquiera que podía ser él el origen de tal pánico.

Desde hacía una hora, el cónsul Varay y tres de sus colegas llegados para exigir explicaciones en nombre del «sindical» de la ciudad, daban vueltas en la antecámara del conde de Poitiers.

Este estaba reunido a puerta cerrada con las personas de su confianza y con los grandes oficiales que formaban parte de su misión.

Al fin se apartaron los cortinajes y apareció el conde de Poitiers, seguido de sus consejeros.

Todos tenían la expresión grave.

—¡Ah! Messire Varay, sed bien venido; y también todos vosotros, messires cónsules. Os podemos entregar aquí el mensaje que nos aprestábamos a enviaros. Leed, messire Miles.

Miles de Noyers, que había sido consejero en el Parlamento y mariscal en el ejército bajo Felipe el Hermoso, desplegó un pergamino y leyó: A todos los bailes, senescales y consejeros de las buenas ciudades. Os hacemos saber la gran aflicción que nos apena por la muerte de nuestro bien amado hermano, el rey nuestro sire Luis X, que Dios acaba de arrebatarse del afecto de sus súbditos. Pero la naturaleza humana está hecha de tal forma que nadie puede sobrepasar el término que le es asignado. Así, hemos decidido enjugar nuestras lágrimas, rogar con vosotros a Cristo por su alma, y acudir solícitos a gobernar el reino de Francia y el de Navarra con el fin de que sus derechos no se debiliten y que los súbditos de estos dos reinos vivan felices bajo el broquel de la justicia y de la paz.

El regente de los dos reinos, por la gracia de Dios. Felipe

Pasada la primera emoción, messire Varay besó seguidamente la mano del conde de Poitiers, y los otros cónsules lo imitaron sin vacilar.

El rey había muerto; y la noticia en sí era bastante pasmosa como para que nadie pensara, al menos por unos instantes, en plantearse pregunta alguna. En ausencia de un heredero, parecía perfectamente normal que ocupase el trono el mayor de los hermanos del soberano. Los cónsules no dudaron ni un instante de que la decisión había sido tomada en París por la Cámara de los pares.

—Pregonad este mensaje por la ciudad —ordenó Felipe de Poitiers—; después de

lo cual se abrirán enseguida las puertas.

Luego añadió:

—Messire Varay, vos sois un gran comerciante en paños; os agradecería que me proporcionarais veinte mantos negros, para colocarlos en mi antecámara, con el fin de que se cubran con ellos cuantos vengan a testimoniarme su pésame.

Y despidió a los cónsules.

Los dos primeros actos de su toma de poder estaban realizados. Se había hecho proclamar regente por los miembros de su séquito, que se convertían al mismo tiempo en su consejo de gobierno. Iba a ser reconocido por la ciudad de Lyon, donde residía. Ahora tenía prisa en que se extendiera este reconocimiento por todo el reino y colocar así a París ante una situación de hecho. El éxito dependía de la rapidez.

Ya los copistas reproducían su proclamación en múltiples ejemplares, y los jinetes ensillaban sus caballos para llevarla a todas las provincias.

Apenas abiertas las puertas de Lyon, salieron al galope, cruzándose con tres correos detenidos desde la mañana al otro lado del Saona. El primero de ellos llevaba una carta del conde de Valois, quien se consideraba regente designado por el consejo de la corona, y solicitaba la conformidad de Felipe para que esta designación fuera efectiva. «Estoy seguro de que querréis colaborar en mi tarea, para el bien del reino y me daréis, lo más pronto posible, vuestra aceptación, como bueno y bien amado sobrino que sois.»

El segundo mensaje procedía del duque de Borgoña, quien también reclamaba la regencia en nombre de su sobrina, la pequeña Juana de Navarra.

Finalmente, el conde de Evreux informaba a Felipe de Poitiers de que los pares no habían sido reunidos según uso y costumbre, y que la prisa de Carlos de Valois en hacerse cargo del poder no se apoyaba en ningún texto ni asamblea regular.

A la recepción de estas noticias, el conde de Poitiers se reunió de nuevo con su séquito.

Este consejo estaba compuesto prácticamente por hombres hostiles a la política seguida desde hacía dieciocho meses por el Turbulento y el conde de Valois; Felipe de Poitiers, conocedor de sus méritos y de su capacidad los había escogido para que lo acompañaran en las difíciles negociaciones que iba a tener con la Iglesia. Tales eran el condestable de Francia, Gaucher de Châtillon, que no perdonaba la ridícula campaña del «ejército embarrado» que tuvo que dirigir en Flandes el verano anterior; su cuñado Miles de Noyers; Raúl de Presles, legista de Felipe el Hermoso a quien Valois había hecho arrestar al mismo tiempo que a Enguerrando de Marigny y el cual debía su libertad y retorno al conde de Poitiers. Ninguno de ellos veía con buenos ojos las ambiciones de Valois ni deseaba tampoco que el duque de Borgoña se mezclara en los asuntos de la corona. Admiraban la rapidez con que había actuado el joven príncipe, y en él tenían puestas sus esperanzas.

Poitiers escribió a Eudes de Borgoña y a Carlos de Valois, sin mencionar sus cartas, como si no las hubiera recibido, con el fin de informarles de que se consideraba regente por derecho natural y que reuniría a la asamblea de los pares para sancionar esta situación tan pronto como le fuera posible.

Al mismo tiempo designó comisarios para que fueran a los principales centros del reino a tomar posesión del poder en su nombre. Con tal objeto partieron, durante la jornada, varios de sus caballeros, como Reinaldo de Lor, Tomás de Marfontaine y Guillermo Courteheuse. Retuvo a su lado a Anseau de Joinville, hijo del viejo mariscal, y a Enrique de Sully.

Mientras sonaba el toque de muertos en todas las campanas, Felipe de Poitiers conf erenció largamente a solas con Gaucher de Châtillon. El condestable de Francia se sentaba, por derecho, en todas las asambleas del gobierno, en la Cámara de los pares, Gran Consejo y Consejo Privado.

Felipe pidió pues a Gaucher que volviera a París para representarlo y oponerse, hasta su llegada, a las intrigas de Carlos de Valois; el condestable por otra parte, debía asegurarse el mando de las tropas a sueldo de la capital, y particularmente del cuerpo de ballesteros.

Porque el nuevo regente, primero con la sorpresa, luego con la aprobación de sus consejeros, había resuelto quedarse provisionalmente en Lyon.

—No debemos volver la espalda a las tareas que están en curso —había declarado—. Lo más importante para el reino es tener un papa, y seremos más fuertes cuando lo hayamos conseguido.

Urgió la firma del contrato de esponsales entre su hija y el pequeño delfín. El asunto, a primera vista, no guardaba relación con la elección pontificia; mas para Felipe, la alianza con el delfín de Vienne, que reinaba sobre todos los territorios al sur de Lyon, era una pieza de su juego. Si los cardenales intentaban escapársele de entre las manos no podrían refugiarse por aquel lado, y les cortaba la ruta de Italia. Además, aquellos esponsales consolidaban su posición de regente: el delfín se situaba en su campo.

El contrato, debido al duelo, fue firmado sin festejos en los días que siguieron.

Paralelamente, Felipe de Poitiers se reunió con el barón más poderoso de la región, el conde de Forez, cuñado además del delfín, el cual, por sus posesiones, dominaba la orilla derecha del Ródano.

Juan de Forez había hecho las campañas de Flandes, había representado varias veces a Felipe el Hermoso en la corte papal, y había trabajado muy útilmente en la anexión de Lyon a la corona. El conde de Poitiers, desde el momento que volvía a emprender la política paterna, sabía que podía contar con él.

El 16 de junio, el conde de Forez realizó un gesto altamente espectacular. Prestó solemne homenaje a Felipe como señor de todos los señores de Francia,

reconociéndolo así como poseedor de la autoridad real.

Al día siguiente, el conde de Bermond de la Voulte, cuyo feudo de Pierregourde se encontraba en la senescalía de Lyon, puso sus manos en las del conde de Poitiers y le prestó juramento en las mismas condiciones.

Poitiers solicitó del conde de Forez que tuviera dispuestos, discretamente, setecientos hombres de armas. En adelante los cardenales no se moverían de la ciudad.

Pero de eso a llevar a término la elección había un gran trecho. Proseguían los tratos; los italianos, advirtiendo que el regente tenía prisa en volver a París, endurecían su posición. «El se cansará primero», decían. Poco les importaba el estado de trágica anarquía en que estaban sumidos los asuntos de la Iglesia.

Felipe de Poitiers tuvo varias entrevistas con el cardenal Duéze, quien le parecía el hombre más inteligente del cónclave, el experto más claro e imaginativo en materia religiosa y decididamente el administrador más deseable de la cristiandad en el difícil momento en que se encontraba.

—La herejía, monseñor, rebrota un poco por todas partes —decía el cardenal con su voz cascada e inquietante—. ¿Y cómo puede ser de otro modo con el ejemplo que damos? El demonio se aprovecha de nuestras discordias para sembrar su cizaña. Y es sobre todo en la diócesis de Toulouse donde crece más profundamente. ¡Vieja tierra de rebelión y de malos sueños! Convendría que el próximo papa dividiera esa diócesis demasiado grande, difícil de gobernar, en cinco obispados, puesto cada uno bajo mano firme.

—Lo que daría lugar a la creación de nuevos beneficios —respondió el conde de Poitiers—.

Sobre ellos, naturalmente, el tesoro de Francia percibiría las anatas.

—Naturalmente, monseñor.

Se llamaba anata al derecho real de cobrar, el primer año, los impuestos de un nuevo beneficio eclesiástico. La carencia de papa impedía proceder a la creación de estos beneficios, y el Tesoro se resentía tanto más cuanto que el clero en general, aprovechándose de que no había papa, inventaba toda clase de pretextos para no pagar los impuestos atrasados.

De hecho, cuando Felipe y Duéze consideraban el porvenir, uno como regente y el otro como posible pontífice, su primera preocupación era de orden financiero.

A la muerte de Felipe el Hermoso, la tesorería francesa estaba en difícil situación, pero no endeudada; en dieciocho meses, por la expedición de flandes, por la rebelión del Artois y los privilegios concedidos a las ligas baroniales, Luis X y Valois habían logrado endeudar al reino para varios años.

El tesoro pontificio, después de dos años de cónclave errante, no se hallaba en mejor estado; y si los cardenales se vendían a tan alto precio a los príncipes de este

mundo, se debía a que muchos de ellos ya no tenían otro medio de subsistencia que el negocio de sus votos.

—Multas, monseñor, multas —aconsejó Duéze al joven regente—. Imponed multas a quienes obren mal y más altas cuanto más ricos sean. Si el que falta a la ley posee veinte libras, quitadle una; si posee mil, quitadle quinientas; y si su fortuna asciende a cien mil, sacadle todo. Con ello obtendréis tres ventajas: en primer lugar, el rendimiento será mayor; luego, el delincuente, privado de su poder, no podrá cometer abusos; por último, los pobres, que son mayoría, se pondrán de vuestro lado y confiarán en vuestra justicia.

Felipe de Poitiers sonrió.

—Esto que vos preconizáis tan sabiamente, monseñor, puede convenir a la justicia real, que se ejerce por el poder temporal —respondió—; sin embargo, para mejorar las finanzas de la Iglesia, no veo...

—Multas, monseñor, multas —repitió Duéze—. Pongamos impuestos a los pecados; eso sería una fuente inagotable. El hombre es pecador por naturaleza, y más dispuesto a hacer penitencia de corazón que de bolsa. Sentirá más vivamente el pesar por sus faltas y lo pensará más, antes de caer en sus extravíos, si nuestra absolución va acompañada de una tasa⁶. Quien se resista a enmendarse tendrá que pagar.

«¿Estará bromeando?», se decía Poitiers, quien, cuanto más trataba a Duéze, más descubría la inclinación del cardenal de curia hacia la eutrapelia y la paradoja.

—¿Y qué pecados gravaríais, monseñor?

—En primer lugar los que comete el clero. Comencemos por reformarnos nosotros mismos antes de emprender la reforma de los demás. Nuestra Santa Madre es demasiado tolerante con las faltas y abusos. Todo el mundo sabe que ni la clerecía ni el sacerdocio pueden conf erirse a hombres lisiados o deformes. Ahora bien, el otro día me fijé en cierto sacerdote llamado Pedro, que pertenece al séquito del cardenal Caetani y que tiene dos pulgares en la mano izquierda.

«Pequeña perfidia con respecto a nuestro viejo enemigo», se dijo Poitiers.

—En realidad —prosiguió Duéze—, son legión los cojos, mancos y eunucos que esconden su desgracia bajo un hábito y cobran beneficios eclesiásticos. ¿Vamos a echarlos de nuestro seno, lo que, sin borrar sus faltas, los reduciría a la miseria y los empujaría tal vez a juntarse con los herejes de Toulouse o con otras cofradías de espirituales? Permitámosles redimirse; ahora bien, quien dice redención, dice pago.

El rostro del anciano prelado reflejaba completa seriedad. Durante sus últimas noches en vela había dejado volar su imaginación y había preparado un sistema muy concreto sobre el que escribía una memoria que sometería, dijo modestamente, al próximo papa.

Se trataba de la institución de una Santa Penitenciaría, una especie de cancillería del pecado, que proporcionaría bulas de absolución mediante tasas de registro

percibidas en provecho de la Santa Sede. Los sacerdotes lisiados podían obtener su perdón a razón de algunas libras por cada dedo que les faltase, el doble por la pérdida de un ojo, y otro tanto por la falta de uno o dos genitales. Quien se hubiera amputado a sí mismo su virilidad debería pagar un precio más elevado.

De las enfermedades y faltas corporales, Duéze pasaba a las irregularidades morales. Los bastardos que hubieran ocultado su situación de nacimiento al recibir las órdenes, los clérigos que hubieran tomado la tonsura estando casados, los que se hubieran casado secretamente después de la ordenación, los que vivieran, fuera del matrimonio, con una mujer, los bigamos, incestuosos o sodomitas, todos ellos debían tributar proporcionalmente a su falta. Las monjas que hubieran tenido relación con hombres, tanto dentro como fuera de su convento, quedarían sometidas a una rehabilitación particularmente costosa.

—Si la institución de esta penitenciaría —declaró Duéze— no hace ingresar doscientas mil libras el primer año, me dejo...

Iba a decir «me dejo quemar», pero se detuvo a tiempo.

Poitiers pensó: «Al menos, si lo eligen, no tendré preocupaciones por las finanzas papales.»

Pero a pesar de todas las maniobras de Duéze y del apoyo que le prestaba Poitiers, el cónclave continuaba estancado.

Ahora bien, las noticias de París eran malas. Gaucher de Châtillon, formando frente común con el conde de Evreux y Mahaut de Artois, se esforzaba en limitar las ambiciones de Carlos de Valois. Sin embargo, éste habitaba ya en el palacio de la Cité, donde tenía a la reina Clemencia bajo su tutela; administraba los asuntos á su manera y mandaba a las provincias instrucciones contrarias a las que Poitiers enviaba desde Lyon. El duque de Borgoña, por su parte, sostenido por los vasallos de su inmenso ducado, había llegado a París el dieciséis de junio, once días después de la muerte de Luis X, para hacer reconocer sus derechos. Francia tenía, pues, tres regentes. Esta situación no podía durar largo tiempo, y Gaucher instaba a Felipe a que regresara a París.

El 27 de junio, después de un consejo privado al que asistieron el conde de Forez y el de la Voulte, el joven príncipe decidió ponerse en camino y ordenó que se formase el tren de equipajes de su escolta. Al mismo tiempo, dándose cuenta de que aún no se había celebrado ningún oficio solemne por el descanso del alma de su hermano, mandó que se dijeran, al día siguiente, antes de su partida, solemnes misas en todas las parroquias de la ciudad. Los miembros del alto y bajo clero debían asistir, para asociarse a las plegarias del regente.

Los cardenales, sobre todo los italianos, no cabían en sí de alegría. Felipe de Poitiers abandonaba Lyon sin haberlos doblegado.

—Disfraza su huida bajo las pompas del duelo —dijo Caetani—, pero lo cierto es

que se va ese maldito. ¡Os aseguro que antes de un mes estaremos de vuelta en Roma!

V.- Las puertas del cónclave

Los cardenales son peces gordos que no pueden ser confundidos con la morralla del bajo clero. El conde de Poitiers había ordenado que se les reservase para los funerales de Luis X, la iglesia del convento de los padres dominicos, llamada iglesia de los Jacobinos, que era la más hermosa y amplia después de la primada de San Juan, y también la mejor fortificada⁷. Los cardenales sólo vieron en esta elección un lógico homenaje rendido a su dignidad. Ninguno faltó a la ceremonia. Aunque no eran más que veinticuatro, la iglesia estaba llena, ya que cada cardenal iba escoltado por toda su casa: capellán, secretario, tesorero, clérigos, pajes, criados y portadores de antorchas; una masa de medio millar de personas en total, reunidas entre los pesados pilares blancos.

Pocos funerales se habrán celebrado con tan escaso recogimiento. Por primera vez desde hacía muchos meses, los cardenales, que vivían por grupos en residencias separadas, se encontraban todos juntos. Algunos de ellos no se habían visto desde hacía casi dos años. Se vigilaban unos a otros, se espiaban y se estudiaban.

—¿Habéis visto? —se susurraban—. Orsini acaba de saludar al menor de los Frédol... Stefaneschi ha estado hablando un rato con Mandagout. ¿Se acercará a los provenzales?... Duéze tiene mal aspecto; está muy envejecido...

En efecto, Jacobo Duéze, cuyo paso ligero y saltarín sorprendía habitualmente en un hombre de su edad, avanzaba a paso lento y arrastrado y respondía vagamente a los saludos, con aspecto de cansancio y agotamiento.

Guccio Baglioni, vestido de paje, formaba parte de su séquito. Se dijo que sólo hablaba italiano y que había llegado directamente de Siena.

«Tal vez hubiera hecho mejor —se decía Guccio— colocándome bajo la protección del conde de Poitiers. Sin duda hoy volvería a París con él, y podría preguntar por María, de la que estoy sin noticias desde hace mucho tiempo. Mientras que ahora dependo en todo de este viejo zorro, a quien he prometido un préstamo de mi tío, y que no hará nada por mí hasta que lo reciba. Y mi tío no me contesta... y se dice que París está todo revuelto. ¡María, María, mi hermosa María!... ¿Creerá que la he abandonado? ¿Me estará odiando ya? ¿Qué le habrán hecho?»

La veía secuestrada por sus hermanos en Cressay o en algún convento para jóvenes arrepentidas. «Si pasa otra semana así, me escaparé a París.»

Llegado a su sitio, en las sillas del coro, inclinado sobre sí mismo, Duéze vigilaba discretamente a sus vecinos y volvía a veces su cansado rostro hacia el fondo de la iglesia. Dos sillas más allá, Francisco Caetani, con su cara delgada, cortada por una larga nariz respingona, y su cabello rodeando como llamas blancas el rojo solideo, no ocultaba su alegría; y sus miradas, que iban del catafalco a las gentes de su séquito, eran miradas de victoria. «Ved, monseñores —parecía decir a la concurrencia—, lo

que sucede a quienes se atraen la cólera de los Caetani, poderosos ya en tiempos de Julio César. El cielo favorece nuestra venganza.»

Los Colonna, con su prominente barbilla redonda partida por un hoyuelo vertical, semejantes a dos guerreros disfrazados de prelados, lo miraban con hostilidad manifiesta.

Al ordenar los funerales, el conde de Poitiers no había economizado chantres. Un buen centenar hacían retumbar sus voces, sostenidas por los órganos, cuyos fuelles eran manejados con ambos brazos por cuatro hombres. Una música atronadora, real, rodaba bajo las bóvedas, saturaba el aire de vibraciones y envolvía a la muchedumbre. Los clérigos podían charlar impunemente entre sí, y los pajes reírse, burlándose de sus dueños. Era imposible discernir lo que se decía a tres pasos, y menos aún lo que pasaba en las puertas.

Terminó la ceremonia. Enmudecieron los órganos y los cantores; se abrieron las hojas de la puerta principal. Pero en la iglesia no penetró luz alguna.

Hubo un instante de sobrecogimiento, como si durante la ceremonia, por algún milagro, se hubiera oscurecido el sol; luego, los cardenales comprendieron, y se produjo un furioso clamor. Una recia pared, fresca aún, taponaba la puerta; el conde de Poitiers, durante los oficios, había hecho tapiar todas las salidas. Los cardenales estaban prisioneros.

Un movimiento de pánico se apoderó de toda la concurrencia; prelados, canónigos, sacerdotes y criados, olvidada toda dignidad y reverencia, entremezclados unos con otros, corrían en todos los sentidos como ratas cogidas en una trampa. Los pajes, trepando unos en los hombros de otros, se habían encaramado hasta las vidrieras y gritaban:

—¡La iglesia está cercada por hombres armados!

—¿Qué vamos a hacer, qué vamos a hacer? —gemían los cardenales—. ¡El regente nos ha traicionado!

—¡Por eso nos regalaba con tan ensordecedora música!

—¡Es un ataque corporal a la Iglesia! ¿Qué vamos a hacer?

—¡Excomulguémoslo!

—¡Ya es hora! ¡Nos va a asesinar!

Ya los dos hermanos Colonna y la gente de su partido se habían armado de pesados candelabros de bronce, de bancos y de estandartes de procesión, dispuestos a vender cara su vida.

Ya los italianos y los gascones comenzaban a llenarse mutuamente de improperios.

—Colpa vostra, colpa vostra —gritaba un italiano dirigiéndose a los franceses—. Si os hubierais negado, como nosotros, a venir a Lyon... Nosotros bien sabíamos que nos harían una mala jugada.

—Si hubierais elegido uno de los nuestros no nos encontraríamos en esta situación —replicaba un gascón—. ¡La culpa es vuestra, malos cristianos!

Sólo una puerta no había sido enteramente murada; por ella podía pasar un hombre, pero la estrecha abertura estaba erizada de picas sostenidas por guanteletes de hierro. Las lanzas se levantaron, y el conde de Forez, cubierto con su armadura, seguido de Bermond de la Voulte y de algunas otras corazas, penetró en la iglesia. Fueron acogidos con una explosión de injurias.

Con los brazos cruzados sobre la empuñadura de su espada, el conde de Forez esperó a que se calmara la agitación. Era hombre fuerte y valeroso, tan insensible a las amenazas como a las súplicas, profundamente ofendido por el ejemplo de desunión, venalidad e intriga que daban los cardenales desde hacía dos años, que aprobaba plenamente al conde de Poitiers en su intento de poner fin a tal escándalo. Su rudo rostro, surcado de arrugas, aparecía por la abertura del yelmo.

Cuando los cardenales y sus gentes se hubieron desgañado, su voz se elevó clara y segura, propagándose por encima de las cabezas hasta el fondo de la nave.

—Monseñores, estoy aquí por orden del regente de Francia, para notificaros que de ahora en adelante tengáis a bien dedicaros únicamente a la elección de papa, y haceros saber que no saldréis de aquí hasta que hayáis cumplido esa tarea. Cada uno de los cardenales sólo conservará a su lado un capellán y dos pajes o clérigos de su elección para su servicio. Todos los demás pueden retirarse.

Esta declaración suscitó una indignación unánime.

—¡Es una felonía! —gritó el cardenal de Pélagrué—. El conde de Poitiers nos había hecho juramento de que ni siquiera entraríamos en clausura, y con esta promesa aceptamos volver a Lyon.

—El conde de Poitiers —respondió Juan de Forez— mantenía entonces la palabra del rey de Francia. Pero el rey de Francia ya no existe, y ahora os traigo la palabra del regente.

El furor unió entonces a los miembros de los tres partidos, cuyas invectivas se mezclaban en italiano, francés y provenzal. El cardenal Duéze se había recogido en un confesonario, la mano sobre el corazón, como si su avanzada edad no pudiera soportar tal golpe, y fingía asociarse a las protestas por medio de inaudibles murmullos. Arnaldo de Auch, cardenal Albano, el mismo que había ido a París a pronunciar la condenación de los Templarios, avanzó hacia el conde de Forez y le dijo en tono amenazador:

—Messire, no se puede elegir papa en tales condiciones, ya que violáis la constitución de Gregorio X que obliga al cónclave a reunirse en la ciudad donde murió el papa.

—Hace dos años os encontrabais allí, monseñor, y os dispersasteis sin haber nombrado papa, lo cual contraviene la constitución. Pero si deseáis por ventura ser

conducidos de nuevo a Carpentras, os haremos llevar bajo buena escolta, en carros cerrados.

—¡No podemos reunirnos bajo amenaza!

—Precisamente por esto hay fuera setecientos hombres armados, monseñor, para vuestra custodia, proporcionados por las autoridades de la ciudad, con el fin de asegurar vuestra protección y aislamiento... tal como lo prescribe dicha constitución. Sire de la Voulte, que está presente y que es de Lyon, es el encargado de la vigilancia. Messire el regente os hace igualmente saber que si al tercer día no habéis logrado poneros de acuerdo, sólo recibiréis un plato de comida diario, y a partir del noveno día estaréis a pan y agua... como igualmente se previene en la constitución de Gregorio.

Y por último, que si la luz no os llega por el ayuno, hará quitar la techumbre para que descienda sobre vos directamente del cielo.

Berenguer Frédol el mayor intervino:

—Messire, someternos a tal tratamiento es lo mismo que convertirnos en homicida, ya que entre nosotros hay quienes no lo podrán soportar. Ved a monseñor Duéze, que está desfallecido y necesita de cuidados.

— ¡Ah! Ciertamente, ciertamente —dijo débilmente Duéze—, no lo podré soportar.

—No perdáis el tiempo —exclamó entonces Caetani—. Nos las tenemos que haber con bestias hediondas y feroces; pero sabed, messire, que en lugar de nombrar papa vamos a excomulgaros, a vos y a vuestro perjurio.

—Si celebráis sesión de excomuni3n, monseñor Caetani —respondió con calma el conde de Forez—, el regente podría dar a conocer al c3nclave los nombres de algunos hechizadores y brujos que convendr3a llevar a la hoguera.

—No veo —dijo Caetani, batiéndose en retirada—, no veo la relaci3n que tiene la brujer3a con esto, pues lo que debemos tratar es lo referente al papa.

—¡Ah, monseñor! Nos entendemos bien. Haced salir, pues, a la gente que no sea necesaria, porque no habr3a bastantes v3veres para alimentar a tantos.

Los cardenales comprendieron que ser3a yana toda resistencia y que aquella coraza que con voz cortante les transmit3a las 3rdenes del conde de Poitiers, no iba a ceder. Siguiendo a Juan de Forez, comenzaron a entrar uno a uno los hombres armados, pica en mano, y a desplegarse por el fondo de la iglesia.

—Procederemos con astucia, ya que no podemos actuar con la fuerza —dijo a media voz Caetani a los Italianos—. Finjamos someternos, puesto que por ahora no podemos hacer otra cosa.

Cada cardenal eligió tres servidores de su escolta, los que creyeron m3s h3biles, m3s fieles o los m3s aptos para los servicios materiales en las dif3ciles condiciones en que iban a encontrarse.

Caetani conservó a su lado al hermano Bost, a Andrieu y al sacerdote Pedro, es decir, los hombres que habían participado en el hechizo de Luis X; prefería verlos encerrados con él a arriesgarse a que hablaran, por dinero o por la tortura. Los Colonna retuvieron a cuatro pajes que eran capaces de matar a un buey con las manos.

Canónigos, clérigos y portadores de antorchas comenzaron a salir de uno en uno ante la fila de hombres armados. Sus dueños, al pasar, les susurraban recomendaciones:

—Haced saber a mi hermano el obispo... Escribid en mi nombre a mi primo... Partid inmediatamente para Roma...

En el momento en que Guccio Baglioni se disponía a unirse con los que salían, Juan Duèze extendió su delgada mano fuera del confesonario donde estaba hundido y, cogiendo al joven italiano por la cota, le murmuró:

—Quedaos, pequeño, quedaos a mi lado. Estoy seguro de que me seréis de utilidad.

Duèze sabía que el poder del dinero no es despreciable en ninguna circunstancia y pensó que era interesante tener a su lado a un representante de las bancas lombardas.

Una hora después, sólo quedaban en la iglesia de los Jacobinos noventa y seis hombres obligados a permanecer allí tanto tiempo como les costase a veinticuatro de ellos ponerse de acuerdo para elegir uno solo. La gente armada, antes de retirarse, había echado brazadas de paja para formar, en la misma piedra, el lecho de los más poderosos prelados del mundo; y les llevaron algunas bacías, así como grandes jarras llenas de agua. Luego los albañiles, bajo la mirada del conde de Forez, acabaron de tapiar la última salida, dejando solamente a media altura un pequeño hueco cuadrado, una lumbrera que permitía el paso de los platos pero insuficiente para que pudiera deslizarse un hombre. Alrededor de la iglesia, los soldados ocuparon su puesto de guardia, dispuestos de tres en tres toesas^b y en dos filas, una adosada al muro y mirando hacia la ciudad, y la otra vuelta hacia la iglesia vigilando las vidrieras.

A mediodía, el conde de Poitiers partió hacia París. Llevaba en su séquito al delfín del Viennois y al pequeño delfín, quien en adelante viviría en la corte, con el fin de familiarizarse con su prometida de cinco años.

A aquella hora los cardenales recibieron su primera comida; como era día de vigilia, no les dieron carne.

VI.- De Neauphle a Saint-Marcel

Una mañana de primeros de julio, bastante antes del alba, Juan de Cressay entró en la habitación de su hermana. El joven llevaba una candela que despedía humo; se había lavado la barba y lucía su mejor cota de montar.

—Levántate, María —dijo—. Partes esta mañana. Pedro y yo te conduciremos.

La joven se incorporó en la cama.

—Partir... ¿cómo es eso?... ¿Debo partir esta mañana?

Medio dormida, miraba a su hermano con sus grandes ojos azules, fijamente, sin comprender. Maquinalmente se echó por encima de los hombros sus largos cabellos espesos y sedosos, que tenían reflejos dorados.

Juan de Cressay contemplaba con desprecio a su hermana, como si su belleza fuera la imagen misma del pecado.

—Haz un paquete de tus ropas, ya que no regresarás por un tiempo.

—Pero, ¿adónde me lleváis? —preguntó María.

—Ya lo verás.

—Y ayer... ¿Por qué no me dijiste nada ayer?

—¿Para qué nos hicieras otra de las tuyas?... Vamos, date prisa; quiero estar en camino antes de que nos vean nuestros siervos. Ya nos has avergonzado bastante; no hay necesidad de darles más que hablar.

María no respondió. Desde hacía un mes su familia no la trataba de otra manera, ni se dirigía a ella en otro tono. Se levantó con ligera dificultad debido a su embarazo de cinco meses, cuyo peso, por ligero que fuera, todavía la sorprendía al levantarse del lecho. Al resplandor de la candela dejada por Juan, se preparó, se pasó agua por la cara y el pecho y se ató rápidamente los cabellos. Notó que sus manos temblaban. ¿Adónde la llevaban? ¿A qué convento? Se ajustó al cuello el relicario de oro que le había dado Guccio y que provenía, según le había dicho éste, de la reina Clemencia.

«Hasta hoy estas reliquias me han protegido bien poco —pensó—. ¿Habré rezado con poca devoción?» Lió en un solo hatillo su ropa interior, algunos vestidos, una sobrevesta y paños para lavarse.

—Te taparás con la capa de caperuza grande —le dijo Juan, que entró un instante en la habitación.

—¡Voy a morirme de calor! —objetó María—. Es para invierno.

—Nuestra madre quiere que hagas el camino con la cara tapada. Obedece y date prisa.

En el patio, el hermano segundo, Pedro, ensillaba él mismo los dos caballos.

María sabía bien que aquel día había de llegar, y en cierto sentido, a pesar de la angustia que le oprimía el corazón, no sufría realmente, pues casi había llegado a desear esta partida. El convento más triste le sería más soportable que los agravios y

los reproches que le repetían a diario.

Al menos estaría a solas con su infortunio. No tendría que sufrir el furor de su madre, que guardaba cama desde que había estallado el drama, y que maldecía a su hija cada vez que ésta le llevaba una tisana. Después de lo cual era presa de tales ahogos que era necesario llamar urgentemente al barbero de Neauphle para que le sacara una pinta de sangre. En menos de dos semanas habían sangrado dos veces a doña Eliabel, y no parecía que este tratamiento le hiciese recobrar la salud.

María era tratada por sus dos hermanos, sobre todo por Juan, como si hubiera cometido un crimen. ¡Ah, ciertamente, mil veces preferible el claustro! Pero en la soledad de la clausura, ¿podría recibir noticias de Guccio? Esta era su obsesión, lo que más temía del futuro. Sus malvados hermanos le aseguraban que Guccio había huido al extranjero.

«No quieren confesármelo —se decía—, ¡pero lo han hecho encarcelar! ¡No es posible, no es posible que me haya abandonado! O tal vez haya vuelto para salvarme; por eso tienen tanta prisa en sacarme de aquí. Después lo matarán. ¡Ah! ¿Por qué no me fui con él?»

Su imaginación le sugería toda clase de catástrofes. A veces llegaba a desear que Guccio se hubiera escapado realmente, dejándola abandonada a su triste suerte. Sin nadie a quien pedir consejo o simplemente compasión, no tenía más compañía que la del hijo que iba a nacer; pero esa existencia no significaba más que un pequeño consuelo por el valor que le infundía.

En el momento de partir, María de Cressay preguntó si podía despedirse de su madre. Pedro subió a la habitación de doña Eliabel. Por los gritos de la viuda, a quien las sangrías no le habían apagado toda la voz, comprendió María la inutilidad de su tentativa.

—Me ha respondido que ya no tiene hija —dijo Pedro al volver.

Y María pensó una vez más: «Hubiera hecho mejor escapándome con Guccio. Todo es por mi culpa; debía haberlo seguido.»

Los dos hermanos montaron en sus caballos y Juan de Cressay tomó en la grupa a su hermana, ya que su caballo era el mejor, o mejor dicho el menos malo de los dos. Pedro cabalgaba la jaca con huélfago sobre la cual, el mes anterior, los dos hermanos habían hecho tan galana entrada en la capital.

María dirigió una postrera mirada a la pequeña mansión cuyos techos, a la media luz de la aurora todavía indecisa, se revestían ya con la incierta grisalla del recuerdo. Todos los instantes de su vida, desde que había abierto los ojos, se habían desarrollado entre aquellas paredes y en aquel paisaje; sus juegos de niña, el sorprendente descubrimiento de sí misma y del mundo que cada uno se forma día tras día... la infinita diversidad de las hierbas del campo, la extraña forma de las flores y el maravilloso polvo que llevan en su corazón, la suavidad del plumón en el vientre

de los patitos, los juegos del sol en las alas de las libélulas... Allí dejaba todas las horas pasadas viéndose crecer, escuchándose soñar, todos los cambios que solía contemplar en su rostro reflejado en el agua transparente del Mauldre, y aquel gran deslumbramiento de vivir que experimentaba a veces, echada cara al cielo en la pradera, buscando presagios en la forma de las nubes, imaginando a Dios presente en el cielo infinito...

—Bájate la caperuza —le ordenó su hermano Juan.

Una vez vadeado el río, puso el caballo a paso rápido, y pronto el de Pedro empezó a resoplar.

—Juan, ¿no vamos demasiado de prisa? —dijo Pedro, señalando a María con un movimiento de cabeza.

—¡Bah! El mal grano está siempre sólidamente plantado —respondió el mayor, como si malignamente deseara un accidente.

Pero sus esperanzas quedaron fallidas. María era una joven robusta y hecha para la maternidad. Recorrió las diez leguas de Neauphle a París sin dar muestras de la menor molestia.

Tenía, eso sí, los riñones molidos y se asfixiaba de calor, pero no se quejaba. De París no vio, por debajo de su caperuza, más que el pavimento de las calles y los bajos de las casas. ¡Cuántas piernas! ¡Cuántos zapatos! Lo que más la sorprendía era el ruido, el inmenso rumor de la ciudad, las voces de los pregoneros, de los vendedores de toda clase de géneros, y el ruido que hacían los artesanos. En ciertos lugares, la muchedumbre era tan densa que las monturas tenían dificultad en abrirse camino. Los pies de María chocaban a veces con los codos o la espalda de los transeúntes.

Por fin se detuvieron los caballos. Hicieron descender a la joven, que se encontraba cansada y cubierta de polvo. Sólo entonces la autorizaron a quitarse la capa.

—¿Dónde estamos? —preguntó, contemplando con sorpresa el patio de una hermosa residencia.

—En casa del tío de tu lombardo —respondió Juan de Cressay.

Instantes después, con un ojo cerrado y el otro abierto, maese Tolomei miraba a los tres hijos del difunto sire de Cressay sentados en fila ante él, Juan el barbudo, Pedro el barbilampiño, y a su lado la hermana, un poco apartada, con la cabeza baja.

—Recordad, maese Tolomei —dijo Juan—, que nos prometisteis...

—Cierto, cierto —respondió Tolomei—, y voy a cumplir, amigos míos, no dudéis de ello.

—Comprended que es necesario que se cumpla en seguida. Después del escándalo motivado por esta deshonra, nuestra hermana no puede permanecer más tiempo con nosotros. No nos atrevemos a aparecer por las casas de nuestros vecinos,

y hasta nuestros propios siervos se burlan de nosotros. Esta situación empeorará cuando nuestra hermana dé el fruto de su pecado.

Tolomei tenía la respuesta a flor de labios: «¡Pero, hijos míos, sois vosotros quienes habéis armado tal escándalo! Nadie os obligaba a lanzaros como fieras contra Guccio, amotinando a todo el burgo de Neauphle mejor que con un pregonero público.»

—Además, nuestra madre no se repone de esta desgracia; ha maldecido a su hija, y cuando la ve a su lado se le acrecienta la cólera de tal modo que tememos que reviente... Comprended...

«Es la manía de todos los necios, pedir que comprendáis... ¡Bah! Cuando se le seque la lengua ya se callará... Pero lo que comprendo muy bien —se decía el banquero— es que mi Guccio haya enloquecido por esa hermosa muchacha. Lo creía equivocado, pero desde que la he visto entrar he cambiado de opinión; y si mi edad permitiera que me ocurriese todavía una cosa semejante, sin duda me comportaría más alocadamente que él. ¡Hermosos ojos, hermosos cabellos, hermosa piel... un verdadero fruto de primavera! ¡Y parece soportar su desgracia con valor, ya que, después de todo, los otros dos gritan, se enfurecen, se dan importancia; pero es para ella, pobre muchacha, la pena más grande! Seguramente tiene un gran corazón. Es una lástima que haya nacido bajo el mismo techo que esos dos necios; me gustaría que Guccio hubiera podido casarse a pleno día y que ella viviera aquí, alegrando mi vejez.»

No dejaba de contemplarla. María levantó los ojos hacia él, los bajó en seguida y volvió a levantarlos, inquieta por aquella insistente observación.

—Comprended, maese, que vuestro sobrino...

—¡Oh! ¡Reniego de él, lo he desheredado! Si no hubiera huido a Italia, creo que lo habría matado con mis propias manos. Si al menos supiera dónde se esconde... —dijo Tolomei, llevándose las manos a la frente con aire abatido.

Y al abrigo de la pequeña visera de sus manos, dejándose ver sólo por la joven, levantó dos veces su gran párpado habitualmente cerrado. María supo entonces que tenía un aliado, y no pudo contener un suspiro. Guccio vivía, Guccio estaba en lugar seguro, y Tolomei sabía dónde. ¡Qué le importaba el claustro ahora!

Había dejado de prestar atención al discurso de su hermano Juan. Por otra parte, le habría sido fácil repetirlo de memoria. El mismo Pedro de Cressay permanecía en silencio, con aire de cansancio. Se reprochaba, sin atreverse a decirlo, haber cedido él también a la cólera. Y dejaba a su hermano mayor hablar del honor de la sangre y de las leyes de la caballería, para justificar su enorme tontería.

Porque cuando, viniendo de su pobre caserón arruinado y de su patio que olía a estiércol invierno y verano, los hermanos Cressay veían la principesca residencia de Tolomei, cuando respiraban aquel aire de riqueza y de abundancia que saturaba toda

la mansión, se veían obligados a reconocer que su hermana no hubiera salido tan mal parada, si hubieran consentido su matrimonio. Pero mientras el pequeño sentía, en el fondo, remordimiento en lo referente a su hermana, el mayor, testarudo y animado por un bajo sentimiento de envidia, pensaba: «¿Por qué había de tener derecho por su malvado pecado a tanta riqueza, cuando nosotros arrastramos una vida miserable?»

Tampoco María era insensible al lujo que la rodeaba; la deslumbraba y no hacía más que avivar su pesar.

«¿Si al menos Guccio hubiera sido un poquito noble —pensaba—, o si nosotros no lo hubiéramos sido!... ¿Qué quiere decir la caballería? ¿Puede ser bueno lo que hace sufrir tanto? Y la riqueza ¿no es también una especie de nobleza?»

—No os preocupéis por nada, amigos míos —dijo al fin Tolomei—; dejadlo todo en mis manos. El deber de los tíos es reparar las faltas de sus malos sobrinos. He conseguido, gracias a mis altas amistades, que acojan a vuestra hermana en el convento de Saint-Marcel para muchachas. ¿No estáis satisfechos?

Los dos hermanos Cressay se miraron y movieron la cabeza con gesto de aprobación. El convento de las clarisas del barrio de Saint-Marcel gozaba del más alto prestigio. Entraban en él únicamente las hijas de la nobleza, y allí era, a veces, donde se disimulaba bajo el velo a las bastardas de la familia real. El disgusto de Juan Cressay desapareció de golpe, aplacado por la vanidad de casta. No había lugar donde un deshonor se pudiera encubrir con más honor. Y cuando los insignificantes barones de los alrededores de Neauphle preguntaran a los Cressay dónde estaba María, no le sería desagradable responder en tono displicente: «Está en el convento de las hijas de Saint-Marcel.»

Pero Tolomei tenía que haber pagado o prometido mucho para que fuera admitida allí...

—Muy bien, está muy bien —dijo Juan—. Además, creo que la abadesa es algo pariente nuestra; nuestra madre nos la ha citado como ejemplo más de una vez.

—Así pues, todo es para bien —continuó Tolomei—. Voy a llevar a vuestra hermana al conde de Bouville, el antiguo gran chambelán...

Los dos hermanos se inclinaron ligeramente en el asiento para manifestar su consideración.

—...de quien he conseguido este favor, y os prometo que esta tarde ella será confiada precisamente a la abadesa. Podéis, pues, regresar con toda tranquilidad; yo os haré llegar noticias.

Los dos hermanos no preguntaron más. Se desembarazaban de su hermana, y estimaban haber hecho bastante descargando su cuidado sobre otro.

—Que Dios te inspire el arrepentimiento —dijo Juan a María a manera de adiós. Puso más calor al despedirse de Tolomei.

—Dios te guarde, María —dijo Pedro con emoción.

Inició un movimiento para abrazar a su hermana, pero la severa mirada del mayor lo contuvo.

Y María se quedó sola con el grueso banquero de tez oscura, carnosa boca y ojo cerrado, quien, por extraño que le pareciera, era su tío.

Los dos caballos salieron del patio y poco a poco fue apagándose el resoplido que producía el animal con huélfago, último rumor de los Cressay, que se alejaba de María.

—Ahora vamos a la mesa, hija mía. Mientras se come no se llora —dijo Tolomei.

Ayudó a la joven a quitarse la capa bajo la que se asaba; y María lo miró con sorpresa y reconocimiento, ya que era la primera muestra de atención o simplemente de cortesía que se tenía con ella desde hacía semanas.

«¡Vaya, una tela que salió de mi casa!», se dijo Tolomei, al ver el vestido que llevaba María.

Como el lombardo negociaba en especias de Oriente, al mismo tiempo que era banquero, los guisados en que introducía los dedos con elegancia, la carne que apretaba del hueso muy delicadamente, a pequeños trozos, estaban impregnados de sabores exóticos, apetitosos. Pero María no mostraba apetito y apenas se sirvió de los platos del primer servicio.

—Está en Lyon —le dijo entonces Tolomei, levantando el párpado izquierdo—. Por ahora no puede moverse, pero piensa en vos y os guarda toda su fe.

—¿Está preso? —preguntó María.

—No, no precisamente. Se encuentra encerrado pero no por hechos delictivos, y comparte su cautividad con tan altos personajes que nada hemos de temer por su seguridad; todo me induce a creer que saldrá de la iglesia en que se halla más importante de lo que era al entrar.

—¿Una iglesia? —preguntó María.

—No puedo decir nada más.

María no insistió. Guccio encerrado en una iglesia, acompañado de gente tan importante que no se le podía decir... el misterio la sobrepasaba. Pero todo lo referente a Guccio estaba envuelto de misterio. La primera vez que lo vio ¿no venía de una misión secreta ante la reina de Inglaterra? ¿No había estado dos veces en Nápoles, al servicio de la reina Clemencia? ¿No había recibido de ésta el relicario de san Juan Bautista que ahora llevaba ella al cuello? Si Guccio estaba encerrado en este momento, debía de ser para servir a alguna reina. Y María se maravillaba de que, entre tantas poderosas princesas, siguiera prefiriéndola a ella, una pueblerina. Guccio vivía, Guccio la quería; no necesitaba nada más para experimentar de nuevo el placer de vivir, y empezó a comer con el apetito de una joven de dieciocho años que ha estado viajando desde el alba.

Tolomei, aunque sabía dirigirse con soltura a los más altos barones, a los pares

del reino, a los legistas, a los arzobispos, hacía tiempo que había perdido la costumbre de conversar con mujeres, sobre todo con una tan joven. Hablaron poco. El viejo banquero miraba con alborozo a aquella sobrina que le caía del cielo y que por momentos le iba gustando más.

«¡Qué pena —pensaba— recluirlo en un convento! Si Guccio no estuviera encerrado en el cónclave, enviaría a esta hermosa niña a Lyon; pero, ¿qué iba a hacer allí, sola y sin apoyo? Los cardenales, por lo que se sabe, no parecen próximos a ceder... ¿Y si la retuviera aquí en espera de que regrese mi sobrino? ¡Cómo me lo agradecería! No, no puedo hacerlo; solicité de Bouville que intercediera en su favor; ¿qué papel haría ahora, despreciando la molestia que se ha tomado?»

¡Además, si la abadesa es prima de los Cressay y se les ocurre a esos bobos la idea de pedirle noticias!... ¡Vamos, no es cuestión de que también yo pierda la cabeza! Irá al convento...»

—...pero no para toda la vida —dijo continuando su pensamiento en voz alta—. No se trata de hacerlos tomar el hábito. Aceptad, sin quejaros demasiado, estos meses de reclusión; os prometo, cuando nazca vuestro hijo, arreglar el asunto para que viváis feliz con mi sobrino.

María le cogió la mano y se la llevó a los labios. El banquero se turbó; la bondad no formaba parte de su carácter, y su oficio no le había permitido acostumbrarse a las expresiones de gratitud.

—Ahora me es preciso entregaros al cuidado del conde de Bouville —dijo—. Voy a llevaros.

De la calle de los Lombardos al palacio de la Cité el camino no era largo. María lo recorrió al lado de Tolomei en un estado de maravillosa sorpresa. Nunca había visto una gran ciudad; el movimiento de la muchedumbre bajo el sol de julio, la belleza de las casas, la profusión de tiendas, el centelleo en los escaparates de los orfebres, todo aquel espectáculo la transportaba a un país de magia. «¡Qué felicidad —se decía— vivir aquí, y qué hombre tan amable es el tío de Guccio! ¡Bendito sea por querer protegernos! ¡Oh, sí, soportaré sin quejarme los meses de convento!»

Pasaron el Pont-au-Change y entraron en la galería Mercière, repleta de puestos de vendedores.

Tolomei no pudo menos, por el placer de oírle de nuevo sus palabras de agradecimiento, que comprarle una linda escarcela bordada con pequeñas perlas.

—Esto de parte de Guccio. ¡Es preciso que yo lo reemplace!

En seguida se encontraron en la gran escalera de palacio. Así, por haber cometido una falta con un joven lombardo, María de Cressay entraba en la residencia real.

Dentro del palacio reinaba aquel estado de agitación, aquel ajetreo, real o simulado, que caracterizaba a los lugares en que se encontraba el conde de Valois. Tras atravesar galerías, salas y corredores por donde se apresuraban, se cruzaban y se

interpelaban chambelanes, secretarios, oficiales y solicitadores, Tolomei y la joven llegaron a una parte un poco retirada, detrás de la SainteChapelle, que daba sobre el Sena y la Isla de los Judíos. Una guardia de gentileshombres en cota de mallas les cerró el paso. Nadie podía penetrar en las habitaciones reservadas a la reina Clemencia sin la autorización de los curadores. Mientras iban a buscar al conde de Bouville, Tolomei y María esperaron junto al derrame de una ventana.

—Mirad, allí quemaron a los Templarios —dijo Tolomei, señalando la isla.

Llegó el grueso Bouville, con arreos de guerra, envuelta la barriga con la cota de acero y con paso decidido como si fuera a dirigir un asalto.

Hizo apartar a la guardia. Tolomei y María atravesaron primero una pieza donde, sentado en un sillón, dormía un anciano enjuto, vestido con traje de seda y con la piel moteada como un pergamino. Era el senescal de Joinville. Dos escuderos, junto a él, jugaban silenciosamente al ajedrez. Luego, los visitantes pasaron al alojamiento del conde de Bouville.

—¿Va recobrándose la señora Clemencia? —preguntó Tolomei a Bouville.

—Llora menos —respondió el curador—, o más bien muestra menos su llanto, como si se tragara sus lágrimas. Sin embargo, sigue como aturdida. Y luego el calor de aquí no le va nada bien a su estado, y tiene con frecuencia desfallecimientos y mareos.

«Así pues, la reina de Francia está al lado —pensaba María con intensa curiosidad—. ¿Le será presentada tal vez? ¿Me atreveré a hablarle de Guccio?»

Luego asistió a una larga conversación, de la que, por otra parte, comprendió poco, entre el banquero y el antiguo gran chambelán. Cuando pronunciaban ciertos nombres bajaban la voz y María evitaba oír sus susurros.

La llegada del conde de Poitiers desde Lyon estaba anunciada para el día siguiente.

Bouville, que había deseado tanto su regreso, no sabía ahora si debía felicitarle, ya que monseñor de Valois había decidido salir inmediatamente al encuentro de Felipe, en compañía del conde de la Marche; y Bouville mostró a Tolomei, por una ventana que daba a los patios, los preparativos de esta marcha. Por su parte, el duque de Borgoña, llegado de Dijon, hacía montar guardia a sus propios gentileshombres en torno de su sobrina, la pequeña Juana de Navarra. Sobre la ciudad soplaba un viento agorero de revuelta, y aquella rivalidad entre regentes sólo podía desencadenar las peores calamidades.

Bouville creía que debían haber nombrado regente a la reina Clemencia, y rodearla de un consejo de la corona compuesto por Valois, Poitiers y Eudes de Borgoña.

Aunque Tolomei estaba muy interesado por los acontecimientos, intentó repetidas veces llevar a Bouville al objeto de su entrevista.

—Desde luego, desde luego, vamos a ayudar a esa joven —respondía Bouville, que en seguida volvía a sus preocupaciones políticas.

¿Tenía Tolomei noticias de Lyon? El chambelán retenía familiarmente al banquero por el brazo y le hablaba casi al oído. ¿Cómo? ¿Guccio conclavista? ¿Cerrado con Duéze? ¡Ah! ¡ Qué hábil muchacho! ¿ Creía Tolomei poderse comunicar con su sobrino? Si acaso recibía noticias o tenía medios de hacérselas llegar que se lo dijera; este enlace podía ser precioso. En cuanto a María...

—Sí, sí —dijo el curador—. Mi mujer, que es persona inteligente y muy activa, ha arreglado todo a vuestra conveniencia; estad tranquilo.

Llamaron a la señora de Bouville, mujer pequeña y delgada, autoritaria, de rostro surcado por arrugas verticales, y cuyas manos sarmentosas no estaban nunca quietas. María, que hasta entonces se había sentido segura, experimentó inmediatamente una sensación de malestar e inquietud.

—¡Ah! Vos sois la que ha de ocultar su pecado —dijo la señora de Bouville examinándola con semblante poco benévolo—. Os esperan en el convento de las clarisas. La abadesa mostraba poca diligencia, y menos aún cuando le cité vuestro nombre, porque ella es, no sé en qué grado, de vuestra familia y vuestra conducta no le agrada. Pero, en fin, el favor de que goza mi esposo, messire Hugo, ha hecho sentir su peso. También yo he intervenido un poco, y os concederán alojamiento. Os llevaré allí antes de que llegue la noche.

Hablaba deprisa y no era fácil interrumpirla. Cuando calló, María, con gran deferencia, aunque con mucha dignidad en el tono, le contestó:

—Señora, no estoy en pecado, ya que me he casado ante Dios.

—Vamos, vamos —replicó la señora de Bouville—, no hagáis lamentar la bondad que se tiene por vos. Agradeced a quienes se preocupan por ayudaros, en lugar de venir con petulancias.

Fue Tolomei quien le dio las gracias en nombre de María. Cuando ésta vio que el banquero estaba a punto de irse, experimentó una sensación tan grande de pena que se lanzó en sus brazos como si hubiera sido su padre.

—Hacedme saber la suerte de Guccio —le murmuró al oído—, y decidle que desfallezco por él.

Tolomei se fue, y los Bouville desaparecieron igualmente. María permaneció en la antecámara durante toda la tarde; no se atrevía a moverse y sin otra distracción que asistir, apoyada en el alféizar de una ventana abierta, a la salida de monseñor de Valois y su escolta. El espectáculo le hizo olvidar por un momento su pesar. Jamás había visto tan hermosos caballos, tan hermosos arneses, tan hermosos vestidos y en tan gran número. Pensaba en los campesinos de Cressay, vestidos con harapos, envueltas las piernas en bandas de tela, y se decía que era muy extraño que seres que tenían todos cabeza y dos brazos, y habían sido creados por Dios a su imagen,

pudieran pertenecer a razas tan diferentes, si se les juzgaba por sus vestiduras.

Algunos escuderos jóvenes, al ver que una muchacha tan bella los observaba, le dirigieron sonrisas e incluso le enviaron besos. De pronto se colocaron alrededor de un personaje que llevaba un vestido bordado de plata. Parecía imponer mucho respeto y adoptaba aire de soberano. Luego la tropa se puso en movimiento, y el calor de la tarde se dejó sentir sobre los patios desiertos y los jardines del palacio.

Hacia el anochecer, la señora de Bouville fue a buscar a María. Acompañadas de algunos criados y montadas en mulas ensilladas con una albarda «a la planchette», es decir, sentadas de lado, con los pies colocados sobre una pequeña plancha de madera, las dos mujeres atravesaron París. Había grupos por todas partes, y hasta vieron el final de una riña a la puerta de una taberna entre partidarios del conde de Valois y gente del duque de Borgoña. Los soldados de la ronda restablecían el orden a golpes de maza.

—La ciudad está nerviosa —dijo la señora de Bouville—. No me sorprendería que la jornada de mañana nos trajera una revuelta.

Salieron de París por el monte Sainte-Geneviève y la puerta Saint-Marcel. El crepúsculo caía sobre los arrabales.

—Cuando yo era joven —dijo la señora de Bouville—, no se veían aquí más de veinte casas.

Pero la gente ya no sabe dónde meterse en la ciudad, y construyen, sin cesar, en el campo.

El convento de las clarisas estaba cercado por un alto muro blanco que encerraba los edificios, jardines y huertos. En el muro había una puerta baja y, cerca de la puerta, un torno empotrado en el espesor de la piedra.

Una mujer que caminaba a lo largo del muro, con la cabeza cubierta por una caperuza, se acercó al torno y dejó en él un paquete que sacó de debajo de la capa; del paquete escapó un gemido; la mujer hizo girar el torno, tiró de la campanilla y, viendo que alguien se acercaba, huyó corriendo.

—¿Qué ha hecho? —preguntó María.

—Acaba de abandonar a un niño sin padre —dijo la señora de Bouville, mirando a María con aire severo—. Se les recoge de esta manera. Vamos, caminad.

María espoleó su mula. Pensaba que también ella hubiera podido verse obligada, un día próximo, a dejar a su hijo en un torno, y consideró que su suerte aún era envidiable.

—Os agradezco, señora, que os hayáis tomado por mí tanto trabajo —murmuró con lágrimas en los ojos.

—¡Ah! Por fin os oigo algo agradable —respondió la señora de Bouville.

VII.- Las puertas de palacio

Aquella misma tarde, el conde de Poitiers se encontraba en el castillo de Fontainebleau, donde iba a pernoctar; era su última etapa antes de llegar a París. Acababa de cenar en compañía del delfín de Vienne, del conde de Saboya y de los miembros de su numerosa escolta, cuando le fue anunciada la llegada de los condes de Valois, de La Marche y de SaintPol.

—Que entren, que entren enseguida —dijo Felipe de Poitiers.

Pero no hizo el menor gesto de ir al encuentro de su tío. Cuando éste apareció con su paso marcial, la cabeza erguida y el vestido cubierto de polvo, Felipe se contentó con levantarse y esperar. Valois, un poco desconcertado, permaneció en pie unos segundos junto a la puerta, dirigió una mirada a los presentes y, como Felipe se obstinaba en permanecer inmóvil, no tuvo más remedio que decidirse a avanzar. Todos guardaban silencio, observándolos. Cuando Valois estuvo lo bastante cerca, el conde de Poitiers lo tomó por los hombros y lo besó en ambas mejillas, lo cual podía parecer un gesto de buen sobrino, pero, viniendo de un hombre que no se había movido de su sitio, más bien era gesto de rey.

Esta actitud irritó no sólo a Valois, sino también a Carlos de La Marche, quien pensó:

«¿Hemos hecho este camino para recibir tal acogida? Después de todo, estoy en plano de igualdad con mi hermano. ¿Por qué se permite tratarnos con tal altivez?»

Una expresión amarga, celosa, deformaba ligeramente su hermoso rostro de rasgos regulares, pero carente de inteligencia.

Felipe le tendió los brazos. La Marche no pudo hacer otra cosa que cambiar un breve abrazo con su hermano; para darse importancia e intentar él también dar muestras de su autoridad, exclamó, designando a Valois:

—Felipe, ved ahí a nuestro tío, el más antiguo de la corona. Os encarecemos que os sometáis a él y le reconozcáis el gobierno del reino. Porque sería grave riesgo relegarlo a un niño que todavía ha de nacer, incapaz a todas luces de gobernar todavía.

La frase era ambigua y de tal ampulosidad que no podía ser de la cosecha de Carlos de La Marche. Evidentemente, repetía palabras aprendidas. El final de la declaración dejó perplejo a Felipe. No había pronunciado el nombre de regente. ¿No soñaría Valois más aún que en la regencia, en la misma corona?

—Nuestro primo Saint-Pol está con nosotros —prosiguió Carlos de La Marche—, por lo que podéis suponer que así piensan también los barones.

Felipe se pasó lentamente la mano por la mejilla.

—Os agradezco, hermano mío, vuestro consejo —respondió friamente—, y que hayáis recorrido distancia tan larga para hacérmelo saber. Supongo, pues, que debéis

estar tan cansado como lo estoy yo, y el cansancio no es buen consejero. Propongo, pues, que nos vayamos a dormir y dejemos nuestra decisión para mañana, en que podremos deliberar con el espíritu despierto y en consejo restringido. Monseñores, buenas noches... Raúl, Anseau, Adán, acompañadme, os lo ruego.

Y abandonó la sala sin haber ofrecido alojamiento a sus visitantes y sin preocuparse en absoluto del lugar y el modo como iban a pasar la noche.

Seguido de Adán Héron, de Raúl de Presles y de Anseau de Joinville, se dirigió a la cámara real. El lecho, que no había sido ocupado desde que el Rey de Hierro había muerto en él, estaba preparado. Felipe deseaba fervientemente ocupar esa cámara; nadie más que él debía ocuparla.

Adán Héron se disponía a despojarlo de sus ropas.

—Creo que no me desvestiré esta noche —dijo Felipe de Poitiers—. Adán, mandaréis a uno de mis bachilleres a messire Gaucher de Châtillon para que mañana a primera hora me espere en París, en la puerta d'Enfer. Enviadme también a mi barbero, pues quiero partir con la cara fresca... y aprestad veinte corceles para la media noche; que los ensillen sin ruido, cuando mi tío se haya acostado. En cuanto a vos, Anseau —añadió dirigiéndose al hijo del senescal de Joinville—, os encargo que pongáis al corriente de mi marcha al conde de Saboya y al delfín para que no se sorprendan y piensen que no me fío de ellos. Permaneced aquí hasta mañana, en su compañía, y cuando mi tío se levante, acompañadlo y entretenedlo todo lo que podáis. Hacedle perder todo el tiempo posible durante el camino.

Se quedó solo con Raúl de Presles, y pareció abismarse en silenciosa meditación, que el legista se abstuvo de turbar.

—Raúl —dijo al fin—, vos permanecisteis junto a mi padre día tras día y lo conocisteis mejor que yo mismo. ¿Cómo hubiera actuado él en esta ocasión?

—Hubiera hecho lo que vos, monseñor; estoy seguro de ello, y no lo digo por adulación, sino porque así lo creo. Quise demasiado a nuestro sire Felipe y he sufrido demasiado desde que murió, para no servir hoy con toda mi devoción a un príncipe que me lo recuerda en todos los aspectos.

—Desgraciadamente, Raúl, bien poca cosa soy a su lado. Él podía seguir el vuelo de su halcón sin perderlo jamás de vista, y yo soy miope. El torcía sin dificultad una herradura con las manos. No he heredado su fuerza para las armas, ni aquel porte suyo que hacía patente a todos que era rey.

Mientras iba hablando, miraba obstinadamente el lecho.

En Lyon se había sentido regente, con toda seguridad. Pero a medida que se acercaba a la capital, esa seguridad, sin que nada en él lo revelara, lo abandonaba un poco. Raúl de Presles, como si respondiera a preguntas no formuladas dijo:

—No hay precedentes, monseñor, de la situación en que nos hallamos. Hemos estado forcejeando bastante desde hace días. En el estado de debilidad en que se

encuentra el reino, el poder será de quien tenga autoridad para tomarlo. Si vos lo conseguís, Francia no padecerá.

Poco después se retiró, y Felipe se tendió, fijando la vista en la pequeña lámpara que colgaba entre las cortinas. El conde de Poitiers no sintió ninguna turbación, ningún malestar, al encontrarse en aquel lecho cuyo último ocupante había sido un cadáver. Por lo contrario, cobraba fuerza en él; tenía la impresión de reencarnarse en la forma paterna, de volver a ocupar su puesto, de abarcar sus dimensiones en la tierra. «Padre, volved a mi», rogaba; y permaneció inmóvil, cruzadas las manos sobre el pecho, ofreciendo su cuerpo a la reencarnación de un alma que había huido hacía veinte meses.

Oyó pasos y voces en el corredor y que su chambelán decía, sin duda a alguien del séquito del conde de Valois, que el conde de Poitiers descansaba. Cayó el silencio sobre el castillo. Poco después llegó el barbero con la bacía, la navaja y los paños calientes. Mientras lo afeitaba, Felipe de Poitiers recordó las últimas recomendaciones, que, en esta misma habitación delante de la familia y de la corte, había recibido Luis de su padre, recomendaciones que había tenido tan poco en cuenta:

«Considerad, Luis, lo que representa ser rey de Francia. Y enteraos cuánto antes del estado de vuestro reino.»

Hacia medianoche Adán Héron fue a anunciarle que los caballos estaban preparados.

Cuando el conde de Poitiers salió de la habitación, tenía la sensación de que acababan de borrarle veinte meses, y que volvía a tomar los asuntos tal como estaban a la muerte de su padre, como si hubiera recibido directamente la sucesión.

Una luna propicia iluminaba la ruta. La noche de julio, completamente estrellada, semejaba el manto de la Santa Virgen. El bosque exhalaba perfumes de musgo, de humus y de helecho; vivía con el gemido secreto de los animales. Felipe de Poitiers montaba un excelente caballo, cuya poderosa estampa le gustaba. El aire fresco azotaba sus mejillas sensibilizadas por el barbero.

«Sería una lástima —pensaba— dejar tan buen país en malas manos.»

El pequeño grupo surgió del bosque, atravesó al galope Ponthierry y se detuvo al hacerse de día en la hondonada de Essonnes, para dar un respiro a los caballos y comer algo. Felipe devoró las provisiones, sentado en un mojón. Parecía feliz. Sólo contaba veintitrés años y su expedición tenía cierto aire de conquista; se dirigía con jubilosa amistad a sus compañeros de aventura. Esta alegría, rara en él, acabó de unirlos.

Llegó a la puerta de París entre la hora prima y tercia, al tiempo que sonaban las campanas de los conventos. Allí lo esperaban Luis de Evreux y Gaucher de Châtillon. El condestable tenía cara de pocos amigos. Invitó al conde de Poitiers a ir

inmediatamente al Louvre.

—¿Y por qué no he de ir directamente al palacio de la Cité? —preguntó Felipe.

—Porque nuestros señores de Valois y de La Marche han hecho ocupar el palacio por sus hombres armados. En el Louvre tenéis tropas reales, que me son fieles, es decir a vos, con los ballesteros de messire de Galard... Pero es preciso actuar pronto y resueltamente —agregó el condestable— para adelantarnos al regreso de nuestros dos Carlos. Si me lo ordenáis, monseñor, haré desalojar el palacio.

Felipe sabía que los minutos eran preciosos. Calculaba que llevaba por lo menos de seis a siete horas de adelanto sobre Valois.

—No quiero acometer nada sin saber de antemano si será bien visto por los burgueses y el pueblo de la ciudad —respondió.

Y en cuanto entró en el Louvre, mandó reunir en el Locutorio de los burgueses a maese Coquatrix, maese Gentien y otros notables, y también al preboste Guillermo de La Madeleine, que en marzo había sucedido al preboste Ployebouche.

Felipe les expuso en pocas palabras la importancia que concedía a la burguesía de París, a los hombres que dirigían las artes de fabricación y a los negociantes. Los burgueses se sintieron honrados, y sobre todo tranquilizados, por un lenguaje que no habían oído desde la muerte de Felipe el Hermoso; un rey de quien se habían quejado con frecuencia cuando los gobernaba, pero cuya muerte no cesaban ahora de lamentar.

Le respondió Geoffroy Coquatrix, comisionado para perseguir la moneda falsa, recaudador de subvenciones y subsidios, tesorero de la guerra, abastecedor de las guarniciones, visitador de puertos y pasos del reino y jefe de la Cámara de cuentas. Ocupaba estos cargos desde el reinado de Felipe el Hermoso, quien lo había dotado incluso de una renta hereditaria, como se hacía a los grandes servidores de la corona, y jamás había rendido cuentas de su administración. Temía que Carlos de Valois, hostil siempre a la promoción de los burgueses a los altos puestos, lo destituyera de sus funciones, para expoliarlo de la enorme fortuna adquirida en el desempeño de sus cargos.

Coquatrix aseguró al conde de Poitiers, llamándolo diez veces «messire regente», la devoción que por él sentía el pueblo de París. Su palabra tenía mucho valor ya que era todopoderoso en el Locutorio y lo bastante rico para pagar, en caso necesario, a todos los truhanes de la ciudad para enviarlos a una revuelta.

Geoffroy coquatrix, casado primero con María La Marcelle, luego con Juana Gencien, conservó hasta su muerte, ocurrida en 1321, todos los cargos acumulados durante tres reinados, sin rendir nunca cuentas. El hijo de Carlos de Valois, Felipe VI, exigió estas cuentas después del año 1328 a las herederas de Geoffrey coquatrix; tuvo que renunciar a ello y, finalmente, eximió a las hijas de tener que justificar la administración de su padre, mediante la entrega de la suma de 15.000 libras.

La noticia del regreso de Felipe de Poitiers se había propagado rápidamente. Los barones y caballeros que le eran adictos corrieron al Louvre, comenzando por la condesa Mahaut de Artois, a quien se lo habían notificado personalmente.

—¿En qué estado se encuentra mi dulce señora Juana? —preguntó Felipe a su suegra, abriéndole los brazos.

—Esperamos que dé a luz de un día a otro.

—Iré a verla en cuanto termine.

Luego se reunió con su tío Luis y con el condestable.

—Ahora, Gaucher, podéis marchar contra el palacio. Procurad dejarlo todo listo para mediodía. Pero evitad derramamientos de sangre, en todo lo posible. Usad la amenaza antes que la violencia. No me gustaría entrar en el palacio saltando por encima de cadáveres.

Gaucher fue a colocarse al frente de las compañías de gente armada que había reunido en el Louvre, y se dirigió a la Cité. Al mismo tiempo envió al preboste a buscar, en el barrio del Temple, los mejores carpinteros y cerrajeros. Las puertas de palacio estaban cerradas. Gaucher, que tenía a su lado al gran maestre de los ballesteros, pidió que se le franqueara el paso. El oficial de guardia, asomándose por un ventanillo situado encima de la puerta principal, respondió que no podía abrir sin autorización del conde de Valois o del conde de La Marche.

—Es preciso que me abráis de todos modos —respondió el condestable—, porque quiero entrar y poner el palacio en condiciones de recibir al regente, al que precedo.

—No podemos.

Gaucher de Châtillon se aferró al caballo.

—Entonces abriremos nosotros —dijo.

E hizo una señal para que se acercase el maestro Pedro del Temple, carpintero real, escoltado por sus obreros, que llevaban sierras y gruesas palancas de hierro. Al mismo tiempo los ballesteros recibieron orden de armar. Dieron la vuelta a sus ballestas y pusieron el pie en una especie de estribo de hierro que les permitía tener el arco apoyado en el suelo mientras tensaban las cuerdas, colocaron la flecha en la muesca, y se colocaron en posición de apuntar a las almenas y troneras. Los arqueros y piqueros, juntando sus escudos, formaban un enorme caparazón alrededor y por encima de los carpinteros.

En las calles adyacentes, mirones y chiquillos se apiñaban, a respetuosa distancia, para ver el asedio. Se les ofrecía un hermoso espectáculo del que podrían hablar durante mucho tiempo. «Tal como os digo... yo estaba allí... Vi al condestable sacar su gran espada... ¡Más de dos mil, seguro, había más de dos mil...

Por fin, Gaucher, con aquella voz de mando que tronaba en los campos de batalla, gritó con la visera del yelmo levantada:

—¡Messires que estáis ahí dentro! Ved a los maestros carpinteros y cerrajeros

dispuestos a hacer saltar las puertas. Ved también a los ballesteros de messire de Galard rodeando el palacio por todas partes. Nadie podrá escapar. Os invito por última vez a abrirnos las puertas, porque si no os rendís a discreción, se os cortará la cabeza por más nobles que seáis. El regente no dará cuartel.

Luego se bajó la visera, lo que indicaba que no iba a porfiar.

Debía de reinar gran pánico en el interior, pues apenas los obreros colocaron las palancas bajo las puertas, éstas giraron solas. La guarnición del conde de Valois se rendía.

—Ya era hora de que os sometierais a la prudencia —dijo el condestable, tomando posesión del palacio—. Volved a vuestra casa o junto a vuestros dueños; no os agrupéis, y no se os hará ningún daño.

Una hora más tarde, Felipe de Poitiers ocupaba las habitaciones reales. Inmediatamente tomó medidas de seguridad. El patio del palacio, abierto ordinariamente a la gente, fue cerrado y guardado militarmente y los visitantes cuidadosamente identificados. A los tenderos que tenían el privilegio de vender en la gran galería se les rogó que aquel día cerraran su negocio.

Cuando los condes de Valois y de La Marche llegaron a París comprendieron que su partida estaba perdida.

—Felipe nos ha jugado una mala pasada —se decían.

Y no teniendo otra salida, se apresuraron a presentarse en palacio a negociar su sometimiento. Allí encontraron, rodeando al conde de Poitiers, una nutrida concurrencia de señores, notables y eclesiásticos, entre éstos al arzobispo Juan de Marigny, siempre dispuesto a colocarse al lado del poder.

Notando con despecho la presencia de Coquatrix, de Gentien y de muchos burgueses, Valois dijo en voz baja a Carlos de La Marche:

—Vuestro hermano no durará; está muy poco seguro de sí mismo, cuando se ve obligado a apoyarse en la burguesía.

No obstante, compuso su mejor semblante para adelantarse hacia Poitiers y presentarle excusas por el incidente de las puertas.

—Mis escuderos de guardia no sabían nada. Habían recibido órdenes severas debido a la reina Clemencia.

Esperaba una violenta repulsa y casi la deseaba, pues así se le ofrecería un pretexto para entrar en lucha abierta con Felipe. Pero éste no le dio la ventaja de una discusión, y le respondió con el mismo tono:

—He tenido que actuar de este modo, y muy a mi pesar, tío mío, en previsión de las intenciones de nuestro primo de Borgoña, a quien vuestra partida había dejado el campo libre. Me informaron de ello anoche, en Fontainebleau, y no quise despertaros.

Valois, para disimular su derrota, fingió admitir la explicación, e incluso se esforzó en poner buen semblante al condestable, a quien consideraba autor de toda la

maquinación.

Carlos de La Marche, menos hábil en el disimulo, mantenía los dientes apretados.

El conde de Evreux hizo entonces la proposición que había convenido con Felipe. Mientras éste fingía ocuparse de cuestiones de servicio con el condestable y Miles de Noyers, en un rincón de la sala, Luis de Evreux dijo:

—Mis nobles señores, y todos vosotros, messires: aconsejo, por el bien del reino y para evitar funestos transtornos, que nuestro bienamado sobrino Felipe se haga cargo del gobierno, con el consentimiento de todos, y que desempeñe las tareas reales en nombre de su sobrino que está por nacer, si Dios quiere que la reina Clemencia dé a luz un varón; aconsejo también que se celebre cuanto antes una asamblea de los altos dignatarios del reino, junto con los pares y barones, para aprobar nuestra decisión y jurar fidelidad al regente.

Esto era la respuesta exacta a la declaración hecha la víspera por Carlos de La Marche en Fontainebleau en favor de Valois. Pero esta vez la escena había sido preparada por mejores artistas.

Arrastrada por la gente leal al conde de Poitiers, la asistencia aprobó la propuesta por aclamación.

Seguidamente Luis de Evreux fue a poner sus manos sobre las de Felipe.

—Os juro fidelidad, sobrino mío —dijo, doblando la rodilla.

Felipe lo hizo levantar y, abrazándolo, le dijo al oído:

—Todo ha ido a las mil maravillas; mil gracias, tío mío.

Carlos de Valois, furioso, gruñó:

—¡El rey... se cree el mismísimo rey!

Pero Luis de Evreux ya se había vuelto hacia él y le decía:

—Perdón, hermano mío, por haber pasado por encima de vuestra antigüedad.

Valois no podía hacer otra cosa que obedecer. Se acercó con las manos extendidas; el conde de Poitiers se las dejó en el aire.

—Me haréis la gracia, tío mío —dijo—, de formar parte en mi consejo.

Valois palideció. La víspera firmaba las ordenanzas y las hacía sellar con sus armas. Ahora se le ofrecía como gran honor un sitio en el consejo al que pertenecía por derecho.

—Nos entregaráis también las llaves del Tesoro —agregó Felipe, bajando la voz—. Sé muy bien que no queda más que polvo, pero deseo que no se esparza.

Valois hizo un ligero movimiento de estupor; lo que le pedían era tanto como deponerlo.

—No puedo, sobrino mío —respondió—. Tengo que poner las cuentas en limpio.

—Me guardaré muy bien de dudar de su limpieza —dijo Felipe con ironía apenas perceptible.

—No me obliguéis a haceros la injuria de pedir un examen de las cuentas.

Entregadnos, pues, las llaves y damos las cuentas por limpias y exactas.

Valois comprendió el alcance de la amenaza.

—Sea, sobrino mio, recibiréis las llaves en seguida.

Entonces Felipe extendió las manos para recibir el homenaje de su más poderoso rival.

El condestable de Francia se acercó a su vez.

—Ahora, Gaucher —le susurró Felipe—, es preciso que nos ocupemos del Borgoñón.

VIII.- Las visitas del conde de Poitiers

El conde de Poitiers no se hacía ilusiones. Acababa de lograr un primer éxito, espectacular y rápido; pero sabía que sus adversarios no serían desarmados tan fácilmente.

En cuanto recibió de monseñor de Valois un juramento de fidelidad que no era más que de palabra, Felipe atravesó el palacio para saludar a su cuñada Clemencia. Iba acompañado de Anseau de Joinville y de la condesa Mahaut. Hugo de Bouville, al ver a Felipe, se deshizo en lágrimas y, cayendo de rodillas, le besó las manos. El antiguo chambelán se había abstenido de aparecer en la reunión de la tarde; durante las últimas horas no había abandonado su puesto ni había dejado su espada y había pasado duros trances mientras el condestable sitiaba el palacio.

—Perdonadme, monseñor; perdonadme esta debilidad; es la alegría de asistir a vuestro regreso... —decía, humedeciendo con sus lágrimas las manos del regente.

—No os contengáis, amigo mío, no os contengáis —respondió Felipe.

El viejo sire de Joinville no reconoció al conde de Poitiers. Tampoco reconoció a su hijo, y cuando le repitieron por tres veces quiénes eran, los confundió y se inclinó ceremoniosamente ante el heredero de su nombre.

Bouville abrió la puerta de la habitación de la reina, y como Mahaut se dispusiera a seguir a Felipe, el curador, recobrando su energía, exclamó:

—¡Vos sólo, monseñor, vos sólo!

Y cerró la puerta ante la condesa.

La reina Clemencia estaba pálida, cansada y visiblemente ajena a las preocupaciones que con tanta fuerza agitaban a la corte y al pueblo de París. Al ver acercarse al conde de Poitiers con las manos extendidas, no pudo dejar de pensar: «Si no me hubieran casado con él, ahora no sería viuda. ¿Por qué Luis? ¿Por qué no Felipe?» Trataba de alejar estas preguntas de su mente porque le parecían reproches al Creador Todopoderoso. Pero nada, ni siquiera la piedad, podía impedir a una viuda de veintitrés años preguntarse por qué razón los otros hombres jóvenes, los otros maridos, estaban vivos.

Felipe le informó de que había asumido la regencia y le expresó su total devoción hacia ella.

—¡Oh, sí, hermano mio! ¡Oh, sí! ¡Ayudadme! —murmuró. Hubiera querido decir, pero no supo cómo expresarlo:

«Ayudadme a vivir, ayudadme para no caer en la desesperación, ayudadme a alumbrar este nuevo ser que llevo y que es lo único que me ata a la tierra.» Agregó:

—¿Por qué me ha hecho abandonar mi tío Valois casi a la fuerza mi mansión de Vincennes?

Luis me la cedió estando agonizante.

—¿Deseáis, acaso, volver a ella? —preguntó Poitiers.

—¡Es mi único deseo, hermano mío! Allí me sentiría más fuerte, y mi hijo nacería más cerca del alma de su padre, en el lugar donde ella abandonó este mundo.

Felipe no tomaba a la ligera ninguna decisión, aunque fuera secundaria. Miró, a través de la ventana, la flecha de la SainteChapelle, cuya silueta aparecía un poco incierta y borrosa ante sus ojos miopes.

«Si le doy esta satisfacción —pensaba—, quedará agradecida, me considerará su defensor y se someterá por entero a mi voluntad. Por otra parte, mis adversarios la tendrán menos a mano en Vincennes que aquí, y no podrán utilizarla contra mi. De todas formas, en el estado de postración en que se halla no podría ayudar a nadie.»

—Hermana mía, quiero daros satisfacción en todo —respondió—; en cuanto la asamblea de los altos barones me confirme en el cargo, mi primer cuidado será volveros a llevar a Vincennes. Hoy es lunes; la asamblea, a la que doy prisa, se celebrará sin duda el viernes. Creo que el próximo domingo oiréis misa en vuestra mansión.

—Sabía, Felipe, que erais un buen hermano. Vuestro regreso es el primer consuelo que Dios me concede.

Al salir de la habitación de la reina, Felipe se reunió con su suegra y con Anseau de Joinville que lo esperaban. Mahaut había tenido unas palabras con Bouville, y ahora recorría sola, con su gran paso hombruno, las losas de la galería, bajo la recelosa mirada de los escuderos de guardia.

—¿Qué? ¿Cómo está? —preguntó a Felipe.

—Piadosa y resignada, y muy digna de dar a Francia un rey —respondió el conde de Poitiers de modo que sus palabras pudieran llegar a oídos de todos los presentes.

Luego, en voz baja, añadió:

—En el estado en que se halla, no creo que pueda llevar a buen término su embarazo.

—Sería el mejor regalo que nos podría hacer, y las cosas se arreglarían con más facilidad —respondió Mahaut, en el mismo tono—. Además, acabaría toda esa desconfianza y ese aparato de guerra que la rodean. ¿Desde cuándo los pares del reino no tienen acceso a la habitación de la reina? ¡Qué diablos, también yo me quedé viuda, y todo el mundo podía acercárseme para asuntos de gobierno!

Felipe, que no había visto aún a su mujer desde su regreso, acompañó a Mahaut al palacio de Artois.

—Vuestra ausencia le ha pesado mucho a mi hija —dijo Mahaut—. Pero vais a encontrarla tranquila y radiante. Nadie creería que está en vísperas de dar a luz. También yo en mis embarazos estaba tranquila hasta el último instante.

El encuentro del conde de Poitiers y de su mujer fue emocionante, aunque sin lágrimas.

Juana, muy pesada, se movía con dificultad, pero su aspecto era de salud y de felicidad. Había llegado la noche, y el brillo de las candelas, que le iba bien a su tez, esfumaba del rostro de la joven las señales de su estado. Llevaba varios collares de coral rojo, que se consideraban como de acción benéfica en los alumbramientos.

Fue al hallarse en presencia de su esposa, cuando Felipe se dio perfecta cuenta de los éxitos alcanzados, y se sintió satisfecho de sí mismo. Abrazando a su esposa, le dijo:

—Creo, mi dulce amiga, que de ahora en adelante puedo llamaros señora regente.

—Quiera Dios, mi buen sire, que os dé un hijo —respondió ella, estrechándose un poco contra el cuerpo delgado y robusto de su marido.

—Dios nos colmaría de sus gracias —le murmuró Felipe al oído— no haciéndolo nacer hasta después del viernes.

Pronto se suscitó una discusión entre Mahaut y Felipe. La condesa de Artois consideraba que su hija debía trasladarse enseguida a palacio para compartir las habitaciones de su marido.

Felipe era de opinión contraria, y deseaba que Juana continuara en la casa de Artois. Expuso varios argumentos, muy buenos en sí pero que no descubrían el fondo de su pensamiento y que, además, no convencieron a Mahaut. El palacio podía ser en días venideros sede de asambleas violentas y de tumultos perjudiciales para una parturienta. Por otra parte, Felipe consideraba más sensato esperar que Clemencia hubiera vuelto a Vincennes para instalar a Juana en el palacio real.

—Tal vez mañana ya no podrá moverse —exclamó Mahaut—. ¿Es que no deseáis que vuestro hijo vea la luz en palacio?

—Precisamente eso es lo que quiero evitar.

—La verdad es que no os comprendo, hijo mío —dijo Mahaut encogiendo sus poderosos hombros.

Esta controversia cansaba a Felipe. No había dormido hacía treinta y seis horas, la noche anterior había recorrido quince leguas a caballo, y había vivido luego la jornada más difícil y más agitada de su vida. Sentía la barba crecida y los párpados próximos a cerrarse. Sin embargo estaba decidido a no ceder. «La cama —pensaba—. ¡Que me obedezca y pueda irme a la cama!»

—Solicitemos la opinión de Juana. ¿Qué deseáis, amiga mía? —preguntó, seguro de la docilidad de su mujer.

Mahaut tenía inteligencia varonil, voluntad hombruna y una constante preocupación por afirmar el prestigio de su raza. Juana, de carácter completamente distinto e infinitamente más reservada, parecía hasta entonces marcada por el destino a no encontrarse más que en segundo plano, tanto en los honores como en los dramas. Prometida primero al Turbulento y destinada después, por una especie de cambio, al hijo segundo de Felipe el Hermoso, hubiera podido creerse, por un momento, futura

reina de Navarra y de Francia, antes de verse suplantada por su prima Margarita. Envuelta muy estrechamente en el escándalo de la torre de Nesle, había bordeado el adulterio sin cometerlo; y al castigarla le había sido evitada la pena de reclusión perpetua. Ahora bien, mientras Margarita, asesinada en la prisión, no era más que polvo; mientras Blanca seguía consumiéndose en el calabozo, ella ahora había recobrado a su esposo, su familia y su posición en la corte. Impulsada a la prudencia por el año de permanencia en Dourdan, se esforzaba en no comprometerse en nada. No le importaba mayormente que su hijo naciera en palacio, y deseosa de complacer en todo a su marido, cuya insistencia comprendía que se fundaba en sólidas razones, respondió:

—Aquí es, madre mía, donde deseo dar a luz. Me encontraré mejor.

Felipe le dedicó una sonrisa de agradecimiento. Sentado en un gran sillón de alto respaldo, con las piernas estiradas, se interesó por el nombre de las matronas y comadronas que habían de asistir a Juana en el parto; quiso saber la procedencia de todas, y si se podía confiar plenamente en ellas. Recomendó que se les hiciera prestar juramento, precaución que de ordinario sólo se tomaba en los partos reales.

«¡Qué buen esposo, que se preocupa tanto por mi!», pensaba Juana mientras escuchaba.

Felipe exigió también que, en el momento en que le empezaran los dolores a su mujer, se cerraran las puertas de la casa de Artois. Nadie debería salir, a excepción de la única persona encargada de llevarle la noticia del nacimiento...

—Vos —dijo señalando a la hermosa Beatriz de Hirson, que estaba presente—. Mi chambelán recibirá órdenes para que podáis verme a cualquier hora, aunque esté en consejo. Y si estoy acompañado, me daréis la noticia en voz baja, sin decir palabra a nadie... si es un hijo. Confío en vos porque recuerdo que me habéis servido bien con anterioridad.

—Y más de lo que creéis, monseñor —respondió Beatriz, inclinando ligeramente la cabeza.

Mahaut lanzó una furiosa mirada a Beatriz para llamarla al orden. Aquella doncella, con su aire indolente, su falsa candidez y su disimulada audacia le hacía temblar. Pero Beatriz continuaba sonriendo. Este juego de miradas no se escapó a Juana. Barruntaba que entre su madre y la primera doncella existía una madeja de secretos que prefería no desentrañar.

Volvió la mirada hacia su marido. Pero éste no se había dado cuenta de nada. Con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento, acababa de dormirse de golpe, fulminado por el sueño de la victoria. En su rostro anguloso, y de ordinario severo, se dibujaba una expresión de dulzura, que permitía adivinar la placidez de sus primeros años. Juana, emocionada, se acercó con paso silencioso y le dio un suave beso en la frente.

IX.- El hijo del viernes

Desde el día siguiente, el conde de Poitiers comenzó a preparar la asamblea del viernes. Si triunfaba, ya nadie podría, durante largos años, discutirle el poder.

Despachó mensajeros y jinetes para convocar, como había sido acordado, a todos los altos barones del reino —de hecho, a todos los que no se encontraban a más de dos jornadas a caballo—; lo que permitía, por una parte, que la situación no empeorase y, por otra, eliminar a ciertos grandes vasallos cuya hostilidad temía Felipe, tales como el conde de Flandes y el rey de Inglaterra.

Al mismo tiempo confiaba a Gaucher de Châtillon, Miles de Noyers y a Raúl de Presles la redacción del reglamento de regencia que sería sometido a la asamblea. Basándose en decisiones ya tomadas, se fijaron los siguientes principios: el conde de Poitiers administraría los dos reinos con el título provisional de regente, gobernador y guardián, y percibiría los impuestos reales. Si la reina Clemencia daba a luz un varón, éste sería rey, naturalmente y Felipe conservaría la regencia hasta la mayoría de edad de su sobrino. Pero si Clemencia tenía una hija... Todas las dificultades comenzaban con esta hipótesis.

Porque en tal caso la corona debía recaer normalmente en la pequeña Juana de Navarra, hija de Margarita y de Luis X. ¿Pero era, verdaderamente, hija de Luis? Esta era la pregunta que toda la corte se planteaba aquellos días.

Sin el descubrimiento, provocado por Isabel de Inglaterra y Roberto de Artois, de los reprobables amores de Margarita, sin la publicidad del escándalo del juicio y de las condenas, no se hubieran discutido los derechos de Juana de Navarra. A falta de un heredero varón, hubiera sido proclamada reina de Francia. Pero pesaban sobre ella grandes sospechas de bastardía, a las que Carlos de Valois y el mismo Luis X habían dado cuerpo con ocasión del segundo matrimonio, y de las que los partidarios de Felipe no dejarían de sacar partido ahora.

—Es hija de Felipe de Aunay —se decía abiertamente.

Así, el asunto de la torre de Nesle, sin haber tenido jamás el carácter abominablemente orgiástico y criminal que le atribuía la imaginación popular, siendo simplemente un asunto de adulterio, planteaba, dos años después de acaecido, un grave problema a la dinastía francesa.

Alguien propuso establecer, desde aquel momento, que la corona pasara de todas maneras al hijo de Clemencia, fuera hembra o varón.

Felipe de Poitiers puso mala cara ante esta sugestión. Ciertamente, las sospechas que recaían sobre Juana de Navarra tenían sólido fundamento, pero se carecía de prueba absoluta. A pesar de las presiones ejercidas sobre Margarita y de los chalaneos intentados, ella nunca había firmado una declaración concluyente que aseverara la ilegitimidad de Juana. La carta fechada la vigilia de su muerte, que fue utilizada en el

proceso de Marigny, aseguraba lo contrario. Era bien evidente que ni la anciana Agnès de Borgoña, ni su hijo Eudes IV, el duque actual, suscribirían la evicción de su nieta y sobrina. El conde de Flandes no dejaría de tomar partido por el duque, y sin duda, también el conde de Champaña. Francia corría el riesgo de una guerra civil.

—Entonces —dijo Gaucher de Châtillon—, decretemos por las buenas que las hijas quedarán excluidas del trono. Debe de haber un precedente sobre esto en que apoyarnos.

—¡Ah! —respondió Miles de Noyers—. Ya lo he hecho averiguar, porque también a mi se me ocurrió la idea, pero sin resultado.

—¡Que se busque más! Encargad este trabajo a vuestros amigos los maestros de la Universidad y del Parlamento. Esa gente encuentra costumbres para todo, y en el sentido que se quiera, si se lo toman a pecho. Se remontan a Clovis para aprobar que se os debe cortar la cabeza, quemaros los pies o privaros de lo mejor.

—Es cierto —dijo Miles—, que no he hecho buscar hasta tan lejos. Sólo pensaba en las costumbres establecidas desde Hugo. Habría que buscar más atrás. Pero no creo que tengamos tiempo hasta el viernes.

Obstinado, moviendo su cuadrada barbilla y plegando sus párpados de tortuga, el condestable prosiguió:

—Verdaderamente, sería una locura dejar que una mujer ascendiera al trono. ¿Os imagináis a una dama o doncella mandar los ejércitos, impura todos los meses, y embarazada cada año? ¿Y cómo hacer frente a los vasallos cuando ellas no son capaces ni siquiera de refrenar los ardores de su naturaleza? No, yo no lo concibo, y si esto llegara, entregaría en seguida mi espada. Os lo digo, monseñores, Francia es un reino demasiado noble para convertirlo en rueca y ponerlo en manos de una mujer. ¡Los lises no hilan!

Estas palabras impresionaron profundamente.

Felipe de Poitiers dio su conformidad a una redacción bastante tortuosa, que aplazaba la decisión a sesiones todavía lejanas.

—Hagamos de manera que se planteen las cuestiones, pero sin resolverlas —dijo—. Y dejemos la puerta abierta a las esperanzas de cada uno, puesto que todo depende de algo venidero y desconocido.

Si la reina Clemencia daba a luz una hija, Felipe conservaría la regencia hasta la mayoría de edad de Juana, su sobrina mayor. Y solamente en esta fecha se discutiría la sucesión ya a favor de las dos princesas, que se repartirían entonces Francia y Navarra, ya a favor de una de ellas, que conservaría ambos reinos, o a favor de ninguna si ambas renunciaban a sus derechos, o si la asamblea de los pares, convocada para debatir la cuestión, consideraba que ninguna mujer podía reinar en el trono de Francia. En este caso, la corona iría al pariente varón más próximo del último rey..., es decir, a Felipe. Así, su candidatura era adelantada oficialmente por

primera vez, aunque sometida a tantas condiciones previas que parecía una solución eventual de compromiso y arbitraje.

Este arreglo, sometido individualmente a los principales barones favorables a Felipe, obtuvo su aquiescencia.

Sólo Mahaut testimonió una reticencia, bien extraña por cierto, ante un párrafo que, de hecho, preparaba la subida de su yerno y de su hija al trono de Francia. Había algo en la redacción que la desazonaba.

—¿No podríais —dijo— declarar simplemente: «Si las dos hijas renuncian a sus derechos...», sin tener que preguntar a los pares si las mujeres pueden reinar o no?

—¡Oh, madre mía! —le respondió Felipe—. En ese caso, ellas no renunciarían. Los pares, de los que vos formáis parte, constituyen la única asamblea de recurso. En un principio elegían al rey, como los cardenales eligen al papa, o los palatinos al emperador, y de esta forma proclamaron a nuestro antepasado Hugo, que era duque de Francia. Si ahora ya no lo eligen es porque desde hace trescientos años nuestros reyes han tenido siempre un hijo para sucederles en el trono.

—¡Es una costumbre que nos llega muy oportuna! —replicó Mahaut—. Vuestro reglamento, que prevé el apartamiento de las mujeres, va a servir precisamente a las pretensiones de mi sobrino Roberto. Ya veréis como no dejará de usarlo para intentar arrebatarme mi condado.

No pensaba en Francia, sino solamente en su querrela sucesoria sobre el Artois.

—Costumbre de reino no es costumbre de feudo, madre mía. Y conservaréis mejor el condado si vuestro yerno es regente, o quizá rey, que con argumentos de leguleyos.

Mahaut se sometió sin quedar convencida.

—Esta es la gratitud de los yernos —dijo poco después a Beatriz de Hirson—. Se les envenena a un rey para dejarles el puesto libre, y en seguida se ponen a actuar a su manera, sin tener nada en cuenta.

—Es que, señora, no sabe exactamente lo que os debe, ni cómo nuestro sire Luis salió con los pies por delante.

—¡Y ni hace falta que lo sepa, señor! —exclamó Mahaut—. Después de todo, era su hermano, y mi Felipe tiene curiosos arranques justicieros. ¡Retén tu lengua, te suplico que retengas tu lengua!

Durante estas mismas jornadas, Carlos de Valois, apoyado por Carlos de La Marche y Roberto de Artois, se movía mucho, diciendo por todas partes y haciendo repetir que era una locura confirmar en la regencia al conde de Poitiers, y más aún designarlo como presunto heredero. Felipe y su suegra se habían creado demasiados enemigos y la desaparición de Luis X favorecía demasiado a sus intenciones, confesadas ahora, para que aquella sospechosa muerte no fuera obra suya. Aliado desde siempre del rey de Nápoles, nadie mejor que él para resolver los problemas

referentes a Clemencia y a la casa de Anjou. Como había servido al papado romano, contaba con la confianza de los cardenales italianos, sin los cuales, bien se veía, no se podía elegir un papa, ni aun usando los malos procedimientos empleados de encerrar al cónclave en una iglesia. Los antiguos Templarios recordaban que Valois nunca había aprobado la supresión de la Orden, y los flamencos no ocultaban que desearían negociar con él.

Cuando Felipe conoció esta campaña, encargó a sus adictos responder que era muy extraño ver al tío del rey apoyarse, para reclamar el poder, en las cortes extranjeras, y en los adversarios del reino, y que si querían ver al papa en Roma y a Francia en manos de los angevinos, el Temple resucitado y emancipados los flamencos, no tenían más que ofrecer, sin tardanza, la corona al conde de Valois.

Por fin llegó el viernes decisivo en que debía celebrarse la asamblea. Al amanecer, Beatriz de Hirson se presentó en palacio e inmediatamente fue llevada a la habitación del conde de Poitiers.

La doncella de compañía estaba casi sin aliento después de haber llegado corriendo desde la calle de Mauconseil. Felipe se incorporó en los almohadones.

—¿Varón? —preguntó.

—Varón, monseñor, y bien dotado —respondió Beatriz arqueando las cejas.

Felipe se vistió con presteza y se precipitó a la casa de Artois.

—¡Las puertas! ¡Las puertas! ¡Que permanezcan cerradas las puertas! —dijo en cuanto entró—. ¿Se han cumplido mis órdenes? ¿No ha salido nadie, excepto Beatriz? ¡Que nadie abandone la casa durante todo el día!

Luego se lanzó escaleras arriba. Había perdido aquella rigidez y compunción a las que se obligaba ordinariamente.

La «habitación de parto», como era costumbre en las familias principescas, había sido decorada suntuosamente. Grandes tapices de alto lizo de Arrás de vivos colores cubrían enteramente las paredes y el suelo estaba alfombrado de flores: lirios, rosas y margaritas que se aplastaban al caminar sobre ellas. La parturienta, pálida, con los ojos brillantes y el rostro todavía desfigurado, reposaba en un gran lecho blanco rodeado de cortinas de seda, bajo sábanas blancas que se extendían una vara por el suelo.

En los ángulos de la pieza se encontraban dos camas pequeñas, provistas igualmente de cortinas de seda, destinadas una a la comadrona juramentada, y la otra a la cunera de guardia.

Felipe se dirigió directamente a la cuna de lujo y se inclinó mucho para ver bien al hijo que le acababa de nacer. Algo desagradable y, sin embargo, enternecedor, como todo niño en sus primeras horas; rubicundo, arrugado, fija la mirada y lleno de babas, con un insignificante mechón de cabellos rubios apuntando en la pelada cabecita, dormía el bebé, enrollado en cintas estrechamente apretadas que lo

envolvían hasta los hombros.

—He aquí, pues, a mi pequeño Luis-Felipe, a quien tanto deseaba y que llega tan a punto —dijo el conde de Poitiers.

Sólo entonces se acercó a su mujer, la besó en la mejilla, y con tono de profunda gratitud le dijo:

—Muchas gracias, querida, muchas gracias. Me dais una hermosa alegría, y esto borra de mi pensamiento nuestras disensiones de antaño.

Juana llevó la mano de su marido a los labios y se acarició la cara con ella.

—Dios nos ha bendecido, Felipe; Dios ha bendecido nuestra reconciliación del otoño —murmuró.

Juana llevaba todavía sus collares de coral.

La condesa Mahaut, arremangada hasta el antebrazo sombreado de abundante vello, asistía a la escena con aire de triunfo. Se golpeó el vientre enérgicamente.

—¿Eh, hijo mío? —exclamó—. ¿No os lo dije? ¡Son buenos los vientres de Artois y de Borgoña!

Felipe volvió a la cuna.

—¿No se podría desfajarlo para que yo lo vea mejor? —preguntó.

—Monseñor —respondió la comadrona—, no os lo aconsejo. Los miembros de un niño son muy tiernos y han de estar ligados todo el tiempo que se pueda, para vigorizarlos e impedir que se tuerzan. Pero no temáis, monseñor, ya que lo hemos frotado con sal y miel, y lo hemos envuelto con rosas trituradas para quitar todo humor pegajoso, y por dentro de la boca le hemos pasado el dedo untado con miel, a fin de darle apetito y dulzura; podéis tener la seguridad de que está bien cuidado.

—Y lo mismo vuestra Juana, hijo mío —agregó Mahaut—. La he hecho untar con un buen ungüento mezclado con estiércol de liebre para apretarle el vientre, según la receta del maestro Arnaldo.

—Pero, madre mía —dijo la parturienta—, yo creía que ésa era una receta para las mujeres estériles.

—¡Bah! El estiércol de liebre es bueno para todo —replicó la condesa.

Felipe seguía contemplando a su heredero.

—¿No creéis que se parece mucho a mi padre? Tiene su misma frente alta.

—Tal vez un poco —respondió Mahaut—. A la verdad, a mí me recuerda los rasgos de mi valiente Otón... Deseo a vuestro hijo que tenga la fortaleza de alma y cuerpo que tenían los dos.

—Sobre todo se os parece a vos, Felipe —dijo Juana dulcemente.

El conde de Poitiers se incorporó con cierto orgullo.

—Creo que ahora comprenderéis mejor mis órdenes, madre mía —dijo—, y el motivo por el que os mandé que mantuvierais las puertas cerradas. Nadie debe saber todavía que tengo un hijo porque en este caso se diría que he redactado el reglamento

de sucesión expresamente para asegurarle el trono después de mí, si Clemencia no da a luz un varón; y sé de algunos, empezando por mi hermano Carlos, que refunfuñarían al ver perdidas tan pronto sus esperanzas. Si queréis, pues, que este niño tenga un día la oportunidad de convertirse en rey, no digáis ni una sola palabra a nadie hasta después de la asamblea.

—¡Es verdad que hay asamblea! ¡Ese buen mozo me lo había hecho olvidar! — exclamó Mahaut tendiendo la mano hacia la cuna—. Es hora de que me arregle y pruebe un bocado para estar dispuesta al ataque. Me siento vacía después de haberme levantado tan temprano. Felipe, vos me daréis la razón. ¡Beatriz! ¡Beatriz!

Palmoteó y pidió un pastel de esturión, huevos hervidos, queso blanco con especias y confituras de nueces, duraznos y vino blanco de Château-Chalón.

—Hoy es viernes, hay que guardar abstinencia —dijo.

El sol, que aparecía por encima de los tejados de la ciudad, inundó de luz a la feliz familia.

—Come un poco. El pastel de esturión no te hará daño —decía Mahaut a su hija.

Felipe se levantó en seguida para ir a dar el último toque a los preparativos de la reunión.

—Hoy no vendrán a cumplimentaros, amiga mía —le dijo a Juana señalando los cojines dispuestos en semicírculo alrededor del lecho y destinados a los visitantes—. Pero apuesto a que mañana recibiréis a mucha gente.

En el momento en que salía, Mahaut le tiró de una manga.

—Hijo mío, pensad un poco en Blanca, que continúa en Château-Gaillard. Es hermana de vuestra esposa.

—Pensaré en ello, pensaré en ello. Procuraré que tenga mejor suerte.

Y se alejó, llevando en la suela del zapato uno de los lirios.

Mahaut cerró la puerta.

—¡Vamos, cuneras, tararead un poco! —exclamó.

X.- La asamblea de las tres dinastías

Desde el fondo de sus habitaciones, Clemencia oía el trajín de los señores y altos barones que llegaban a la asamblea, el tumulto de las voces repercutía en los patios y bajo las bóvedas.

La reclusión de cuarenta días que el ritual del duelo imponía a la reina había terminado la víspera, y Clemencia, ingenuamente, había creído que la fecha de la reunión había sido elegida expresamente para permitirle asistir a ella. Así, se había preparado para esta solemne reaparición, con interés, curiosidad, incluso impaciencia, como si volviera a sentir el gusto por la vida. Pero, en el último minuto, un consejo de cirujanos y médicos entre quienes se contaban los médicos personales del conde de Poitiers y de la condesa Mahaut, le habían prohibido una fatiga que juzgaban peligrosa para su estado.

A todos los partidos complacía en verdad esta decisión, ya que nadie se preocupaba de hacer valer los derechos de Clemencia a la regencia. Y sin embargo, ya que se buscaban con tanta porfía en la historia del reino precedentes en los que inspirarse, no pudieron menos de recordar a Ana de Kiev, viuda de Enrique I, que compartió el gobierno con su cuñado Balduino de Flandes, «por la cualidad indeleble que le había conferido la consagración», o más próximamente, a la reina Blanca de Castilla, tan presente en la memoria de todos.

Pero el delfín del Viennois, cuñado de Clemencia, que era el más indicado para defender las prerrogativas de la reina, había sido ganado por Felipe de Poitiers.

Carlos de Valois, aunque se presentaba como el gran protector de su sobrina, no pensó más que en trabajar por sí mismo.

En cuanto al duque Eudes de Borgoña, que asistía, como decía él, representando a la sucesión de su hermana Margarita, debía mantenerse hostil en todo a Clemencia.

La permanencia de la bella angevina en el trono había sido muy corta para hacerse notar y para adquirir ascendencia entre los grandes barones, y por ello, éstos ya no la consideraban más que como la superviviente de un breve reinado tumultuoso y, para muchos, nefasto.

—No ha traído suerte al reino —decían de ella.

Y aunque todavía la atendían como futura madre, le habían significado claramente que como reina había dejado de existir.

Encerrada en un ala de palacio, oyó apagarse las voces; la asamblea estaba en sesión en la sala del Gran Consejo, cuyas puertas habían sido cerradas.

«¡Dios mío, Dios mío! —pensaba—. ¡Por qué no me quedé en Nápoles!»

Y comenzó a gemir pensando en su infancia, en el mar azul, en aquel pueblo bullicioso y alegre, lleno de generosidad, compasivo ante el dolor, su pueblo que tan bien sabía amar...

Mientras tanto, Miles de Noyers leía a los barones el reglamento de sucesión.

El conde de Poitiers había tenido buen cuidado de no rodearse de ninguno de los atributos de la majestad real. Su sillón estaba instalado en el centro del estrado, pero se había negado a que le pusieran encima un dosel. Iba vestido de color oscuro y sin ningún adorno. Parecía decir:

«Monseñores, estamos aquí en sesión de trabajo.» Sencillamente, tres sargentos maceros permanecían en pie detrás de su asiento. Aseguraba el ejercicio de la soberanía, sin pretender investirse de ella. Sin embargo, había preparado cuidadosamente la disposición de la sala, haciendo asignar su asiento a cada uno de los asistentes por medio de los chambelanes, según un ceremonial a la vez bastante arbitrario y rígido, en el que los asambleístas volvían a encontrar las maneras del Rey de Hierro.

Felipe había hecho sentar a su derecha a Carlos de Valois, y junto a éste a Gaucher de Châtillon, para mantener a raya al exemperador de Constantinopla y aislarlo de su clan. Felipe de Valois se sentaba a una distancia de seis sillones con respecto a su padre. A su izquierda, Poitiers había colocado a su tío Luis de Evreux, y a continuación a su hermano Carlos de La Marche; así impedía que los dos Carlos pudieran cambiar impresiones durante la sesión y violaran la palabra que le habían dado cuatro días antes.

No obstante, la atención del conde de Poitiers se centraba principalmente en su primo, el duque de Borgoña, colocado a la vuelta del estrado, y flanqueado por la condesa Mahaut, el delfín del Viennois, el conde de Saboya y Anseau de Joinville.

Felipe sabía que el joven duque iba a hablar en nombre de su madre, la duquesa Agnés, a quien su calidad de última hija de San Luis confería, aun estando ausente, un gran prestigio entre los barones. Todo lo que se relacionaba con el recuerdo de Luis IX, y los raros supervivientes que podían atestiguar haberlo visto o servido, que habían hablado con él o gozado de su afecto estaban investidos de un carácter un poco sagrado.

Le bastaría a Eudes de Borgoña decir: «Mi madre, hija de nuestro sire San Luis, que la bendijo en la frente antes de ir a morir en tierra de infieles...» para emocionar a los asistentes.

Por eso, y con el fin de hacer fracasar la maniobra, Felipe de Poitiers se había sacado de la manga una carta valiosa y totalmente inesperada: Roberto de Clermont, otro superviviente de los once hijos del rey santo, el sexto, el último varón. ¿Deseaban absolutamente la garantía de San Luis? Pues bien, ¡Poitiers la mostraría!

Ahora bien, la presencia de Roberto de Clermont era tanto más valiosa e impresionante cuanto que hacía largo tiempo que no se presentaba en la corte; su última aparición se remontaba casi a cinco años; su existencia estaba medio olvidada, y cuando alguien se acordaba de él, nadie se atrevía a hablar más que en voz baja.

En efecto, el tío-abuelo Roberto estaba loco desde que, a los veinticuatro años, recibió un golpe de maza en la cabeza. Locura frenética, pero intermitente, con largos períodos de calma, lo cual había permitido a Felipe el Hermoso servirse de él, a veces, para misiones decorativas. Este hombre no era peligroso por lo que decía, ya que apenas hablaba; lo era por lo que podía hacer, pues nada indicaba que sus crisis iban a reanudarse y a lanzarlo, espada en mano, contra sus familiares. Ofrecíase entonces el penoso espectáculo de ver a un señor de sesenta años tan majestuoso de aspecto como noble de sangre, romper los muebles, rasgar los tapices y perseguir a las mujeres de la servidumbre, creyendo que eran sus adversarios de torneo.

El conde de Poitiers lo había colocado en la otra ala del estrado, junto al duque de Borgoña, y cerca de una puerta. Dos escuderos monumentales permanecían a corta distancia, encargados de sujetarlo al menor atisbo de locura. Clermont dejaba vagar su mirada despreciativamente, fatigada, ausente, que se fijaba de pronto en un rostro con la inquietud dolorosa de los recuerdos desvanecidos; luego se apagaba. Todos lo observaban, y su presencia producía un vago malestar.

Al lado del demente se sentaba su hijo, Luis de Borbón, que era cojo, defecto que, al parecer, siempre le había impedido atacar en los combates, pero no huir, como lo demostró en la batalla de Courtrai. Desgarbado, contrahecho y cobarde, el borbón tenía, como contrapartida, clarividencia, así que acababa de acercarse, como siempre, al partido más fuerte.

De estos dos príncipes, flaco uno de cabeza, otro de piernas, descendería la larga dinastía de los borbones.

Así pues, en aquella asamblea del 16 de julio de 1316 se encontraban reunidas las tres ramas capetinas que iban a reinar en Francia durante cinco siglos. Podían contemplarse en su fin o ensu tronco: la directa de los Capetos, que bien pronto se extinguiría con Felipe de Poitiers y Carlos de La Marche; la de Valois, que, con el hijo de Carlos, se prolongaría durante trece reinados; por último, la de los Borbones, que sólo ascendería al trono a la extinción de los Valois, cuando hubo que remontarse una vez más a la descendencia de San Luis para designar un rey. Cada cambio de dinastía iría acompañado de guerras sangrientas y devastadoras. Y cada raza terminaría con tres hermanos.

La combinación de los actos humanos con lo imprevisto del destino será siempre pasmosa.

Toda la historia de la monarquía francesa, con su grandeza y sus dramas, había de dimanar durante cinco siglos del reglamento sucesorio que Miles de Noyers, antiguo mariscal del ost y consejero en el Parlamento acababa de leer a los «altos barones del reino» aquel lejano dieciséis de julio.

Alineados en los bancos o apoyados en las paredes, los barones, prelados, grandes oficiales, doctores, juristas y delegados de los burgueses de París escuchaban

atentamente. Felipe de Poitiers los miraba cerrando un poco los ojos, para contrarrestar su miopía que confundía los rostros y esfumaba el contorno de los grupos.

«Tengo un hijo, tengo un hijo —se decía con alegría—, y no lo sabrán hasta mañana.» Se disponía a contener el ataque del duque de Borgoña; pero el asalto le llegó de otro lado.

Había un hombre en esta asamblea al que nada podía doblegar, a quien la nobleza de sangre no le impresionaba porque él pertenecía a la mejor; que no se inclinaba ante la fuerza, ya que él podía derribar un buey, y que no se había prestado a ninguna combinación, salvo las que él mismo urdía. Este personaje era Roberto de Artois. Fue él quien en cuanto Miles de Noyers acabó la lectura, se levantó para lanzarse al combate sin haberse puesto de acuerdo con nadie.

Como aquel día todos hacían gala de su familia, Roberto de Artois había llevado a su madre, Blanca de Bretaña, una mujer pequeña, de cara delgada, cabellos blancos y miembros frágiles que parecía constantemente asombrada de haber dado a luz tal maravilla de gigante.

Abiertos los brazos, con los pulgares puestos en su cinturón de plata, Roberto de Artois espetó lo siguiente:

—Me maravilla, monseñores, que se nos ofrezca un nuevo reglamento de regencia redactado palabra por palabra con un fin determinado, cuando existe ya uno dictado por nuestro último rey.

Las miradas se dirigieron hacia el conde de Poitiers, y algunos de los asistentes se preguntaron con inquietud si no se les habría escamoteado parte del testamento de Luis X.

—No sé, primo mío —dijo Felipe de Poitiers—, de qué reglamento habláis. Vos asististeis a los últimos momentos de mi hermano, al igual que muchos de los señores presentes, y nadie me ha hecho saber la existencia de ninguna voluntad respecto a la sucesión.

—Cuando digo, primo mío —replicó Roberto con tono bastante burlón—, «nuestro último rey», no me refiero a vuestro hermano Luis X a quien Dios guarde, sino a vuestro padre, nuestro bien amado sire Felipe el Hermoso... a quien Dios guarde al mismo tiempo. Ahora bien, el rey Felipe había decidido, escrito y hecho prometer a sus pares con juramento que si moría antes de que su hijo fuera lo bastante hombre para ejercer el gobierno, las tareas reales y la carga de la regencia pasarían a su hermano monseñor Carlos, conde de Valois. Por lo tanto, primo mío, como no existe ningún otro reglamento posterior, me parece que sería necesario aplicar éste.

La pequeña Blanca de Bretaña aprobaba con la cabeza, sonreía con su boca desdentada y paseaba a su alrededor su mirada viva y brillante, invitando a sus vecinos a confirmar la intervención de su hijo. No había palabra pronunciada por

aquel chillón, ni proceso sostenido por aquel pendenciero, ni violencia, truhanería o violación cometida por aquel mal individuo, que ella no aprobara y admirara como si se tratase de la revelación de un prodigio viviente. El conde de Valois le dio las gracias sólo con un movimiento de los párpados.

Felipe de Poitiers, ligeramente inclinado sobre el brazo del sillón, movió lentamente la mano.

—Me admira, Roberto, me admira —dijo— veros hoy tan diligente en cumplir la voluntad de mi padre, cuando tan poco obedecisteis su justicia mientras él vivía. Los buenos sentimientos os vienen con la edad, primo mío. Tranquilizaos. La voluntad de mi padre es precisamente lo que nos esforzamos en respetar. ¿No es verdad, tío mío? —agregó volviéndose hacia Luis de Evreux.

Luis de Evreux, que desde hacía seis semanas se oponía a las maniobras de Valois y de Roberto de Artois, tomó la palabra.

—El reglamento del que habláis, Roberto, vale como principio, pero no indefinidamente para la persona. Porque si dentro de cincuenta o cien años sobreviene de nuevo a la corona un hecho semejante, no se podrá ir a buscar a mi hermano Carlos para regentar el reino... por mucho que viva, como es mi deseo. Nuestro sire Dios no ha hecho a Carlos eterno para este menester. El reglamento, al establecer que la regencia debe recaer sobre el hermano mayor, designa bien a las claras a Felipe, y por esto le rendimos homenaje el otro día. No pongáis, pues, en discusión lo que ya está zanjado.

Quien creyera que Roberto estaba vencido no lo conocía bien. Incluyó ligeramente la cabeza, ofreciendo a los rayos del sol, que atravesaban los vitrales, sus cabellos color de cobre que le caían en rizos sobre la robusta nuca, y su sombra se extendió por las losas, como una amenaza, hasta los pies del conde de Poitiers.

—Las voluntades del rey Felipe —continuó— nada decían con respecto a las hijas reales; ni que debieran renunciar a sus derechos, ni que la asamblea de los pares tuviera que decidir si habían de reinar.

Un movimiento de aprobación se dejó sentir entre los señores de Borgoña y de Champaña y desde el estrado, el mismo duque Eudes exclamó:

—¡Eso está bien dicho, primo mío, y es precisamente lo que yo mismo iba a exponer!

Blanca de Bretaña lanzó de nuevo alrededor sus miraditas chispeantes. El condestable comenzaba a ponerse nervioso en su asiento. Se le oía gruñir, y los que lo conocían bien preveían que iba a estallar.

—¿Desde cuándo —prosiguió el joven duque de Borgoña, levantándose— ha sido introducida esa novedad en nuestras costumbres? ¡Desde ayer, creo yo! ¿Desde cuándo las hijas, si faltan los hijos, han de ser privadas de las propiedades y coronas de sus padres?

El condestable se levantó también.

—Desde el instante, messire duque —dijo con calculada lentitud—, en que cierta hija deja de ofrecer al reino la garantía de haber nacido del padre de quien se le quiere hacer heredera. Enteraos de una vez de lo que se dice por todo el mundo, lo cual vuestro primo Valois ha repetido muchas veces en el Consejo privado. Francia es un país demasiado grande y hermoso, messire duque, para que se pueda, sin que hayan deliberado Los pares sobre ello, transmitir la corona a una princesa de la que no se sabe si es hija de rey o de escudero.

La asamblea enmudeció. Eudes de Borgoña se puso blanco. Parecía que iba a lanzarse contra Gaucher de Châtillon, que lo esperaba, concentrando sus fuerzas de viejo guerrero. Pero fue sobre Carlos de Valois sobre quien el duque de Borgoña descargó su cólera.

—¿Entonces, sois vos, primo mío —exclamó—, vos, que escogisteis a otra de mis hermanas para darla en matrimonio a vuestro primogénito, sois vos quien ha cubierto de vergüenza a una muerta?

—¡Eh, compañero! —dijo Valois—. Por lo que respecta a cubrirse de vergüenza, vuestra hermana Margarita... a quien Dios le perdone sus pecados... no tuvo necesidad de mi ayuda.

Y a media voz agregó dirigiéndose a Gaucher de Châtillon:

—¡Qué necesidad teníais de meterme en esto!

—Y vos, cuñado mío —continuó Eudes señalando a Felipe de Valois—, ¿aprobáis también las villanías que escucho?

Pero Felipe de Valois, embarazado por su gran estatura, y buscando vanamente con la mirada el consejo de su padre, no hizo más que levantar los brazos con gesto de impotencia, y se limitó a decir:

—Es preciso reconocer, hermano mío, que el escándalo fue grande.

La asamblea comenzaba a ronronear. Del fondo de la sala llegaba el rumor de las disputas; algunos señores consideraban bastarda a Juana y otros legítima. Carlos de La Marche estaba pálido y se sentía a disgusto; bajaba la cabeza, evitando las miradas, como siempre que se tocaba ese desdichado asunto. «Margarita ha muerto, Luis ha muerto —se decía—; pero Blanca, mi mujer, vive, y yo sigo llevando la deshonra en mi frente.»

En este momento, el conde de Clermont, a quien ya nadie prestaba atención, comenzó a dar señales de agitación:

—¡Os desafío, messires, os desafío a todos! —gritó de repente.

—Después, padre mío, después iremos al torneo —dijo Luis de Borbón, con voz que quería parecer tranquila y natural. Pero al mismo tiempo hizo una señal a los dos gigantescos escuderos, para que se acercaran y se aprestaran a intervenir en caso necesario.

Roberto de Artois contemplaba, encantado consigo mismo, el tumulto que había provocado.

El duque de Borgoña gritó a Carlos de Valois:

—¡Ciertamente yo deseo que Dios perdone a Margarita sus pecados, si los cometió; pero deseo menos que perdone a sus asesinos!

—Eso son mentiras a las que vos habéis prestado oídos, Eudes —replicó Valois—. Sabéis muy bien que vuestra hermana no murió más que de vergüenza y de remordimiento en la prisión.

Ahora que el conde de Valois y el duque de Borgoña se habían enzarzado tan estrechamente sin posibilidad de que durante mucho tiempo uniesen sus causas, Felipe de Poitiers extendió las manos con gesto de apaciguamiento.

Pero Eudes no quería la paz, sino todo lo contrario.

—Ya he oído hoy ultrajar bastante a Borgoña, primo mío —dijo—. Me opongo a reconocer como regente y mantengo ante todos los derechos de mi sobrina Juana.

Luego, haciendo señal a los señores borgoñones de que lo siguieran, abandonó la sala.

—Monseñores, messires —dijo el conde de Poitiers—, eso es precisamente lo que nuestros legistas se habían esforzado en evitar, dejando para más adelante, si ha lugar, someter a la decisión del Consejo de los pares la cuestión de las hijas. Porque si la reina Clemencia da un varón al reino, toda esta querrela no tiene objeto.

Roberto de Artois seguía ante el estrado, con las manos en las caderas.

—Deduzco, pues, de vuestro reglamento, primo mío —exclamó—, que en adelante, y como costumbre de Francia, queda negado a las mujeres el derecho a la sucesión. Pido, por lo tanto, que se me devuelva mi condado de Artois, entregado indebidamente a mi tía Mahaut. Y hasta que me hagáis justicia no podré presentarme en vuestro Consejo.

Dicho esto, se dirigió a la puerta lateral, seguido de su madre, que trotaba, orgullosa de él y de sí misma.

La condesa Mahaut movió la mano en dirección a Poitiers con un gesto que expresaba:

«¡Ved! ¡Ya os lo había prevenido!»

Antes de atravesar la puerta, Roberto, al pasar por detrás del conde de Clermont, le sopló malignamente al oído:

—¡A las lanzas, primo, a las lanzas!

—¡Cortad las cuerdas! ¡Gritad batalla! —voceó Clermont incorporándose.

—¡Puerco maléfico, el diablo te destripe! —dijo Luis de Borbón a Roberto.

Luego a su padre:

—Quedaos con nosotros. Las trompetas no han sonado todavía.

—¡Ah! ¿No han sonado? Pues bien, ¡que suenen! Se hace tarde —dijo Clermont.

Con la mirada en el vacío y los brazos separados, esperaba.

Luis de Borbón se dirigió, cojeando, hacia el conde de Poitiers, y en voz baja le confió que era necesario darse prisa.

Felipe aprobó con la cabeza.

Borbón volvió al enfermo y asiéndolo de la mano, le dijo:

—Ahora el homenaje, padre mío, el homenaje.

—¡Ah, sí, el homenaje!

El cojo condujo al demente y ambos atravesaron el estrado.

—Monseñores —dijo Luis de Borbón—, he aquí a mi padre, el más anciano del linaje de San Luis, que aprueba en todo el reglamento, reconoce a messire Felipe como regente y le jura fidelidad.

—Sí, messires, si... —dijo Roberto de Clermont. Y Felipe tembló al pensar lo que iría a decir su tío-abuelo. «Me va a llamar señora y me pedirá el chal.»

Pero Clermont continuó con voz sonora:

—Os reconozco, Felipe, porque según derecho sois el más indicado, y porque sois el más discreto. Que el alma santa de mi padre vele por vos desde el cielo para ayudaros a conservar en paz el reino y defender nuestra santa fe.

Un movimiento de feliz estupefacción recorrió a la asistencia. ¿Qué ocurría, pues, en la cabeza de aquel hombre para que pasara sin transición del delirio a la razón, del ridículo a la grandiosidad?

Se arrodilló con gran lentitud y nobleza ante su sobrino nieto, y extendió las manos; cuando se levantó y dio media vuelta, después de haber recibido el abrazo, sus grandes ojos azules estaban bañados de lágrimas.

La asamblea entera se puso en pie y dedicó una larga ovación a los dos príncipes.

Felipe se encontraba confirmado como regente por todo el reino a excepción de una provincia, Borgoña, y de un solo hombre, Roberto de Artois.

XI.- Los prometidos juegan al gato y el ratón

Abandonar ostensiblemente una reunión política, para indicar abiertamente el desacuerdo, no impide al protestatario sentarse luego a la mesa con sus adversarios.

A pesar de su estallido de la mañana, el duque de Borgoña, instado convenientemente, aceptó asistir al banquete de familia que el conde de Poitiers ofrecía aquel mismo día en la mansión de Vincennes.

La familia real de Francia, incluidos primos y dignatarios, comprendía más de cien personas, que se trasladaron a Vincennes, entre altas y bajas vísperas, es decir, sobre las cinco de la tarde, y se sentaron ante las mesas de caballetes, cubiertas con grandes manteles blancos.

La presencia del duque de Borgoña hizo más notable la ausencia de Roberto de Artois.

—Mi hijo, al salir de palacio, ha caído enfermo, debido a las cosas que ha oído —dijo Blanca de Bretaña.

—¿Ha caído enfermo verdaderamente? —respondió Felipe de Poitiers—. Espero que no se haya lastimado al caer de tan alto.

Nadie se extrañó, por lo contrario, de no ver al conde de Clermont, a quien su hijo se había apresurado a recluir en su residencia, en cuanto rindió homenaje. Felicitaron a Luis de Borbón por la buena impresión que había producido su padre, y deploraron que la enfermedad de éste —noble enfermedad, por otra parte, ya que se debía a un accidente de armas— no le permitiera una participación más frecuente en los asuntos del reino.

La comida empezó así con relativo buen humor. El condestable y el duque de Borgoña habían sido colocados a tal distancia que no pudiera reavivarse el fuego. Valois peroraba por su cuenta.

Lo más asombroso de esta comida era la cantidad de niños que asistían. Como Eudes de Borgoña había puesto como condición para su asistencia que estuviera presente la pequeña Juana de Navarra, en reparación del ultraje que la asamblea le había hecho, el conde de Poitiers tuvo que llevar a sus tres hijas; el conde de Valois, a sus retoños más jóvenes; el conde de Evreux a su hijo e hija que estaban todavía en edad de jugar a muñecas; el delfín del Viennois, a su pequeño Guigues, prometido de la tercera hija del regente, y Luis de Borbón a sus hijos en edad de andar... No podían entenderse por sus nombres propios. Blancas e Isabeles, Carlos y Felipes se confundían; cuando alguien gritaba: «¡Juana!», seis cabezas se volvían a la vez.

Todos estos primos estaban destinados a casarse entre sí, para servir a las combinaciones políticas de sus padres, quienes, a su vez, habían sido casados de la misma forma, en la más cercana consanguinidad. ¡Cuántas dispensas habría que solicitar del papa, para anteponer los intereses territoriales a las leyes de la religión!

¡Cuántos cojos y dementes en perspectiva! La única diferencia entre la descendencia de Adán y la de Capeto era que en ésta aún se evitaba la reproducción entre hermanos y hermanas.

El delfinito y su prometida, la pequeña Isabel de Poitiers, que pronto no sería llamada más que por el nombre de Isabel de Francia, ofrecían un espectáculo de la más emocionante armonía.

Comían en el mismo plato; el delfinito elegía para su futura esposa los mejores trozos de guisado de anguila y se los metía a la fuerza en la boca, embadurnándole toda la cara. Los otros niños les envidiaban su situación de pareja; iban a construirles en el interior de la casa del regente un palacete particular con su palafrenero, lacayo y sirvientas.

Juana de Navarra no comía nada. Todos sabían que su presencia en el banquete había sido impuesta, y como los niños son rápidos en adivinar los sentimientos de sus padres y en exagerar sus demostraciones, todos volvían la espalda a la infeliz huérfana. Juana era de los más pequeños, sólo tenía cinco años. Con la única diferencia de que era rubia, en todos sus rasgos comenzaba a parecerse mucho — frente prominente, pómulos salientes— a su madre. Era una niña solitaria que no sabía jugar y vivía entre domésticas en las vacías habitaciones del palacio de Nesle. Nunca había visto tanta gente reunida ni oído tanto ruido de voces y vajilla; y miraba con una mezcla de admiración y espanto aquella sucesión de víveres que se depositaban sin cesar sobre las inmensas mesas rodeadas de grandes comilones. Se daba perfecta cuenta de que no la querían; cuando hacía una pregunta, nadie le contestaba. A pesar de su corta edad, tenía el juicio suficientemente desarrollado para pensar: «Mi padre era rey, mi madre era reina; pero han muerto, y ahora ya nadie me habla.» Jamás olvidaría aquella comida en Vincennes. A medida que subía el tono de las voces y se generalizaban las risas en aquel banquete de gigantes, se hacían más intensas la tristeza y la angustia de la pequeña Juana. Luis de Evreux, que desde lejos la vio a punto de echarse a llorar, ordenó a su hijo:

—Felipe, ocúpate un poco de tu prima Juana.

El pequeño Felipe quiso imitar al joven delfín, y llevó a la boca de su prima un trozo de esturión con salsa de naranja, que ella escupió desdeñosamente sobre el mantel.

Como los coperos servían sin cesar los vinos a todos los convidados, se hizo evidente que esta chiquillería vestida de brocado iba a indisponerse, y antes de comenzar el sexto plato la enviaron a jugar a los patios. A estos hijos de reyes les ocurrió, pues, lo que a todos los niños del mundo en los banquetes: se vieron privados de sus platos preferidos, los dulces y los postres.

En cuanto terminó el festín, Felipe de Poitiers tomó del brazo al duque de Borgoña y le dijo que deseaba hablar con él privadamente.

—Vamos a comer los dulces a solas, primo mío. Venid con nosotros, tío —añadió, volviéndose hacia Luis de Evreux.

Llamó también a Guillermo de Mello, consejero del duque para que las partes estuvieran en igualdad. Llevó a los tres hombres a una pequeña sala contigua y, mientras les servían el vino azucarado y los dulces, comenzó por expresar su gran interés en llegar a un acuerdo, y cuáles eran las ventajas del reglamento de regencia.

—Como sé que ahora los ánimos están muy exaltados —dijo—, me ha parecido conveniente postergar la decisión final hasta la mayoría de edad de Juana. Para entonces habrán pasado diez años y, vos sabéis, tan bien como yo, que en diez años las opiniones cambian bastante, aunque sólo sea porque los que profesan las más violentas pueden haber muerto. Creía, pues, serviros, primo mío, al actuar como lo he hecho y me parece que habéis comprendido mal mis propósitos. Puesto que vos y Valois no podéis por ahora poneros de acuerdo, tratad cada uno de entenderos conmigo.

El duque de Borgoña seguía enfurruñado; no era hombre inteligente; siempre temía que querían engañarlo, lo cual no evitaba que lo fuera frecuentemente. La duquesa Agnés, a quien no cegaba el amor maternal, le había hecho antes de su marcha severas recomendaciones:

—Ten cuidado de no dejarte engañar. Piensa bien las cosas antes de hablar, y si no se te ocurre nada, cállate y deja hablar a messire de Mello que tiene inteligencia más despierta que la tuya.

Eudes de Borgoña, a los veintidós años, investido de los títulos y funciones de duque, vivía aún bajo el temor de su madre, y temblaba porque debería justificarse ante ella. No se atrevió a responder abiertamente a las propuestas de Felipe.

—Mi madre os ha hecho llegar una carta, primo mío, en la que os decía... ¿qué decía esa carta, messire de Mello?

—La señora Agnés solicitaba que la señora Juana de Navarra fuera puesta bajo su custodia, y le extraña, monseñor, que todavía no le hayáis contestado.

—¿Pero cómo podía hacerlo, primo mío? —respondió Felipe, dirigiéndose a Eudes como si Mello no desempeñase entre ellos más que el papel de intérprete—. Es una decisión que toca a la regencia. Ahora es cuando puedo dar satisfacción a esa solicitud. ¿Quién os dice, primo, que pienso denegarla? Os llevaréis con vos, creo yo, a vuestra sobrina.

El duque, sorprendido de encontrar tan poca resistencia, miró a Mello, y su semblante parecía decir: «¡Eh aquí un hombre con quien uno se puede entender!»

—A condición, primo mío —continuó el conde de Poitiers—, a condición, naturalmente, de que vuestra sobrina no se case sin mi consentimiento. La cosa es evidente; se trata de un asunto que interesa demasiado a la corona, y vos debéis contar con nuestra opinión para dar esposo a una joven que un día puede convertirse

en reina de Francia.

La segunda parte de la frase hizo pasar la primera. Eudes creyó de verdad que la intención de Felipe era hacer coronar a Juana si la reina Clemencia no daba a luz un hijo.

—Desde luego, desde luego, primo mío —dijo—; sobre este punto estamos completamente de acuerdo.

—Entonces, nada nos separa; ya podemos firmar nuestro compromiso —dijo Felipe.

Sin esperar, hizo llamar a Miles de Noyers, que tenía la mejor pluma para redactar esta clase de pactos.

—Messire Miles —le dijo—, vais a escribir sobre vitela lo siguiente: «Nos, Felipe, par y conde de Poitiers, regente de los dos reinos por la gracia de Dios, y nuestro bienamado primo, magnífico y poderoso señor Eudes IV, par y duque de Borgoña, juramos sobre las Sagradas Escrituras prestarnos servicio y leal amistad...» Esta es la idea general que os doy messire Miles... «y por esta amistad que nos juramos, hemos decidido en común que la señora Juana de Navarra...»

Guillermo de Mello tiró al duque de la manga y le dijo una palabra al oído, por lo que el duque comprendió que estaba a punto de dejarse cazar.

—¡Eh, primo mío! —exclamó—. ¡Mi madre no me ha autorizado a reconoceros como regente!

Habían llegado a un punto muerto. Felipe sólo consentía ceder el cuidado de la niña si el duque aceptaba el reglamento de regencia. Ofreció diversas garantías. Pero el otro se obstinaba; era sobre los derechos a la corona, sobre lo que exigía un compromiso formal.

«Si no tuviera a ese Mello, que es astuto —se decía el conde de Poitiers—, Eudes ya habría capitulado.» Fingiendo estar cansado, extendió sus largas piernas, cruzó los pies y se frotó la barbilla.

Luis de Evreux lo observaba y se preguntaba cómo iba a salir del apuro. «Veo agitarse bien pronto las lanzas por la parte de Dijon», pensaba aquel hombre prudente. Estaba a punto de aconsejar: «Vamos, cedamos en los derechos sobre la corona», cuando Felipe preguntó de pronto al Borgoñón:

—Veamos, primo mío, ¿no deseáis casaros?

El otro abrió unos grandes ojos redondos, creyendo en primer lugar, ya que no era inteligente, que Felipe quería prometerlo a Juana de Navarra.

—Puesto que acabamos de jurarnos eterna amistad —prosiguió Felipe, como si se hubiera redactado y firmado el acuerdo—, y por ella, mi querido primo, me prestáis gran apoyo, quisiera, a mi vez, corresponderos; y me agradaría reforzar nuestro afectuoso lazo, bellamente, con un parentesco más estrecho. ¿No tomaríais en matrimonio a Juana, mi hija mayor?

Eudes IV miró a Mello, luego a Luis de Evreux, después a Miles de Noyers, que esperaba con la pluma en alto.

—Pero, primo, ¿qué edad tiene vuestra hija? —preguntó.

—Tiene ocho años, primo mío —respondió Felipe, quien, tras una pausa, agregó —: Puede tener también el condado de Borgoña, heredado de su madre.

Eudes levantó la cabeza como un caballo que huele la avena. La unión de las dos Borgoñas, el ducado y el condado, constituía el sueño de los duques hereditarios desde el tiempo de Roberto I, nieto de Hugo Capeto.

Juntar la corte de Dole a la de Dijon, unir los territorios que iban desde Auxerre a Pontarlier y desde Maçon a Besançon, tener una mano en Francia y otra en dirección al Santo Imperio, ya que el condado era palatino, ese espejismo se hacía de pronto realidad. Se abría la ruta del Imperio, con su viejo prestigio carolingio...

Luis de Evreux no pudo menos de admirar la audacia de su sobrino; en un juego que parecía perdido daba un gran paso adelante. Pero considerando la proposición de más cerca, el razonamiento de Felipe se veía claro: al fin y al cabo lo único que proponía era las tierras de Mahaut.

Habían concedido a ésta el Artois, a expensas de Roberto, para que dejara el condado; por dote de su mujer el condado había pasado a Felipe, con el fin de que pudiera postular la elección imperial.

Ahora Felipe codiciaba la corona de Francia o al menos la regencia por diez años; el condado le interesaba, pues, menos, a condición de que sólo fuera a parar a un vasallo, como era el caso.

—¿Podría ver a la señora vuestra hija? —preguntó Eudes sin vacilar, sin pensar siquiera en notificarlo a su madre.

—Acabáis de verla en la comida, primo mío.

—Cierto, pero no bien... quiero decir, no la he considerado bajo este aspecto.

Enviaron a buscar a la hija mayor del conde de Poitiers, que estaba jugando al gato y el ratón con sus hermanas y los otros niños¹³.

—¿Qué quieren? ¡Déjenme jugar! —dijo la niña, que perseguía al delfinito al lado de los establos.

—Monseñor vuestro padre os reclama —le dijeron.

En cuanto cogió al pequeño Guigues y gritó «¡Tate!», pegándole en la espalda, siguió, mohína, descontenta, al chambelán que la asía de la mano.

Sofocada, con las mejillas arboladas, el cabello tapándole la cara y su vestido de brocado lleno de polvo, se presentó ante su primo Eudes, que tenía catorce años más que ella. Era una niña ni fea ni guapa, todavía delgadita, que no podía darse perfecta cuenta de que su destino se confundía en este instante con el de Francia... Hay niñas que dejan adivinar el aspecto que tendrán de adultas; en ésta no se distinguía nada. Lo único que se veía era el condado de Borgoña, como aureola.

Una provincia es algo hermoso; pero es preciso que la mujer no sea deforme. «Si tiene las piernas derechas, acepto», se decía el duque. Tenía razones para temer sorpresas de esta clase, ya que su hermana segunda, menor que Margarita y casada con Felipe de Valois, no tenía los talones a la misma altura. ¡En la animosidad presente de los Valois hacia los Borgoña, esta cojera, que no aparecía en el contrato, tenía mucho que ver! El duque pidió, pues, sin que ello extrañara a nadie, que levantaran las faldas a la niña para apreciar la forma de sus piernas¹⁴. La pequeña tenía las pantorrillas y los muslos delgados, como su padre; pero no había deformación.

—Tenéis razón, primo mío —dijo el duque—. Esta será la mejor manera de sellar nuestra amistad.

—¡Veis! —exclamó Poitiers—. ¿No vale más esto que querellarse? De ahora en adelante quiero llamaros yerno.

Le abrió los brazos; el yerno tenía sólo treinta meses menos que el suegro.

—Vamos, hija mía, besad a vuestro prometido —dijo Felipe a la niña.

—¡Ah! ¿Es mi prometido? —preguntó la pequeña.

Y se irguió orgullosamente.

—¡Pero si es mayor que el delfinito!

«¡Qué buena idea tuve el mes pasado —se decía Felipe— al darle al delfín mi tercera hija, y en cambio conservar esta otra, que podía disponer del condado!»

El duque de Borgoña tuvo que levantar a su futura esposa para que pudiera darle en la mejilla un gran beso mojado. Tan pronto la dejó en el suelo, la niña se echó a correr en dirección al patio para anunciar orgullosamente a los otros niños:

—¡Estoy prometida!

Se interrumpieron los juegos.

—Y no un prometido pequeño como el tuyo —dijo a su hermana, señalándole al hijo del delfín—.

El mío es mayor, como nuestro padre.

Luego, viendo a la pequeña Juana de Navarra, que estaba mohína y un poco apartada le dijo:

—Ahora voy a ser tu tía.

—¿Por qué mi tía? —preguntó la huérfana.

—Porque seré la esposa de tu tío Eudes.

Una de las hijas del conde de Valois, que sólo tenía siete años, pero que estaba enseñada para repetirlo todo, se precipitó al castillo, buscó a su padre, que conspiraba en compañía de Blanca de Bretaña y de otros señores de su partido, y le contó lo que acababa de oír. Carlos se levantó derribando el asiento, y se lanzó, erguido, hacia la pieza en que se encontraba el regente.

—¡Ah, mi querido tío, sed bien venido! —exclamó Felipe de Poitiers—.

Precisamente iba a haceros llamar para que fuerais testigo de nuestro acuerdo.

Y le tendió el acta que Miles de Noyers acababa de redactar de esta manera: para firmar aquí con todos nuestros parientes las convenciones que acabamos de realizar con nuestro buen primo de Borgoña, y por las cuales estamos de acuerdo en todo.»

Amarga semana para el exemperador de Constantinopla, que no tuvo más remedio que capitular. Después de él, Luis de Evreux, Mahaut de Artois, el delfín del Viennois, Amadeo de Saboya, Carlos de La Marche, Luis de Borbón, Blanca de Bretaña, Guy de Saint-Pol, Enrique de Sully, Guillermo de Harcourt, Anseau de Joinville y el condestable Gaucher de Châtillon estamparon su firma al pie de las convenciones.

El tardío crepúsculo de julio caía sobre Vincennes. La tierra y los árboles estaban impregnados todavía del calor de la jornada. La mayor parte de los invitados se había marchado.

El regente fue a dar un paseo bajo las encinas en compañía de sus familiares más adictos, que lo habían seguido desde Lyon y habían asegurado su triunfo. Bromeaban un poco acerca del árbol de San Luis que no lograban encontrar. De pronto, el regente dijo:

—Monseñores, guardo una dulce alegría en el corazón; mi buena esposa ha dado hoy a luz un hijo.

Respiró profundamente, con felicidad, con delicia, como si el aire del reino de Francia le perteneciera verdaderamente.

Se sentó en la hierba. Con la espalda apoyada en un tronco, contemplaba las hojas de los árboles que se recortaban sobre el cielo rosado, cuando Gaucher de Châtillon llegó a grandes pasos.

—Monseñor, vengo a traeros una mala noticia —dijo.

—¿Ya? —exclamó el regente.

—Vuestro primo Roberto acaba de ponerse en camino hacia el Artois.

Segunda Parte: El Artois y el Cónclave

I.- La llegada del conde Roberto

Una docena de caballeros, llegados de Doullens y conducidos por un gigante con cota de mallas del color de la sangre, atravesaron al galope el pueblo del Bouquemaison y se detuvieron en el punto más alto del camino. Desde allí se divisaba una amplia llanura de trigales, cortada por ondulaciones del terreno y hayales, que descendía en mesetas hacia un horizonte de bosques lejanos.

—Aquí comienza el Artois, monseñor —dijo uno de los hombres, sire Juan de Varennes, dirigiéndose al jefe de la tropa.

—¡Mi condado! Eh aquí, por fin, mi condado —dijo el gigante—. ¡Eh aquí una buena tierra, que no he pisado desde hace catorce años!

El silencio del mediodía se extendía por los campos llenos de sol. Se oía el resoplido de los caballos después del esfuerzo realizado, y el revoloteo de los abejorros ebrios de calor.

Roberto saltó bruscamente de su montura, lanzó la brida a su criado Lormet, trepó por el talud pisando la hierba, y entró en el primer campo. Sus compañeros permanecieron inmóviles, respetando la intimidad de su alegría. Roberto avanzó con su paso de coloso por entre las espigas, ya granadas y doradas que le llegaban hasta el muslo. Las acariciaba con la mano, como si fueran la gualdrapa de un dócil caballo o los cabellos de una amante rubia.

—¡Mi tierra, mi trigo! —repetía.

De repente se echó cuan largo era en el campo, revolcándose, rodando locamente entre las gramíneas como si quisiera confundirse con ellas; mordía las espigas con todos sus dientes para encontrar en el corazón del grano el sabor lechoso que tiene un mes antes de la cosecha; ni siquiera se daba cuenta de que se lastimaba los labios con las aristas del trigo candeal. Se embriagaba de cielo azul, de tierra seca y del perfume de los tallos, haciendo él solo tantos estragos como una manada de jabalíes.

Se levantó, soberbio, completamente restregado, y se reunió con sus compañeros blandiendo un puñado de espigas arrancado brutalmente.

—Lormet —ordenó a su criado—, desabrocha mi cota, desenlaza mi broigne¹⁵.

Cuando Lormet cumplió la orden, deslizó el puñado de trigo bajo su camisa, junto a la piel.

—Juro ante Dios, monseñores —dijo con voz potente—, que estas espigas no saldrán de mi pecho hasta que haya reconquistado el último campo, el último árbol de mi condado. ¡Ahora, a la guerra!

Montó en su caballo y lo lanzó al galope.

—¿No te parece, Lormet —gritó en plena carrera—, que aquí la tierra suena mejor bajo los cascos de nuestros caballos?

—Desde luego, monseñor —respondió el asesino de corazón tierno, que

compartía todas las opiniones de su dueño—. Pero lleváis suelta la cota; no corráis tanto y os la podré ajustar.

Cabalgaron así un momento. Luego la llanura descendía bruscamente y Roberto descubrió una masa de mil ochocientas corazas alineadas en una pradera, centelleantes bajo el sol, que acudían a recibirlo. Nunca hubiera creído encontrar tan numerosos partidarios en esta Cita.

—¡Ah, Varennes! ¡Buen trabajo, compadre mío! —exclamó Roberto, maravillado.

En cuanto lo reconocieron los caballeros de Artois, un inmenso clamor se elevó de sus filas.

—¡Bien venido sea nuestro conde Roberto! ¡Larga vida a nuestro gentil señor!

Y los más entusiastas lanzaron los caballos a su encuentro; las rodilleras de hierro chocaban, las lanzas oscilaban cual la mies en el campo.

—¡Ah, ahí veo a Caumont y a Souastre! Os reconozco por vuestros escudos, compañeros míos —dijo Roberto.

Por el ventalle levantado del casco, los caballeros mostraban sus caras chorreando sudor, pero radiantes por la alegría bélica. Muchos de ellos, simples sires del campo, llevaban viejas armaduras anticuadas, heredadas de sus padres o de sus tíos-abuelos, que ellos mismos habían ajustado mal a su medida. Antes de anochecer, esas armaduras harían daño por las junturas y su cuerpo estaría cubierto de costras sangrantes. En previsión de esto todos llevaban en los equipajes de sus escuderos de armas un bote de unguento preparado por sus mujeres y trozos de tela para curarse.

Ante Roberto se presentaban todos los ejemplares de la moda militar de un siglo, todas las formas de yelmos y cimeras; algunas de estas cotas de mallas y gruesas espadas habían participado en la última cruzada. Los elegantes provincianos se empenachaban con plumas de gallo, faisán o pavo real; otros iban coronados con un dragón dorado, y hasta uno de ellos había llegado a colocarse en el casco la figura de una mujer desnuda, que atraía las miradas de muchos.

Todos habían pintado de nuevo sus cortos escudos, donde resplandecían en colores chillones sus blasones, sencillos o complicados según la antigüedad de cada linaje. Los más sencillos generalmente pertenecían a las familias más antiguas.

—He aquí a Saint-Venant, Longvillers, Nedonchel —decía Juan de Varennes, presentando los caballeros a Roberto.

—Vuestro leal, monseñor, vuestro leal —decía cada uno al momento de citar su nombre.

—Leal Nedonchel..., leal Bailiencourt..., leal Picquigny... —respondía Roberto al pasar ante ellos.

A unos jovencuelos, erguidos y orgullosos de entrar en liza por primera vez, Roberto les prometió armarlos caballeros él mismo, si mostraban valor en los

próximos lances.

Luego decidió nombrar inmediatamente dos mariscales, como en el ost real. En primer lugar eligió a sire de Hautponlleu, que había contribuido activamente a agrupar aquella nobleza alborotada.

—Y ahora voy a elegir.., veamos... ¡a ti, Beauval! —anunció Roberto—. El regente tiene por mariscal a un Beaumont; yo tendré a un Beauval.

Los pequeños señores a quienes complacían los juegos de palabras y los retruécanos aclamaron riendo a Juan de Beauval, que había sido designado debido a su nombre.

—Ahora, monseñor Roberto —dijo Juan de Varennes—, ¿qué ruta queréis seguir? ¿Vamos primero a Saint-Pol, o bien nos dirigimos directamente a Arrás? El Artois es todo vuestro; no tenéis más que elegir.

—¿Qué ruta lleva a Hesdin?

—La que vos pisáis, monseñor, que pasa por Frévent.

—Pues bien, quiero ir primero al castillo de mis padres.

Un movimiento de inquietud se observó entre los caballeros. Realmente era de lamentar que el conde de Artois, apenas llegado, quisiera dirigirse hacia Hesdin.

Sire Souastre, el que llevaba sobre el casco la figura de una mujer desnuda, que se había hecho notar mucho en los tumultos del último otoño, dijo:

—Temo, monseñor, que el castillo no esté en condiciones de recibirnos.

—¿Cómo? ¿Sigue acaso ocupado por sire de Brosse, que fue mandado allí por mi primo el Turbulento?

—No, no; hicimos huir a Juan de Brosse, pero destrozamos también un poco el castillo.

—¿Destrozado? —dijo Roberto—. ¿No lo habéis quemado?

—No, monseñor, no; los muros siguen en pie.

—Pero lo debisteis de saquear un poco, ¿verdad? Bien; si no es más que eso, habéis hecho bien. Cuanto sea de Mahaut la cerda, Mahaut la bribona, Mahaut la ramera, os pertenece, monseñores. Yo os hago partícipes de todo.

¡Cómo no querer a un señor feudal tan generoso! Los aliados vitorearon de nuevo a su gentil conde Roberto, deseándole larga vida, y el ejército de la rebelión se puso en marcha hacia Hesdin.

Al atardecer llegaron ante las catorce torres de la plaza fuerte de los condes de Artois, en la que sólo el castillo ocupaba la superficie de doce «medidas», o sea casi cinco hectáreas.

¡Cuántos impuestos, penas y sudores había costado a la gente humilde de la comarca aquel fabuloso edificio destinado, según les habían dicho, a protegerlos de las desgracias de la guerra! Las guerras se sucedían, pero la protección se mostraba poco eficaz, y como siempre se luchaba por la posesión del castillo, la población

prefería encerrarse en sus casas de adobe, rogando a Dios que el alud pasara de largo.

En las calles no había mucha gente para festejar la llegada del señor Roberto. Los habitantes, acobardados por el saqueo de la víspera, se escondieron.

Los alrededores del castillo no eran muy agradables a la vista; la guarnición real, colgada en las almenas, comenzaba a oler a carroña. En la puerta grande, llamada puerta de los pollos, el puente levadizo no había sido levantado. El interior ofrecía un espectáculo de desolación; de las bodegas corría el vino de las cubas destrozadas; por todas partes se veían aves de corral muertas; de los establos llegaba el quejumbroso mugido de las vacas, y en los ladrillos que pavimentaban los patios interiores, raro lujo en aquella época, se leía la historia de la reciente carnicería en largos hilos de sangre seca.

Las habitaciones de la familia de Artois comprendían cincuenta piezas, ninguna de las cuales había sido respetada por los buenos aliados de Roberto. Todo lo que no se pudieron llevar para decorar las mansiones vecinas había sido destrozado en el mismo lugar.

Desapareció de la capilla la gran cruz de plata sobredorada y el busto de San Luis que contenía un fragmento de hueso y algunos cabellos del rey. Desapareció el gran cáliz de oro, del que se apropió Ferry de Picquigny, que poco más tarde se pudo encontrar en venta en una tienda de París. Desaparecieron los doce volúmenes de la biblioteca y el ajedrez de jaspe y calcedonia. Con los vestidos, peinadores y lencería de Mahaut, los señores se habían abastecido de buenos regalos para sus amantes. Hasta se llevaron de las cocinas las reservas de pimienta, jengibre, azafrán y canela.

Caminaban sobre vajilla destrozada y brocados hechos trizas; sólo se veían cortinas de lecho rasgadas, muebles quemados y tapices arrancados. Los jefes de la revuelta, un poco confusos por el destrozo que habían hecho, seguían a Roberto en su visita; pero el gigante, a cada descubrimiento que hacía, estallaba en una risa tan amplia, tan sincera, que pronto se sintieron envalentonados.

En la sala de los escudos, Mahaut había hecho erigir, adosadas a las paredes, estatuas de piedra que representaban a los condes y condesas del Artois desde su origen hasta ella misma.

Todos los rostros se parecían un poco, pero el conjunto ofrecía buen aspecto.

—Aquí, monseñor—dijo Picquigny—, no quisimos tocar nada.

—Pues hicisteis mal, compadre—respondió Roberto—, porque entre estas figuras veo una al menos que no me gusta. ¡Lormet, una maza!

Empuñó la pesada maza de guerra que le tendió su criado, la hizo voltear tres veces por encima de su cabeza y descargó un descomunal golpe sobre la efigie de Mahaut. La estatua vaciló en su pedestal, la cabeza se desprendió del cuello y fue a estrellarse contra las losas.

—¡Que le ocurra lo mismo a la verdadera cabeza, después de que todos los

aliados del Artois se hayan orinado encima de ella! —exclamó Roberto.

Para quien gusta de destrozar, todo es cuestión de empezar; la maza de guerra erizada de puntas, se balanceaba, amenazadora, en la mano del gigante.

—¡Ah, bribona tía! Me despojasteis del Artois porque este que me engendró...

E hizo saltar la cabeza de la estatua de su padre, el conde Felipe.

—...cometió la tontería de morir antes que éste...

Y decapitó a su abuelo el conde Roberto II.

—¿Iba a vivir yo entre estas imágenes que hicisteis modelar para que os otorgaran un honor al que no teníais derecho? ¡Abajo! ¡Abajo mis antepasados! Volveremos a comenzar todo.

Las paredes temblaban, los trozos de piedra se diseminaban por el suelo. Los barones del Artois permanecían en silencio con la respiración cortada por aquel furor que superaba en mucho a su propia violencia. ¡Cómo, en verdad, cómo no obedecer apasionadamente a un jefe así!

Cuando terminó de descabezar a su estirpe, el conde Roberto III lanzó la maza por las vidrieras de una ventana y, estirándose, dijo:

—Ahora podemos hablar cómodamente... messires compañeros míos, mis leales, quiero que en todas las ciudades, prebostazgos y castellanías que vayamos a liberar del yugo de Mahaut, se registren las quejas que cada uno formule contra ella, y que dicho registro recoja con toda exactitud sus maldades, con el fin de enviar un informe concreto a su yerno messire Puertas Cerradas...porque lugar que pisa ese hombre, lugar que cierra: ciudades, cónclave, Tesoro... a messire Corto-de-Vista, nuestro señor Felipe el Tuerto¹⁷, que se proclama regente, y por causa del cual nos quitaron, hace catorce años, este condado, para que él pudiera enriquecerse con la Borgoña. ¡Qué reviente esa bestia, con la garganta atada con sus tripas!

El pequeño Gerardo Kierez, el hombre hábil en pleitos y procedimientos, que había defendido ante el rey la causa de los barones contra Mahaut, tomó entonces la palabra y manifestó:

—Hay algo grave, monseñor, que no solamente atañe al Artois, sino a todo el reino y apuesto a que no sería indiferente al regente que se supiera cómo murió su hermano Luis X.

—¡Por el mismo diablo, Gerardo! ¿También tú sospechas lo mismo que yo? ¿Tienes pruebas de que en este asunto mi tía ha puesto también su maligna mano?

—¡Pruebas, pruebas, monseñor, eso se dice pronto! Pero sí tengo una fuerte sospecha, que puede ser apoyada con testimonios. Conozco en Arrás a una señora que se llama Isabel de Fériennes y a su hijo Juan, vendedores ambos de objetos de magia, que proporcionaron a cierta joven de la familia Hirson, la Beatriz...

—Algún día, compañeros míos, os regalaré a esa Beatriz —dijo Roberto—. La he visto varias veces, y adivino, por su aspecto, que tiene unos reales muslos.

—Los Fériennes le vendieron, para la señora Mahaut, veneno para matar ciervos, dos semanas antes de morir el rey. Lo que podía servir para los ciervos bien pudo servir también para el rey.

Los barones demostraron con sus risitas que apreciaban el juego de palabras, a su altura.

—De todos modos, se trataba de veneno para cornúpetas —exclamó Roberto—. ¡Dios guarde el alma de mi cornudo primo Luis!

Las risas subieron de tono.

—Y ello parece tanto más cierto, messire Roberto —prosiguió Kierez—, cuanto que la señora Fériennes se jactó el año pasado de haber fabricado el filtro que hizo las paces entre messire Felipe, a quien llamáis el Tuerto, y la señora Juana, hija de Mahaut...

—...ramera como su madre, y a quien hicisteis mal, barones míos, de no ahogar como si fuera una víbora cuando la tuvisteis a vuestra merced, aquí mismo, el pasado otoño —dijo Roberto—. Necesito a esta Fériennes y a su hijo. Prendedlos en cuanto lleguemos a Arrás. Ahora vamos a comer, porque esta jornada me ha abierto mucho el apetito. Que maten el buey más gordo de los establos, y que lo asen entero; que vacíen el estanque de las carpas de Mahaut, y que nos traigan el vino que no os acabasteis de beber.

Dos horas más tarde, al caer el día, toda aquella compañía estaba completamente borracha.

Roberto mandó a Lormet, que se mantenía bastante bien en pie, a dar una batida por la ciudad, con una buena escolta, a fin de proporcionar las mujeres necesarias para contentar el humor alegre de los barones.

Lormet no se detuvo en averiguar si eran doncellas o madres de familia aquellas a quienes sacaba de la cama; con sus soldados empujó hacia el castillo a un rebaño en camión que balaba de espanto. En las saqueadas habitaciones de Mahaut se organizó un sabroso combate. Los alaridos de las mujeres enardecían a los caballeros, quienes se lanzaban al asalto como si cargaran contra infieles, rivalizando en proezas seductoras, y abatiéndose hasta tres a la vez sobre el mismo botín.

Roberto cogió por los cabellos a los bocados mejores, sin preocuparse mucho en desnudarlas.

Como pesaba más de doscientas libras, sus conquistas casi perdían la respiración y no podían gritar.

Mientras tanto, Souastre, que había perdido su hermoso casco, estaba encorvado, con los puños sobre el corazón y vomitando como gárgola durante una tormenta.

Luego, aquellos valientes empezaron a roncar; un hombre hubiera bastado entonces para degollar sin dificultad a toda la nobleza del Artois.

Al día siguiente, un ejército de piernas flojas, lenguas espesas y cerebros

brumosos se puso en camino hacia Arrás. Sólo Roberto parecía tan fresco como un lucio sacado del río, lo que le ganó definitivamente la admiración de sus tropas. Hicieron varios altos en el camino, porque Mahaut poseía en aquellos parajes otros castillos, cuya vista despertó el valor de los barones.

Pero cuando, el día de Santa Magdalena, se instaló Roberto en Arrás, buscaron en vano a la señora Fériennes; había desaparecido.

II.- El lombardo del papa

En Lyon, los cardenales seguían encerrados. Se habían imaginado que iban a cansar al regente, pero su reclusión duraba ya un mes. Los setecientos hombres armados del conde de Forez continuaban montando guardia alrededor de la iglesia y del convento de los frailes dominicos; y aunque por respetar las formas, el conde de Savelli, mariscal del cónclave, llevaba permanentemente las llaves consigo, estas llaves no servían de gran cosa, ya que sólo podían aplicarse a puertas tapiadas.

Los cardenales transgredían día tras día la constitución de Gregorio, y ello con la conciencia tranquila por haber sido obligados a reunirse con apremio y violencia. No dejaban de decírselo así día tras día al conde de Forez, cuando éste asomaba la cabeza encasquetada por el estrecho orificio que servía para pasar los víveres. Pero día tras día el conde de Forez se limitaba a repetir que él se veía obligado a respetar la ley del cónclave. Este diálogo de sordos podía continuar durante largo tiempo.

Los cardenales ya no se alojaban juntos, como prescribía la constitución; porque, aunque la nave de los Jacobinos era grande, el hecho de convivir en ella casi cien personas, sobre simples brazadas de paja, pronto se hizo insoportable. Y en primer lugar, por la pestilencia que se había originado con los calores de agosto.

—Porque nuestro Señor naciera en un establo, su vicario no ha de ser elegido necesariamente en medio de la porquería —decía un cardenal italiano.

Los prelados, por lo tanto, se pasaron al convento, que comunicaba con la iglesia, el cual estaba comprendido en el mismo recinto. Expulsando de él a los frailes, se colocaron bien o mal a tres por celda o por habitación de la hospedería, la cual, naturalmente, fue cerrada a los viajeros. Los capellanes y los pajes ocuparon los refectorios.

El régimen alimenticio decreciente no seguía aplicándose; de haberlo hecho, hubiera sido una asamblea de esqueletos. Los cardenales se hacían enviar del exterior algunas golosinas, que, según decían, iban destinadas al superior y a los frailes. El secreto de las deliberaciones se violaba hábil y obstinadamente; cada día entraban o salían del cónclave cartas escondidas en el pan o entre los platos vacíos. La hora de la comida se había convertido en la hora del correo, y la correspondencia que pretendía arreglar la suerte de la cristiandad estaba muy manchada de grasa.

El conde de Forez había notificado todas estas infracciones al regente, que parecía alegrarse. «Cuantas más faltas e inobservaciones cometan —declaró Felipe de Poitiers—, mejor podremos castigarlos, cuando tomemos una decisión. Dejad pasar las misivas, pero abridlas en cuantas ocasiones podáis y hacedme conocer su contenido.»

De esta manera se supo del fracaso de cuatro candidaturas, casi inmediatamente después de planteadas: primero la de Arnaldo Nouvel, antiguo abad de Fontfroide, de

quien el conde de Poitiers hizo saber claramente por Juan de Forez «que no encontraba a aquel cardenal bastante amigo del reino de Francia»; luego las candidaturas de Guillermo de Mandagout, de Arnaldo de Pélagrué y de Berenguer Frédol el mayor. Gascones y provenzales se zancadilleaban mutuamente.

Se supo también que el terrible Caetani comenzaba a asquear a una parte de los italianos, incluso a su propio sobrino Stefaneschi, por la bajeza de sus intrigas y la demente exageración de sus calumnias.

Había llegado a proponer, como por broma —pero ya se sabía lo que en su boca significaban estas palabras—, evocar al diablo y encargarle la designación de papa; pues Dios parecía renunciar a mostrar su elección.

A lo que Duéze, con su voz susurrante, respondió:

—No sería la primera vez, monseñor Francisco, que Satanás se sentaría entre nosotros.

Cuando Caetani solicitaba una candela, se susurraba que no era para alumbrarse, sino para fundirla y proceder a un hechizo.

Hasta su inesperada internación, los cardenales se oponían unos a otros por razones de doctrina, de prestigio o de interés. Pero después de vivir juntos un mes, en la incomodidad de un espacio reducido, se odiaban por razones personales, casi físicas. Algunos descuidaban su aseo, no se lavaban ni se afeitaban, y se dejaban llevar por todas las libertades de la naturaleza. Algún candidato ya no buscaba votos prometiendo dinero o beneficios eclesiásticos, sino repartiendo su ración con los glotones, acto formalmente prohibido. Entonces corrían las denuncias de boca en boca:

—El camarlengo ha comido tres platos del bando de...

Si los estómagos lograban satisfacerse con estas compensaciones, no ocurría lo mismo con otros apetitos; la castidad, a la que ciertos cardenales tenían poca costumbre de someterse, comenzaba a agriar furiosamente el carácter de algunos. Entre los provenzales circulaba este juego de palabras:

—Si de Auch está presto a todo para hacer buena cara, los Colonna hacen buena cara a todos.

Porque los dos Colonna, tío y sobrino, dos señores atléticos configurados más para llevar coraza que sotana, acorralaban a los pajes por los pasillos, con la promesa de una buena absolución.

No dejaban de echarse en cara antiguas quejas:

—Si no hubierais canonizado a Celestino... si no hubierais renegado de Bonifacio... si no hubierais condenado a los Templarios...

Se acusaban mutuamente de debilidad en la defensa de la Iglesia, de ambición y de venalidad. Oyendo hablar a aquellos cardenales, se hubiera dicho que ninguno de ellos merecía siquiera una parroquia de pueblo.

Sólo monseñor Duèze parecía insensible a la incomodidad, las intrigas y la maledicencia.

Desde hacía dos años había embarullado tanto las cosas entre sus colegas que ya no necesitaba mezclarse en nada, y podía dejar que sus perversas maquinaciones trabajaran por sí mismas. Frugal por naturaleza y por costumbre, la escasez de comida no le preocupaba en absoluto. Había preferido compartir su celda con los dos cardenales normandos agrupados a los provenzales, Nicolás de Fréauville, antiguo confesor de Felipe el Hermoso, y Miguel del Bec, que, demasiado débiles para formar un partido, no figuraban entre los «papables». No los temían, y su instalación en compañía de Duèze no podía tener aspecto de conjura. Por otra parte, Duèze veía poco a sus compañeros. A una hora fija se paseaba por el claustro del convento, apoyado generalmente en el brazo de Guccio, que no cesaba de recomendarle:

—¡Monseñor, no vayáis tan de prisa! Tengo dificultad en seguiros, debido a esta pierna que me ha quedado rígida a consecuencia de mi caída, en Marsella. Bien sabéis que vuestra oportunidad, si he de dar crédito a lo que oigo, será mayor cuanto más débil os crean.

—Es verdad, es verdad, dices bien —respondía el cardenal, que se esforzaba entonces por encorvar la espalda y arrastrar los pies, doblegando sus setenta y dos años.

El resto del tiempo, lo dedicaba a leer o a escribir. Se había procurado lo que le era más necesario: libros, candela y papel. ¿Le avisaban para una reunión en el coro de la iglesia? Fingía entonces dejar con pena sus trabajos, se arrastraba hasta su silla y, mientras se deleitaba escuchando las injurias y perfidias con que se abrumaban sus colegas, se contentaba con susurrar:

—Ruego a Dios, hermanos míos, ruego a Dios que nos inspire la elección más digna.

Quienes lo conocían de hacía tiempo lo encontraban cambiado. Parecía lleno de virtudes cristianas, y entregado a maceraciones y ofrecía a todos ejemplo de benevolencia y caridad. Cuando se lo hacían observar, respondía sencillamente, acompañando su murmullo con un gesto de desengaño:

—La proximidad de la muerte. Es hora ya de prepararme...

Apenas tocaba la escudilla de la comida y la hacía llevar a alguno de sus rivales. Así Guccio se llegaba con los brazos cargados, junto al camarlengo que engordaba como buey cebado, y le decía:

—Monseñor Duèze os envía esto. Esta mañana os ha encontrado delgado.

De los noventa y seis prisioneros, Guccio era uno de los que más fácilmente se comunicaban con el exterior. Había podido establecer rápidamente un enlace con el agente de la banca Tolomei en Lyon. Por esta vía pasaba no sólo las cartas que enviaba a su tío, sino también el correo más secreto, que Duèze destinaba al regente.

Estas cartas no pasaban por la desgracia de los platos grasientos, sino dentro de los libros indispensables a los piadosos estudios del cardenal.

Duèze, en efecto, no tenía otro confidente que el joven lombardo, cuya astucia le era cada día más valiosa. Sus destinos estaban estrechamente ligados, porque uno quería salir papa de aquel convento recalentado por el verano, y el otro deseaba dejarlo cuanto antes, protegido poderosamente, para correr en auxilio de su hermosa María. Guccio, de todos modos, estaba algo tranquilo en lo referente a ella desde que Tolomei le había escrito que velaba por su amor como un tío verdadero.

A comienzos de la última semana de julio, cuando Duèze vio que el cansancio extenuaba a sus colegas, hartos de calor y lanzados irremediabilmente unos contra otros, decidió poner en práctica la comedia que meditaba desde hacía tiempo y preparada cuidadosamente con Guccio.

—¿He arrastrado bastante los pies? ¿He ayunado bastante? ¿Es bastante malo mi aspecto? —preguntaba a su improvisado paje—. ¿Están mis colegas bastante disgustados de sí mismos para dejarse llevar por cansancio a una decisión?

—Así lo creo, monseñor; creo que ya están maduros.

—Entonces, mi joven compañero, comenzad a hacer trabajar vuestra lengua; por mi parte, temo acostarme y no levantarme más.

Guccio empezó por decir a los servidores de los otros cardenales que monseñor Duèze estaba muy agotado, que presentaba indicios de enfermedad y que, en vista de su mucha edad, era de temer que no saliera vivo del cónclave.

Al día siguiente, Duèze no apareció en la reunión diaria, y los cardenales lo comentaban entre sí, repitiendo los rumores que Guccio había hecho circular.

Al día siguiente, el cardenal Orsini, que acababa de tener un violento altercado con los Colonna, se encontró con Guccio y le preguntó si era verdad que monseñor Duèze estaba tan débil.

—Sí, monseñor, y estoy apenadísimo —respondió Guccio—. ¿No estáis enterado de que mi dueño incluso ha dejado de leer? Eso es como decir que le queda poco de vida.

Luego, con el aire de cándida audacia que sabía adoptar en tales casos, añadió:

—Si yo estuviera en vuestro lugar, monseñor, sé muy bien lo que haría. Elegiría a monseñor Duèze. Así podríais salir al fin de este cónclave y reunir otro a vuestro gusto en cuanto él muera, cosa que, os lo repito, no tardará. Es una oportunidad que, tal vez la semana próxima, se habrá perdido.

Por la tarde, Guccio vio a Napoleón Orsini en conciliábulo con Stefaneschi, Arberti de Prato y con Guillermo de Longis, todos italianos favorables a Duèze. Al día siguiente volvió a formarse como casualmente el mismo grupo en el claustro, pero incrementado con el español Lucas Flisco, hermanastro de Jaime II de Aragón, y con Arnaldo de Pélagrué, jefe del partido gascón.

Guccio, al pasar junto a ellos, oyó decir a éste último:

—¿Y si no muere?

—Sería menor mal que permanecer aquí —respondió uno de los italianos—, seis meses más, como nos amaga, si perdemos esta ocasión de elegir a un moribundo.

Guccio hizo pasar inmediatamente una carta para su tío, en la que le recomendaba comprar a la compañía de los Bardi todos los créditos que esta banca tenía sobre Juan Duéze. «Podréis obtenerlos sin dificultad a mitad de su valor, ya que al deudor se le da por muerto, y el acreedor os tomará por loco. Comprad incluso a ochenta libras las cien, porque, como os digo, el asunto será bueno; o yo no soy vuestro sobrino.» Además aconsejaba a Tolomei que se trasladara a Lyon lo antes posible.

El 29 de julio, el conde de Forez hizo entregar oficialmente al cardenal camarlengo una carta del regente. Para escuchar su lectura, Juan Duéze consintió en dejar su camastro; más que caminar, se dejó llevar a la reunión.

La carta del conde de Poitiers era severa. Detallaba todas las infracciones cometidas del reglamento de Gregorio. Recordaba su amenaza de quitar la techumbre de la iglesia. Vituperaba a los cardenales por sus discordias, y les sugería, si no podían llegar a una decisión, conferir la tiara al más anciano de ellos. Ahora bien, el más anciano era Juan Duèze.

Cuando éste oyó estas palabras, movió los brazos con gesto de moribundo y dijo con voz apenas perceptible:

—¡El más digno, hermanos míos, el más digno! ¿Qué ibais a hacer con un pastor que ni siquiera tiene fuerzas para andar, y cuyo lugar está más bien en el cielo, si el Señor quiere acogerlo, que aquí abajo?

Se hizo llevar a su celda, se tendió sobre la cama y se puso de cara a la pared.

Al día siguiente, Duéze pareció recobrar un poco las fuerzas; un debilitamiento demasiado constante hubiera despertado sospechas. Pero al recibirse una recomendación del rey de Nápoles, que apoyaba la del conde de Poitiers, el anciano comenzó a toser de manera penosa; debía de estar muy mal cuando se había acatarrado con aquel calor tan grande.

Continuaban los chalaneos, ya que no se habían extinguido todas las esperanzas.

El conde de Forez comenzó a mostrarse más duro. Ahora hacía registrar ostensiblemente los alimentos, que además había reducido a un servicio diario, y confiscaba la correspondencia o la hacía echar de nuevo al interior.

El 5 de agosto, Napoleón Orsini había logrado inclinar hacia Duéze al mismo temible Caetani y a otros miembros del partido gascón. Los provenzales empezaban a olfatear el perfume de la victoria.

El 6 de agosto pudo advertirse que monseñor Duéze contaba con dieciocho votos, es decir, dos más que aquella famosa mayoría absoluta que, en dos años y tres meses, nadie había podido reunir. Los últimos adversarios, viendo que se iba a hacer la

elección a pesar de ellos, y temiendo que se les tuviera en cuenta su obstinación, se jactaron en reconocer las altas virtudes cristianas del cardenal-obispo de Porto, y se declararon dispuestos a ayudarle con sus votos.

Al día siguiente, 7 de agosto de 1316, decidieron votar. Designaron cuatro escrutadores.

Duèze se presentó llevado por Guccio y su segundo paje.

—Pesa como una pluma —murmuraba Guccio a los cardenales, que los miraban pasar y se apartaban con una deferencia que indicaba ya la elección que iban a hacer.

Minutos después era proclamado papa por unanimidad, y sus veintitrés rivales le dedicaron una ovación.

—Puesto que Vos lo queréis, Señor, puesto que Vos lo queréis... —susurró Duèze.

—¿Qué nombre escogéis? —le preguntaron.

—Juan... Llevaré el nombre de Juan... Juan XXII.

Guccio se adelantó para ayudar a levantarse al endeble anciano, convertido en la autoridad suprema del universo.

—No, hijo mío, no —dijo Duèze—. Me esforzaré en andar solo. ¡Quiera Dios sostener mis pasos!

Los imbéciles creyeron entonces asistir a un milagro, mientras que los demás comprendieron que habían sido engañados. Pensaban haber votado por un cadáver, y he aquí que su elegido circulaba con toda facilidad entre ellos, bullicioso y fresco como una trucha. Pero no podían imaginar todavía la dura vida que les iba a deparar durante dieciocho años.

Entretanto el camarlengo había quemado en la chimenea las papeletas de la votación, cuyo humo blanco anunciaba al mundo un nuevo pontífice. Entonces comenzaron a oírse golpes de pico en el muro que tapiaba la puerta principal. Pero el conde de Forez era prudente; en cuanto quitaron unas piedras, se deslizó por el hueco.

—Sí, sí, hijo mío, soy yo —le dijo Duèze, que había trotado rápidamente hasta la puerta.

Entonces, los albañiles terminaron de abatir la pared; abrieron las puertas y el sol, por primera vez después de cuarenta días, entró en la iglesia de los Jacobinos.

Una gran muchedumbre esperaba en el atrio; burgueses y gente del pueblo de Lyon, cónsules, señores y observadores de las cortes extranjeras, que se pusieron de rodillas cuando cardenales y conclavistas salieron formados en procesión. Un hombre grueso, de tez aceitunada y con un ojo cerrado, que estaba en primera fila junto al conde de Forez, cogió el borde del vestido del papa cuando éste pasó delante de él y se lo llevó a los labios.

—¡Tío Spinello! —exclamó Guccio Baglioni, que iba detrás del pontífice.

—¡Ah, vos sois su tío! Aprecio mucho a vuestro sobrino, hijo mio —dijo Duèze al banquero mientras le indicaba que se levantara—. Me ha servido fielmente, y

quiero conservarlo a mi lado.

¡Abrazadlo, abrazadlo!

Se levantó el capitán general de los lombardos y Guccio lo abrazó.

—Lo he comprado todo, como me dijiste, y al seis por diez —susurró Tolomei a su sobrino, mientras Duèze bendecía a la muchedumbre—. Este papa nos debe ahora varios miles de libras.

Buen trabajo, hijo mío. Verdaderamente eres de mi sangre.

Alguien, detrás de ellos, ponía una cara tan larga como los cardenales; era el señor Boccaccio, el principal viajante de los Bardi.

—¡Ah!, entonces estabas dentro, descreído —le dijo a Guccio—. De haberlo sabido no hubiera vendido los créditos.

—¿Y María? ¿Dónde está María? —preguntó Guccio ansiosamente a su tío.

—Tu María se encuentra bien. Es tan hermosa como tú astuto, y si el pequeño lombardo que lleva dentro se parece a los dos, hará carrera en la vida. ¡Pero date prisa, muchacho! Te llama el Padre Santo.

III.- Las deudas del crimen

El regente Felipe tenía empeño en asistir a la consagración del papa, a fin de erigirse así en protector de la cristiandad.

—La elección de Duéze me ha costado esfuerzos y preocupaciones —decía—, justo es que ahora me ayude a conseguir mi gobierno. Quiero estar en Lyon para su coronación.

Pero las noticias del Artois no dejaban de ser inquietantes. Roberto había tomado sin dificultad Arrás, Avesnes, Ihérouanne, y seguía la conquista del país. Carlos de Valois lo apoyaba bajo mano en París.

Fiel a su táctica habitual de asedio, el regente dedicó su atención a las regiones limítrofes del Artois, con el fin de evitar la extensión de la revuelta. Escribió a los barones de Picardía recordándoles los lazos de fidelidad que los ataban a la corona de Francia, haciéndoles saber cortésmente que no toleraría que faltaran a su deber; y envió a los prebostazgos un buen contingente de tropas y soldados para vigilar la comarca. A los flamencos, que aún se burlaban, al cabo de un año, de la desgraciada expedición del Turbulento, que había terminado con su ejército hundido en el barro, Felipe les propuso un nuevo tratado de paz en condiciones muy ventajosas para ellos.

—En el atolladero en que estamos es necesario perder algo para salvar lo más importante —explicó el regente a sus consejeros.

El conde de Flandes, aunque su yerno, Juan de Fiennes, era uno de los primeros lugartenientes de Roberto, dándose cuenta de que nunca tendría mejor ocasión de tratar, aceptó las conversaciones y permaneció neutral en los asuntos del condado vecino.

De este modo, Felipe cerró prácticamente las puertas del Artois. Entonces, envió a Gaucher de Châtillon a negociar directamente con los jefes de los revoltosos y darles seguridades sobre las buenas intenciones de la condesa Mahaut.

—Entendedme bien, Gaucher: no debéis tratar con Roberto —le recomendó al condestable—, porque eso supondría reconocerle los derechos que reclama. Seguimos considerándolo al margen del asunto del Artois. Vais sólo a arreglar el conflicto que enfrenta a la condesa con sus vasallos, y en el que Roberto, a nuestros ojos, nada tiene que ver.

—¿Es verdad, monseñor —preguntó el condestable—, que deseáis hacer triunfar en todo a vuestra suegra?

—De ningún modo, Gaucher, si ha abusado de sus derechos, como creo. La señora Mahaut es muy imperiosa, y juzga que todos han nacido expresamente para servirla, hasta con el último ochavo de su bolsa y la última gota de sudor. Yo quiero la paz —prosiguió el regente—, y para esto es necesario que se haga justicia a todos. Sabemos que la burguesía de las ciudades permanece adicta a la condesa, porque los

burgueses están siempre en disputa con la nobleza, mientras que ésta ha abrazado la causa de Roberto con el fin de apoyar sus quejas. Ved, pues, si estas quejas son fundadas y procurad satisfacerlas sin que ello atente a las prerrogativas de la corona; esforzaos, por lo tanto, en separar a los barones de nuestro turbulento primo, haciéndoles ver que con la justicia pueden obtener de nosotros más que de él con la violencia.

—Sois un buen negociador, monseñor; verdaderamente sois un buen negociador —dijo el condestable—. No creía que a mi edad me sería dado servir con tanto agrado a un príncipe tan prudente, que sólo tiene la tercera parte de mis años.

El regente al propio tiempo rogó al papa, por mediación del conde de Forez, que retrasara un poco su coronación. Juan XXII, aunque tenía legítima prisa por ver confirmada su elección por la consagración, aceptó muy complacido un retraso de dos semanas.

Pero al cabo de estas dos semanas, los asuntos del Artois estaban bien lejos de la solución; y el acuerdo con los flamencos no pudiéndose ratificar antes del 1.º de septiembre, Felipe solicitó, esta vez por medio del delfín del Viennois, un nuevo retraso de la ceremonia. Juan XXII, ante la sorpresa del regente se mostró repentinamente muy firme y casi brutal, y fijó irrevocablemente el 5 de septiembre para su coronación.

Fijaba esta fecha por imperiosas razones que guardaba secretas y que, por otra parte, sobrepasaban a la comprensión de la mayoría. En efecto, fue el 5 de septiembre del año 1300 cuando fue consagrado obispo de Fréjus; en la primera semana de septiembre de 1309, fue coronado su protector el rey de Nápoles; y la falsificación de una carta con los sellos reales, que le había permitido obtener la sede episcopal de Avignon, surtió efecto precisamente el 4 de septiembre de 1310.

El nuevo Papa estaba en buenas relaciones con los astros, y sabía servirse de los pasos del sol para combinar las etapas de su ascensión.

«Si monseñor el regente de Francia y Navarra, a quien tanto queremos —hizo responder—, se ve imposibilitado por los deberes del reino a estar a nuestro lado en este día solemne, lo lamentaremos mucho, pero entonces, para no obligarle a hacer un largo viaje, iremos a la ciudad de Aviñón a recibir la tiara.»

Felipe de Poitiers firmó el tratado con los flamencos la mañana del 1.º de septiembre. La madrugada del 5 llegaba a Lyon acompañado de los condes de Valois y de La Marche, a quienes no había querido dejar solos en París fuera de su vigilancia, así como de Luis de Evreux.

—Nos habéis hecho cabalgar como un correo, sobrino mío —le dijo Valois echando pie a tierra.

Apenas tuvieron tiempo para ponerse las galas especialmente preparadas para la ceremonia, galas que había ordenado confeccionar el tesorero Geoffroy de Fleury. El

regente llevaba un vestido abierto de tela de flor de durazno, forrado con doscientas veintiséis pieles de marta cebellina. Carlos de Valois, Luis de Evreux, Carlos de La Marche así como Felipe de Valois, que también asistía a la fiesta, habían recibido cada uno, como regalo, un vestido de camocán forrado de manera semejante.

En Lyon, completamente empavesado, se apiñaba una inmensa muchedumbre para admirar el desfile.

Juan XXII llegó a caballo a la primacial de San Juan, precedido por el regente de Francia.

Todas las campanas de la ciudad fueron echadas al vuelo. Las riendas de la montura pontificia eran llevadas una por el conde de Evreux, y la otra por el conde de La Marche. La monarquía francesa enmarcaba estrechamente al papado. Seguían los cardenales, con capa pluvial roja y capelo rojo sujeto con cintas bajo la barbilla. Las mitras de los obispos brillaban al sol.

El cardenal Orsini, descendiente del patriciado romano, colocó la tiara en la cabeza de Jacobo Duèze, hijo de un burgués de Cahors.

Guccio admiraba a su dueño desde su privilegiado puesto en la catedral. El pequeño anciano de barbilla delgada y hombros estrechos, al que cuatro semanas antes se le creía moribundo, soportaba sin dificultad los pesados atributos pontificales con que se le cargaba. Los ritos faraónicos de la interminable ceremonia, que lo colocaban por encima de sus semejantes y hacían de él un símbolo de la divinidad, actuaban en su persona sin que él se diera cuenta, marcando en sus rasgos una majestad imprevisible, impresionante, y más evidente a medida que se desarrollaba la liturgia.

Cuando le calzaron las sandalias pontificias, no pudo menos de sonreír ligeramente.

«¡Scarpinelli! Me llamaban Scarpinelli... el cardenal de los escaarpines —pensó—. Me hacían pasar por hijo de un zapatero. ¡Ahora llevo los escaarpines, Señor! Me habéis puesto tan alto que no puedo desear nada más. Sólo quiero gobernar bien vuestra Iglesia.»

Este hombre ambicioso, ahora que veía satisfechas todas sus ambiciones, este intrigante, que había tenido éxito en todas sus maniobras, se encontraba propenso a la perfección en la suprema magistratura.

El mismo día, el regente confirió cartas de nobleza a su hermano, Pedro Duèze. La familia del papa, según costumbre, se convertía en noble. Pero el acta de ennoblecimiento que dictó el mismo Felipe de Poitiers, si bien estaba destinada a honrar al Padre Santo a través de su hermano, testimoniaba también la actitud y el pensamiento, muy poco tradicional, del joven príncipe en cuanto al derecho a la nobleza. No son los bienes de familia —había escrito— ni la riqueza de hecho, ni las demás ventajas de la fortuna, los que tienen algún título en el concierto de las

cualidades morales y de las acciones meritorias; ésas son cosas que el azar concede tanto a los que las merecen como a los que no, que llegan tanto a los dignos como a los indignos... Por lo contrario, cada uno es hijo de sus obras y de sus propios méritos; y no tiene ninguna importancia de dónde podamos venir, ni de quién procedemos...

Valois temblaba de irritación al oír tales declaraciones que juzgaba subversivas y escandalosas.

Pero el regente no había hecho tan largo camino ni había dado al nuevo papa tales muestras de estima para no obtener nada a cambio. Entre aquellos dos hombres a los que separaba medio siglo... —«Vos sois el alba, monseñor, y yo soy el atardecer», solía decir Duèze a Felipe...— existía cierta afinidad y una sutil armonía. Juan XXII no olvidaba las promesas de Juan Duèze; ni el regente las del conde de Poitiers. En cuanto el regente le habló de los beneficios eclesiásticos, cuya primera anualidad debía ir a parar al Tesoro, el nuevo papa hizo traer los documentos preparados para la firma. Pero antes de que se pusieran los sellos, Felipe tuvo una conversación particular con Carlos de Valois.

—¿Tenéis alguna queja de mí, tío mío? —preguntó.

—Absolutamente ninguna, sobrino mío —contestó el ex-emperador de Constantinopla.

¡Era el momento de poder decir que la única queja que tenía contra él era su existencia!

—Entonces, tío mío, si no tenéis ninguna queja de mí, ¿por qué me servís mal? Cuando me entregasteis las llaves del Tesoro, os aseguré que no se os pedirían cuentas, y he mantenido mi palabra. Pero vos, aun cuando me jurasteis homenaje y fidelidad, no cumplís vuestro juramento, ya que apoyáis la causa de Roberto de Artois.

Valois hizo un gesto de negación.

—Calculáis mal, tío mío —prosiguió Felipe—, porque Roberto va a seros muy costoso. No tiene dinero, sus únicos ingresos son los impuestos que le proporciona el Tesoro, y acabo de cortárselos.

Va, pues, a solicitaros subsidios. ¿Dónde los hallaréis, ya que no disponéis de las finanzas del reino?

Vamos, no os exacerbéis, no os encolericéis, ni digáis palabras gruesas que luego lamentaríais, porque yo sólo deseo vuestro bien. Dadme seguridades de que no ayudaréis más a Roberto, y yo, por mi parte, pediré al Padre Santo que las anatas de Valois y del Maine pasen directamente a vos y no al Tesoro.

El conde de Valois se veía desgarrado entre el odio y la codicia.

—¿A cuánto ascienden esas anatas? —preguntó.

—De diez mil a doce mil libras, tío mío, porque hay que añadir los beneficios que

no fueron percibidos en los últimos tiempos de mi padre y durante todo el reinado de Luis.

Para Valois, siempre endeudado, esas diez o doce mil libras, que había de recibir aquel año, le llegaban milagrosamente.

—Sois un buen sobrino que comprende mis necesidades —respondió—. Voy a hablar a Roberto para que se reconcilie con vos, e indicarle que, si no consiente, le quitaré mi apoyo.

Felipe hizo el viaje de regreso en pequeñas etapas, solventando de pasada diferentes asuntos, e hizo una última parada en Vincennes, para llevar a Clemencia la bendición del nuevo papa.

—Me siento feliz —dijo la reina— de que nuestro amigo Duèze haya tomado el nombre de Juan, ya que es el mismo que he elegido para mi hijo, por un voto que hice, durante una tempestad, en la nave que me trajo a Francia.

Parecía estar alejada de los problemas del poder e interesada únicamente en sus recuerdos conyugales o en las preocupaciones de la maternidad. La estancia en Vincennes beneficiaba a su salud; tenía buen semblante y disfrutaba, en la gordura del séptimo mes, del respiro que a veces se da al final de los embarazos difíciles.

—Juan no es nombre para un rey de Francia —dijo el regente—. Nunca hemos tenido un Juan.

—Ya os he dicho, hermano mío, que hice esta promesa.

—Entonces, la respetaremos..., si tenéis un varón, se llamará Juan I...

En el palacio de la Cité, Felipe encontró a su mujer completamente feliz, meciendo al pequeño Luis Felipe, que gritaba con toda la fuerza de sus ocho semanas.

Pero la condesa Mahaut, apenas tuvo conocimiento del regreso de su yerno, llegó al palacio de Artois con las mangas arremangadas, encendidas las mejillas y hecha una verdadera furia.

—¡Ah! ¡En cuanto vos os vais, hijo mío, todos me traicionan! ¿Sabéis qué está haciendo en el Artois vuestro bribón Gaucher?

—Gaucher es condestable, madre mía, y hace poco no lo considerabais bribón. ¿Qué os ha hecho, pues?

—¡Me ha culpado de todo! —gritó Mahaut—. ¡Me ha condenado en todo! Vuestros enviados se entienden, como compadres de feria, con mis vasallos; han declarado que yo no volvería a poner los pies en el Artois... fijaos bien... ¡A mí, Mahaut, prohibirme entrar en mi condado! ... si no firmo antes aquella maldita paz que en diciembre pasado negué a Luis. Quieren además que restituya no sé qué impuesto que, según ellos, he percibido indebidamente.

—Todo eso me parece justo. Mis enviados han seguido fielmente mis órdenes —respondió con calma Felipe.

La sorpresa dejó a Mahaut paralizada un instante, con la boca abierta y los ojos despavoridos. Luego se recuperó, y gritó más fuerte:

—¡Justo saquear mis castillos, ahorcar a mi gente y arrasar mis cosechas! Entonces, ¿vuestras órdenes son apoyar a mis enemigos? ¡Vuestras órdenes! ¡Bonita manera de pagarme todo lo que he hecho por vos!

En su frente se hinchaba una gruesa vena violeta.

—No veo, madre mía, aparte de haberme dado a vuestra hija, que hayáis hecho tanto por mí como para que deba perjudicar a mis súbditos y comprometer en provecho vuestro la paz del reino.

Mahaut vaciló un momento entre la prudencia y el furor. Pero la palabra «mis súbditos» empleada por su yerno, que era palabra de rey, la picó como un aguijón; y el secreto, que guardaba tan sabiamente desde hacía diez semanas, fue roto por un acceso de cólera.

—¿Y haber matado a tu hermano —dijo, avanzando hacia él— no significa nada?

Felipe no se sobresaltó, ni dejó escapar ninguna exclamación; su reacción fue ir a cerrar las puertas. Corrió los cerrojos, sacó las llaves y se las puso en la cintura. No le gustaba pelear más que sobre terreno firme. Mahaut se sobrecogió de espanto, y más aún cuando vio el rostro de Felipe al acercarse a ella.

—¡Entonces fuisteis vos —dijo a media voz—, y es verdad lo que se murmura en el reino!

Mahaut, según su costumbre, le hizo frente atacando:

—¿Y quién queríais que fuera, yerno mío? ¿A quién, pues, creéis deber la gracia de ser regente y de poder, tal vez un día, ceñiros la corona? ¡Vamos! No os hagáis el inocente. Vuestro hermano me confiscó el Artois; Valois lo incitaba contra mí, y vos, vos estabais en Lyon buscando un papa... siempre ese papa que se presenta en mis asuntos como marzo en cuaresma. ¡No os hagáis el bendito y digáis que me lo reprobáis! Vos no sentíais afecto por Luis, y os satisfizo que yo os proporcionara su puesto, preparándole algunas almendras garrapiñadas, y sin ningún peso para vuestra conciencia. ¡Pero no esperaba que fuerais para mi peor que él!

Felipe se había sentado, había cruzado sus largas manos y reflexionaba.

«Un día u otro había de llegar esto —pensaba Mahaut—. En cierto modo, tal vez haya sido mejor; ahora lo tengo en mis manos.»

—¿Lo sabe ¿Juana? —preguntó de pronto Felipe.

—Ella no sabe nada, no son asuntos de mujeres.

—¿Quién lo sabe, aparte de vos?

—Beatriz, mi primera doncella.

—Ya es demasiado —dijo Felipe.

—¡Ah, no le hagáis nada! —exclamó Mahaut—. Su familia es poderosa.

—¡Cierto, una familia que ha hecho que os odien en el Artois! ¿Y además de esa

Beatriz?

¿Quién os ha proporcionado... el preparado, como vos decís?

—Una maga de Arrás a la que nunca he visto, pero a quien Beatriz conoce. Fingí querer acabar con los ciervos que infestaban mi parque. Además, tuve la precaución de matar a muchos de ellos.

—Habría que encontrar a esa mujer... —dijo Felipe.

—¿Comprendéis ahora —prosiguió Mahaut— que no me podéis abandonar? Porque si ven que dejáis de apoyarme, mis enemigos se envalentonarán, redoblarán las calumnias...

—Maledicencias, madre mía, no calumnias —rectificó Felipe.

—...y si me acusan de lo que sabéis, la culpa recaerá sobre vos, porque dirán que lo he hecho en provecho vuestro, lo cual es cierto; y muchos pensarán que por orden vuestra.

—Lo sé, madre mía, lo sé; ya he pensado en todo eso.

—Pensad también, Felipe, que he arriesgado la salvación de mi alma en esa empresa. No seáis ingrato.

Felipe dibujó una breve sonrisa, seguida de un estallido de cólera igualmente breve.

—¡Ah, esto ya es demasiado, madre mía! ¡Pronto me pediréis que os bese los pies por haber envenenado a mi hermano! ¡Si hubiera sabido que la regencia era a costa de esto, ciertamente, jamás la hubiera aceptado! Repruebo el asesinato; nunca es necesario matar para alcanzar los fines; es un método de mala política, y os ordeno no volver a usarlo, mientras sea vuestro soberano.

Por un momento estuvo tentado de hacer justicia. Reunir el Consejo de los pares, denunciar el crimen, pedir el castigo... Mahaut, que lo adivinó agitado por estos pensamientos, pasó instantes penosos. Pero Felipe nunca se dejaba llevar por sus impulsos, aunque fueran honrados. Actuar como había imaginado era desacreditar a su mujer y desacreditarse él mismo. ¿Y qué acusaciones no lanzaría Mahaut para defenderse o para perder con ella a quien no la defendiera? Forzosamente se plantearía de nuevo el problema del reglamento de la regencia. Felipe había hecho mucho ya por el reino, y había soñado demasiado en lo que iba a hacer, para correr el riesgo de verse privado del poder. Pensándolo bien, su hermano Luis había sido un mal rey y, además, un asesino... tal vez era voluntad de la Providencia castigar al asesino con el asesinato, y poner a Francia en mejores manos.

—Dios os juzgará, madre mía, Dios os juzgará —dijo—. Solamente quisiera evitar que las llamas del infierno comenzaran, por culpa vuestra, a lamernos a todos en esta vida. Tengo, pues, que pagar las deudas de vuestro crimen, y como no puedo meteros en prisión, me veo obligado, efectivamente, a apoyaros... Vuestra maquinación estaba bien urdida. Messire Gaucher recibirá pasado mañana otras

instrucciones. No os oculto que me duele obrar así.

Mahaut quiso abrazarlo. El la rechazó.

—Pero enteraos bien —prosiguió Felipe—: de ahora en adelante mis platos serán probados tres veces, y al primer dolor de estómago que sienta, vuestras horas de vida estarán contadas. Rogad, pues, por mi salud.

Mahaut bajó la cabeza.

—Os serviré tanto, hijo mío —dijo— que acabaréis por concederme vuestro afecto.

IV.- «Puesto que es necesario decidirnos por la guerra...»

Nadie se explicó, y menos Gaucher de Châtillon, el cambio de Felipe en los asuntos del Artois. El regente, desaprobando de pronto a sus enviados, declaró inaceptable la conciliación que habían preparado y exigió la redacción de nuevos acuerdos más favorables á Mahaut. El resultado no se hizo esperar. Se rompieron las negociaciones, y quienes las llevaban en nombre del Artois, que representaban el elemento moderado de la nobleza, se unieron en seguida al clan de los exaltados. Su indignación era grande; el condestable los había engañado vilmente, su único recurso era la fuerza.

Triunfaba el conde Roberto.

—¿No os había dicho que no se podía tratar con esos felones? —repetía a todos.

Seguido de su ejército de insurgentes, marchó de nuevo sobre Arrás. Gaucher, que se encontraba en la ciudad con sólo una pequeña escolta, apenas tuvo tiempo de huir por la puerta Péronne, mientras Roberto entraba por la puerta Saint-Omer a banderas desplegadas y al son de trompetas. Por un cuarto de hora no cayó en sus manos el condestable de Francia. Esta aventura ocurría el 22 de septiembre. El mismo día, Roberto dirigía a su tía la carta siguiente: A la muy alta y noble señora Mahaut de Artois, condesa de Borgoña, de Roberto de Artois, caballero. Como os habéis arrogado injustamente mi derecho al condado del Artois, lo cual mucho me perjudica y todos los días me pesa, y no estando dispuesto a tolerarlo más, por ésta os hago saber que voy a poner las cosas en orden y a recuperar mi bien lo antes que pueda.

Roberto no tenía mucha facilidad para redactar, los matices no eran su fuerte; pero él estaba muy satisfecho con su epístola, ya que expresaba perfectamente lo que quería decir.

El condestable, cuando llegó a París, no mostraba un talante muy risueño y no se mordió la lengua ante el conde de Poitiers. La persona del regente no le intimidaba; había visto nacer a aquel joven y mojar los pañales. Le habló con toda claridad, y le dijo que era una forma desconsiderada de tratar a un servidor y fiel pariente que llevaba veinte años mandando los ejércitos del reino, enviarlo a pactar sobre seguridades que luego no se cumplían.

—Hasta ahora, monseñor, me consideraban hombre leal, cuya palabra no podía ponerse en duda. Vos me habéis hecho desempeñar el papel de embustero y de ladrón. Cuando apoyé vuestro derecho a la regencia, pensaba encontrar en vos algo de mi rey, vuestro padre, a quien dabais muestra de pareceros. Veo que me equivoqué cruelmente. ¿Tanto habéis caído bajo tutela de mujer que cambiáis de opinión como de cota?

Felipe se esforzó en calmar al condestable, acusándose de haber juzgado mal, desde un principio, el asunto, y de haber dado instrucciones erróneas. De nada servía transigir con la nobleza del Artois mientras Roberto no fuera abatido. Roberto constituía una amenaza para el reino, y un peligro para el honor de la familia real. ¿No era él el instigador de aquella campaña de calumnias que señalaba a Mahaut como la envenenadora de Luis X?

Gaucher se encogió de hombros.

—¿Y quién cree esas tonterías? —exclamó.

—Vos no, Gaucher, vos no —dijo Felipe—; pero otros prestan oídos, contentos de poder perjudicarnos; y mañana dirán que yo, que vos mismo, hemos participado en esa muerte que quieren convertir en sospechosa. Pero Roberto acaba de dar el paso en falso que yo esperaba. Ved lo que escribe a Mahaut...

Tendió al condestable una copia de la carta del 22 de septiembre, y prosiguió:

—Roberto rechaza por ella la resolución que mi padre hizo dictar en 1309 por el Parlamento.

Hasta hoy no hacía más que apoyar a los enemigos de la condesa, pero ahora entra en rebeldía contra la ley del reino. Vais a marchar de nuevo al Artois.

—¡Ah, no, monseñor! —exclamó Gaucher—. ¡Ya me he deshonrado demasiado! He tenido que huir de Arrás como viejo jabalí ante la jauría, sin tiempo siquiera de orinar. Hacedme la gracia de elegir a otro que se ocupe de ese asunto.

Felipe se llevó la mano al mentón. «¡Si supieras, Gaucher —pensaba—, si supieras lo que siento engañarte! ¡Pero si te confesara la verdad, me despreciarías aún más!» Prosiguió, obstinado:

—Vais a marchar de nuevo al Artois, Gaucher, por afecto a mí y porque yo os lo ruego.

Llevaréis con vos a vuestro pariente messire Miles, y esta vez os acompañará una fuerte tropa de caballeros y gentes de los pueblos, que engrosaréis en Picardía; y requeriréis a Roberto para que comparezca ante el Parlamento a rendir cuentas de su conducta. Al mismo tiempo, entregaréis apoyo de dinero y hombres armados a los burgueses de las ciudades que han permanecido fieles a nosotros. Y si Roberto no se somete, decidiré entonces el modo de obligarlo de otra forma... Un príncipe es como cualquier otro hombre, Gaucher —prosiguió Felipe, poniéndole las manos sobre los hombros—; puede equivocarse al principio, pero mayor error sería obstinarse. El oficio de la corona se aprende, como todo oficio, y yo tengo que aprender todavía. Perdonadme el mal papel que os he obligado a hacer.

Nada emociona tanto a un hombre de edad como la confesión de inexperiencia hecha por un joven, sobre todo si éste es su superior jerárquico. Bajo sus párpados de tortuga, la mirada de Gaucher se veló un poco.

—¡Ah! Me olvidaba —continuó Felipe—. He decidido que seáis tutor del futuro

hijo de la señora Clemencia..., de nuestro rey, si Dios quiere que sea varón... y su segundo padrino, después de mí.

—Monseñor, monseñor Felipe... —dijo el condestable muy emocionado.

Y se lanzó en brazos del regente, como si él hubiera sido el equivocado.

—En cuanto a la madrina, hemos decidido con la señora Clemencia —dijo Felipe — que sea la condesa Mahaut, a fin de cortar las murmuraciones.

Ocho días después, el condestable reemprendía la ruta del Artois.

Roberto, como era de prever, rehusó someterse a la intimación y continuó haciendo estragos a la cabeza de su horda de corazas. Pero el mes de octubre no le fue propicio. Era violento guerrero, pero mal estratega; lanzaba sus expediciones sin orden ni concierto, un día al norte, el siguiente al mediodía; según la inspiración del momento. Soldado entre soldados, condotiero entre condotieros, estaba mejor dotado para ponerse al servicio de alguien que para dirigirse él mismo. En aquel condado, que consideraba suyo, se comportaba como en territorio enemigo, y llevaba por fin la vida salvaje, peligrosa y frenética que tanto le complacía. Disfrutaba con el temor que inspiraba su proximidad, pero no se daba cuenta del odio que dejaba a su paso. Jalonaban su ruta demasiados cuerpos colgados de los arboles, demasiados decapitados, demasiada gente enterrada viva en medio de crueles risotadas, demasiadas jóvenes violadas que conservaban en la piel la marca de las cotas de malla, demasiados incendios. Las madres amenazaban a sus hijos, para que se portaran bien, con llamar al conde Roberto; pero si se anunciaba su presencia en los alrededores, cargaban con su chiquillería y en seguida corrían al bosque más cercano.

Las ciudades construían barricadas, los artesanos, aleccionados por el ejemplo de los pueblos flamencos, afilaban sus cuchillos, y los regidores estaban en contacto con los emisarios de Gaucher. A Roberto le gustaban las batallas en campo abierto; detestaba la guerra de asedio. ¿Que los burgueses de Saint-Omer y de Calais le daban con la puerta en las narices? Se encogía de hombros, y decía:

—¡Volveré otro día y os haré reventar a todos!

Y se iba a retozar a otra parte.

Pero el dinero comenzaba a escasear. Valois no contestaba a las peticiones, y sus escasos mensajes sólo contenían buenos sentimientos y exhortaciones a la prudencia. Tolomei, el querido banquero Tolomei, también se hacía el sordo. Estaba de viaje; sus empleados no tenían autorización... El mismo papa intervino en el asunto; escribió personalmente a Roberto y a varios barones del Artois recordándoles sus deberes... Luego, una mañana de finales de octubre, el regente declaró en consejo, con aquella gran tranquilidad que acompañaba a sus decisiones:

—Nuestro primo Roberto se ha burlado demasiado tiempo de nuestro poder. Puesto que es necesario decidirnos por la guerra, tomaremos contra él la oriflama en Saint-Denis, el último día de este mes, y como está ausente messire Gaucher, el ost,

que conduciré yo mismo, será puesto bajo el mando de nuestro tío...

Todas las miradas se dirigieron hacia Carlos de Valois, pero Felipe continuó...

—...de nuestro tío, monseñor de Evreux. De buen grado habríamos confiado esta tarea a monseñor de Valois, quien ha dado pruebas de ser un gran capitán, si no tuviera que ir a sus tierras del Maine para percibir allí las anatas de la iglesia.

—Os lo agradezco, sobrino mío —respondió Valois—, porque bien sabéis que quiero a Roberto y que, aun desaprobando su rebelión, que considero una gran tontería de hombre obstinado, me hubiera disgustado llevar las armas contra él.

El ejército que reunió el regente para marchar contra el Artois no se parecía en nada al desmesurado que, dieciséis meses antes, había enfangado su hermano en Flandes. Este de ahora se componía de tropas permanentes y de levadas hechas en los dominios reales. Las soldadas eran elevadas: treinta sueldos diarios al jefe de mesnada; quince sueldos al caballero; y tres al hombre de a pie. No solamente llamaron a los nobles sino también a los plebeyos. Los dos mariscales, Juan de Corbeil y Juan de Beaumont, señor de Clichy, reunieron las mesnadas. Los ballesteros de Pedro de Galard estaban ya movilizados. Hacía dos semanas que Geoffroy Coquatrix había recibido secretamente instrucciones para proveer transportes y alimentos.

El 30 de octubre, Felipe de Poitiers tomó la oriflama en Saint-Denis. El 4 de noviembre estaba en Amiens, desde donde envió a su segundo chambelán, Roberto de Gamaches, escoltado por algunos escuderos, para hacer llegar al conde de Artois la última intimación.

V.- El ejército del regente hace un prisionero

Se pudrían los parduzcos rastrosos sobre los campos arcillosos y desnudos. Grandes nubes oscuras cruzaban el cielo de otoño y parecía que el mundo terminaba allá, al final de la llanura. El viento seco, soplando en breves ráfagas, tenía un resabio a humo.

Antes del pueblo de Bouquemaison, en el mismo lugar por donde tres meses antes había entrado el conde Roberto en el Artois, se desplegó el ejército del regente en orden de batalla, y los pendones temblaban en la punta de las lanzas sobre una extensión de casi media legua.

Felipe de Poitiers, rodeado de sus principales oficiales, se encontraba en el centro a algunos pasos del camino. Había cruzado las manos enguantadas de hierro sobre el pomo de su silla. Estaba con la cabeza descubierta, y detrás de él, un escudero portaba su yelmo.

—¿Es aquí donde te ha dicho que vendría a entregarse? —preguntó el regente a Roberto de Gamaches, que había regresado por la mañana de su misión.

—Aquí mismo, monseñor —respondió el segundo chambelán—. El ha elegido el lugar... «En el campo que está junto al mojón de la cruz...», me ha dicho. Y me ha asegurado que estaría a la hora tercia.

—¿Y estás seguro de que no hay otros mojones con cruz en los alrededores? Porque es capaz de hacernos una mala pasada, de presentarse en otra parte y hacer atestiguar que yo no estaba... ¿Crees verdaderamente que vendrá?

—Lo creo, monseñor, porque me ha parecido muy derrotado. Le he enumerado vuestro ejército, y le he hecho ver también que monseñor el condestable ocupaba los límites de Flandes y las ciudades del norte, y que sería atrapado como entre tenazas, sin poder huir siquiera por las junturas. Por último, le he entregado la carta de monseñor de Valois en que le aconseja rendirse sin lucha, porque forzosamente sería derrotado, y le dice que vos estáis tan irritado con él, que corre el peligro, si lo hacéis prisionero, de que le cortéis la cabeza.

El regente inclinó ligeramente su largo busto sobre el cuello del caballo. Decididamente, no le gustaba llevar los vestidos de guerra, cuyas veinte libras de hierro le pesaban sobre los hombros y le impedían estirarse.

—Entonces se ha retirado con sus barones —prosiguió Gamaches— y no sé con certeza lo que han hablado. Pero he comprendido que algunos se rebelaban mientras otros le suplicaban que no los abandonase. Por último, se ha reunido conmigo y me ha contestado lo que os he dicho, asegurándome que tenía demasiado respeto al regente para desobedecerlo en nada.

Felipe de Poitiers seguía incrédulo. Aquella sumisión tan fácil le inquietaba y le hacía temer una trampa. Entornando los ojos contemplaba el triste paisaje.

—El lugar es bastante propicio para rodearnos y atacarnos por la espalda mientras permanecemos aquí esperando. ¡Corbeil! ¡Beaumont! —dijo dirigiéndose a sus dos mariscales—.

Enviad unos cuantos mesnaderos de descubierta por las dos alas. Que vigilen los valles y se aseguren de que no hay tropa emboscada, ni en camino sobre nuestra ruta de retaguardia. Y si, sonada la tercia en el campanario que está detrás de nosotros, no se ha presentado Roberto —agregó dirigiéndose a Luis de Evreux—, nos pondremos en marcha.

Pero pronto se oyeron gritos en las filas de las mesnadas.

—¡Ahí viene! ¡Ahí viene!

De nuevo el regente entornó los párpados, pero no vio nada.

—Enfrente, monseñor —le dijeron—. Exactamente a la derecha del cuello de vuestra montura, sobre la cresta.

Roberto de Artois llegaba sin compañía, sin escudero, sin un criado siquiera. Avanzaba al paso, erguido sobre su inmenso caballo, y en su soledad parecía más grande aún de lo que era. Su alta silueta se destacaba rojiza sobre el atormentado cielo, y parecía que la punta de su lanza desgarraba las nubes.

—Presentarse de esa guisa es una manera de burlarse de vos, monseñor.

—Bien, ¡que se burle, que se burle! —respondió Felipe de Poitiers.

Los caballeros enviados en reconocimiento volvieron al galope, y aseguraron que los alrededores estaban muy tranquilos.

—Lo creía más obstinado en su desesperanza —dijo el regente.

Cualquier otro, para hacer ostentación, se hubiera adelantado solo hacia aquel hombre, igualmente solo. Pero Felipe de Poitiers tenía otro concepto de su dignidad y no era gesto de caballería lo que quería realizar, sino de rey. Esperó, pues, sin dar un paso, a que Roberto, lleno de polvo y de cólera se parara ante él.

El ejército entero contenía la respiración, y sólo se oía el ruido de los frenos en la boca de los caballos.

El gigante tiró la lanza al suelo; el regente la contempló extendida sobre el rastrojo, y permaneció en silencio.

Roberto sacó de la silla el yelmo y la gran espada de dos manos, y los echó junto a la lanza.

El regente siguió callado; no había puesto la vista en Roberto; mantenía la mirada sobre las armas, como si aún esperara otra cosa.

Roberto de Artois se decidió a desmontar, dio dos pasos hacia adelante y, temblando de rabia, puso por fin una rodilla en tierra y dirigió la mirada hacia el regente.

—Mi buen primo... —exclamó, abriendo los brazos.

Pero Felipe lo interrumpió:

—¿No tenéis hambre, primo mío? —le preguntó.

Y como el otro, que esperaba una gran escena con intercambio de nobles palabras, hacerlo incorporar y abrazo caballeresco, quedara estupefacto, Felipe añadió:

—Entonces, montad de nuevo, y vayamos lo antes posible a Amiens, donde os dictaré mis condiciones para la paz. Cabalgaréis a mi lado, y comeremos en ruta... ¡Héron! ¡Gamaches!

Recoged las armas de mi primo.

Roberto de Artois tardaba en montar y miraba a su alrededor.

—¿Qué buscáis? —dijo el regente.

—No busco nada, Felipe. Contemplo este campo para no olvidarlo —respondió el de Artois.

Y se llevó la mano al pecho, en el sitio donde, a través de la broigne, podía palpar el saquito de terciopelo en el que había encerrado, como si fueran reliquias, las espigas, ahora podridas, que había recogido en aquel mismo lugar un día de verano. En sus labios se dibujó una sonrisa de altivez.

Cuando empezó a trotar junto al regente, recobró su habitual seguridad.

—Habéis reunido un hermoso ejército, primo mio, para hacer sólo un prisionero —dijo con tono burlón.

—La capitulación de veinte mesnadas, primo mío —respondió Felipe en el mismo tono—, me produciría hoy menos placer que vuestra compañía... Pero decidme qué os ha hecho entregaros tan rápidamente. Porque si bien os aventajo en número, sé que no es valor lo que os falta.

—He pensado que si nos enfrentáramos, íbamos a hacer sufrir a demasiados infelices.

—¡Qué sensible os habéis vuelto de repente! —dijo Felipe de Poitiers en un tono irónico—. No han llegado hasta mí noticias de que hayáis dado estos últimos tiempos tales pruebas de caridad.

—Nuestro Padre Santo el nuevo papa se ha tomado el trabajo de escribirme para iluminarme.

—¡Y piadoso además! —exclamó el regente.

—Como su carta estaba redactada en términos similares a vuestros requerimientos, he comprendido que no podía luchar a la vez contra el cielo y la tierra, y he resuelto mostrarme tan leal súbdito como buen cristiano.

—¡Caridad, piedad, lealtad! ¡Habéis cambiado mucho, primo mío!

Al mismo tiempo, Felipe, mirando de reojo la gran barbilla del gigante se decía: «Ríete, ríete. Dentro de poco no gallearás tanto, cuando sepas la paz que voy a imponerte.»

Sin embargo, ante el consejo reunido en Amiens en cuanto llegaron, Roberto

mantuvo la misma actitud. Aceptó todo lo que le pedían, sin rebelarse, sin discutir, parecía incluso que no escuchaba el pacto que le leían.

Se comprometía a devolver «todo castillo, fortaleza, señorío, y todo cuanto había arrebatado u ocupado». Garantizaba la restitución de todas las plazas tomadas por sus partidarios. Concertaba con Mahaut una tregua hasta las próximas Pascuas; para entonces, la condesa habría hecho saber su voluntad, y el Consejo de los pares se pronunciaría sobre los derechos de las dos partes. El regente, mientras tanto, gobernaría directamente el Artois, y situaría allí los guardianes, oficiales y alcaides que quisiera. Por último, hasta a decisión de los pares, los impuestos del condado serían percibidos por el conde de Evreux... y por el conde de Valois.

Al oír esta última cláusula, comprendió Roberto a qué precio se había comprado la defección de su principal aliado.

Pero ni aun con esto se inmutó, y lo firmó todo.

Esta excesiva sumisión comenzaba a inquietar al regente. «¿Qué golpe escondido tendrá preparado?» se decía Felipe.

Como tenía prisa por volver a París para el parto de la reina, encargó a sus dos mariscales, con una parte de las tropas a sueldo, ir a relevar en el Artois al condestable y vigilar sobre el terreno el cumplimiento de lo tratado. Roberto asistió, sonriente, a la partida de los mariscales.

Su cálculo era sencillo. Rindiéndose solo, evitaba la destrucción de sus tropas. Fiennes, Souastre, Picquigny y los demás continuarían su pequeña guerra de acoso y desgaste. El regente no podría poner en pie todas las quincenas semejante expedición, ya que el Tesoro no lo resistiría.

Roberto tenía, pues, ante sí varios meses de tranquilidad. Por el momento prefería volver a París, y encontraba muy oportuna la ocasión. Porque bien podía ocurrir que dentro de poco no hubiera ni regente ni Mahaut.

En efecto —y éste era el verdadero motivo de su sonrisa—, Roberto había logrado hallar a la señora de Fériennes, la que había proporcionado el veneno a la condesa de Artois. La encontró haciendo seguir a dos espías del regente, que también la buscaban. Isabel de Fériennes y su hijo fueron apresados cuando vendían el material necesario para un hechizo. Los hombres de Roberto suprimieron a los espías del regente, y ahora la maga, después de haber hecho una bonita y completa confesión, estaba a buen recaudo, en un castillo del Artois.

«Vas a poner buena cara, primo mío —se decía mirando a Felipe—, cuando ordene a Juan de Varennes traer a esa mujer y la presente ante el Consejo de los pares para que confiese cómo tu suegra asesinó, por cuenta tuya, a tu hermano. Y ni tu querido papa podrá hacer nada.»

El regente mantuvo a su lado a Roberto durante todo el viaje; en las paradas comían en la misma mesa; por las noches, en los monasterios o castillos reales,

dormían puerta con puerta, y los numerosos servidores del regente vigilaban estrechamente a Roberto. Pero de beber, comer y dormir junto a un enemigo, nadie puede evitar ciertos sentimientos de hermandad respecto a él; los dos primos no habían tenido nunca semejante intimidad. El regente no parecía sentir por Roberto particular rencor por las fatigas y gastos que le había ocasionado. Incluso parecía divertirse con las groseras chanzas del gigante y con su aire de falsa franqueza.

«¡Un poco más, y terminará por quererme, el muy bribón! —se decía Roberto—. ¡Cómo se traga el anzuelo!»

La mañana del 11 de noviembre, cuando llegaron a las puertas de París, Felipe detuvo de repente su caballo.

—Mi buen primo, el otro día en Amiens salisteis fiador de la entrega a mis mariscales de todos los castillos. Ahora bien, me entero con pesar de que algunos de vuestros amigos no cumplen el tratado y se niegan a rendir las plazas.

Sonriendo, levantó Roberto las manos con gesto de impotencia.

—Vos salisteis fiador —repitió Felipe.

—Sí, primo mío, firmé lo que vos deseasteis. Pero, como me habéis quitado todo poder, son vuestros mariscales los que han de obligarles a obedecer.

El regente acarició pensativamente el cuello de su noble caballo.

—¿Es verdad, Roberto —dijo—, que me habéis inventado el sobrenombre de Puertas Cerradas?

—Es verdad, primo mío, es verdad —dijo el otro, riendo—. Porque usáis mucho de las puertas para gobernar.

—Pues bien, primo mío —dijo el regente—, vais a alojaros en la prisión del Châtelet, y permaneceréis allí, a puertas cerradas, hasta que sea entregado el último Castillo del Artois.

Roberto, por primera vez desde su rendición, empalideció ligeramente. Todo su plan se venía abajo, y la señora de Fériennes no le podría servir con tanta presteza.

Tercera Parte: Del luto a la consagración

I.- Una nodriza para el rey

Juan I, rey de Francia, hijo póstumo de Luis X el Turbulento, nació la noche del 13 al 14 de noviembre de 1316, en la mansión de Vincennes.

La noticia se extendió rápidamente, y los señores se pusieron sus vestidos de seda. En las tabernas, los truhanes y borrachines, para quienes cualquier acontecimiento daba ocasión para beber, comenzaron desde el mediodía a levantar el codo y a gritar; y los comerciantes en objetos finos, orfebres, mercaderes de sederías, fabricantes de ricos paños y pasamanería, vendedores de especias, de peces raros y productos de ultramar, se frotaban las manos pensando en la venta para los señores.

Las calles estaban de fiesta y la gente se saludaba como reunida, exclamando:

—¡Vaya, compadre, tenemos rey!

La alegría penetró hasta en los conventos, donde abades y priores anunciaban y comentaban el acontecimiento.

En la hospedería del convento de las clarisas, María de cressay, cuatro días antes, había traído al mundo un robusto niño que pesaba sus ocho libras, prometía ser rubio como su madre y, con los ojos cerrados, mamaba con la voracidad de un cachorro.

A cada momento, las novicias, encapuchadas de blanco, entraban en la celda de María para ver cómo cambiaba los pañales o para contemplar su rostro radiante mientras daba de mamar, para mirar aquel pecho rosado, abundante, dilatado; admirar, ellas que estaban destinadas a una virginidad definitiva, el milagro de la maternidad de forma distinta a las imágenes de los vitrales.

Porque, aunque alguna vez una monja caía en falta, ello no era con la frecuencia que aseguraban los versificadores laicos en sus canciones, y un recién nacido, en verdad, no era frecuente en un convento de clarisas.

—El rey se llama Juan, como mi hijo —decía María—. Siempre fue costumbre en mi familia llamar así al primogénito.

Veía en esta coincidencia un feliz presagio. Una nueva generación de niños iba a llamarse como el rey, cosa tanto más sorprendente cuanto el nombre era nuevo en la monarquía. A todos los pequeños Felipes, a todos los pequeños Luises, sucederían una infinidad de pequeños Juanes en todo el reino. «El mío es el primero», pensaba María.

El temprano crepúsculo de otoño comenzaba a caer cuando entró en la celda una joven monja.

—Señora María —dijo—, la madre abadesa os llama al locutorio. Alguien os espera.

—¿Quién?

—No lo sé, no he visto a nadie. Pero creo que vais a partir.

A María se le colorearon las mejillas.

—¡Es Guccio, es Guccio! Es el padre... —explicó a las novicias—; seguro que es mi esposo que viene a buscarnos.

Se cerró el corpiño, se alisó el cabello mirándose en el cristal de la ventana que le servía de oscuro espejo, se echó la capa sobre los hombros, y vaciló un momento ante la cuna colocada en el suelo. ¿Bajaría al niño para dar a Guccio la maravillosa sorpresa?

—Mirad cómo duerme el angelito —dijeron las novicias—. ¡No lo despertéis, no hagáis que se enfríe! Corred, nosotras lo cuidaremos.

—¡No lo saquéis de la cuna, no lo toquéis! —rogó María.

Al bajar por la escalera sintió una especie de inquietud maternal. «¡Con tal de que no jueguen con él y lo dejen caer!...» Pero sus pies volaban hacia el locutorio, y se asombraba de sentirse tan ligera.

En la blanca sala, decorada solamente con un crucifijo, e iluminada por dos cirios que duplicaban cada objeto, cada forma, en una sombra inmensa, la madre abadesa, con las manos cruzadas en las mangas, hablaba con la señora de Bouville.

Al ver a la mujer del curador, María experimentó algo más que una decepción; tuvo la certeza inmediata, inexplicable, absoluta, de que aquella persona entera, de rostro surcado por arrugas verticales, le traía la desgracia.

Cualquiera menos María se hubiera contentado con pensar que no le gustaba la señora de Bouville; pero en María de Cressay los sentimientos adquirirían un aspecto apasionado, y concedía a sus simpatías o aversiones la fuerza de signos del destino. «Estoy segura de que viene a hacerme mal», se dijo.

Con mirada penetrante, sin benevolencia, la señora de Bouville la examinó de pies a cabeza.

—¡Hace solamente cuatro días que habéis dado a luz —exclamó— y estáis fresca y bella como una rosa! Os felicito; se diría que estáis dispuesta a volver a comenzar. Dios, en verdad, trata con mucha bondad a las que desprecian sus mandamientos, y parece reservar las penas para las más virtuosas. Porque creeréis, madre mía —continuó la señora de Bouville, volviéndose hacia la abadesa—, ¿creeréis que nuestra pobre reina ha sido presa de los dolores durante más de treinta horas?

Todavía tengo metidos sus gritos en los oídos. El rey no se ha presentado bien, y ha habido que aplicarle los hierros. Poco faltó para que el rey y la madre se fueran al otro mundo. Todo se debe a la congoja que ha sentido la reina por la muerte de su marido, y todavía me parece un milagro que el niño haya nacido vivo. Pero cuando se está de desgracia, no hay nada que no se tuerza. He aquí que Eudelina, la lencera... vos ya sabéis...

La abadesa afirmó discretamente con la cabeza. Ella guardaba en el convento, entre las pequeñas novicias, una niña de once años que era hija natural del Turbulento y de Eudelina.

—...le prestaba gran ayuda a la reina, y la señora Clemencia la requería sin cesar a su cabecera —continuó la señora de Bouville—. Pues bien, Eudelina se rompió el brazo al caer de un escabel, y tuvieron que llevarla al hospital. Y ahora, para completar el cuadro, la nodriza que teníamos preparada desde hacía una semana se ha quedado sin leche. ¡Hacernos esto en semejante momento! Porque, naturalmente, la reina no puede amamantar; está con fiebre. Mi pobre Hugo da vueltas, busca por todas partes, se desgañita y no sabe qué hacer, porque no son asuntos de hombre. En cuanto a sire de Joinville, al que no le queda ni vista ni memoria, lo único que se puede desear es que no expire en nuestros brazos. Dicho de otra manera, madre mía, que estoy sola para cuidar de todo.

María de Cressay se preguntaba por qué la hacían confidente del drama real, cuando la señora de Bouville, prosiguiendo su charla, dijo acercándosele:

—Felizmente tengo buena memoria, y me he acordado de que esta joven que traje aquí debía de haber alumbrado ya... Supongo que vos criáis bien; y vuestro hijo debe de aprovechar, ya se ve.

Parecía reprochar a la joven madre su buena salud.

—Veámoslo de más cerca —añadió.

Y con mano experta, como hubiera sopesado la fruta en el mercado, palpó los senos de María. Esta retrocedió con repulsión.

—Podéis criar muy bien a dos —continuó la señora de Bouville—. Vendréis pues, conmigo, mi buena muchacha, para dar vuestra leche al rey.

—¡No puedo, señora! —exclamó María, sin saber cómo justificar su negativa.

—¿Y por qué no? ¿Debido a vuestro pecado? A pesar de ello seguís perteneciendo a la nobleza, y además el pecado no os impide tener abundante leche. Será una forma de redimiros.

—¡Yo no he pecado, señora, estoy casada!

—¡Sois la única en afirmarlo, mi pobre pequeña! En primer lugar, si fuera verdad lo que decís, no estaríais aquí. Además, no se trata de eso; nos hace falta una nodriza...

—No puedo, porque precisamente espero a mi esposo, que ha de venir a recogerme. Me ha hecho saber que pronto estaría aquí, y el papa le ha prometido...

—¡El papa!... ¡El papa!... —exclamó la mujer del curador—. ¡Esta joven ha perdido la cabeza, palabra! ¡Cree que está casada, cree que el papa se preocupa de ella...! Dejad de contarnos vuestras tonterías, no deshonréis el nombre del Santo Padre. Vais a venir a Vincennes inmediatamente.

—No, señora; no iré —replicó María con firmeza.

La pequeña señora de Bouville se encolerizó y, cogiendo a María por el vestido, la sacudió.

—¡Mirad, la ingrata! Se corrompe, se deja embarazar; después me cuido de ella,

la salvo de la justicia, la coloco en el mejor convento, y ahora cuando la vengo a solicitar para nodriza del rey de Francia, la necia se niega. ¡Buena pieza sois! ¿Sabéis que se os ofrece un honor que se disputarían las más grandes damas del reino?

—¿Por qué no os dirigís, entonces, a esas grandes damas que son más dignas que yo? —le espetó a la cara María.

—¡Porque las muy tontas no han faltado en el momento oportuno! ¡Ah, qué cosas me hacéis decir! Ya hemos hablado bastante; ahora vais a venir conmigo.

Si tío Tolomei o el conde de Bouville le hubieran hecho a María de Cressay, la misma proposición, seguramente habría aceptado. Era de corazón generoso, y no se hubiera negado a criar a ningún niño que lo necesitara, y menos aún al hijo de la reina. El orgullo e incluso el interés la habría movido a la aceptación, tanto como su bondad. Siendo nodriza del rey, y Guccio paje del papa, se solucionaban sus dificultades, y su fortuna estaba asegurada. Pero la mujer del curador no había enfocado bien el asunto. Debido a que era tratada no como madre feliz, sino como delincuente, no como mujer digna sino como sierva, y debido a que seguía viendo en la señora de Bouville una mensajera de la mala suerte, María no quería reflexionar y se obstinaba. Sus grandes ojos azul oscuro brillaban de temor y de indignación.

—Guardaré mi leche para mi hijo —exclamó.

—¡Eso ya lo veremos, pécora! Ya que no queréis obedecerme de buen grado, voy a llamar a mis escuderos, que os llevarán por la fuerza.

Intervino la madre abadesa. El convento era un asilo y ella no podía tolerar la violencia.

—No os digo que apruebe la conducta de mi parienta —dijo—; pero ha sido puesta bajo mi custodia...

—¡Por mí, madre! —exclamó la señora de Bouville.

—Eso no es razón para violentarla en esta casa. María sólo saldrá si quiere o por mandato de la Iglesia.

—¡O del rey! Este es convento real, madre, no lo olvidéis. Actúo en nombre de mi esposo; si queréis una orden del condestable, que es tutor del rey y que acaba de regresar a París, o bien una carta del mismo regente, messire Hugo irá a buscarla. Ello nos hará perder tres horas, pero me obedeceréis.

La abadesa llevó aparte a la señora de Bouville para hacerle saber, en voz baja, que lo que María había dicho respecto al papa no era completamente falso.

—¡Y qué me importa! —dijo la señora de Bouville—. He de hacer que viva el rey, y mi único recurso es ella.

Salió, llamó a sus hombres de escolta y les ordenó prender a la rebelde.

—Sois testigo, señora —dijo la abadesa—, de que no he dado mi conformidad a este rapto.

María, forcejeando a lo largo del patio, entre dos escuderos que la arrastraban,

gritaba:

—¡Mi hijo! ¡Quiero a mi hijo!

—Tiene razón —dijo la señora de Bouville—. Hay que dejarle llevar a su hijo. Al rebelarse de esta forma, nos lo ha hecho olvidar.

Minutos más tarde, María, después de recoger apresuradamente unas ropas y apoyando contra el pecho a su hijo, atravesó sollozando la puerta del convento.

—¡Vamos! —exclamó la señora de Bouville—. ¡La vienen a buscar en litera como si fuera una princesa, y se pone a gritar y a resistirse!

En medio de la noche, sacudida por el trote de las mulas durante más de una hora, en una caja de madera y tapicería con las cortinas echadas, por entre las que se filtraba el frío de noviembre, María agradecía a sus hermanos haberla obligado a coger su gran capa cuando salieron de Cressay. ¡Qué calor había pasado entonces con aquella gruesa vestimenta, al llegar a París!

«¿De todas partes he de salir con dolor y lágrimas? —se decía—. ¿He merecido tal encarnizamiento?»

El mamoncete dormía envuelto en los gruesos pliegues de la capa. Sintiendo aquella pequeña vida, inconsciente y tranquila, anidada junto a su pecho, María se serenaba lentamente. Iba a ver a la reina Clemencia, le hablaría de Guccio, le mostraría el relicario. La reinaera joven, bella y caritativa con los desgraciados... «¡La reina... voy a criar al hijo de la reina!», pensaba María mientras afrontaba aquella extraña e inesperada aventura que la agresiva autoridad de la señora de Bouville le había mostrado sólo bajo un aspecto odioso...

El rechinar de un puente levadizo, el sordo paso de los caballos sobre el maderamen, luego el ruido seco de sus cascos sobre el empedrado de un patio... María fue invitada a bajar, pasó entre soldados armados, siguió por un corredor de piedra mal iluminado, y por último vio aparecer a un hombre grueso en cota de malla, a quien reconoció como el conde de Bouville. Cerca de María se cuchicheaba; oyó pronunciar varias veces la palabra «fiebre». Le indicaron por señas que caminara de puntillas; separaron un cortinaje.

A pesar de la enfermedad, se habían respetado las costumbres en la «habitación de parto».

Pero, como había pasado la época de las flores, no habían podido extender por el suelo más que un tardío follaje amarillento, que empezaba a pudrirse ya bajo las pisadas.

Alrededor del lecho se habían colocado asientos para los visitantes que no vendrían. Una comadrona se frotaba las manos con hierbas aromáticas. En la chimenea hervían sobre trébedes grisáceas cocciones.

De la cuna, situada en un ángulo, no llegaba ningún ruido.

La reina Clemencia estaba tendida de espaldas con las piernas separadas por el

dolor; y movía las sábanas continuamente. Tenía los pómulos enrojecidos y los ojos brillantes. María se fijó principalmente en la larga cabellera de oro esparcida sobre los cojines, y en aquella ardiente mirada que parecía no ver lo que contemplaba.

—Tengo sed, tengo mucha sed... —gemía la reina.

La comadrona susurró al oído de la señora de Bouville:

—Ha estado temblando durante una hora; le castañeteaban los dientes y sus labios tenían un color violáceo como la cara de los muertos. Creímos que se moría. Le friccionamos todo el cuerpo y ha empezado a sudar, tal como veis. Ha sudado tanto que deberíamos cambiarle la ropa, pero no encontramos las llaves del cuarto ropero, que tenía Eudelina.

—Voy a dáros las —respondió la señora de Bouville.

Llevó a María a una habitación contigua, calentada también por el fuego.

—Os instalaréis aquí —dijo.

Trajeron la cuna real. Apenas se veía al rey entre tanta ropa blanca que lo envolvía. El niño tenía una nariz minúscula, párpados grandes y cerrados, y dormía, enclenque, con una extraña inmovilidad. Había que acercarse mucho para comprobar que respiraba. De vez en cuando una ínfima mueca, una dolorosa contracción, daba cierto realce a sus rasgos.

Ante aquel pequeño ser, cuyo padre había muerto y cuya madre iba tal vez a morir, y que presentaba tan pocas señales de vida, María de Cressay sintió una intensa piedad. «Lo salvaré; lo haré grande y fuerte», pensó.

Y, como sólo había una cuna, acostó a su hijo junto al rey.

II.- «Dejemos hacer a Dios...»

Desde hacía veinticuatro horas, la condesa Mahaut no podía calmar su cólera.

Ante Beatriz de Hirson, que le ayudaba a vestirse para asistir al bautismo del rey, dio suelta a su rabia y su despecho.

—¡Cabía pensar que, tal como se encontraba, Clemencia no daría a luz! Otras más fuertes abortan. ¡Pues no! ¡Ha resistido los nueve meses! ¡Podía haber alumbrado un hijo muerto! ¡Pues nada! Su retoño vive. ¡Al menos podía haber sido una niña! ¡Tampoco! Ha tenido que ser niño.

¿Valía la pena, mi pobre Beatriz, correr tan serios peligros, que todavía no han acabado, para que el destino nos juegue esta mala pasada?

Porque Mahaut estaba ahora profundamente convencida de que había asesinado al Turbulento sólo para dar a su yerno la corona de Francia. Casi lamentaba no haber matado a la mujer al mismo tiempo que al marido, y su odio se volvía contra el recién nacido, a quien todavía no había visto; contra el bebé del que dentro de un momento sería madrina y cuya existencia, apenas empezada, frenaba sus ambiciones.

Aquella mujer, poderosa entre las poderosas, riquísima, despótica, tenía verdadera naturaleza de criminal. El asesinato era su medio predilecto para torcer el destino en su provecho. Le gustaba acariciar el proyecto y regalarse con el recuerdo; de él extraía la emoción de la angustia, la delectación de la astucia, y la alegría de los triunfos secretos. Si el asesinato no daba todo el resultado apetecido, comenzaba por acusar al destino de injusto, se compadecía a si misma, y tranquilamente se ponía a buscar la nueva cabeza que obstaculizaba sus deseos y a la que ella pudiera abatir.

Beatriz de Hirson, anticipándose a los pensamientos de la condesa, dijo suavemente, bajando sus largas pestañas:

—Conservo, señora, un poco de aquella buena harina que la pasada primavera nos sirvió tan bien para las almendras garrapiñadas del rey.

—Has hecho bien, has hecho bien —respondió Mahaut—; vale más estar provista siempre.

¡Tenemos tantos enemigos!...

Beatriz, a pesar de su buena estatura, tuvo que levantar los brazos para sujetarle el sombrero y ponerle la capa sobre los hombros.

—Vais a tener al niño en brazos, señora. Tal vez no dispongáis de mejor ocasión... —continuó—.

Ya sabéis que sólo es un poco de polvo que apenas se ve en el dedo.

Hablaba con voz suave, tentadora, y como si se tratara de una golosina.

—¡Ah, no! —exclamó Mahaut—. ¡Durante el bautizo no! ¡Nos traería mala suerte!

—¿Creéis? Es un alma sin pecado que devolvéis al cielo.

—Además, Dios sabe cómo se lo tomaría mi yerno. No he olvidado la cara que puso cuando le abrí los ojos respecto al fin de su hermano, ni la frialdad con que me trata desde entonces... Hay demasiada gente que me acusa en voz baja. Ya es bastante un rey por año; aguantaremos un poco al que acaba de nacer.

Una pequeña cabalgata, casi clandestina, partió hacia Vincennes para bautizar a Juan I; los barones, que habían preparado sus atuendos, esperando ser convocados a una gran ceremonia, hicieron un gasto inútil.

La enfermedad de la reina, el hecho de que el nacimiento hubiera acaecido fuera de París, la tristeza del invierno, la poca alegría, en fin, que sentía el regente por tener un sobrino, todo ello se concertaba para que el bautizo se hiciera rápidamente como un acto de simple formalidad.

Felipe llegó a Vincennes acompañado de su esposa Juana, de Mahaut, de Gaucher de Châtillon y de algunos escuderos. Se había olvidado de avisar al resto de la familia. Por otra parte, Valois estaba recorriendo sus feudos para recolectar fondos, Evreux seguía en Amiens con el fin de liquidar el asunto del Artois, y en cuanto a Carlos de La Marche, Felipe había tenido la víspera un vivo altercado con él. La Marche, para festejar el nacimiento del rey, pidió a su hermano la dignidad de par y un aumento de sus rentas.

—¡Eh!, hermano mío, ¡que no soy más que el regente! —le contestó Felipe—. Sólo el rey podrá concederos la dignidad de par... a su mayoría de edad.

Las primeras palabras de Bouville, al recibir al regente en el patio exterior de la mansión, fueron para preguntar:

—¿Lleva alguno armas, monseñor? ¿Llevan daga, estilete o puñal?

No se sabía si este recelo lo provocaba la gente de la escolta o los mismos padrinos.

—Bouville —respondió el regente—, no acostumbro a hacerme acompañar por escuderos desarmados.

El curador, tímido y obstinado a la vez, rogó a los escuderos que se quedaran en el primer patio. Tan prudente celo comenzó a molestar al regente.

—Aprecio, Bouville —dijo—, el cuidado que pusisteis en la cuspodia del vientre de la reina, pero ya no sois curador; ahora nos pertenece al condestable y a mí velar por el rey. Os transmitimos la tarea, pero no abuséis de ello.

—¡Monseñor! ¡Monseñor! —balbució Bouville—. No era mi deseo ofenderos; pero se dicen tantas cosas en el reino... En fin, sólo quiero que veáis la fidelidad con que me cuido a mi tarea, y que la cumpla con toda honradez.

Era poco hábil en el disimulo. No podía dejar de mirar a Mahaut a hurtadillas, apartando en seguida la vista.

«Decididamente, todos sospechan y desconfían de mí», pensó la condesa.

Juana de Poitiers fingió no darse cuenta de ello. Gaucher de Châtillon, que nada

sabía, calmó la tensión diciendo:

—Vamos, Bouville, que nos vamos a helar; entremos.

No fueron a la cabecera de la reina. Las noticias que dio la señora de Bouville eran muy alarmantes: la fiebre continuaba devorando a la enferma, que se quejaba de atroz dolor de cabeza y tenía náuseas a cada instante.

—Su vientre se hincha de nuevo como si no hubiera dado a luz —explicó la señora de Bouville—.

No puede conciliar el sueño, suplica que cesen las campanas que le suenan en los oídos, y continuamente nos habla, como si se dirigiera no a nosotros, sino a su abuela, la señora de Hungría o al rey Luis. Da pena ver cómo pierde la razón, y no poder hacerla callar.

Veinte años de oficiar como chambelán junto a Felipe el Hermoso habían dado al conde de Bouville gran experiencia en las ceremonias reales. ¡Cuántos bautizos no había preparado!

Fueron distribuidos los objetos rituales a los asistentes. Bouville y dos gentileshombres de la guardia se sujetaron al cuello largas servilletas blancas, cuyas extremidades se extendían ante ellos tapando, el primero un recipiente lleno de agua bendita; el segundo, otro vacío; y el tercero una copa que contenía sal.

La comadrona que había asistido al alumbramiento cogió el capillo con el que se cubriría la cabeza del niño después de la unción.

Luego avanzó la nodriza llevando al rey en sus brazos.

«¡Oh, qué hermosa joven!», pensó el condestable.

La señora de Bouville había encontrado para María un vestido de terciopelo rosado con adornos de piel en el cuello y los puños, y había hecho repetir muchas veces a la joven las maniobras que debía hacer. El bebé iba envuelto en una capa dos veces más larga que él, y encima llevaba un velo de seda color violáceo que llegaba hasta el suelo, como una cola.

Se dirigieron a la capilla del castillo. Abrían la marcha escuderos con cirios encendidos. El senescal de Joinville iba el último, sostenido, y a pesar de ello vacilante. Sin embargo, se mostraba menos torpe que de costumbre debido a la alegría que tenía porque el recién nacido se llamaba Juan, como él.

La capilla estaba llena de tapices; y la pila bautismal, adornada con terciopelo morado. A un lado se veía una mesa cubierta con una piel, y encima de ella un mantel fino y cojines de seda. Los braseros que había no bastaban para caldear el húmedo ambiente.

María puso al niño sobre la mesa para desnudarlo. Prestaba gran atención a su trabajo para evitar errores; el corazón le latía con fuerza y estaba tan emocionada, que apenas distinguía las caras que había a su alrededor. ¡Cómo hubiera podido imaginar, hija repudiada por su familia, que desempeñaría un papel tan importante en el bautizo

de un rey, entre el regente de Francia y la condesa de Artois! Emocionada por aquel cambio de fortuna, se sentía agradecida a la señora de Bouville, a quien ya había pedido perdón por su rebeldía de la víspera.

Mientras quitaba los pañales, oyó cómo el condestable preguntaba su nombre y procedencia; se sintió enrojecer.

El capellán de la reina sopló cuatro veces en el cuerpo del recién nacido, como si fueran los cuatro extremos de la cruz, para expulsar de él al demonio por la virtud del Espíritu Santo; luego escupió en su índice, y untó con saliva las ventanas de la nariz y las orejas del niño, para significar que no debía escuchar la voz del diablo, ni respirar las tentaciones del mundo y de la carne.

Felipe y Mahaut levantaron al pequeño rey, uno por las piernas y el otro por los hombros. El regente, con sus ojos miopes, observaba con insistencia el minúsculo sexo del niño, aquel rosado gusanillo que hacía fracasar su sabia combinación sucesoria, aquel irrisorio símbolo de la ley de los varones, ínfimo pero infranqueable obstáculo entre él y la corona.

«De todas maneras —pensaba para consolarse—, seré regente durante quince años, y en quince años pueden ocurrir muchas cosas. ¿Estaré vivo dentro de quince años? ¿Vivirá el niño hasta entonces?»

Pero la regencia no es la realeza.

El niño seguía en completa calma, e incluso somnoliento durante los ritos preliminares. Sólo dejó oír su voz cuando lo sumergieron por entero en el agua fría; entonces gritó con toda su fuerza, casi hasta ahogarse. Por tres veces, mientras los padrinos y madrinas¹⁸, Gaucher, Juana de Poitiers, los Bouville y el senescal, extendían las manos por encima del pequeño cuerpo desnudo, fue sumergido primero con la cabeza en dirección a Oriente, luego al norte, después al sur, para representar el dibujo de la cruz.

Juan I se calmó en cuanto lo sacaron del glacial baño¹⁹, y aceptó apaciblemente el Santo Crisma con el que le ungieron la frente. Lo pusieron sobre los cojines, donde María de Cressay empezó a secarlo, mientras los asistentes se acercaban lo más posible a los braseros.

De repente, la voz de María de Cressay llenó toda la capilla.

—¡Tiene convulsiones!

—Mucho se ha revuelto el demonio antes de salir de su cuerpo —dijo el capellán.

—No es nada frecuente —explicó la comadrona— que a los niños se les presenten las convulsiones tan pronto. Es porque se le han aplicado los hierros; a veces ocurre esto. Además le ha faltado durante varias horas la leche de la nodriza...

María de Cressay se sintió culpable. «Si en lugar de disputar con la señora de Bouville, hubiera acudido en seguida...», pensó.

Nadie, evidentemente, lo atribuyó a la inmersión en agua fría, ni a ninguna de las

taras hereditarias: demencia, cojera y epilepsia que reaparecían bastante regularmente en la familia.

—¿Creéis que sufrirá más ataques? —preguntó Mahaut.

—Me temo que sí, señora —respondió la comadrona—. Nunca se sabe cuándo llega este mal, ni cómo acaba.

—¡Pobre pequeño! —dijo Mahaut en voz alta.

Llevaron al rey al castillo, y la reunión se disolvió sin alegría.

Felipe de Poitiers no abrió los labios durante el trayecto de vuelta. En cuanto llegó a palacio, dejó que lo siguiera su suegra y se encerrase con él.

—Ha faltado poco hace un momento para convertirnos en rey, hijo mío —dijo Mahaut.

Felipe no respondió.

—La verdad es que, después de lo que hemos visto, nadie se extrañaría de que el niño muriera uno de estos días —prosiguió.

El regente continuaba en silencio.

—Aunque desapareciera, os veríais obligado a esperar la mayoría de edad de Juana de Navarra.

—¡Ah, no, madre mía! ¡Eso no! —respondió vivamente Felipe—. En lo sucesivo no estamos ligados con el reglamento de julio. La sucesión de Luis se ha cerrado; y la que se abriría sería la del pequeño Juan. Entre mi hermano y yo habría habido un rey, y yo sería el heredero de mi sobrino.

Mahaut lo miró con admiración: «¡Lo ha estado rumiando durante el bautizo! ...»

—Vuestro sueño siempre ha sido llegar a rey, confesadlo, Felipe. ¡Ya de niño cortabais ramas para haceros cetros con ellas!

Felipe levantó la cabeza y sonrió. Se produjo un silencio y luego, el conde de Poitiers dijo gravemente:

—¿Sabéis, madre mía, que la dama de Fériennes ha desaparecido de Arrás así como los hombres que envié para raptarla y evitar que hablara? Parece que está custodiada secretamente en un castillo del Artois, y dicen que vuestros barones alardean de ello.

Mahaut buscó en su mente el alcance de aquella información. ¿Quería solamente prevenirla contra los peligros que corría? ¿Quería demostrarle que se ocupaba de ella? ¿Era una manera de confirmar la prohibición que le había hecho de recurrir al veneno? O bien, por el contrario, al hacer alusión a la proveedora, ¿le daba a entender que tenía las manos libres?

—Un nuevo ataque podría llevárselo —insistió Mahaut.

—Dejemos hacer a Dios, madre mía, dejemos hacer a Dios —dijo Felipe, dando fin a la conversación.

«¿Dejar hacer a Dios... o dejarme hacer a mí? —pensó la condesa de Artois—.

Lleva su prudencia hasta evitar ensuciarse el alma, pero me ha comprendido bien... El que me va a causar más molestias es ese gordo y bobo de Bouville.»

Desde aquel instante su imaginación comenzó a trabajar. Mahaut tenía un crimen en perspectiva; y que la futura víctima fuera un recién nacido la excitaba lo mismo que si se tratara del adversario más feroz.

Emprendió una cuidadosa y páfida campaña. «El rey no ha nacido con mucha vida», decía a todos, y describía con lágrimas en los ojos la penosa escena del bautizo.

—Todos creímos que se nos moría, y faltó bien poco para que fuera verdad. Preguntad al condestable, que también estaba allí; nunca he visto a messire Gaucher, que es tan valiente, empalidecer de aquella manera... Todos podrán ver la debilidad del pequeño rey cuando sea presentado a los barones, como ha de hacerse. A saber si ha muerto ya, y nos lo ocultan. Porque esta presentación tarda demasiado, y no nos han dado ninguna razón. Messire de Bouville parece oponerse, porque la desgraciada reina... ¡Dios la proteja!... empeoraría. Pero, en fin, la reina no es el rey.

Los familiares de Mahaut cuidaron de propagar el rumor.

Los barones comenzaron a alarmarse. En efecto, ¿por qué se difería tanto la solemne presentación? El precipitado bautizo, las pretendidas dilaciones de Bouville, el impenetrable silencio de Vincennes, todo ello tenía carácter de misterio.

Circulaban rumores contradictorios. Se decía que el rey estaba enfermo, y no querían mostrarlo; que el conde de Valois lo había sacado secretamente para ponerlo en lugar seguro. ¿La enfermedad de la reina? ¡Fingida! Ella y su hijo viajaban ya para Nápoles.

—Si ha muerto, que lo digan —murmuraban algunos.

—El regente lo ha hecho desaparecer —aseguraban otros.

—¿Quién dice eso? El regente no es de esta clase. Lo que pasa es que desconfía de Valois.

—No es el regente, es Mahaut. Está preparando alguna maquinación, si no la tiene ya en marcha. ¡Va pregonando con demasiada insistencia que el rey no puede vivir!

Mientras por la corte corrían estos rumores, enervando a sus miembros con odiosas conjeturas y sospechas de infamias en las que cada uno se sentía salpicado, el regente permanecía impenetrable. Estaba entregado a la administración del reino, y si iban a hablarle de su sobrino respondía: «Flandes», «Artois» o «cobranza de impuestos».

La mañana del 19 de noviembre, habiendo aumentado la irritación, numerosos barones y maestros del Parlamento fueron en delegación a entrevistarse con Felipe, y le pidieron con energía, casi le intimaron, a que consintiese en la presentación del rey. Los que esperaban una respuesta negativa, o dilatoria, tenían ya un malévolos brillo en

los ojos.

—Deseo, monseñores, deseo tanto como vosotros esa presentación —dijo el regente—. A mí mismo me hacen oposición; es el conde de Bouville quien se niega a ello.

Luego, volviéndose hacia Carlos de Valois, llegado la antevíspera de su condado del Maine con sus finanzas rehechas, le preguntó:

—¿Sois vos, tío mio, quien por interés de vuestra sobrina Clemencia, impedís a Bouville que nos muestre al rey?

El exemperador de Constantinopla, que no comprendía a qué se debía aquella brusca ofensa, se puso colorado y exclamó:

—¡Por Dios, sobrino mío, qué cosas decís! ¡Nada le he impedido, ni tengo intención de hacerlo! No he visto a Bouville, ni he recibido ningún mensaje de él desde hace varias semanas, y precisamente he regresado para esa presentación. Por el contrario, tengo gran interés en que se haga y en que se vuelva a obrar según las costumbres de nuestros padres, lo cual, por cierto, se hace esperar demasiado.

—Entonces, monseñores, —dijo el regente— todos estamos de acuerdo. ¡Gaucher!, vos, que asististeis al bautizo de mi hermano, ¿no es la primera madrina quien ha de presentar el niño real a los barones?

—Cierto, cierto, es la madrina —respondió Valois, vejado de que sobre un punto del ceremonial solicitaran otra opinión que no fuera la suya—. Yo estuve en todas las presentaciones, Felipe; en la vuestra, que fue breve, ya que erais el segundo, así como en la de Luis y en la de Carlos. Siempre la madrina.

—Entonces —prosiguió el regente—, voy a hacer saber a la condesa Mahaut que ha de cumplir inmediatamente esta formalidad, y daré orden a Bouville para que nos abra Vincennes. Partiremos a caballo al mediodía.

Para Mahaut era la ocasión esperada. No quiso que la ayudara a vestir nadie más que Beatriz, y se puso una corona; el asesinato de un rey bien lo merecía.

—¿Cuánto tiempo crees que necesitan estos polvos para hacer efecto en un niño de cinco días?

—No lo sé, señora —respondió la primera doncella—. Para los ciervos de vuestros bosques bastó una noche, pero el rey Luis resistió cerca de tres días...

—Para cubrirme, siempre me quedará el recurso —dijo Mahaut— de esa nodriza que vi el otro día, hermosa en verdad; pero cuya procedencia nadie sabe, ni quién la ha puesto allí. Sin duda los Bouville...

—Os comprendo, señora —dijo Beatriz sonriendo—. Si la muerte no les parece natural, podrían acusar a esa joven y hacerla descuartizar...

—Mi reliquia, mi reliquia —dijo Mahaut con inquietud, tocándose el pecho—. ¡Ah, sí, aquí está!

Cuando salía de la habitación, Beatriz le murmuró al oído:

—Sobre todo, señora, procurad no utilizar vuestro pañuelo.

III.- La astucia de Bouville

—¡Prended fuego a la leña! —ordenó Bouville a los criados—. Encended las chimeneas, a reventar, para que se extienda el calor por los corredores.

Iba de habitación en habitación, paralizando al servicio al pretender activarlo. Corría al puente levadizo a inspeccionar la guardia, mandaba echar arena en los patios, luego la hacía barrer porque se formaba barro, inspeccionaba las cerraduras. Toda aquella agitación sólo iba destinada a engañar su propia angustia. «Va a matarlo, va a matarlo», se repetía constantemente.

En un pasillo se encontró a su mujer.

—¿Y la reina? —preguntó.

La misma mañana habían administrado a la reina Clemencia los últimos sacramentos.

Aquella mujer; cuya belleza exaltaban dos reinos, estaba desfigurada, estragada por la infección. La nariz afilada, la piel amarillenta, con placas rojas del tamaño de una pieza de dos libras, exhalaba un olor espantoso; su orina contenía sangre; cada vez respiraba más penosamente y se quejaba de constantes dolores en la nuca y en el vientre. Deliraba.

—Son cuartanas —dijo la señora de Bouville—. La comadrona asegura que si pasa el día puede salvarse. Mahaut ha ofrecido enviar al maestro Pavilly, su médico personal.

—¡De ningún modo, de ningún modo! —exclamó Bouville—. ¡No dejaremos entrar aquí a nadie que sirva a Mahaut!

¡La madre moribunda, el hijo amenazado, y más de doscientos barones que estaban al llegar con su respectiva escolta! ¡Bonito desorden iba a originarse en seguida, y qué buena ocasión para el crimen!

—El niño no puede quedar en la habitación contigua a la de la reina —continuó Bouville—. No puedo apostar allí hombres armados para que lo protejan, y es muy fácil deslizarse por detrás de los tapices.

—Pues es hora de que pienses en ello. ¿Dónde quieres ponerlo?

—En la habitación del rey. Allí se puede prohibir la entrada.

Se miraron, y ambos pensaron lo mismo: era la habitación en que había muerto el Turbulento.

—Haz preparar esa habitación y aviva el fuego —insistió Bouville.

—Bien, amigo mío, voy a obedecerte. Pero aunque pongas cincuenta escuderos no podrás impedir que Mahaut tenga al rey en brazos para presentarlo.

—¡Estaré a su lado!

—Si lo ha decidido, lo matará en tus narices, mi pobre Hugo, y ni te darás cuenta. Un niño de cinco días no ofrece ninguna resistencia. Aprovechará un momento de

descuido para clavarle una aguja en un punto vital de la cabeza, o le hará respirar veneno, o lo estrangulará con una cinta.

—Entonces, ¿qué quieres que haga? —exclamó Bouville—. No puedo ir y decirle al regente: «¡No queremos que vuestra suegra lleve al rey porque tememos que lo mate!»

—¡No, es cierto! Sólo nos queda rogar a Dios —dijo la señora Bouville alejándose.

Bouville, desolado, entró en la habitación de la nodriza.

María de Cressay daba de mamar a los dos niños a la vez. Voraces uno y otro, se aferraban a los senos con sus pequeñas uñas y sorbían ruidosamente. Generosamente, María daba al rey el pecho izquierdo, que se creía el más rico.

—¿Qué os ocurre, messire? Parecéis muy preocupado —dijo María.

Estaba ante ella, apoyado en su alta espada, con sus mechones blanquinegros que le caían por las mejillas, rellenando con su barriga la cota de armas, como un grueso arcángel bondadoso encargado de la difícil vigilancia de un niño.

—Es tan débil nuestro pequeño sire, es tan débil... —dijo tristemente.

—No, messire, se está recuperando. Ved, casi ha alcanzado al mío. Y todas estas medicinas que tomo me producen palpitaciones, pero parece que le hacen bien²⁰.

Bouville acercó la mano, y acarició la cabecita en la que se formaba una rubia pelusa.

—No es un rey como los demás... ya veis... —murmuró.

El viejo servidor de Felipe el Hermoso no sabía cómo expresar lo que sentía. Por lejos que se remontaba en sus recuerdos e incluso en los de su padre, la monarquía, el reino, Francia, todo lo que había sido razón de sus funciones y objeto de su preocupación se confundía con una larga y sólida cadena de reyes adultos, fuertes, que exigían respeto y dispensaban honores.

Durante veinte años había acercado el sillón a un monarca ante quien temblaba la cristiandad. Nunca hubiera podido imaginar que la cadena se redujera, tan de prisa, a aquel rosado infantito de la barbilla con rastros de leche, eslabón que se hubiera podido quebrar con dos dedos.

—Es verdad que ha engordado —dijo—; sin la señal que le dejaron los hierros y que ya se va borrando, se distinguiría muy poco del vuestro.

—¡Oh, no, messire! —dijo María—. El mío pesa más. ¿No es verdad, Juan II, que pesas más?

Enrojeció de pronto, y explicó:

—Como los dos tienen el mismo nombre, al mío lo llamo Juan II. Tal vez no debería hacerlo.

Bouville, por maquinal cortesía, acarició la cabeza del segundo bebé. En su gesto, rozó los senos de María. Esta se equivocó sobre el gesto y la obstinada mirada del

gentilhombre, y se puso colorada. «¿Cuando dejaré de sonrojarme por cualquier cosa? —se decía—. Dar de mamar no es deshonesto, ni provocativo.»

En realidad, Bouville comparaba a los dos bebés.

En este momento entró la señora de Bouville, con la ropa para vestir al rey. Bouville la llevó a un rincón y le dijo:

—Creo que he encontrado la solución.

Se hablaron en voz baja durante unos instantes. La señora de Bouville movía la cabeza con aire reflexivo; por dos veces miró en dirección a María.

—Pídeselo tú —dijo por fin—. A mí no me tiene afecto.

Bouville se acercó a la joven.

—María, hija mía, vais a prestar un gran servicio a nuestro pequeño rey, a quien os veo tan apegada —dijo—. Nuestros barones vienen para que les sea presentado. Pero, dados los ataques que padeció durante el bautizo, tememos que el frío le sea fatal. Pensad en el efecto que produciría si empezara a retorcerse otra vez. Pronto dirían todos que tiene poca vida, como propagan sus enemigos. Nosotros, los barones, somos gente aguerrida, y queremos que el rey dé pruebas de robustez incluso en la más tierna edad. Vuestro niño, me lo decíais hace un momento, está más gordo y tiene mejor aspecto. Quisiéramos presentarlo en lugar del rey.

María, un poco inquieta, miró a la señora de Bouville, quien se apresuró a decir:

—Yo no intervengo en nada. Es idea de mi esposo.

—¿No es pecado, messire, hacer esto? —preguntó confusa María.

—¿Pecado, hija mía? Proteger al rey es una virtud. Y no sería la primera vez que se presentara al pueblo un niño fuerte en lugar de un heredero enclenque —afirmó Bouville, mintiendo para lograr su propósito.

—¿No se darán cuenta?

—¿Cómo van a darse cuenta? —exclamó la señora de Bouville—. Los dos son rubios; a esa edad todos los niños se parecen, y cambian de un día para otro. ¿Quién conoce de verdad al rey?

Messire de Joinville, que no ve nada, el regente que no ve mucho, y el condestable que es más entendido en caballos que en recién nacidos.

—¿No se extrañará la condesa de Artois de no ver la señal de los hierros?

—¿Cómo va a verla bajo el bonete y la corona?

—Además, el día no es muy claro. Casi será necesario encender los cirios —agregó Bouville, señalando la ventana y la triste luz de noviembre.

María no opuso más resistencia. En el fondo, la idea de esta sustitución la halagaba, y en Bouville sólo veía buenas intenciones. Sentía placer en vestir de rey a su hijo, en rodearlo de seda, en ponerle el pequeño manto azul sembrado de flores de lis doradas y el bonete en el que habían cosido una minúscula corona, prendas todas del ajuar preparado antes del nacimiento.

—¡Qué hermoso va a estar mi Juanito! —decía María—. ¡Una corona, Señor! Tendrás que volverla a tu rey, ¿sabes?, tendrás que devolvérsela.

Movía a su hijo como si fuera un muñeco ante la cuna de Juan I.

—Ved, sire, ved a vuestro hermano de leche, a vuestro pequeño servidor que va a ocupar vuestro lugar para que no os resfriéis.

Y pensaba: «Cuando le cuente a Guccio todo esto... cuando le diga que su hijo es hermano de leche del rey, y que ha sido presentado a los barones... ¡Qué extraña es nuestra vida, pero yo no la cambiaría por ninguna otra! ¡Qué bien hice de enamorarme de él, de mi lombardo!»

Su alegría se vio truncada por un largo gemido llegado de la habitación contigua.

«Dios mío, la reina... —pensó María—. Me olvidaba de la reina...»

Entró un escudero a anunciar la llegada del regente y de los barones. La señora de Bouville tomó al hijo de María en los brazos.

—Lo llevo a la habitación del rey —dijo— y os lo devolveré después de la ceremonia, cuando se vaya la corte. No os mováis de aquí hasta que yo vuelva. Y si, a pesar de la guardia que vamos a poner, entra alguien, vos afirmad que el niño que tenéis es el vuestro.

IV.- «Mis sires, ved al rey»

Los barones apenas cabían en la gran sala; hablaban, tosían, se revolvían y comenzaban a impacientarse por tan larga espera de pie. Los acompañantes habían invadido los corredores, para no perderse el espectáculo; en las salidas se arracimaban las cabezas.

El senescal de Joinville, a quien no habían hecho levantar hasta el último minuto para ahorrarle esfuerzo, se hallaba ante la puerta de la habitación del rey, en compañía de Bouville.

—Vos lo anunciaréis, messire senescal —dijo Bouville—. Sois el más antiguo compañero de San Luis, y a vos corresponde el honor.

Enfermo de ansiedad, con la cara sudorosa, Bouville pensaba:

«Yo no podría..., no podría anunciarlo. Mi voz me traicionaría.»

Vio aparecer, en un extremo del oscuro corredor, a la condesa Mahaut de Artois, gigantesca, agrandada más aún por su corona y su pesado manto de ceremonia. Nunca le había parecido tan alta y aterradora.

Se precipitó a la habitación y dijo a su mujer:

—Ha llegado el momento.

La señora de Bouville se dirigió hacia la condesa, cuyos fuertes pasos resonaban en las losas, y le entregó el ligero fardo.

El lugar estaba oscuro; Mahaut no miró al niño de cerca. Solamente se dio cuenta de que había aumentado de peso desde el día del bautizo.

—¡Eh, nuestro pequeño rey progresa! —dijo—. Os felicito, amiga mía.

—Lo cuidamos mucho, señora; no queremos incurrir en los reproches de su madrina —respondió la señora de Bouville con su mejor tono.

«Hay que decidirse —pensó Mahaut—; el niño está progresando demasiado.»

La luz que entraba por una ventana le dejó ver la cara del antiguo chambelán.

—¿Por qué sudáis tanto, messire Hugo? —le dijo—. El día no es caluroso.

—Son esos fuegos que he hecho encender... Messire el regente no me ha dado tiempo para caldearlo con anticipación.

Se midieron con la mirada, y pasaron cada uno un mal momento.

—Adelante, pues —dijo Mahaut, abriéndose paso.

Bouville ofreció su brazo al anciano senescal, y los dos curadores se dirigieron, lentamente, hacia la gran sala. Mahaut los seguía a unos pasos. Era el momento propicio, y tal vez no encontraría otro igual. El andar del senescal le permitía no apresurarse. Cierto es que había escuderos y doncellas pegados a las paredes y que todos, desde la penumbra, tenían puestos los ojos en el niño. Pero, ¿quién sospecharía de un gesto tan breve y natural?

—¡Vamos! Presentémonos bien —dijo Mahaut al bebé coronado que llevaba en

sus brazos—.

Hagamos honor al reino, y no babeemos.

Sacó el pañuelo de su escarcela y limpió rápidamente los labios mojados del pequeño.

Bouville volvió la cabeza, pero el gesto ya estaba hecho, y Mahaut, disimulando el pañuelo en el hueco de la mano, fingió arreglar el precioso manto del niño.

—Estamos dispuestos —dijo ella.

Se abrieron las puertas de la sala, y se hizo el silencio. Pero el mariscal no veía a la gente que tenía ante sí.

—Anunciad, messire, anunciad —le susurró Bouville.

—¿Qué debo anunciar? —preguntó Joinville.

—¡Al rey, vamos, al rey!

—El rey... —murmuró Joinville—. Es el quinto al que sirvo, ¿sabéis?

—Cierto, cierto, pero anunciad —repitió nerviosamente Bouville.

Mahaut, detrás de ellos, enjugó por segunda vez, para mayor seguridad, la boca del niño.

Sire de Joinville, después de aclararse la garganta con algunos carraspeos, se decidió a pronunciar con voz grave y bastante clara:

—¡Mis sires, ved al rey! ¡Ved al rey, mis sires!

—¡Viva el rey! —respondieron los barones, dejando escapar el grito que retenían desde el entierro de Luis X el Turbulento.

Mahaut fue directamente al regente y a los miembros de la familia real que lo rodeaban.

—Sí, es buen mozo... rosado... está gordo —comentaban los barones a su paso.

—¿Quién decía que era enclenque y que no duraría? —murmuró Carlos de Valois a su hijo Felipe.

—¡Vamos! La raza de Francia siempre es aguerrida —dijo La Marche para imitar a su tío.

El hijo del lombardo se comportaba bien, incluso demasiado bien para los deseos de Mahaut. «¿No podría gritar y retorcerse un poco?», pensaba. Y, disimuladamente, intentaba pellizcarle a través del manto. Pero los pañales eran gruesos, y el niño sólo emitía un ronroneo bastante alegre. Parecía gustarle el espectáculo que se ofrecía a sus ojos azules, abiertos completamente. «¡El pequeño bribón! Dentro de unos minutos se pondrá a cantar. Esta noche ya cantará menos... a no ser que el polvo de Beatriz se haya desvanecido...»

Del fondo de la sala se elevaron gritos:

—¡No lo vemos; queremos admirarlo!

—Tomad, Felipe —dijo Mahaut a su yerno entregándole el bebé—; vos, que tenéis los brazos más largos, enseñad el rey a sus vasallos.

Cogió el regente al pequeño Juan por el torso y lo levantó por encima de la cabeza para que todos lo pudieran contemplar a gusto. De repente, Felipe se sintió correr por las manos un líquido viscoso y caliente. El niño, atacado por el hipo, vomitaba la leche que había mamado media hora antes, y que había adquirido un color verdoso por ir mezclada con bilis; su cara cobró el mismo color, y luego pasó a un tono oscuro, indefinible, inquietante, mientras torcía el cuello hacia atrás.

Una gran exclamación de angustia y decepción se elevó de la multitud de barones.

—¡Señor, Señor —exclamó Mahaut—, le vuelven los ataques!

—Cogedlo —dijo con viveza Felipe, devolviéndole el niño como si fuera un objeto peligroso.

—¡Ya lo sabía! —dijo una voz.

Era Bouville, estaba rojo, y su mirada colérica iba de la condesa al regente.

—Sí, teníais razón, Bouville —dijo este último—; era demasiado pronto para presentar a este niño enfermo.

—Lo sabía... —repitió Bouville.

Pero su mujer le tiró de la manga, para evitar que cometiera una irreparable tontería. Sus miradas se encontraron y Bouville se calmó. «¿Qué iba a hacer? Estoy loco —pensó—, tenemos al verdadero.»

Aun cuando lo había preparado todo para desviar el crimen sobre otra cabeza, no había previsto nada para el caso de que se cometiera verdaderamente.

También Mahaut se quedó asombrada. No esperaba que el veneno produjera tan rápidos efectos. Decía palabras que querían ser tranquilizadoras:

—¡Calmaos, calmaos! También el otro día creíamos que se moría; y luego ya veis cómo se recuperó. Son cosas propias de los niños, desagradables, pero que duran poco. ¡La comadrona! ¡

Que vayan a buscar a la comadrona! —agregó arriesgándose, para demostrar su buena voluntad.

El regente mantenía sus manos sucias apartadas del cuerpo; las miraba con miedo y disgusto, y no osaba tocar nada.

El bebé tenía un color azulado y se ahogaba.

En el desorden y confusión que siguieron, nadie supo bien lo que hacía, ni cómo ocurrieron las cosas. La señora de Bouville se lanzó hacia la habitación de la reina, pero llegada a la puerta, se detuvo bruscamente. «Si llamo a la comadrona verá que no tiene la señal de los hierros y se dará cuenta del cambio», pensó. «¡Sobre todo que no le quiten el bonete, que no se lo quiten!» Y volvió corriendo, mientras la asistencia se dirigía ya a la habitación del rey.

Ya no era necesaria la presencia de ninguna comadrona. Envuelto aún en su manto bordado de flores de lis, con su corona de muñeco ladeada sobre la frente, con

los labios amoratados, mojados los pañales y corroídas las entrañas, yacía el niño sobre el inmenso lecho cubierto de seda.

El bebé que acababan de presentar a todos como el rey de Francia había dejado de existir.

V.- Un lombardo en Saint-Denis

—¿Y ahora ¿qué hacemos? —se preguntaban los Bouville.

Estaban cogidos en su propia trampa. El regente no prolongó mucho su estancia en Vincennes. Reunió a los miembros de la familia real y les rogó que lo escoltaran hasta París para celebrar consejo inmediatamente. En el momento en que iniciaba la marcha, Bouville tuvo un arranque de valor.

—¡Monseñor! ... —exclamó, cogiendo por la brida la montura del regente.

Inmediatamente le interrumpió Felipe:

—Sí, sí, Bouville, os agradezco que participéis de nuestro pesar. Creedme que nada os reprochamos. Es la ley de la humana naturaleza. Os haré llegar mis órdenes para los funerales.

Y picando al caballo, partió al galope desde el puente levadizo. A semejante marcha, los que lo acompañaban poco podían dedicarse a reflexionar. Lo siguieron la mayoría de los barones. Sólo quedaron unos pocos, los menos importantes, los desocupados que se reunían, en pequeños grupos, comentando el suceso.

—Ves —decía Bouville a su mujer—, debía haber hablado en aquel instante. ¿Por qué me detuviste?

Estaban en pie, en el derrame de una ventana, hablando en voz baja y sin atreverse apenas a confiar sus pensamientos.

—¿Y la nodriza? —prosiguió Bouville.

—Está vigilada. La he llevado a mi habitación, la he cerrado con llave, y dos hombres guardan la puerta.

—¿No sospecha nada?

—No.

—Bien, habrá que decírselo.

—Esperemos a que se hayan ido todos.

—¡Debería haber hablado! —repitió Bouville.

Lo torturaba el remordimiento por no haber seguido el primer impulso. «Si hubiera gritado la verdad ante todos los barones, si les hubiera presentado la prueba en aquel momento... Para ello hubiera sido preciso tener otro carácter, ser un hombre del temple del condestable, por ejemplo, y sobre todo no obedecer a su mujer cuando le tiraba de la manga...

—¿Cómo podíamos imaginar que Mahaut realizaría tan bien el golpe y que el niño iría a morir a la vista de todos?

—En el fondo —murmuró Bouville—, lo mejor hubiera sido presentar al verdadero, y dejar que se cumpliera el destino.

—¡Ah, ya te lo había dicho!

—Sí, lo confieso. La idea fue mía... y era mala.

Porque ahora, ¿quién los creería? ¿Cómo y a quién podrían declarar que habían engañado a la asamblea de los barones, poniendo una corona sobre la cabeza de un hijo de nodriza? Su acto constituía un sacrilegio.

—¿Sabéis a qué nos arriesgamos si no guardamos silencio? —dijo la señora de Bouville—. A que Mahaut nos haga envenenar.

—Estoy convencido de que ella ha actuado de acuerdo con el regente. Cuando éste se limpió las manos sucias por el vómito del niño, tiró el trapo al fuego. Lo vi...

Su mayor preocupación era su propia seguridad.

—¿Y el arreglo del niño? —continuó Bouville.

—Lo he hecho yo misma con una de mis mujeres, mientras tú acompañabas al regente —respondió la señora de Bouville—. Ahora lo vigilan cuatro escuderos. Por ese lado no hay nada que temer.

—¿Y la reina?

—He prohibido que se le hable, para no agravarla. Por otra parte, parece que su estado no le permite comprender. Y he ordenado a las comadronas que no se aparten de su lecho.

Poco después llegó de París el chambelán Guillermo de Seriz, e indicó a Bouville que el regente acababa de hacerse reconocer rey por sus tíos, hermano y pares presentes. El consejo había sido breve.

—En cuanto a los funerales por su sobrino —dijo el chambelán—, nuestro sire Felipe ha decidido que se hagan cuanto antes, a fin de no afligir al pueblo durante demasiado tiempo con esta nueva desgracia. No se expondrá el cuerpo. Como hoy es viernes, y no se puede inhumar en domingo, el cadáver será llevado a Saint-Denis mañana. El embalsamador ya está en camino. Os dejo, messire, porque el rey me ha ordenado que regrese en seguida.

Bouville lo dejó marchar sin añadir palabra. «El rey... el rey...», pensaba.

El conde de Poitiers era rey; un pequeño lombardo iba a ser llevado a Saint-Denis... y Juan I vivía. Bouville fue a reunirse con su mujer.

—Han reconocido a Felipe —le dijo—. ¿Qué va a ser de nosotros, con este rey que tenemos en las manos?

—Hay que hacerlo desaparecer.

—¡Ah, no! —exclamó Bouville, indignado.

—¡No se trata de eso! ¡Estás perdiendo el juicio, Hugo! —replicó la señora de Bouville—. Quiero decir que es necesario ocultarlo.

—Pero nunca podrá reinar.

—Al menos vivirá. Y tal vez un día... ¡Quién sabe!

—¿Y dónde? ¿A quién confiarlo sin despertar sospechas? En primer lugar, necesita el cuidado de una madre.

—La nodriza... Sólo la nodriza nos puede servir —dijo la señora de Bouville—.

Vamos a hablarle.

Estuvieron inspirados al esperar la marcha de los últimos barones antes de confesar a María de Cressay que su hijo había muerto, porque el alarido que ésta lanzó atravesó las paredes de la mansión. A quienes lo oyeron les dijeron que había partido de la reina. Ahora bien, Clemencia, aún en medio de su inconsciencia, se incorporó en el lecho y preguntó:

—¿Qué ocurre?

Hasta el anciano senescal de Joinville despertó de su sopor y se estremeció.

—Están matando a alguien —dijo—. He oído un grito como si degollaran a una persona.

Mientras tanto, María repetía incansablemente:

—¡Quiero verlo! ¡Quiero verlo! ¡Quiero verlo!

Bouville y su mujer se vieron obligados a aferrarla, a brazo partido, para impedir que se lanzara, fuera de sí, a buscarlo por el castillo.

Durante dos horas se esforzaron en calmarla, en consolarla y, sobre todo, en justificarse, repitiendo cien veces explicaciones a las que ella no atendía.

Bouville podía asegurarle que no había querido aquello, que era la obra criminal de la condesa Mahaut... las palabras se inscribían inconscientemente en la memoria de María, de donde surgirían más adelante; pero, por el momento, carecían de significado.

Dejó de llorar un instante, miró fijamente hacia adelante y luego, de repente, empezó a aullar como un perro atropellado por un carro.

Los Bouville creyeron que perdía la razón. Agotaron todos los argumentos; gracias a este sacrificio involuntario, María había salvado al verdadero rey de Francia, al descendiente de una línea ilustre...

—Sois joven —decía la señora de Bouville—, tendréis otros hijos. ¿Qué mujer no ha perdido en su vida al menos un hijo de pecho?

Y le citaba los gemelos de Blanca de Castilla que nacieron muertos, y todos los pequeños fallecidos de la familia real desde hacía tres generaciones. Entre los Anjou, los Courtenay, los Borgoña, los Châtillon, los mismos Bouville, ¡cuántas madres enlutadas que, sin embargo, acabaron siendo felices, rodeadas de una gran progenie! De los doce o quince hijos que una mujer traía al mundo era corriente que sólo sobrevivieran la mitad.

—Sin embargo, os comprendo —continuaba la señora de Bouville—. Es más duro tratándose del primero.

—¡No, no me comprendéis! —gritaba María en medio de los sollozos—. ¡A ése... a ése no podré reemplazarlo jamás!

El bebé que acababan de matar era hijo del amor, nacido de un deseo más violento y de una fe más fuerte que todas las leyes del mundo y todas sus

obligaciones; era el sueño por el que había pagado el precio de dos meses de ultrajes y cuatro de convento, el regalo perfecto que se disponía a ofrecer al hombre que había elegido, la milagrosa planta en la que había esperado ver florecer, cada día de su vida, sus amores contrariados y maravillosos.

—¡No, no podéis comprender! —gemía—. A vos no os han expulsado de vuestra familia por un hijo. ¡No, no tendré otro!

Cuando se empieza a describir la desgracia, a traducirla en términos inteligibles, es que ya se la ha aceptado. Al desgarramiento, al aplastamiento casi físico, sucede lentamente la segunda fase del dolor; la contemplación cruel.

—¡Lo sabía, lo sabía que me esperaba la desgracia, cuando yo no quería venir!

La señora de Bouville no se atrevía a contestar.

—¿Qué dirá Guccio cuando lo sepa? —dijo María—. ¿Cómo podré explicárselo?

—¡No debe saberlo nunca, hija mía! —exclamó la señora de Bouville—. Nadie debe saber que el rey vive, porque quienes han fallado el golpe no vacilarían en intentarlo por segunda vez. Vos misma os halláis en peligro, ya que estabais de acuerdo con nosotros. Es preciso que guardéis el secreto hasta que se os autorice a revelarlo.

Y susurró a su marido:

—Vete a buscar los Evangelios.

Cuando Bouville volvió con el grueso libro que cogió de la capilla, consiguieron que María pusiera la mano sobre él y jurara guardar silencio absoluto, incluso con el padre de su hijo muerto, incluso en confesión, sobre el drama que acababa de desarrollarse. Sólo Bouville o su mujer podrían levantarle el juramento prestado.

En el estado en que se encontraba, María aceptó jurar todo lo que le pedían. Bouville le prometió una pensión. Pero ¿qué podía importarle el dinero!

—Y ahora es preciso que cuidéis al rey de Francia, hija mía, y digáis a todos que es vuestro hijo —agregó la señora de Bouville.

María se rebeló. No quería volver a tocar al niño por quien habían asesinado al suyo. No quería seguir en Vincennes; quería huir, a donde fuera, y morir.

—Estad segura de que moriréis pronto si abris la boca. Mahaut no tardará en haceros envenenar o apuñalar.

—Os prometo que nada diré. ¡Pero dejadme, dejadme partir!

—Partiréis, partiréis. Pero no dejéis morir a este niño. Bien veis que tiene hambre. Dadle de mamar al menos hoy —dijo la señora de Bouville poniéndole en los brazos al hijo de la reina.

Cuando María apretó contra si al pequeño, se redobló su llanto.

—Cuidadlo, será como el vuestro —insistía la señora de Bouville—. Y cuando llegue el momento de entronizarlo, vos recibiréis grandes honores. Seréis su segunda madre.

No eran los hipotéticos honores prometidos por la mujer del curador lo que podía convencer a María, sino la presencia de aquella pequeña vida que tenía en sus brazos y a la que iba a transferir, inconsciente, sus sentimientos maternales.

Posó los labios sobre la cabeza del niño y, con gesto maquinal, abrió su corpiño murmurando:

—No, no puedo dejarte morir, mi pequeño Juan... mi pequeño Juan...

Los Bouville lanzaron un suspiro de alivio. Habían ganado, al menos por el momento.

—No ha de estar mañana aquí cuando vengan a llevarse a su hijo —dijo la señora de Bouville en voz muy baja a su marido.

Al día siguiente, María, postrada y dejando que la señora de Bouville decidiera en todo, fue llevada con el niño al convento de las clarisas.

La señora de Bouville explicó a la madre abadesa que la muerte del reyecito había debilitado la mente de María y que no debía tener en cuenta las locuras que pudiera hacer o decir.

—Nos asustó su estado; daba alaridos y no reconocía ni a su propio hijo.

La señora de Bouville exigió que la joven no recibiera ninguna visita, ni aún de hermanas ni novicias del convento, y que la dejaran tranquila, en el mayor silencio.

—Si alguien pregunta por ella, no lo dejen entrar y avísenme en seguida.

El mismo día, fueron llevados a Vincennes dos paños de oro con flores de lis, dos paños de Turquía bordados con las armas de Francia y ocho varas de cendal, para el enterramiento del primer rey de Francia que se había llamado Juan. Y fue, efectivamente, a un niño llamado Juan, a quien colocaron en una caja tan pequeña que no creyeron conveniente transportarla en un coche fúnebre, sino simplemente sobre la albarda de una mula.

Maese Geoffroy de Fleury, tesorero de palacio, anotó en el registro el gasto de las exequias, que ascendió a ciento once libras, diecisiete sueldos y ocho dineros, el sábado 20 de noviembre de 1316.

No hubo el largo cortejo ritual, ni ceremonia en Notre-Dame. Se dirigieron inmediatamente a Saint-Denis donde se hizo la inhumación en seguida después de la misa. Al pie de la estatua yacente de Luis X, todavía blanca y con la piedra tallada recientemente, habían abierto una estrecha fosa; allí depositaron, entre los huesos de los soberanos de Francia, al hijo de María de Cressay, joven de la Isla-de-Francia, y de Guccio Baglioni, mercader de Siena.

Adán Héron, primer chambelán y maese de la casa real, se adelantó hasta el borde de la pequeña tumba y, mirando a su dueño Felipe de Poitiers, exclamó:

—¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!

Había empezado el reinado de Felipe V el Largo; Juana de Borgoña se convertía en reina de Francia, y triunfaba Mahaut de Artois.

Solamente tres personas en el reino sabían que vivía el verdadero rey. Una de ellas había jurado sobre el Evangelio guardar el secreto, y las otras dos temblaban sólo al pensar que dicho secreto fuera revelado.

VI.- Francia en manos firmes

Para conquistar el trono, Felipe V había acudido, dentro de las instituciones monárquicas, a un viejo recurso que en lenguaje moderno se llama golpe de Estado.

Al hallarse investido de las principales funciones reales gracias a la autoridad de su persona y al apoyo de sus entusiastas partidarios, había hecho ratificar por la asamblea de julio un reglamento sucesorio que podía favorecerle eventualmente, pero sólo después de largo tiempo y tras la aplicación de cláusulas previas. Con la desaparición del pequeño rey, sobrevenía un acontecimiento propicio. Inmediatamente, atropellando la legalidad que él mismo había establecido, se apropió Felipe de la corona, sin respetar plazos ni condiciones previas.

Un poder obtenido en semejantes condiciones forzosamente tenía que verse amenazado, por lo menos al principio.

Ocupado en consolidar su posición, apenas tuvo tiempo Felipe de saborear su victoria ni recrearse en su sueño realizado. La cumbre que acababa de ocupar era demasiado estrecha.

Las lenguas andaban sueltas por todo el reino; las sospechas se propagaban. La mano dura del rey era bastante conocida, y los que corrían peligro de verse alcanzados por ella se agruparon alrededor del duque de Borgoña.

Este corrió a París para protestar la designación de su futuro suegro. Exigió la convocatoria de los pares y el reconocimiento de Juana de Navarra como reina de Francia.

Felipe, para asegurarse la regencia, había sacrificado el condado de Borgoña; para conservar el trono, ofreció separar las coronas de Francia y de Navarra, recientemente unidas, y dejar el pequeño reino pirenaico a la dudosa hija de su hermano.

Pero si Juana era reputada digna de reinar en Navarra, ¿por qué no igualmente en Francia?

Así lo entendía el duque Eudes y rehusó la proposición. Había, pues, que recurrir a la fuerza.

Eudes partió a galope hacia Dijon, desde donde lanzó, en nombre de su sobrina, una proclama a todos los señores del Artois y de Picardía, de Brie y de Champaña, invitándoles a desobedecer al usurpador.

Se dirigió con el mismo fin al rey Eduardo II de Inglaterra, quien, a pesar de los esfuerzos de su mujer Isabel, se apresuró a envenenar la querella, tomando partido por los borgoñones. En toda escisión que surgía en el reino de Francia, veía el rey inglés la posibilidad de emancipar la Guyena.

«¿Para esto llegué a denunciar el adulterio de mis cuñadas?», pensaba la reina Isabel.

Al verse amenazado por el norte, este y sudeste, cualquier otro que no fuera

Felipe el Largo hubiera soltado tal vez la presa. Pero el nuevo rey sabía que disponía de varios meses. El invierno no era época para la guerra; sus enemigos debían esperar hasta la primavera para poner en pie de guerra sus ejércitos. Lo que más le urgía a Felipe era hacerse coronar, para adquirir la indeleble dignidad de la consagración.

En un principio quiso fijar la ceremonia para la Epifanía; el día de Reyes le parecía de buen augurio. Le hicieron ver que los burgueses de Reims no tendrían tiempo de prepararlo todo, y concedió un plazo de tres días. La corte saldría de París el 10 de enero, y la consagración se efectuaría el domingo día 9.

Desde Luis VIII, primer rey no elegido en vida de su predecesor, nunca se había visto a un heredero del trono precipitarse a Reims con tanta rapidez; Pero la consagración religiosa le parecía insuficiente a Felipe; quería añadirle algo que impresionara de manera nueva a la conciencia popular.

Frecuentemente había meditado en las enseñanzas de Egidio Colonna, preceptor de Felipe el Hermoso, hombre que había formado el pensamiento del Rey de Hierro, y cuyo tratado sobre los principios de la realeza contenía frases como ésta: Hablando en absoluto, sería preferible que el rey fuera elegido; sólo los corrompidos apetitos de los hombres y su manera de actuar deben hacer preferir la herencia a la elección.

—Quiero ser rey con el consentimiento de mis súbditos —dijo Felipe el Largo— y sólo así me sentiré verdaderamente digno de gobernarlos. Y puesto que me falta el apoyo de algunos grandes, concederé la palabra a los humildes.

Su padre le había enseñado el camino al convocar, en los momentos difíciles de su reinado, asambleas en las que estaban representadas todas las clases, todos los «estados». Hizo que se reunieran dos asambleas de esta clase, más amplias todavía que las precedentes, una en París para los de la lengua oil, otra en Bourges para los de la lengua de oc, dentro de las semanas siguientes a la consagración. Y pronunció las palabras «Estados Generales».

Los legistas fueron encargados de preparar los textos que se presentarían a la aprobación de los estados, de forma que Felipe apareciera como escogido y designado por el pueblo entero.

Adoptaron, naturalmente, los argumentos del condestable, o sea que los lises no podían hilar la lana, y que el reino era demasiado noble para caer en manos de mujer. Se apoyaron, peregrinamente, en el hecho de que entre el venerado San Luis y la señora Juana de Navarra existían tres intermediarios sucesorios, mientras que entre San Luis y Felipe sólo había dos. Lo que con toda razón hizo exclamar a Valois.

—En ese caso, ¿por qué no yo, a quien sólo mi padre me separa de San Luis?

Y luego, en fin, los consejeros del Parlamento, aguijoneados por Miles de Noyers, exhumaron, sin demasiada confianza, el viejo código de costumbres de los francos salios, anterior a la conversión de Clovis al cristianismo. Este código no contenía nada relativo a la transmisión del poder real. Era una recopilación bastante tosca de

jurisprudencia civil y criminal, poco comprensible, ya que tenía más de ocho siglos. Una breve indicación estipulaba que la herencia de tierras había de hacerse por partes iguales entre los herederos varones. Sólo eso.

No fue preciso más para que algunos doctores en derecho secular construyeran sobre ello su demostración. La corona de Francia sólo podía recaer en varones, ya que corona implicaba posesión de tierras. Y la mejor prueba de que el código sálico había sido aplicado desde su origen, ¿no se encontraba en el hecho de que desde un principio sólo habían reinado hombres? De esta manera Juana de Navarra podía quedar eliminada sin tener que recurrir a la acusación de bastardía, imposible de probar.

Los doctores eran maestros en sus galimatías. Nadie pensó en objetar que la dinastía merovingia no procedía de los salios, sino de los sicambros y de los brúcteros; y en aquel momento, nadie fue a examinar aquella famosa ley sálica, que se inventó pretendiendo referirse a ella, y que iba a hacer fortuna en la Historia, después de haber arruinado al reino con una guerra de cien años.

Ciertamente, el adulterio de Margarita de Borgoña costaría bien caro a Francia.

Sin embargo, por el momento, el poder central no se dormía. Felipe reorganizaba ya la administración, llamaba a su consejo a los grandes burgueses, y creaba su cuerpo de «chevaliers poursuivants²¹», para recompensar así a los que le habían servido sin tregua desde su época de Lyon.

Rescató de Carlos de Valois la casa de la moneda de Mans, y diez más esparcidas por toda Francia. En adelante, la moneda circulante por el reino de Francia sólo sería acuñada por el rey.

Recordando las ideas de Juan XXII cuando éste no era más que el cardenal Duèze, Felipe preparó una reforma del sistema de multas y de los derechos de cancillería. Los notarios entregarían todos los sábados al Tesoro las sumas recaudadas, y el registro de actas quedaría sujeto a tarifas decretadas por la Cámara de Cuentas.

Lo mismo hizo con las aduanas, prebostazgos, capitanías de ciudades y oficinas de recaudación. Los abusos y malversaciones, corrientes desde la muerte del Rey de Hierro, fueron duramente reprimidos. En todas las capas de la sociedad, en toda actividad nacional, en los tribunales de justicia, en los puertos, en los mercados y ferias, se dejó sentir que Francia estaba de nuevo en manos firmes... ¡manos de veinticinco años!

Las fidelidades no se consiguen sin dádivas. Felipe pagó su advenimiento con grandes liberalidades.

El viejo senescal de Joinville se había hecho llevar a su castillo de Wassy, donde había declarado que quería morir. Sabía que su fin estaba próximo. Su hijo Anseau, que no había dejado a Felipe desde los últimos días de Lyon, dijo un día a este

último:

—Mi padre me ha asegurado que en Vincennes pasaron cosas extrañas cuando la muerte del pequeño rey, y han llegado a su oído inquietantes rumores.

—Lo sé, lo sé —respondió Felipe—. También a mí me parecieron sorprendentes ciertos hechos ocurridos aquellos días. ¿Queréis que os dé mi opinión, Anseau? No puedo hablar mal de Bouville porque no tengo pruebas, pero me pregunto si su capacidad no era muy inferior a la tarea a él encomendada. ¡Mostraba tanta agitación, escuchaba tanta palabra yana! Su desordenada prudencia ha dado lugar a suposiciones... De todas maneras, ya es demasiado tarde...

Hizo una pausa, y agregó:

—Anseau, he hecho que el Tesoro os asigne una donación de cuatro mil libras, y ello os probará mi gratitud por la ayuda que siempre me habéis prestado. Y si, tal como creo, el día de la consagración, mi primo el duque de Borgoña no se encuentra en Reims para anudar mis espuelas, os encargaráis vos de ello. Sois caballero suficientemente noble para ello.

Para remachar las bocas, siempre ha sido el oro el mejor metal; pero Felipe sabía que con ciertos hombres es necesario trabajar un poco la soldadura.

Quedaba por arreglar el asunto de Roberto de Artois; Felipe se felicitaba de haber tenido en prisión a su peligroso primo durante los últimos acontecimientos. Pero no podía tenerlo indefinidamente en el Châtelet. Generalmente una coronación va acompañada de actos de clemencia y concesiones de gracia. Ante la apremiante intervención de Carlos de Valois, Felipe fingió comportarse como buen príncipe.

—Lo haré por complaceros, tío mío —dijo—. Roberto será puesto en libertad...

Dejó la frase en suspenso, y pareció estar calculando.

—...a los tres días de mi salida para Reims —agregó—, y no podrá alejarse de París más de veinte leguas.

VII.- ¡Cuántas ilusiones perdidas!

En su ascensión real, Felipe el Largo no había pasado sólo sobre dos cadáveres, dejaba también tras de sí otros dos destinos aniquilados, dos mujeres destruidas, una de ellas reina y la otra de oscura familia.

Al día siguiente de las exequias fúnebres del falso Juan I en Saint-Denis, la señora Clemencia de Hungría, de quien todos creían que iba a entregar el alma, volvió lentamente a recuperar sus sentidos y la vida. Alguno de los remedios que le daban había resultado eficaz; la fiebre y la infección abandonaban aquel cuerpo, como para dar lugar a otras penas. Las primeras palabras que pronunció la reina fueron para pedir su hijo, a quien apenas había visto. Su recuerdo sólo le traía la imagen de un cuerpecito desnudo al que friccionaban con agua de rosas y ponían en la cuna...

Cuando le notificaron, con mil cuidados, que no se lo Podían mostrar en seguida, murmuró:

—Ha muerto, ¿verdad? Lo sabía. Lo presentía en medio de la fiebre... También debía ocurrir eso...

No tuvo la reacción aterradora que todos temían. Quedó postrada, pero sin lágrimas; su rostro mostraba la expresión de trágica ironía que adoptan ciertas personas después de un incendio, ante las humeantes cenizas de su casa. Sus labios se abrieron como para reír, y durante unos instantes creyeron que había enloquecido.

La desgracia se había encarnizado con ella; había zonas muertas en su alma, y aunque el destino redoblara sus golpes no podría causarle más sufrimiento.

Bouville, ante ella, se veía condenado a una engañosa misión de consolador ineficaz. Cada palabra de afecto que le dirigía la reina lo atormentaba de remordimiento.

«Su hijo vive, y no puedo decírselo. ¡Y pensar que está en mi mano darle una alegría tan grande!...»

Por piedad, e incluso por simple honradez, estuvo cien veces a punto de hablar. Pero la señora de Bouville, que conocía su tierno corazón, no lo dejaba nunca solo con la reina.

Al menos pudo desahogarse a medias, acusando a Mahaut, la verdadera culpable.

La reina se encogió de hombros. ¿Qué le importaba la mano de la que se habían servido las fuerzas del mal para abatirse sobre ella?

—He sido piadosa y buena; al menos así lo creo —decía.—, me he esforzado en cumplir los mandamientos de la religión y en corregir a los que me eran queridos. Nunca he deseado mal a nadie. Y Dios me ha castigado más que a ninguna de sus criaturas..., por otra parte, veo triunfar en todo a los malos.

No se rebelaba ni blasfemaba tampoco; simplemente atestiguaba una especie de monumental error.

Sus padres habían muerto de peste cuando ella contaba apenas dos años. Mientras todas las princesas de su familia se casaban o se comprometían antes de alcanzar la edad núbil, ella había tenido que esperar hasta los veintidós años. El partido inesperado que se le presentó parecía el mejor del mundo. Había acudido a aquel matrimonio con el rey de Francia deslumbrada, rendida de amor exaltado y llena de las mejores intenciones. Aun antes de llegar a su nuevo país había estado a punto de perecer en el mar. Al cabo de unas semanas descubría que se había casado con un asesino y que sucedía a una reina estrangulada. A los diez meses quedaba viuda y encinta. Alejada en seguida del poder, la tenían secuestrada con el pretexto de protegerla, y acababa de luchar durante ocho días entre la vida y la muerte para saber, apenas salida de aquel infierno, que su hijo había muerto, envenenado, sin duda, como su marido.

—La gente de mi país cree en la mala suerte. Tienen razón. Yo tengo mala suerte —dijo—. Me debo prohibir emprender nada más y fiarme de nadie, ni aun del mismo Dios.

Amor, caridad, esperanza... Había agotado todas las reservas de virtud que poseía, y al mismo tiempo perdía la fe.

Durante su enfermedad había sufrido tales torturas y había sentido tan cerca la agonía, que encontrarse viva, respirar sin dificultad, alimentarse, posar la mirada en las paredes, muebles y rostros, le parecía sorprendente y le procuraba las únicas emociones de que era capaz su alma medio destruida.

A medida que avanzaba en su lenta convalecencia y recobraba su legendaria belleza, la reina Clemencia comenzó a adquirir gustos de mujer madura y caprichosa. Parecía que bajo aquella admirable apariencia, bajo aquellos cabellos de oro, aquel rostro de retablo, aquel noble pecho, aquellos miembros perfectos que día a día recuperaban su seducción, habían transcurrido de golpe cuarenta años. Con un cuerpo suntuoso, una vieja viuda reclamaba a la vida sus últimas alegrías.

Las reclamaría durante once años.

Frugal hasta entonces, tanto por religiosidad como por indiferencia, la reina mostró en seguida extrañas exigencias de manjares raros y costosos. Colmada por Luis X de joyas que ella había desdeñado al recibirlas, se exaltaba ahora ante sus cofres, apasionada en contar las piedras, en calcular su valor, y en apreciar la talla o el brillo. Decidió de pronto transformar las monturas y convocó a sus orfebres a interminables reuniones. Pasaba también largas horas con las lenceras, hacía comprar las más caras telas de Oriente y encargaba excesiva cantidad de exóticos perfumes.

Aunque para aparecer en público vestía el blanco atuendo de las viudas, en sus habitaciones, los íntimos quedaban sorprendidos, e incluso molestos al verla, junto a la chimenea, envuelta en velos de excesiva transparencia.

Su generosidad de antaño perduraba ahora en forma alocada de absurdas

liberalidades. Los mercaderes hicieron correr la voz entre ellos, pues sabían que no se les discutiría el precio. La codicia se apoderaba del personal. Ciertamente, la reina estaba bien servida. En las cocinas se disputaban el honor de prepararle su manjar preferido; por un postre bien presentado, por una leche de avellanas, por un plato recientemente descubierto en el que el romero y las especias estaban bien maceradas en jugo de granada, la reina abría la mano llena de monedas.

Pronto quiso oír voces agradables que le cantaran y le recitaran cuentos, endechas y novelas. Su fría mirada sólo quería posarse en rostros jóvenes. Cualquier trovador de buena apariencia y voz cálida, que la hubiera distraído durante una hora, y cuya mirada se había turbado al entrever el cuerpo de la reina bajo los velos de Chipre, recibía lo suficiente como para divertirse en las tabernas durante un mes.

Bouville estaba alarmado de aquella prodigalidad; pero él mismo no había podido negarse a ser uno de los beneficiarios.

El 10 de enero, que era el día de las felicitaciones y regalos aunque el año oficial empezaba por Pascua, la reina Clemencia entregó a Bouville un saquito bordado que contenía trescientas libras en oro. El antiguo chambelán exclamó:

—¡No, señora, por favor, no lo merezco!

Pero no se le puede rehusar un obsequio a una reina, aunque se sepa que se está arruinando.

Aquel mismo día 10 de enero, Bouville recibió la visita de maese Tolomei. El banquero encontró al antiguo chambelán asombrosamente adelgazado y pálido. Bouville flotaba en sus vestidos; sus mejillas estaban hundidas, su mirada inquieta y su atención desfalleciente.

«Este hombre —pensó Tolomei— está minado por una enfermedad secreta y no me sorprendería que dentro de poco se encontrara a las puertas de la muerte. Tengo que darme prisa para solucionar el asunto de Guccio.»

Tolomei conocía bien las costumbres. Con ocasión del año nuevo llevaba una pieza de tela a la señora de Bouville.

—...para agradecerle —dijo— todo lo que ha hecho por esa joven que acaba de dar un hijo a mi sobrino...

Bouville quiso rechazar también este obsequio.

—Aceptadlo, aceptadlo —insistió Tolomei—. Quisiera, por otra parte, hablaros un poco de este asunto. Mi sobrino va a regresar de Aviñón, donde nuestro Santo Padre el papa...

Bouville se persignó.

—...lo ha retenido trabajando en las cuentas de su tesorería. Ahora viene a buscar a su mujer y a su hijo...

Bouville se quedó helado.

—Un momento, maese, un momento... —dijo—. Hay un mensajero que me está

esperando y debo darle una contestación urgente. Hacedme el favor de esperar.

Y con la pieza de tela bajo el brazo, desapareció a recabar consejo de su mujer.

—El marido vuelve —dijo.

—¿Qué marido? —preguntó la señora de Bouville.

—¡El marido de la nodriza!

—¡Si no está casada!

—¡Lo está! ¡Hay que creerlo! Tolomei está aquí. Toma, te ha traído esto.

—¿Qué quiere?

—Que la joven salga del convento.

—¿Cuándo?

—No lo sé todavía. Pronto.

—Entonces, deja que lo piense. No prometas nada y vuelve a verme.

Bouville se presentó de nuevo ante su visitante.

—¿Decíais..., maese Tolomei?

—Os decía que llega mi sobrino para sacar del convento, donde tuvisteis la bondad de encontrarles refugio a su mujer y a su hijo. Ahora ya no tienen nada que temer. Guccio trae una recomendación del Santo Padre y creo que se establecerá en Aviñón, al menos por un tiempo... Me hubiera gustado tenerlos conmigo. ¿Sabéis que todavía no he visto a ese sobrino-nieto que me ha nacido? Estaba de viaje, en visita a mis sucursales y sólo supe la novedad por una jubilosa carta de su joven madre. Anteayer, en cuanto regresé quise ir a verla; pero en el convento de las Clarisas no quisieron abrirme.

—Es que en las Clarisas rige una regla muy severa —dijo Bouville—. Y además, a petición vuestra, dimos órdenes tajantes.

—¿No habrá ocurrido nada malo?

—No, maese; nada que yo sepa. Os hubiera informado en seguida —respondió Bouville, que estaba sobre ascuas—. ¿Cuándo llega vuestro sobrino?

—Lo espero para dentro de dos o tres días.

Bouville lo miró despavorido.

—Os ruego de nuevo que me perdonéis —dijo—; ahora recuerdo de repente que la reina me ha pedido una cosa y no se la he llevado. En seguida vuelvo.

Se eclipsó de nuevo.

«Seguramente anda mal de la cabeza —pensó Tolomei—. ¡Pues sí que da gusto hablar con un hombre que desaparece a cada momento! ¡Con tal de que no se olvide de que estoy aquí!...»

Se sentó sobre un cofre, y estuvo largo rato lustrando la piel que adornaba su manga.

—Aquí estoy —dijo Bouville levantando un tapiz—. ¿Qué me decíais de vuestro sobrino? Ya sabéis que lo tengo en gran aprecio. Fue un gentil compañero en nuestros

viajes a Nápoles.

¡Nápoles!... —repitió enterneciéndose—. ¡Si yo hubiera sabido...! ¡Pobre reina, pobre reina...!

Se dejó caer en el cofre, al lado de Tolomei, y se enjugó con las manos las lágrimas que le arrancaban los recuerdos.

«¡Vamos! ¡Ahora se me echa a llorar!», pensó el banquero.

Luego en alta voz dijo:

—No he querido mencionaros todas esas nuevas desgracias; presiento lo mucho que os afligen. Me he acordado mucho de vos...

—¡Ah, Tolomei, si supierais!... Ha sido peor de lo que podéis imaginaros; el demonio se ha mezclado en esto...

Se oyó una tosecilla seca detrás de los tapices, y Bouville se detuvo de golpe sobre la pendiente de las peligrosas confianzas.

«¡Vaya, nos escuchan!», pensó Tolomei, quien se apresuró a añadir:

—En fin, al menos nos queda un consuelo en esta aflicción: tenemos un buen rey.

—Cierto, cierto —respondió Bouville sin gran entusiasmo.

—Temía —prosiguió el banquero, esforzándose en alejar a su interlocutor de la sospechosa tapicería—, temía que el nuevo rey nos tratara mal a nosotros los lombardos. Pues nada de eso.

Incluso parece que, en ciertas senescalías, ha confiado el cobro de impuestos a gente de nuestras compañías... Por lo que se refiere a mi sobrino, que os aseguro que ha trabajado bien —debo decirlo—, me gustaría que sus afanes se vieran recompensados encontrando a su hermosa y a su heredero instalados en mi casa. Ya he hecho preparar la habitación de esos gentiles esposos. Se habla mal de los jóvenes de nuestro tiempo. No se les cree capaces de sinceridad ni de amor fiel. Estos se quieren de verdad, os lo aseguro. Basta leer sus cartas. Si el matrimonio no se efectuó según todas las reglas, ¿qué importa?; volveremos a celebrarlo y os pediré, si ello no os ofende, que seáis testigo.

—Será un gran honor, por lo contrario, un gran honor, maese —respondió Bouville, mirando al tapiz como si buscara una araña—. Pero está la familia.

—¿Qué familia?

—La familia de la nodriza.

—¿La nodriza? —repitió Tolomei, que no comprendía nada.

Por segunda vez se oyó la tosecilla detrás del tapiz. A Bouville se le demudó el rostro, tartajó, tartamudeó.

—Es que, maese... quería decir... sí, quise informaros en seguida, pero, con tanto trabajo se me olvidó. ¡Ah, sí! Ahora es preciso que os lo diga... Vuestra... A la mujer de vuestro sobrino, puesto que según me aseguráis están casados, le rogamos... Bien, estábamos sin nodriza, y ante el ruego de mi mujer, nos hizo el favor, el gran favor de

amamantar al pequeño rey... el poco tiempo, ¡ay!, que vivió.

—¿Entonces, vino aquí; la hicisteis salir del convento?

—¡Y en él está de nuevo! Hubiera querido decíroslo... pero el tiempo urgía. Además, ¡todo sucedió con tanta rapidez!

—Méssire, no os avergoncéis por ello. Habéis obrado bien. ¡Esa hermosa María! ¿Así que amamantó al rey? Es una noticia sorprendente y muy honrosa. La pena es que no haya podido seguir criándolo —dijo Tolomei, que lamentaba ya haber perdido las ventajas que podía haber sacado de tal situación—. Entonces ¿os sería fácil hacerla salir de nuevo?

—¡No! Para que salga definitivamente es necesario el consentimiento de los suyos. ¿Habéis vuelto a ver a su familia?

—Jamás. Sus hermanos, que la trajeron con tanto alboroto, parece que se quedaron muy tranquilos al desembarazarse de ella, y no han vuelto a aparecer.

—¿Dónde viven?

—En su casa de Cressay.

—¿Cressay...? ¿Dónde está eso?

—Cerca de Neauphle, donde tengo una sucursal.

—Cressay... Neauphle... muy bien.

—Permitidme que os diga, monseñor, que sois un hombre extraño —dijo Tolomei—. Os confío una joven, os explico su caso, vais a buscarla para que críe al hijo de la reina, vive aquí ocho, diez días...

—Cinco —precisó Bouville.

—Cinco días —prosiguió Tolomei—, y no sabéis de dónde procede ni casi cómo se llama.

—Sí, lo sé, lo sabía —dijo Bouville, poniéndose colorado— pero a veces se me va la memoria.

No podía ir por tercera vez en busca de su mujer. ¿Por qué no venía a ayudarle en lugar de permanecer escondida detrás de los tapices, para interrumpirle, en cuanto iba a cometer una tontería? Ella tenía sus motivos, sin duda.

—Tolomei es el único hombre al que temo en este asunto —le había dicho a su esposo—. Si te ve solo, como eres bobo, desconfiará menos, y yo podré solucionar mejor las cosas.

«Como eres bobo... Tiene razón, me estoy convirtiendo en un bobo —se decía Bouville—. Sin embargo, en otro tiempo sabía cómo hablar a los reyes y llevar sus asuntos. Negocié el matrimonio de la señora Clemencia. Tuve que ocuparme del cónclave y usar mis astucias con Duéze...» Este pensamiento lo salvó.

—¿Decís que vuestro sobrino trae una carta del Padre Santo? —prosiguió—. Bien, eso lo arregla todo. Guccio es quien ha de ir a buscar a su mujer, presentando esa carta. Así estamos a cubierto, y no tendremos ni reproches, ni proceso. ¡El Santo

Padre! ¡Para qué más...! Regresa dentro de dos o tres días, ¿verdad? Deseemos que todo salga a pedir de boca. Y muchas gracias por vuestra hermosa tela; estoy seguro de que mi buena esposa la apreciará mucho. Hasta la vista, maese; sigo siendo vuestro servidor.

Se sentía más agotado que si hubiera tomado parte en una carga de caballería.

Al salir de Vincennes, pensó Tolomei: «O me miente por alguna razón que ignoro, o bien vuelve a la infancia. En fin, esperemos a Guccio.»

La señora de Bouville no perdió el tiempo. Hizo enganchar su litera y corrió al barrio de Saint-Marcel. Se encerró con María de Cressay. Después de haber causado la muerte de su hijo, venía ahora a exigirle que renunciara a su amor.

—Jurasteis sobre el Evangelio guardar el secreto —decía la señora de Bouville—. ¿Pero seréis capaz de guardarlo con ese hombre? ¿Podréis vivir con vuestro esposo?...

Ahora adornaba a Guccio con esa cualidad.

—...¿haciéndole creer que es padre de un niño que no le pertenece? ¡Es pecado ocultar tan grave cosa al cónyuge! Y cuando podamos hacer triunfar la verdad y vengan a buscar al rey para que ascienda al trono, ¿qué le diréis entonces? Sois una muchacha demasiado honrada y vuestra sangre es demasiado noble para hacer semejante villanía.

Centenares de veces en sus horas de soledad se había planteado María esas preguntas. No pensaba en otra cosa, y ello la enloquecía. ¡Conocía bien la respuesta! Sabía que en cuanto estuviera de nuevo en brazos de Guccio, le sería imposible fingir y callar, no porque fuera pecado, como decía la señora de Bouville, sino porque el amor le prohibiría la atrocidad de una mentira semejante.

—Guccio me comprenderá, me perdonará. Creerá que todo ha pasado contra mi voluntad; y me ayudará a llevar esta carga. Guccio no dirá nada, señora. ¡Puedo jurarlo por él y por mí!

—Sólo se puede jurar por uno mismo, hija mía. Además, es un lombardo. Sería incapaz de callar, querría sacar provecho del secreto.

—¡Señora, lo estáis insultando!

—No, no lo insulto, amiga mía; conozco el mundo. Habéis jurado no hablar ni siquiera en confesión. Es al rey de Francia al que tenéis bajo vuestra custodia; y vuestro juramento os será levantado a su debido tiempo.

—¡Por favor, señora, llevaos al rey y dejadme en libertad!

—No soy... yo quien lo ha entregado, sino la voluntad de Dios. ¡Tenéis un depósito sagrado!

¿Hubierais traicionado a nuestro Señor Jesucristo si os hubieran encargado de su custodia durante la matanza de los Inocentes?... Este niño debe vivir. Es necesario que mi esposo os tenga a los dos bajo su vigilancia, que sepa en todo momento dónde

encontraros, y que no os marchéis a Aviñón, como parece que se proyecta.

—Conseguiré de Guccio que nos instalemos donde queráis; os aseguro que no hablará.

—¡No hablará, porque no lo volveréis a ver!

La lucha, entrecortada sólo por la lactancia del pequeño rey, duró toda la tarde. Las dos mujeres se batían como fieras caídas en una trampa. Pero la pequeña señora de Bouville tenía las uñas y los dientes más afilados.

—Entonces, ¿qué pensáis hacer conmigo? ¿Vais a encerrarme aquí para toda la vida? —gimió María.

«Eso querría yo —pensaba la señora de Bouville—; pero el otro va a llegar con la carta del papa...»

—¿Y si vuestra familia consintiera en acogeros? —propuso—. Creo que messire Hugo conseguiría convencer a vuestros hermanos.

Volver a Cressay, vivir con la hostilidad de la familia y en compañía de un hijo que sería considerado como fruto del pecado, siendo como era el más digno de honor entre todos los niños de Francia... Renunciar a todo, callar, envejecer no pudiendo hacer otra cosa que contemplar la monstruosa fatalidad y el desesperante fracaso de un amor que no hubiera debido alterarse por nada. ¡Cuántas ilusiones perdidas!

María se encolerizó; volvió a encontrar la fuerza que la había lanzado en contra de la ley y de su familia en brazos del hombre elegido. De repente, se negó a aceptar.

—¡Volveré a ver a Guccio, seré suya, viviré con él! —exclamó.

La señora de Bouville tamborileó lentamente en el brazo de su asiento.

—No volveréis a verlo —respondió—, porque si se acerca a este convento, o a cualquier otro lugar en que podamos encerraros, y os habla aunque sólo sea un momento, nunca más volverá a hacerlo. Ya sabéis que mi esposo es hombre enérgico y temible cuando se trata de la salvaguardia del rey. Si tanto deseáis ver a Guccio, lo veréis; pero con un puñal clavado en la espalda.

María se desplomó.

—Ya es bastante con el niño, para que matéis también al padre —murmuró.

—El rey sólo os tiene a vos —dijo la señora de Bouville.

—No creía que en la corte de Francia valiera tan poco la vida de la gente. ¡Hermosa corte, respetada en el reino! Tengo que deciros, señora, que os odio.

—Sois injusta, María. Mi tarea es pesada y yo os defiendo contra vos misma. Escribiréis lo que os voy a dictar.

Vencida, desamparada, ardiéndole las sienes y enrojecidos los ojos por el llanto, trazó María penosamente las frases que jamás hubiera creído poder escribir. La carta sería llevada a casa de Tolomei, para que éste la entregara a su sobrino.

María declaraba sentir gran vergüenza y horror por el pecado que había cometido; quería consagrarse al hijo de ese pecado, no volver a caer en los extravíos de la carne,

y despreciaba a quien la había seducido. Prohibía a Guccio que fuera a buscarla, donde quiera que ella se hallara.

Para terminar, quiso añadir: «Os juro que no tendré en mi vida otro hombre que vos, ni daré a nadie más mi fe.» La señora de Bouville se negó.

—No ha de suponer que lo seguís queriendo. Vamos, firmad y dadme la carta.

María ni siquiera vio salir a la pequeña mujer.

«¡Me odiará, me despreciará, y nunca sabrá que lo he hecho para salvarlo!», pensó al oír cerrar la puerta del convento.

VIII.- Partidas

A la mañana siguiente produjo gran efecto la llegada a la mansión de Cressay de un jinete con la flor de lis bordada en la manga izquierda y las armas reales en el cuello de la casaca. Lo trataron de «monseñor», y los hermanos Cressay, por un breve billete que requería urgentemente su presencia en Vincennes, creyeron que iban a darles el mando de alguna capitanía o que los habían nombrado senescales.

—No es de extrañar —dijo la señora Eliabel—; al fin se han acordado de nuestros méritos y de los servicios que hemos prestado al reino desde hace doscientos años. ¡Este nuevo rey parece que sabe dónde encontrar hombres valerosos! Vamos, hijos míos; poneos vuestras mejores galas, y cabalgad de prisa. Hay un poco de justicia en el mundo, y ello nos consolará de la vergüenza que nos ha traído vuestra hermana.

Estaba mal recuperada de su enfermedad del verano. Se sentía torpe, había perdido la actividad de antaño, y sólo se mostraba autoritaria importunando a la sirvienta. Había dejado a sus hijos la dirección de su pequeña hacienda, pero no por eso iba mejor.

Los dos hermanos se pusieron, pues, en camino, llenos de ambiciosas esperanzas. El caballo de Pedro tenía tanto huélfago al llegar a Vincennes que se podía pensar que éste sería su último viaje.

—Tengo que hablaros de cosas graves, mis jóvenes sires —les dijo Bouville al recibirlos.

Y les ofreció vino con especias y almendras garrapiñadas.

Los dos muchachos se sentaron en el borde del asiento, como bobos lugareños, y apenas se atrevían a llevarse a los labios los vasos de plata.

—¡Ah! Ahora pasa la reina —dijo Bouville—. Aprovecha un momento de sol para tomar un poco el aire.

Los dos hermanos, latiéndoles fuertemente el corazón, alargaron el cuello para distinguir, a través de las verdosas vidrieras, una forma blanca, cubierta con una gran capa, que caminaba lentamente, escoltada por varios servidores. Luego se miraron, moviendo la cabeza. ¡Habían visto a la reina!

—De vuestra hermana os quiero hablar —prosiguió Bouville—. ¿Estaríais dispuestos a acogerla?

En primer lugar, habéis de saber que ha amamantado al hijo de la reina.

Y les explicó, lo más brevemente posible, lo que era indispensable que supieran.

—¡Ah! Tengo que daros también una buena noticia —continuó—. No quiere volver a ver a aquel italiano que la embarazó. Ha reconocido su falta, y que una joven de sangre noble no puede rebajarse a ser la mujer de un lombardo, por muy apuesto que sea. Porque hay que reconocer que es un galán muy agradable y de inteligencia despierta...

—Pero al fin y al cabo no es más que un lombardo —cortó la señora de Bouville, que esta vez asistía a la entrevista—; un hombre sin conciencia y sin fe; bien lo ha demostrado.

Bouville bajó la cabeza.

«¡También a ti, mi amigo Guccio, mi gentil compañero de viaje, tengo que traicionarte! ¿He de acabar mis días renegando de todos los que me han dado pruebas de amistad?», pensaba. Se calló y dejó que su mujer llevara la voz cantante.

Los dos hermanos estaban un poco despechados, sobre todo el mayor. Esperaban algo maravilloso, y sólo se trataba de su hermana. ¿Es que no les iba a ocurrir nada en su vida como no fuera a través de ella? Casi le tenían celos. ¡Nodrizza del rey! ¡Y personajes tan elevados como un gran chambelán interesándose por su suerte! ¿Quién lo hubiera podido imaginar?

El parloteo de la señora de Bouville no les dejaba tiempo para reflexionar.

—Es deber del cristiano —decía la señora de Bouville— ayudar al pecador en su arrepentimiento.

Comportaos como buenos gentileshombres. ¡Quién sabe si la divina voluntad no dispuso que vuestra hermana diera a luz en este preciso momento, aunque el resultado no fuera feliz, ya que ha muerto el pequeño rey! Pero, en fin, ella aportó su ayuda.

La reina Clemencia, para testimoniar su reconocimiento, concedería al hijo de la nodrizza una renta de cincuenta libras anuales. Además le entregaría ahora, como regalo, la suma de trescientas libras de oro. Esta cantidad estaba allí, en una gran bolsa bordada.

Los dos hermanos no supieron ocultar su emoción. Era la fortuna que les caía del cielo, el medio de hacer arreglar el muro que circundaba su destartalada mansión, la seguridad de una mesa bien provista todo el año, la perspectiva, en fin, de comprarse armaduras y de equipar a algunos de sus siervos como escuderos, con el fin de poderse presentar convenientemente en las levadas de las mesnadas. Se hablaría de ellos en los campos de batalla.

—Entendedme bien —precisó la señora de Bouville—; estas sumas se donan al niño. Si es maltratado o le ocurre alguna desgracia, la renta, naturalmente, será suprimida. Porque el haber sido hermano de leche del rey le confiere una distinción que debéis respetar.

—Desde luego, desde luego, acepto... Puesto que María se ha arrepentido —dijo con énfasis el hermano barbudo—, y ya que nos solicitan su perdón tan altos personajes como vos, messire, señora... debemos abrirle los brazos. La protección que le dispensa la reina borra su pecado, y si en adelante cualquiera, sea noble o villano, intenta reírse de ella delante de mí, lo degüello.

—¿Y nuestra madre? —preguntó el menor.

—Estoy seguro de que la convenceré —respondió Juan—, desde la muerte de nuestro padre yo soy el jefe de la familia; no hay que olvidarlo.

—Vais a jurar sobre el Evangelio —prosiguió la señora de Bouville— que no prestaréis oídos a lo que vuestra hermana pueda contaros, ni lo divulgaréis, sobre lo que haya visto durante su estancia aquí, ya que son asuntos de la corona que han de permanecer secretos. Por otra parte, ella no ha visto nada. Ha dado de mamar, y basta. Pero vuestra hermana es un poco extravagante y le gusta contar fábulas. ¡Bien lo sabéis...! Hugo, ve a buscar el Evangelio.

El libro sagrado por un lado, la bolsa de oro por otro, y la reina paseando por el jardín... Los hermanos Cressay juraron callar todas las cosas relativas a la muerte del rey Juan I, vigilar, criar y proteger al niño de su hermana, así como impedir que se le acercara el hombre que la había seducido.

—¡Lo juramos de todo corazón! ¡Que aparezca por nuestra casa! —exclamó el mayor.

El pequeño mostraba menos convicción en la ingratitud. No podía dejar de pensar: «De todas formas, si no es por Guccio...»

—Por otra parte, nos informaremos, para saber si sois fieles a vuestro juramento —dijo la señora de Bouville.

Se ofreció a acompañar inmediatamente a los dos hermanos al convento de las Clarisas.

—Es molestaros demasiado, señora —dijo Juan de Cressay—; iremos solos.

—No, no, es necesario que vaya yo. Sin orden mía, la madre abadesa no dejaría salir a María.

La cara del barbudo se ensombreció. Reflexionaba.

—¿Qué os ocurre? —preguntó la señora de Bouville—. ¿Veis alguna dificultad?

—Es que... antes quisiera comprar una mula para nuestra hermana.

Cuando María estaba encinta, la había hecho viajar a la grupa desde Neauphle a París; pero ahora que los enriquecía, quería que su vuelta se efectuara con dignidad. La mula de la que se servía la señora Eliabel había muerto el mes anterior.

—Eso no tiene importancia —dijo la señora de Bouville—; os daremos una. Hugo, haz ensillar una mula.

Bouville acompañó a su mujer y a los hermanos Cressay hasta el puente levadizo.

«Quisiera morir para dejar de mentir y temer», pensaba el pobre hombre, pálido y tembloroso, mientras miraba el bosque marchito.

«¡París, al fin París!», se decía Guccio Baglioni al pasar por la puerta de Saint-Jacques.

París parecía taciturno y frío, como siempre ocurría después de las fiestas de Año Nuevo; el ritmo de la vida parecía haberse detenido, y mucho más aquel enero, debido a la partida de la corte.

Pero el joven viajero que regresaba después de seis meses de ausencia, no veía la niebla que lamía los tejados, ni los pocos transeúntes ateridos de frío; para él la ciudad estaba llena de sol y esperanza, porque aquel «¡ al fin París!» que se repetía como si fuera la más alegre canción del mundo, quería decir:

«¡Al fin voy a reunirme con María!»

Guccio llevaba pelliza forrada de pieles y una capa de lluvia de pelo de camello; en la cintura sentía el peso de una bolsa de «cul-de-vilain²³ » llena de buenas libras acuñadas por el papa; se tocaba con un elegante sombrero de fieltro rojo echado hacia atrás, y puntiagudo encima de la frente. No podía pedirse más elegancia para gustar. Tampoco se podían sentir mayores deseos de vivir que los que él experimentaba.

Descabalgó en el patio de la calle de los Lombardos, y, tirando hacia adelante la pierna que continuaba un poco rígida desde el accidente de Marsella, corrió a echarse en brazos de Tolomei.

—¡Mi querido, mi buen tío! ¿Habéis visto a mi hijo? ¿Cómo está? Y María, ¿cómo ha soportado el parto? ¿Qué os ha dicho? ¿Cuándo me espera?

Tolomei, sin decir una palabra, le tendió la carta de María de Cressay. Guccio la leyó dos, tres veces... En la frase: «Sabed que siento gran aversión por mi pecado y que no quiero volver a ver a quien es causa de mi vergüenza. Quiero redimirme de esta deshonra. ...», exclamó:

—¡No es verdad, esto no es posible! ¡Ella no ha podido escribir esto!

—¿No es su letra? —preguntó Tolomei.

—Sí.

El banquero puso la mano en el hombro de su sobrino.

—De haber podido, te lo hubiera advertido a tiempo —dijo—; pero recibí esta carta anteayer, después de ver a Bouville...

Guccio, con la mirada ardiente y fija, los dientes apretados, no le escuchaba. Pidió la dirección del convento.

—¿El barrio de Saint-Marcel? ¡Allá voy!

Pidió su caballo, al que apenas habían terminado de desensillar; volvió a atravesar la ciudad sin ver, y llamó a la puerta de las Clarisas. Le dijeron que la joven de Cressay había partido la víspera, en compañía de dos gentileshombres, uno de los cuales llevaba barba. Por más que mostró la carta del papa, que echó pestes y escandalizó, no pudo obtener nada más.

—¡La abadesa! ¡Quiero ver a la madre abadesa! —gritaba.

—Los hombres no pueden entrar en la clausura.

Acabaron por amenazarlo con ir a buscar a la ronda.

Desalentado, pálido, demudado el semblante, volvió Guccio a la calle de los Lombardos.

—¡Se la han llevado sus hermanos, los bribones de sus hermanos! —dijo a

Tolomei—. ¡Ah! ¡He estado fuera demasiado tiempo! ¡La fe que me juró no ha durado seis meses! Las damas de la nobleza, según dicen, aguardan diez años a que su caballero regrese de la Cruzada. ¡Pero a un lombardo no se le espera! Porque es eso, tío mío, y no otra cosa. ¡Repasad los términos de su carta!

No hay más que desprecio e insultos. Podían haberla obligado a no verme más, pero no a abofetearme de ese modo... ¡En fin, tío mío! Tenemos una fortuna de decenas de miles de florines; los más altos barones vienen a implorarnos que les paguemos sus deudas; el mismo papa me ha tenido como consejero y confidente durante el cónclave, ¡y esos andrajosos del campo me escupen en la frente desde lo alto de su destartado castillo, que se vendría abajo de un empujón! Basta que se le presenten esos dos sarnosos para que su hermana reniegue de mí. ¡Qué engañado vive quien cree que una hija no es de la misma pasta que sus padres!

El pesar de Guccio se estaba convirtiendo rápidamente en cólera, y su resentido orgullo le ayudaba para no caer en la desesperación. Había terminado de amar, pero no de sufrir.

—No lo comprendo —decía, desolado, Tolomei—. Parecía tan enamorada, tan feliz al estar conmigo... Nunca lo hubiera creído... Ahora veo por qué Bouville parecía tan turbado el otro día.

Seguramente sabía algo. Y sin embargo, las cartas que recibí de ella... No lo comprendo. ¿Quieres que vaya a ver de nuevo a Bouville?

—¡No quiero nada, no quiero nada más! —gritó Guccio—. Ya he importunado bastante a los grandes de la tierra por culpa de esa mentirosa perra. Hasta al mismo papa, a quien solicité protección para ella... ¿Enamorada, dices? A ti te hacía carantoñas cuando se creía rechazada por los suyos y no veía más ayuda que la nuestra. Y estábamos bien casados. Porque no le faltó tiempo para entregarse, pero no sin recibir antes la bendición del sacerdote. Has dicho que estuvo cinco días junto a la reina Clemencia, sirviendo de nodriza. Se le han debido de subir los humos a la cabeza. También yo estuve junto a la reina, y la ayudé de otra manera. La salvé en medio de una tempestad...

No coordinaba las ideas; divagaba furioso y, caminando por la estancia, había recorrido ya su buen cuarto de legua.

—Tal vez si fuera a hablar con la reina...

—¡Ni con la reina, ni con nadie! Que se vuelva a su fangosa aldea, donde te hundes en el estiércol hasta los tobillos. ¡Sin duda le han encontrado un marido, un buen marido a semejanza de sus andrajosos hermanos! ¡Algún caballero velludo y maloliente que le dará otros hijos!... ¡Vendría ahora a arrodillarse a mis pies, y no querría yo saber nada de ella; óyelo bien: no querría saber nada de ella!

—Creo que si viniera, hablarías de otro modo —dijo suavemente Tolomei.

Guccio empalideció y se tapó los ojos con la palma de la mano. «María, mi

hermosa María...» La veía en la habitación de Neauphle; la veía muy cerca; distinguía la luminosidad de sus ojos azules. ¿Cómo habían podido aquellos ojos disimular semejante traición?

—Voy a partir, tío mío.

—¿A dónde? ¿Vuelves a Aviñón?

—¡Buen papel haría allí! Anuncié a todos que volvería con mi esposa, a la que adorné con todas las virtudes. El Padre Santo sería el primero que me preguntaría...

—Boccacio me dijo el otro día que los Peruzzi pensaban arrendar el cobro de los impuestos de la senescalía de Carcasona.

—¡No! Ni Carcasona, ni Aviñón.

—Ni París, naturalmente... —dijo Tolomei, apesadumbrado.

Llega a todo hombre, por egoísta que haya sido, un momento, al atardecer de su vida, en que se siente cansado de trabajar únicamente para sí mismo. El banquero, después de haber esperado la presencia en su casa de una bonita sobrina para formar una familia feliz, veía de pronto desvanecerse sus esperanzas y dibujarse, en su lugar, la perspectiva de una larga vejez solitaria.

—Quiero marcharme —dijo Guccio— no quiero saber nada más de esta Francia que engorda a costa nuestra y nos desprecia porque somos italianos. ¿Qué he conseguido en Francia?, te pregunto. Una pierna rígida, cuatro meses de hospital, seis semanas en una iglesia, y para acabar... ¡esto! Ya debía haber comprendido que no me convenía este país. ¡Acuérdate! El día siguiente a mi llegada estuve a punto de hacer caer en la calle al rey Felipe el Hermoso. ¡No era un buen presagio!

Eso sin hablar de mis travesías por mar, en las que por dos veces casi no lo cuento, ni del tiempo que pasé, porque creía estar enamorado, en aquel sucio villorrio de Neauphle, cambiando moneda a los villanos.

—Al menos te quedan tus buenos recuerdos —dijo Tolomei.

—¡Bah! A mi edad no se necesitan recuerdos. Quiero volver a mi Siena, donde no faltan hermosas muchachas, las más bellas del mundo, según me dicen cada vez que declaro que soy sienés. En todo caso, menos bribonas que las de aquí. Mi padre me envió a tu lado para que aprendiera; creo que he aprendido bastante.

Tolomei abrió su ojo izquierdo; veía borroso de aquel lado.

—Tal vez tengas razón —dijo—. La pena se te pasará antes, si estás lejos; pero no te lamente de nada, Guccio; no has hecho mal aprendizaje: vivir, recorrer los caminos, conocer las miserias del pueblo y descubrir las debilidades de los grandes. Te has acercado a las cuatro cortes que dominan a Europa: las de París, Londres, Nápoles y Aviñón. ¡No mucha gente ha tenido ocasión de estar encerrado en el interior de un cónclave! Te has iniciado en los negocios, y tendrás tu parte, lo que supone una bonita suma. El amor te ha hecho cometer algunas tonterías, y como todos los que han viajado mucho, dejas un bastardo en el camino. Y sólo tienes veinte

años. ¿Cuándo quieres partir?

—Mañana, tío Spinello, mañana, si os parece bien... ¡Pero volveré! —agregó Guccio con tono rabioso.

—¡Claro! ¡Así lo espero, hijo mío! ¡Espero que no dejarás morir a tu viejo tío sin volverlo a ver!

—Un día regresaré, y me llevaré a mi hijo. Porque, después de todo, es tan mio como de los Cressay. ¿Por qué voy a dejárselo? ¿Para que lo eduquen en su cuadra, como a un perro de mala raza? Se lo quitaré, óyelo, y eso será el castigo de María. Ya sabes lo que se dice en nuestro país: venganza de toscano.

Un gran alboroto proveniente del piso bajo le cortó la palabra. La casa, de vigas de madera, temblaba desde sus cimientos, como si hubiera penetrado en el patio una docena de carromatos.

Las puertas vibraban.

Tío y sobrino se dirigieron a la escalera de caracol llena de un ruido como de carga. Tronó una voz.

—¡Banquero! ¿Dónde estás, banquero? ¡Necesito dinero!

Y monseñor Roberto de Artois apareció en los escalones.

—¡Mírame bien, amigo banquero, acabo de salir de prisión! —exclamó—. ¿No lo crees? Mi dulce, mi meloso, mi tuerto primo... el rey quiero decir, porque parece que lo es..., se ha acordado por fin de que me pudría en el calabozo donde me había metido, y me ha sacado de nuevo al aire libre. ¡Qué amable muchacho!

—Sed bien venido, monseñor —dijo Tolomei sin entusiasmo alguno.

Y se inclinó por encima de la escalera, dudando todavía de que tal huracán pudiera ser producido por un solo hombre.

Bajando la cabeza para no dar con el dintel de la puerta, el de Artois entró en el gabinete del banquero y se fue directo a un espejo.

—¡Vaya cara de muerto! —dijo tocándose las mejillas con ambas manos—. Hay que confesár que uno se debilita. Siete semanas, imagínate, viendo la luz sólo a través de una lumbrera cruzada por gruesos hierros. Dos veces al día un bodrio que, incluso antes de comerlo, ya daba cólico. Por suerte, mi Lormet me hacía pasar buenos platos de su estilo; de lo contrario, no viviría a estas horas.

Y el dormir no era mejor que la pitanza. Por consideración a mi sangre real, me concedieron una cama. ¡Pero tuve que romper la madera para poder estirar los pies! Paciencia; todo le será tenido en cuenta a mi querido primo.

La verdad era que Roberto no había adelgazado una onza, y que la reclusión había debilitado bien poco su fuerte naturaleza. Si su color era menos vivo, por lo contrario sus ojos grises, color de pedernal, brillaban con mayor malignidad que antes.

—¡Hermosa libertad me han regalado! «Quedáis libre, monseñor —continuó el gigante, remedando al capitán del Châtelet—. Pero... pero no os podéis alejar más de

veinte leguas de París, pero la guardia del rey debe conocer vuestra residencia, pero la capitania de Evreux ha de ser advertida si vais a vuestras tierras.» Dicho de otro modo: «Quédate aquí, Roberto, pateando por las calles bajo la mirada de la ronda, o bien vete a enmohecer a Conches. ¡Pero no pongas los pies en el Artois ni en Reims! ¡Sobre todo no queremos verte en la consagración! ¡Podrías entonar algún salmo que no gustaría a todos los oídos!» Ha elegido bien el día para soltarme; ni demasiado pronto, ni demasiado tarde. Se ha marchado toda la corte; nadie en palacio, nadie en casa de Valois... ¡Mi primo me ha dejado bien abandonado! Y aquí me tenéis, en una ciudad muerta, sin un ochavo en la bolsa para cenar esta noche y encontrar una muchacha con quien emplear mi carácter amoroso.

Porque son siete semanas, ¡comprendes, banquero...! No, tú no puedes comprender; eso ha dejado de preocuparte. He hecho demasiado el bellaco en el Artois para resignarme ahora a estar en calma durante tanto tiempo; y se está incubando allá abajo un gran número de críos que nunca sabrán que descienden de Felipe Augusto. He comprobado una cosa bien rara, que esas ratas de doctores y filósofos deberían meditar: ¿por qué hay un miembro en el hombre que cuanto más trabajo se le da, más quiere?

Soltó una carcajada, haciendo crujir el asiento de encina en el que se había acomodado, y de repente, pareció darse cuenta de la presencia de Guccio.

—Y a vos, amiguito, ¿cómo os van vuestros amores? —preguntó; lo que en su boca era igual que decirle a uno «buenos días».

—¡Mis amores! ¡Para qué hablar, monseñor! —respondió Guccio, descontento de aquella violencia más ruidosa que interrumpía la suya.

Tolomei quiso indicar con una mueca al conde de Artois que el tema no era el más a propósito.

—¿Pues qué? —exclamó el de Artois con su acostumbrada delicadeza—. ¿Os ha abandonado una hermosa? ¡Dadme en seguida su dirección para correr hacia ella! ¡Vamos, no pongáis esa cara!

Todas las mujeres son rameras.

—Cierto, monseñor. ¡Todas!

—¡Entonces!... Divirtámonos al menos con las que no lo ocultan. Necesito dinero, banquero.

Cien libras. Y me llevo a cenar a tu sobrino para quitarle de la cabeza esas sombrías ideas. ¡Cien libras!... Sí, ya sé, ya sé que os debo mucho y decís que nunca os pagaré. Estáis equivocado.

Dentro de poco, veréis a Roberto de Artois más poderoso que nunca. Felipe puede encasquetarse la corona hasta la nariz; no tardaré en hacérsela saltar. Porque te voy a decir una cosa que vale más de cien libras, y que servirá de garantía a lo que me prestes... ¿Cómo se castiga el regicidio?

¿Horca, degüello, descuartizamiento? Pronto asistiréis a un agradable espectáculo: mi gorda tía Mahaut, en cueros como una ramera, descuartizada por cuatro caballos y con sus villanas tripas mezcladas con el polvo. ¡Y el animal de su yerno le hará compañía! Es lástima que no se les pueda dar suplicio dos veces. Porque los muy perversos han matado a dos. Durante mi estancia en el Châtelet no he querido decir nada, para evitar que una buena noche vinieran a sangrarme como a un cerdo. Sin embargo, he estado al corriente de todo. Lormet... siempre Lormet. ¡Ah, qué buen muchacho!... Escuchadme.

Después de siete semanas de obligado mutismo, el terrible charlatán se desquitaba, y sólo se detenía para tomar aliento y poder seguir hablando.

—Escuchadme bien —prosiguió—. Primero: Luis confisca a Mahaut sus posesiones de Artois, donde se encolerizan mis partidarios; en seguida Mahaut lo hace envenenar. Segundo: Mahaut, para cubrirse, empuja a Felipe a la regencia en contra de Valois, que hubiera apoyado mis derechos.

Tercero: Felipe hace aceptar su reglamento de sucesión, que excluye a las mujeres de la corona de Francia, pero no de la herencia de los feudos, fijaos bien. Cuarto: una vez confirmado como regente, Felipe puede levantar un ejército para desalojarme del Artois, que estaba a punto de volver a mis manos por entero. Como no estoy loco, decido entregarme yo solo. Pero la reina Clemencia va a dar a luz; quiere tener las manos libres, y me encarcela. Quinto: la reina alumbró un hijo. ¡Minucias!

Cierra a Vincennes, oculta el niño a los barones, les dice que no puede durar, se pone de acuerdo con una comadrona o nodriza a la que asusta o soborna, y mata al segundo rey. Después de esto, va a hacerse consagrar a Reims. Así es, amigos míos, como se obtiene una corona. Todo ello por no devolverme un condado.

Al oír la palabra «nodriza», Tolomei y Guccio cambiaron una rápida mirada de inquietud.

—Son cosas que sospecha todo el mundo —concluyó el de Artois—; pero que, al no haber pruebas, nadie se atreve a proclamar. ¡Solamente yo tengo pruebas! Traeré a una cierta dama que proporcionó el veneno. Y luego habrá que hacer cantar un poco, con los instrumentos de hierro, a esa Beatriz de Hirson, que ha hecho de alcahueta del diablo en ese bonito juego. Es hora de que le pongamos fin, si no, nos matarán a todos.

—Cincuenta libras, monseñor; puedo entregaros cincuenta libras.

—¡Avaro!

—Eso es todo lo que tengo.

—Sea. Me debes, pues, otras cincuenta. Mahaut te pagará todo con intereses.

—Guccio —dijo Tolomei—, ven a ayudarme a contar las cincuenta libras para monseñor.

Y se retiró con su sobrino a una pieza contigua.

—Tío mío —murmuró Guccio—, ¿creéis que es verdad lo que acaba de decir?

—No lo sé, hijo mío, no lo sé; pero me parece que haces bien en marcharte. Nada bueno puede resultar de andar metido en un asunto que huele tan mal. La extraña reacción de Bouville, la repentina fuga de María... No se puede, desde luego, hacer caso de todos los denuestos de ese alocado, pero con frecuencia me he dado cuenta de que, cuando habla de fechorías, como es un maestro en ellas, las huele de lejos. Recuerda el adulterio de las princesas; es él quien lo descubrió, y nos lo había anunciado. Tu María... —dijo el banquero, moviendo su gordezuela mano con gesto de duda— tal vez es menos inocente y sincera de lo que habíamos creído. Ciertamente, hay un misterio en todo esto.

—Después de su traicionera carta, se puede creer todo —dijo Guccio, cuyo pensamiento divagaba.

—No creas nada, no busques nada. Márchate. Es un buen consejo.

Cuando monseñor de Artois recibió las cincuenta libras, se empeñó en que Guccio compartiera con él la pequeña fiesta que iba a ofrecerse para celebrar su liberación. Necesitaba un compañero; se hubiera emborrachado con su caballo antes que quedarse solo.

Tanto insistió que Tolomei acabó por susurrarle a su sobrino:

—Ve; si no, se va a molestar. Pero no dejes suelta la lengua.

Guccio terminó su desesperada jornada en una taberna cuyo dueño pagaba a los oficiales de la ronda para que pasaran por alto sus tapujos de burdel. Por otra parte, de todo lo que se decía allí se informaba a la guardia.

Monseñor de Artois estaba de inmejorable humor; insaciable en la bebida, prodigioso de apetito, alborotador, indecente y desbordante de afecto hacia su joven compañero, levantaba las faldas de las muchachas para mostrar a todos el verdadero rostro de su tía Mahaut.

Guccio, con ganas de emularlo, no resistió mucho tiempo el vino. Con los ojos brillantes, los cabellos en desorden y el gesto indeciso, gritó:

—También yo sé cosas... ¡Ah, si quisiera hablar!

—¡Habla, habla, pues!

A Guccio le quedaba un poco de prudencia en medio de su embriaguez.

—El papa... —dijo—. Sé mucho sobre el papa.

De pronto se echó a llorar de manera incontenible sobre el hombro de una ramera; a la que luego abofeteó porque veía en ella la imagen de la traición femenina.

—¡Pero volveré... y me lo llevaré!

—¿A quién? ¿Al papa?

—¡No, al niño!

La velada iba alborotándose, la vista se nublaba, y las muchachas proporcionadas por el tabernero estaban ya casi sin ropa, cuando Lormet se acercó a Roberto de

Artois y le dijo al oído:

—Fuera hay un hombre que nos espía.

—¡Mátalo! —respondió negligentemente el gigante.

—Bien, monseñor.

De esta manera la señora de Bouville perdió uno de sus criados, que había enviado a seguir los pasos del joven italiano. Guccio no sabría nunca que el sacrificio de María le había evitado probablemente acabar panza arriba en las aguas del Sena.

Encenagado en un lecho dudoso, sobre los senos de la muchacha a la que había abofeteado, y que se mostraba compasiva ante la pena del joven, Guccio continuó insultando a María y creyó vengarse de ella maltratando un cuerpo mercenario.

—Tienes razón. Tampoco yo creo en las mujeres; todas son unas embusteras —decía la ramera, de cuyos rasgos Guccio no se volvería a acordar.

Al día siguiente, con el sombrero hundido hasta los ojos, cansado, asqueado de cuerpo y alma, emprendía Guccio el camino de Italia. Llevaba una bonita fortuna en forma de letra de cambio firmada por su tío, que representaba sus beneficios en los asuntos que había atendido durante dos años.

El mismo día, el rey Felipe V, su mujer Juana y la condesa Mahaut, con toda la servidumbre, llegaban a Reims.

Las puertas de la mansión de Cressay se habían cerrado ya tras la hermosa María, que viviría allí, inconsolable, un eterno invierno.

El verdadero rey de Francia iba a crecer allá como un bastardillo. Daría sus primeros pasos en el fangoso patio, entre patos; iría a tumbarse en la pradera de lirios amarillos, a lo largo del Mauldre; en aquella pradera donde María, cada vez que pasara, reviviría sus fugaces y trágicos amores. Ella mantendría su juramento, todos sus juramentos, hacia Guccio y hacia el reino; guardaría su secreto, todos sus secretos hasta el lecho de muerte. Su confesión, un día, conmovería a Europa.

IX.- La víspera de la consagración

Las puertas de Reims, coronadas con los blasones reales, habían sido pintadas de nuevo.

Las calles estaban engalanadas con llamativas colgaduras, tapices y sedas, las mismas que habían servido dieciocho meses antes para la consagración de Luis X. Junto al palacio arzobispal acababan de instalar a toda prisa tres grandes salas de carpintería: una para comedor del rey, otra para el de la reina, y la tercera para los altos cargos, con el fin de agasajar a toda la corte.

Los burgueses de Reims, que estaban obligados a los gastos de la consagración, encontraban la carga un poco pesada.

—Si se les ocurre a los reyes morir tan deprisa —decían— pronto comeremos sólo una vez al año, y para eso aún tendremos que vendernos la camisa. ¡Caro nos está costando que Clovis se hiciera bautizar aquí, y que Hugo Capeto escogiera este sitio para recibir la corona! Si cualquier ciudad del reino nos quiere comprar la ampolla sagrada, en seguida haremos trato.

Al problema financiero se añadía la dificultad de reunir, en pleno invierno, el costoso avituallamiento requerido para tantas bocas. Los burgueses tenían que agenciarse ochenta y dos bueyes, doscientos cuarenta carneros, cuatrocientos veinticinco terneros, setenta y ocho cerdos, ochocientos conejos y liebres, ochocientos capones, mil ochocientos veinte gansos, más de diez mil gallinas y cuarenta mil huevos; sin hablar de los barriles de esturiones que habían de traer de Malinas, de los cuatro mil cangrejos pescados en agua fría, de los salmones, lucios, pencas, bremsas, percas y carpas y de las tres mil quinientas anguilas destinadas a la elaboración de quinientos pasteles. Se disponía de dos mil quesos y se esperaba que trescientos toneles de vino, que afortunadamente se cosechaba en el país, bastarían para calmar la sed de tantos gatzates resecos, que iban a banquetearse allí durante tres días o más.

Los chambelanes, que habían llegado con anticipación para organizar los festejos, tenían peregrinas exigencias. ¿No habían decidido que se presentaran en un solo servicio trescientas garzas asadas? Aquellos oficiales se parecían mucho a su dueño, a aquel rey impaciente que ordenaba la celebración de su consagración una semana antes, como si se tratara de una misa de dos ochavos a la intención de una pierna rota.

Hacía días que los pasteleros estaban dedicados a montar sus castillos de pastel de almendra pintados con los colores de Francia.

¡Y la mostaza! ¡No se había recibido la mostaza! Hacían falta treinta y un sextarios. Además los invitados no iban a comer en la mano. Había sido una equivocación vender a bajo precio las cincuenta mil escudillas de madera de la consagración anterior; hubiera sido mejor lavarlas y guardarlas. Los cuatro mil

cántaros habían sido rotos o robados. Las lenceras repulgaban a toda prisa dos mil setecientas anas de manteles, y se podía calcular el gasto total en cerca de diez mil libras.

A decir verdad, los habitantes de Reims no perderían nada, ya que la consagración atraía a gran número de mercaderes lombardos y judíos que pagarían un impuesto sobre sus ventas.

La coronación, como todas las ceremonias reales, se desarrollaba en un ambiente de verbena. En esos días se ofrecía al pueblo un ininterrumpido espectáculo, y acudía mucha gente de lugares distantes a presenciarlo. Las mujeres se ponían vestidos nuevos y las elegantes exhibían su joyería; bordados, ricas telas y pieles se vendían con toda facilidad. Los listos hacían fortuna y los tenderos que se daban un poco de prisa en servir a la clientela podían conseguir en una semana los beneficios de cinco años.

El nuevo rey se alojaba en el palacio arzobispal, ante el que estaba permanentemente estacionada la muchedumbre para ver aparecer a los soberanos o para embelesarse ante el carruaje de la reina, un carruaje tapizado de escarlata roja.

La reina Juana, rodeada de las damas de su séquito, presidía, con emoción de mujer feliz, el acto de desembalar los doce baúles y cuatro cofres, más el de los zapatos y el de las especias. Sin duda alguna, su guardarropa era el más rico que jamás hubiera poseído una dama francesa. Le habían previsto un vestido para cada día, y casi para cada hora, de aquel viaje triunfal.

La reina hizo su solemne entrada en la ciudad con una capa de palio dorado forrada de armiño, mientras a lo largo de las calles se ofrecía a los reales esposos representaciones, misterios y otras diversiones. En la cena de la víspera de la consagración, que iba a tener lugar inmediatamente, la reina aparecería con un vestido de terciopelo violeta bordeado de marta cebellina. La mañana de la coronación luciría un vestido de paño dorado de Turquía, un manto escarlata y una cota roja; en la comida, un vestido bordado con las armas de Francia; y en la cena, otro de paño dorado y dos mantos diferentes de armiño.

Al día siguiente llevaría una «robe²⁴» de terciopelo verde, y luego otro de camocán azulado, con esclavina de petigrís. Nunca se presentaría en público con la misma vestimenta ni con las mismas joyas.

Estas maravillas estaban expuestas en un aposento cuya decoración había sido igualmente traída de París: tapices de seda blanca bordados con mil trescientos veintiún papagayos de oro, y en el centro, las grandes armas de los condes de Borgoña con un león en campo de gules; el cielo del lecho, la colcha y los cojines estaban adornados con siete mil tréboles de plata. Cubrían el suelo alfombras con las armas de Francia y del condado de Borgoña.

Juana entró varias veces en la habitación de Felipe para que admirara la belleza

de una tela o la perfección del trabajo.

—¡Qué feliz me hacéis, mi querido, mi bien amado sire! —exclamaba.

Aunque era poco inclinada a las demostraciones efusivas, no podía impedir que se le humedecieran los ojos. Su suerte la deslumbraba, sobre todo cuando recordaba los días no muy lejanos pasados en prisión, en Dourdan. ¡Qué prodigioso cambio de fortuna en menos de año y medio! Pensaba en Margarita ya muerta y en su hermana Blanca de Borgoña, encerrada todavía en Château-Gaillard... «¡Con lo que le gusta el boato a la pobre Blanca!» pensaba, mientras se probaba una pretina de oro incrustada de rubíes y esmeraldas.

Felipe estaba preocupado, y el entusiasmo de su mujer más bien lo entristecía; estaba examinando las cuentas con su tesorero.

—Me alegro, amiga mía, de que os complazca todo esto —acabó por decir—. Ya veis, obro siguiendo el ejemplo de mi padre, quien, como vos sabéis, restringía mucho sus gastos personales pero no regateaba cuando se trataba de la majestad real. Exhibid bien esos hermosos vestidos, ya que son tanto para vos como para el pueblo que os los da con su trabajo; y llevadlos con cuidado, pues tardaréis en tener otros semejantes. Después de la consagración, será preciso restringir los gastos.

—Felipe —preguntó Juana— ¿no haréis nada en este día por mi hermana Blanca?

—Ya lo he hecho, ya lo he hecho. Ahora recibe trato de princesa a condición de que no salga de las murallas que la rodean. Es necesario que haya diferencia entre ella, que pecó, y vos, Juana, que fuisteis pura y acusada falsamente.

Pronunció estas últimas palabras dirigiendo a su mujer una mirada en que se adivinaba más la preocupación por el honor real que por la seguridad de su amor.

—Además —agregó—, en este momento no me resulta agradable pensar en su marido. Mi hermano se porta mal conmigo.

Juana comprendió que era inútil insistir y que no debía volver a mencionar este tema. Se retiró, y Felipe volvió al estudio de las largas hojas llenas de cifras que le presentaba Geoffroy de Fleury.

Los gastos no se limitaban a los atuendos del rey y de la reina. Ciertamente Felipe había recibido algunos regalos; así, Mahaut le había ofrecido el paño jaspeado para los vestidos de las princesitas y del pequeño Luis Felipe. Pero el rey había tenido que vestir de nuevo a sus cincuenta y cuatro sargentos de armas y a su jefe, Pedro de Galard, que lo era también de los ballesteros. Los chambelanes Adán Héron, Roberto de Gamaches y Guillermo de Seriz, habían recibido cada uno diez anas de paño de Douay para que se hicieran imponentes vestiduras. Los monteros Enrique de Moudon, Furant de la Fouville y Juan Malgeneste tuvieron un nuevo equipo, e igualmente todos los arqueros. Y como después de la consagración iban a ser armados veinte caballeros, tuvo que dar veinte vestiduras más. Estos presentes constituían las acostumbradas gratificaciones, y la tradición exigía también que el rey

regalase al relicario de Saint-Denis una flor de lis de oro constelada de esmeraldas y rubíes.

—¿Cuánto en total? —preguntó Felipe.

—Ocho mil quinientas cuarenta y ocho libras, trece sueldos y once dineros, sire —respondió el tesorero—. Tal vez podíamos pedir una contribución por vuestra jubilosa subida al trono.

—Mi ascensión al trono será más jubilosa si no impongo nuevas tasas. Haremos frente a ello de otra manera —dijo el rey.

En este momento anunciaron al conde de Valois. Felipe levantó las manos.

—He aquí lo que nos habíamos olvidado de incluir en las sumas. ¡Ya veréis, Geoffroy, ya veréis! Mi tío me va a costar más caro que diez consagraciones. Viene a obligarme a tomar una determinación. Dejadme a solas con él.

¡Ah!, ¡estaba espléndido monseñor de Valois! Bordado, galoneado, duplicado su volumen por las pieles que se extendían sobre un vestido recamado de piedras preciosas. Si los habitantes de Reims no hubieran sabido que el nuevo soberano era joven y delgado, habrían tomado a este señor por el mismo rey.

—Mi querido sobrino —comenzó—, estoy con pena... con gran pena por vos. Vuestro cuñado de Inglaterra no viene.

—Hace mucho tiempo, tío mío, que los reyes del otro lado de la Mancha no asisten a nuestras consagraciones —respondió Felipe.

—Cierto, pero se hacen representar por algún pariente o gran señor de la corte que ocupa su lugar de duque de Guyena. Sin embargo, Eduardo no ha enviado a nadie y con ello confirma que no os reconoce. El conde de Flandes, a quien creíais haber atraído con vuestro tratado de septiembre, tampoco está aquí, ni el duque de Bretaña.

—Lo sé, tío mío, lo sé.

—Y no hablemos del duque de Borgoña; sabemos que en contra vuestra. Por lo contrario, su madre, nuestra Agnés, acaba de llegar hace poco, y creo que no precisamente para prestaros su apoyo.

—Lo sé, tío mío, lo sé —repitió Felipe.

Esta imprevista aparición de la única hija de San Luis inquietaba a Felipe más de lo que aparentaba. En principio creyó que la duquesa Agnés venía a negociar. Pero ella no se daba prisa en definirse, y él estaba decidido a no dar el primer paso. «¡Si el pueblo que me aclama cuando aparezco ante él, supiera las hostilidades y amenazas que me rodean!...», decía.

—De los seis pares laicos que debían sostener mañana vuestra corona —continuó Valois—, no ha venido ninguno.

—Sí, tío mío; os olvidáis de la condesa de Artóis... y de vos mismo.

Valois se encogió de hombros violentamente.

—¡La condesa de Artois! —exclamó—. Una mujer sosteniendo la corona, cuando

vos mismo, Felipe, vos mismo habéis logrado vuestros derechos por la exclusión de las mujeres.

—Sostener la corona no es ceñírsela —dijo Felipe.

—Es necesario que Mahaut os haya ayudado a ser rey para que la elevéis de tal manera. Vais a hacer que la gente dé más crédito a las mentiras que circulan. No quiero revolver lo pasado; pero, en fin, Felipe, ¿no es Roberto quien debería figurar por el Artois?

Felipe fingió no prestar atención a las últimas palabras de su tío.

—De todas formas los pares eclesiásticos están ahí.

—Están, están... —dijo Valois moviendo sus anillos—. Por de pronto no son más que cinco de los seis. ¿Y qué creéis que van a hacer estos pares eclesiásticos cuando vean que por parte del reino se levanta una sola mano —¡y qué mano!— para coronaros?

—Tío mío, ¿no os contáis vos para nada?

Ahora le tocó a Valois pasar por alto la pregunta.

—Vuestro mismo hermano os muestra resquemor —dijo.

—Es que, sin duda —respondió Felipe suavemente—, Carlos no conoce, mi querido tío, nuestro mutuo buen acuerdo, y tal vez cree ayudaros sirviéndome mal... Pero tranquilizaos; ha anunciado que mañana estará presente.

—¿Por qué no le conferís en seguida la dignidad de par? Vuestro padre lo hizo conmigo, y vuestro hermano Luis con vos. Así me sentiría menos solo para apoyaros.

«O menos solo para traicionarme», pensó Felipe, que le espetó:

—¿Habéis venido a abogar por Roberto, por Carlos, o bien deseáis hablarme de vos mismo?

Valois hizo una pausa, se acomodó bien en el asiento y miró el diamante que brillaba en su índice.

«¿Cincuenta.., o cien mil? —se preguntaba Felipe—. Los otros no me importan; pero éste me es necesario, y él lo sabe. Si se niega y promueve escándalo, corro el peligro de tener que aplazar mi consagración.»

—Sobrino mio —dijo finalmente Valois—, ya veis que no he puesto mala cara, y he hecho grandes gastos en vestidos y todo lo demás para honraros. Pero al comprobar que los otros pares estarán ausentes, creo que debo retirarme. ¿Qué dirían si me vieran solo a vuestro lado?

Sencillamente, que me habíais comprado.

—Lo sentiré mucho, tío mío, lo sentiré mucho. Qué le vamos a hacer, no puedo obligaros a lo que no os place. Tal vez ha llegado el momento de renunciar a esa costumbre que obliga a los pares a levantar la mano junto a la corona...

—¡Sobrino mío! Sobrino mío! —exclamó Valois.

—...y si es preciso el consentimiento para ser elegido —agregó Felipe—,

solicitarlo no a seis grandes barones, sino al pueblo, tío mío, que proporciona hombres para los ejércitos y subsidios para el Tesoro. Este será el papel de los «estados» que voy a convocar.

Valois no se pudo contener y, saltando de su asiento, empezó a gritar:

—¡Blasfemáis, Felipe, o no sabéis lo que estáis diciendo! ¿Se ha visto alguna vez a un monarca elegido por sus súbditos? ¡Hermosa novelería la de vuestros estados! Procede directamente de la cabeza de Marigny, que había nacido del pueblo, y tan perjudicial fue a vuestro padre. Os digo que si se comienza así, antes de cincuenta años el pueblo nos dejará de lado y elegirá rey a cualquier burgués, a cualquier doctor de parlamento o cualquier tendero enriquecido con sus latrocinios. No, sobrino mío, no; esta vez estoy decidido; no sostendré la corona de un rey que no lo es por sí mismo y que, encima, quiere entregarla en manos de los villanos.

Caminaba a grandes pasos, rojo de ira.

«¿Cincuenta mil... o cien mil? —seguía preguntándose Felipe—. ¿Qué cantidad se necesita para darle la estocada?»

—Sea, tío mío, no sostengáis nada —dijo—; pero entonces permitidme que llame ahora mismo a mi tesorero.

—¿Para qué?

—He de modificar la lista de las donaciones que, para celebrar mi jubilosa coronación, iba a firmar mañana, a la cabeza de las cuales os encontrabais vos... con cien mil libras.

La estocada dio en el blanco. Valois se quedó asombrado, con los brazos abiertos.

Felipe comprendió que había ganado y, a pesar de lo costosa que le resultaba aquella victoria, tuvo que esforzarse para no sonreír al ver la cara que ponía su tío. Este, por otra parte, no tardó mucho en salir del aprieto. Había quedado interrumpido en un momento de cólera; siguió encolerizado. La cólera era para él un medio de intentar embrollar el razonamiento ajeno, cuando el suyo se debilitaba.

—Todo el mal proviene de Eudes —empezó a perorar—. ¡Repruebo su actitud, y se lo gritaré a la cara! ¿Qué necesidad tenía el conde de Flandes y el duque de Bretaña de tomar partido por él y rehusar vuestra convocatoria? ¡Cuando el rey ordena sostener su corona, hay que venir! ¿No estoy yo aquí? Esos barones exageran sus derechos. Así es como la autoridad corre el peligro de ir a parar a los pequeños vasallos y a los burgueses. En cuanto a Eduardo de Inglaterra, ¿qué se puede esperar de un hombre que se comporta como mujer? Estaré, pues, a vuestro lado para darles una lección. Y desde ahora acepto, en nombre de la justicia, sobrino mío, lo que pensáis darme. Porque es justo que quienes son fieles al rey sean tratados de distinto modo que los que lo traicionan. Vos gobernáis bien. ¿Cuándo... cuándo vais a firmar esa donación con la que me manifestáis vuestra estima?

—Ahora, tío mío, si lo deseáis... pero con fecha de mañana —respondió el rey

Felipe V.

Por tercera vez, y siempre por medio del dinero, había puesto el bozal al conde de Valois.

—Ya es hora de que me coronen —dijo Felipe a su tesorero, cuando hubo salido Valois—; porque si tengo que discutir de nuevo, habré de vender el reino.

Y como Fleury se asombrara de la enormidad de la suma prometida, agregó:

—Tranquilizaos, tranquilizaos, Geoffroy; todavía no he señalado cuándo le será entregada esa suma. La cobrará sólo en pequeñas cantidades... Pero él podrá tomar prestado sobre ella... Ahora, vamos a cenar.

El ceremonial exigía que después de la cena, el rey, rodeado de sus oficiales y del cabildo, hiciera una visita a la catedral para recogerse en oración. La iglesia estaba ya preparada, con los tapices colgados, los centenares de cirios ya colocados y levantado el gran estrado en el coro. El rezo de Felipe fue breve, pero se quedó bastante tiempo informándose por última vez del desarrollo de los ritos y de los gestos que debía hacer. Comprobó el cierre de las puertas laterales, revisó los dispositivos de seguridad, y preguntó qué lugar ocuparía cada uno.

—Los pares laicos, los miembros de la familia real y los grandes oficiales estarán en el estrado —le explicaron—. El condestable, a vuestro lado; el canciller, junto a la reina. Este trono, frente al vuestro, es el del arzobispo de Reims, y los asientos dispuestos alrededor del altar mayor son para los pares eclesiásticos.

Felipe recorría el estrado a paso lento, y desarrugó con la punta del pie el extremo levantado de una alfombra.

«¡Qué extraño es esto! —se decía—. Estuve aquí, en este mismo sitio, el año pasado, para asistir a la consagración de mi hermano... y no me fijé en todos estos detalles.»

Se sentó un momento, pero no en el trono real; un temor supersticioso le impedía ocuparlo todavía. «Mañana.., mañana seré rey de verdad.» Pensaba en su padre, en la sucesión de antepasados que lo habían precedido en aquella iglesia; pensaba en su hermano, eliminado por un crimen del que se sentía inocente pero cuyas consecuencias aprovechaba; pensaba en otro crimen, en el del niño, que tampoco había ordenado pero del que era cómplice silencioso... Pensaba en la muerte, en su propia muerte, y en los millones de hombres súbditos suyos, en los millones de padres de hijos y de hermanos que gobernaría.

«¿Son todos ellos, como yo, criminales si se les presenta la ocasión, inocentes sólo en apariencia y dispuestos a obrar mal para satisfacer su ambición? Sin embargo, cuando estaba en Lyon, sólo tenía deseos de justicia, ¿estoy seguro de esto...? ¿Es tan detestable la naturaleza humana, o es la realeza la que nos vuelve así? ¿El tributo que se debe pagar para reinar es verse uno mismo tan impuro y sucio? ¿Por qué nos ha hecho Dios mortales, ya que lo que nos hace detestables es la muerte, tanto por el

miedo que le tenemos como por el uso que hacemos de ella...?

Tal vez intentarán matarme esta noche.»

Veía grandes sombras, moviéndose sobre los muros, entre los pilares. No sentía arrepentimiento, sino sólo falta de alegría.

«He aquí lo que se llama hacer oración. Por eso nos aconsejan acudir a la iglesia la noche antes de la consagración.»

Se juzgaba, lúcidamente, tal como era: un mal hombre dotado para ser un gran rey.

Como no tenía sueño, se quedó allí durante largo rato, meditando sobre sí mismo, sobre el destino humano, sobre el origen de nuestros actos, y planteándose las únicas grandes preguntas de la vida, las que jamás pueden resolverse.

—¿Cuánto durará la ceremonia? —preguntó.

—Dos horas largas, sire.

—Bien, entonces es preciso que nos esforcemos en dormir. Debemos estar preparados para mañana.

Pero cuando volvió al palacio arzobispal, entró en la habitación de la reina y se sentó al lado del lecho. Habló a su mujer de cosas sin interés: de los asientos en la catedral, de su preocupación por los vestidos de sus hijas...

Juana estaba ya medio dormida. Hacía esfuerzos para mantenerse atenta; adivinaba en su marido una tensión nerviosa y una especie de angustia contra la que buscaba protección.

—Amigo mio —preguntó—, ¿queréis dormir conmigo?

El pareció vacilar.

—No puedo; no he avisado al chambelán —respondió.

—Sois rey, Felipe —dijo Juana sonriendo—; podéis dar a vuestro chambelán las órdenes que gustéis.

Felipe tardó un tiempo en decidirse. Aquel joven que sabía, con las armas o con el dinero, meter en cintura a sus más poderosos vasallos, se sentía turbado ante la perspectiva de tener que informar a uno de sus servidores de que, por deseo imprevisto, iba a compartir el lecho de su mujer.

Finalmente llamó a una de las camareras que dormían en la pieza contigua y le ordenó avisar a Adán Héron que no le esperase, ni se acostara aquella noche, atravesado, a su puerta.

Luego, entre los tapices con dibujos de papagayos y los tréboles de plata del cielo del lecho, se desnudó y se deslizó entre las sábanas. Y aquella gran angustia de la que no podían defenderle todas las tropas del condestable, porque era angustia de hombre y no de rey, se aplacó al entrar en contacto con el cuerpo de su mujer, junto a sus piernas firmes, su vientre dócil y su cálido pecho.

—Amiga mía —murmuró Felipe, con los labios junto a los cabellos de Juana—;

amiga mía, respóndeme: ¿me engañaste alguna vez? Responde sin miedo, porque, aunque me hayas traicionado, estás perdonada.

Juana estrechó los costados secos y robustos de Felipe, cuya osamenta sentían sus manos.

—Nunca, Felipe, nunca, te lo juro —respondió ella—. Estuve tentada de hacerlo, te lo confieso, pero nunca cedí.

—Gracias, amiga mía —susurró Felipe—. Ahora nada falta a mi realeza.

No le faltaba nada a su realeza porque era igual que todos los hombres de su reino: necesitaba una mujer, y que ésta fuera completamente suya.

X.- Las campanas de Reims

Horas más tarde, tendido en un lujoso lecho de respeto decorado con las armas de Francia, Felipe, con un largo vestido de terciopelo rojo, juntas las manos a la altura del pecho, esperaba la llegada de los obispos que debían llevarlo a la catedral.

El primer chambelán, Adán Héron, vestido suntuosamente también, estaba en pie junto al lecho. La oscura mañana de enero extendía por la habitación su lechosa claridad. Llamaron a la puerta.

—¿Por quién preguntáis? —dijo el chambelán.

—Por el rey.

—¿Quién lo llama?

—Su hermano.

Felipe y Adán Héron se miraron sorprendidos y contrariados.

—Bien. Que entre —dijo Felipe, incorporándose ligeramente.

—Disponéis de muy poco tiempo, sire... —observó el chambelán.

El rey le señaló que la entrevista no duraría mucho.

El hermoso Carlos de La Marche llevaba indumentaria de viaje. Acababa de llegar a Reims y sólo se había detenido un instante en el alojamiento del conde de Valois. Su rostro y andares denotaban la mayor irritación.

A pesar de su cólera, la visión de su hermano, revestido de púrpura y tendido en hierática postura, lo impresionó; se detuvo un momento y abrió desmesuradamente los ojos.

«¡Cómo le gustaría estar en mi lugar!» pensó Felipe.

Luego dijo:

—Por fin habéis llegado, mi buen hermano, Os agradezco que hayáis comprendido cuál es vuestro deber y desmintáis así lo que propagaban las malas lenguas, o sea que no estaríais presente en el acto de mi coronación. Os lo agradezco. Ahora, corred a vestiros, ya que así no os podéis presentar. Vais a llegar tarde.

—Hermano mío —respondió La Marche—, primero debo hablaros de cosas importantes.

—¿De cosas importantes o de cosas que os importan? Lo importante ahora es no hacer esperar al clero. Dentro de un instante van a venir los obispos a recogerme.

—¡Pues esperarán! —exclamó Carlos—. Todos encuentran ocasión para hablaros y sacar provecho. Parece que sólo a mí no me tenéis en cuenta. ¡Pero esta vez vais a escucharme!

—Entonces hablemos, Carlos —dijo Felipe, sentándose en el borde del lecho—, pero os advierto que hemos de ser breves.

La Marche movió la cabeza como diciendo: «Veremos, veremos.» Tomó asiento y se esforzó en adoptar aspecto de hombre importante.

«¡Pobre Carlos! —pensó Felipe—. Quiere remedar las maneras de nuestro tío Valois; pero le falta madera.»

—Felipe —prosiguió La Marche—, os he pedido muchas veces que me confirierais la dignidad de par y aumentarais mi heredad, así como también mis ingresos. ¿Os lo he pedido, sí o no?

—¡Ávida familia! ... —murmuró Felipe.

—Y siempre os habéis hecho el sordo. Ahora os lo pido por última vez; he venido a Reims, pero no asistiré a vuestra coronación más que sentado entre los pares. Si no, me marchó.

Felipe lo miró durante un instante sin decir nada, y bajo aquella mirada, Carlos se sintió disminuir, hundirse, perder toda la seguridad en sí mismo y toda importancia.

Frente a su padre, Felipe el Hermoso, el joven príncipe, en otro tiempo, había tenido la misma sensación de su propia insignificancia.

—Un momento, hermano mío —dijo Felipe; y, levantándose, fue a hablar con Adán Héron, que estaba en un rincón de la estancia.

—Adán —le preguntó en voz baja—, ¿han regresado los barones que fueron a buscar la sagrada ampolla de la abadía de Saint-Remy?

—Sí, sire, ya están en la catedral con el clero de la abadía.

—Bien. Entonces, cerrad las puertas de la ciudad... como en Lyon. —Y con la mano hizo tres gestos apenas perceptibles que significaban: rastrillos, barras, llaves.

—¿El día de la consagración, sire? —murmuró, asombrado, Héron.

—Justamente, el día de la consagración. Y hacedlo con presteza.

Cuando salió el chambelán, Felipe volvió junto a la cama.

—¿Qué me pedíais, hermano mío?

—La dignidad de par²⁵, Felipe.

—¡Ah, sí!... la dignidad de par. Pues bien, hermano mío, os la concederé, os la concederé de buen grado; pero no en seguida, ya que habéis voceado demasiado vuestro deseo. Si cediera ahora dirían que no obro por voluntad, sino por imposición, y todos se creerían autorizados a comportarse como vos, y sabed que no se crearán nuevas dotaciones ni se acrecentarán las existentes antes de promulgarse una ordenanza que declare inalienable cualquier parte del patrimonio real²⁶.

—¡Pero vos ya no necesitáis la dignidad de par de Poitiers! ¿Por qué no me la dais?

¡Convenid en que mi parte es insuficiente!

—¿Insuficiente? —exclamó Felipe, que empezaba a encolerizarse—. Sois hijo y hermano de rey; ¿creéis de verdad que es insuficiente esa parte para un hombre de vuestro cerebro y de vuestros méritos?

—¿Mis méritos? —dijo Carlos.

—Sí, vuestros méritos, que son escasos. Es preciso decíroslo a la cara, Carlos:

sois corto, lo habéis sido siempre y no mejoraréis con la edad. Cuando erais niño parecíais tan bobo a todos, y de inteligencia tan poco desarrollada que hasta nuestra madre, ¡santa mujer! os llamaba «el ganso».

Acordaos, Carlos: «el ganso». Lo erais y lo seguís siendo. Nuestro padre os hacía sentar frecuentemente en su consejo. ¿Qué aprendisteis en él? Mirabais pasar las moscas mientras se debatían los asuntos del reino, y no recuerdo de vos una sola palabra que no hiciera encogerse de hombros a nuestro padre o a messire Enguerrando. ¿Creéis, pues, que deseo haceros más poderoso por el bonito apoyo que me prestaríais, cuando desde hace seis meses no dejáis de intrigar contra mí? Lo hubierais conseguido todo, obrando de otra manera. ¿Os creéis fuerte y pensáis que vamos a doblegarnos ante vos? Nadie ha olvidado la ridícula figura que hicisteis en Maubuisson cuando os pusisteis a balar: «¡Blanca, Blanca!», y a llorar vuestro ultraje ante toda la corte.

—¡Felipe! ¿Y sois vos quien me dice eso? —exclamó La Marche, levantándose, con el rostro descompuesto—. Sois vos, cuya mujer...

—¡Ni una palabra contra Juana, ni una palabra contra la reina! —cortó Felipe con la mano levantada—. Ya sé que para perjudicarme, o para sentirnos menos solo en vuestro infortunio, seguís divulgando vuestras mentiras.

—Habéis exculpado a Juana porque deseabais conservar la Borgoña, porque habéis antepuesto, como siempre, vuestros intereses a vuestro honor. Pero tampoco a mí ha dejado de servirme mi infiel esposa.

—¿Qué queréis decir?

—¡Quiero decir lo que digo! —replicó Carlos de La Marche—. Y os repito a la cara que si queréis verme en la consagración, he de ocupar un asiento de par, o me voy.

Adán Héron entró en la habitación y notificó al rey con un movimiento de cabeza que se habían transmitido sus órdenes.

Felipe le dio las gracias de la misma manera.

—Marchaos, pues, hermano mío —dijo—. Hoy sólo necesito una persona: el arzobispo de Reims.

¿Sois vos arzobispo? Entonces marchaos, marchaos, si os place.

—¿Pero por qué —exclamó Carlos—, por qué nuestro tío Valois obtiene siempre lo que quiere y yo nunca?

Por la puerta entreabierta se oían los cantos de la procesión, que iba acercándose.

«¡Y pensar que, si me muriera, sería regente ese imbécil!», se decía Felipe. Puso la mano sobre el hombro de su hermano.

—Cuando hayáis perjudicado al reino tan largos años como nuestro tío, podréis exigir el mismo trato. Pero, gracias a Dios, vos sois menos diligente en la tontería.

Le señaló la puerta con la mirada, y el conde de La Marche salió, pálido, rabioso

e impotente, y tropezando con los miembros del clero que entraban.

Felipe volvió al lecho y se colocó en posición horizontal, con las manos cruzadas y los ojos cerrados.

Golpearon de nuevo a la puerta; esta vez los obispos con sus báculos.

—¿Por quién preguntáis? —dijo Adán Héron.

—Preguntamos por el rey —respondió una voz grave.

—¿Quién lo requiere?

—Los pares obispos.

Se abrieron las hojas de la puerta y entraron los obispos de Langres y de Beauvais, con la mitra en la cabeza y el pectoral colgado al cuello. Se acercaron al lecho, ayudaron al rey a levantarse, le ofrecieron agua bendita y mientras Felipe se arrodillaba en un cojín de seda, dijeron la oración.

Luego Adán Héron puso en los hombros de Felipe un manto de terciopelo escarlata semejante a su vestido, y de repente se suscitó una disputa por cuestión de precedencia.

Normalmente, el duque-arzobispo de Laon debía colocarse a la derecha del rey. Ahora bien, en aquel momento la sede de Laon estaba vacante. Al obispo de Langres, Guillermo de Durfort, se le consideraba el más apto para cubrir esta ausencia. Sin embargo, Felipe indicó al obispo de Beauvais que se pusiera a su derecha. Tenía dos motivos para ello: por una parte, el obispo de Langres había acogido con demasiada facilidad en su diócesis a los antiguos Templarios, dándoles puestos de clérigos; por otra parte, el obispo de Beauvais era un Marigny, el tercer hermano, prelado muy hábil, dispuesto siempre a servir al poder a condición de sacar honores y provecho. ¿No lo había demostrado, menos de dos años antes, sentándose al tribunal encargado de condenar a su hermano mayor Enguerrando? Felipe no lo apreciaba; pero sabía que necesitaba tenerlo a su favor.

—Yo soy obispo-duque; a mí me corresponde estar a la diestra —decía Guillermo de Durfort.

—La sede de Beauvais es más antigua que la de Langres —respondía Marigny.

Sus rostros empezaban a enrojecer, bajo las mitras.

—Monseñores, el rey decide —dijo Felipe.

Durfort obedeció y cambió de lugar.

«Un descontento más», pensó Felipe.

Descendieron así entre cruces, cirios y humo de incienso hasta la calle, donde toda la corte, con la reina a la cabeza, estaba ya formada en cortejo, e iniciaron la marcha hacia la catedral.

Al paso del rey se elevaba un inmenso clamor. Felipe estaba bastante pálido y entornaba sus ojos de miope. Le parecía que el suelo de Reims se había hecho de pronto extrañamente duro; tenía la impresión de caminar sobre mármol.

En la puerta de la catedral se detuvieron para rezar de nuevo; luego, en medio del estruendo de los órganos, avanzó Felipe por la nave hacia el altar, hacia el gran estrado, hacia el trono donde finalmente se sentó. Su primer gesto fue para señalar a la reina el asiento preparado a la derecha del suyo.

La iglesia estaba repleta. Felipe no veía más que un mar de coronas, de pechos y hombros bordados de joyas, y de casullas que brillaban con los cirios. Un firmamento humano se extendía a sus pies.

Dirigió la mirada hacia los lugares más próximos, volviendo la cabeza a derecha e izquierda para distinguir a las personas que ocupaban el estrado. Allí estaba Carlos de Valois, y Mahaut, monumental, chorreando brocados y terciopelos; ésta le sonrió. Luis de Evreux se hallaba un poco más allá; pero Felipe no veía a Carlos de La Marche ni tampoco a Felipe de Valois, a quien también su padre parecía buscar con la mirada.

El arzobispo de Reims, Roberto de Courtenay, entorpecido por los ornamentos sacerdotales, se levantó de su trono situado frente al asiento real. Felipe lo imitó y fue a postrarse ante el altar.

Mientras duró el tedéum, Felipe se estuvo preguntando:

«¿Estarán bien cerradas las puertas? ¿Habrán cumplido fielmente mis órdenes? Mi hermano no es hombre para quedarse en una habitación mientras me coronan. ¿Y por qué no ha venido Felipe de Valois? ¿Qué me estarán preparando? Hubiera debido dejar fuera a Galard para poder mandar mejor a sus ballesteros.»

Mientras el rey se inquietaba, su hermano menor chapoteaba en un fangal.

Al salir, furioso, de la habitación real, Carlos de La Marche se había dirigido precipitadamente a la residencia de los Valois. No encontró a su tío que había salido ya hacia la catedral; sino sólo a Felipe de Valois, que estaba terminando de vestirse, al que contó, casi sin aliento, lo que calificaba de «felonía» de su hermano.

Muy avenidos, pues eran semejantes por sus gustos y naturaleza, los dos primos se aplicaban a calentarse mutuamente los cascos.

—Si es así, tampoco yo asistiré a la ceremonia. Me voy contigo —declaró Felipe de Valois, orgulloso de afirmar su independencia del rey, de la corte y de su mismo padre.

Dicho esto, reunieron sus escoltas y se dirigieron orgullosamente hacia una de las puertas de la ciudad. Su soberbia tuvo que inclinarse ante los sargentos de armas.

—Nadie puede entrar ni salir, orden del rey.

—¿Ni siquiera los príncipes de Francia?

—Ni los príncipes, orden del rey.

—¡Ah, quiere obligarnos! —exclamó Felipe de Valois, que tomaba ahora el asunto como propio—

. Pues bien, ¡saldremos de todos modos!

—¿Cómo quieres salir si están cerradas las puertas?

—Finjamos retirarnos a mi casa, y déjame actuar.

Lo que siguió pareció una calaverada de críos. Los escuderos del joven conde de Valois fueron enviados a buscar escaleras, que levantaron en seguida en un callejón sin salida, en un lugar en que los muros parecían no estar vigilados. Y allá van los dos príncipes, nalgas al aire, metidos a escaladores, sin sospechar que al otro lado se extendían los pantanos del Vesle. Por medio de cuerdas descendieron al foso. Carlos de La Marche perdió pie y cayó en medio del agua fangosa y helada; y se habría ahogado si su primo, que era más alto y de más fuertes músculos, no lo hubiera pescado a tiempo. Luego se adentraron, ciegamente, en los fangales. No podían renunciar; lo mismo era avanzar que retroceder. Se jugaban la vida, y durante tres largas horas estuvieron luchando para salir de aquel lodazal. Los pocos escuderos que los habían seguido chapoteaban alrededor de ellos y no se recataban de maldecirlos en voz alta.

—Si conseguimos salir de aquí —gritaba La Marche para darse ánimos—, sé bien a dónde ir, lo sé bien. ¡A ChâteauGaillard!

El joven Valois, chorreando sudor a pesar del frío, puso cara de asombro entre las cañas podridas.

—¿Te sigue interesando Blanca? —preguntó.

—No me interesa, pero puede decirme muchas cosas. Es la única que nos puede aclarar si la hija de Luis es bastarda, y si Felipe es cornudo como yo. Con su declaración podría avergonzar a mi hermano y obligarle a entregar la corona a la hija de Luis.

El tañido de las campanas de Reims, echadas al vuelo, llegó hasta ellos.

—¡Y pensar, y pensar que están tocando por él! —exclamó Carlos de La Marche, con la mitad del cuerpo en el barro y señalando con las manos la ciudad.

En la catedral, los chambelanes acababan de desvestir al rey. Felipe el Largo, de pie ante el altar, no llevaba ya más que dos camisas superpuestas: una de tela fina, la otra de seda blanca, abiertas ampliamente a la altura del pecho y de los sobacos. El rey, antes de ser investido de los atributos de la majestad, se presentaba en la asamblea de sus súbditos como un hombre casi desnudo y tembloroso.

Los atributos de la consagración estaban colocados en el altar, bajo la vigilancia del abad de Saint-Denis, que los había traído. Adán Héron tomó de manos del abad las calzas, largos calzoncillos de seda bordados de flores de lis, y ayudó al rey a pasárselos, así como el calzado, igualmente de tela bordada. Luego, Anseau de Joinville, en ausencia del duque de Borgoña, ató las espuelas de oro a los pies del rey, y se las quitó en seguida. El arzobispo bendijo la gran espada, que decían era la de Carlomagno, y poniéndola en el tahalí, la colocó en la cintura del rey, recitando:

—Accipe hunc gladium cum Dei benedictione...^c

—Messire condestable, acercaos —dijo el rey.

Gaucher de Châtillon se acercó, y Felipe, deshaciéndose del tahalí, le entregó la espada.

Nunca un condestable en toda la historia de las consagraciones, había sostenido con mayor mérito, para su soberano, la insignia del poder militar. Este gesto representaba para ellos algo más que la ejecución de un rito. Cambiaron una larga mirada. El símbolo se confundía con la realidad.

Con la punta de una aguja de oro, el arzobispo cogió de la sagrada ampolla que le tendía el abad de Saint-Remy, una partícula del aceite que decían era enviado desde el cielo, y con el dedo lo mezcló con el Crisma preparado en una patena. Luego el arzobispo ungió a Felipe tocándole la cabeza, el pecho, entre los hombros y los sobacos. Adán Héron ató las anillas que cerraban las túnicas. Más tarde quemarían la camisa del rey, porque había sido tocada ligeramente con la santa unción.

Entonces pusieron al rey los vestidos que estaban sobre el altar: primero la cota de satén rojo bordada con hilo de plata, luego la túnica de raso azul bordada con perlas y llena de flores doradas de lis, y por encima la dalmática de igual tejido, y todavía un gran manto abrochado al hombro derecho con una fíbula de oro. Felipe sentía cada vez más peso sobre sus hombros; el arzobispo hizo la unción de las manos, deslizó en el dedo de Felipe el anillo real, le puso el pesado cetro de oro en la mano derecha, y la mano de justicia en la izquierda. Después de una genuflexión ante el tabernáculo, el prelado levantó al fin la corona, mientras el gran chambelán comenzaba el llamamiento de los pares presentes:

—Magnífico y poderoso señor, el conde...

En este preciso momento, una voz clara, imperiosa, llenó toda la nave:

—¡Detente, arzobispo! ¡No corones a ese usurpador! ¡Te lo ordena la hija de San Luis!

La asistencia se estremeció. Todas las cabezas se volvieron hacia el lugar de donde había salido la voz. En el estrado se miraron ansiosamente. Las filas de la muchedumbre se apartaron.

Rodeada de algunos señores, una mujer de alta estatura, de rostro todavía hermoso, firme barbilla, ojos claros y coléricos, con la estrecha diadema y el velo de las viudas sobre sus cabellos casi blancos, se dirigía hacia el coro.

A su paso susurraban:

—¡Es la duquesa Agnes! ¡Es ella!

Estiraban el cuello para verla. Se admiraban de que tuviera aún tan bella prestancia y tan firme paso. Como era hija de San Luis se la habían imaginado como perteneciente a la lontananza de los años; la suponían ancestral, vacilante sombra en algún castillo de Borgoña. De repente aparecía tal como era, una mujer de cincuenta años llena todavía de vida y de autoridad.

—Detente, arzobispo —repitió cuando estuvo a unos pasos del altar—. Y vosotros todos, escuchad... ¡Leed, Mello! —agregó dirigiéndose a su consejero, que la acompañaba.

Guillermo de Mello desplegó un pergamino y leyó:

—Nos, muy noble dama Agnés de Francia, duquesa de Borgoña, hija de nuestro sire el rey San Luis, en nombre nuestro y de nuestro hijo, el muy noble y poderoso duque Eudes, nos dirigimos a vosotros, barones y señores aquí presentes, y a los que están por el reino, para prohibir que se reconozca como rey al conde de Poitiers, que no es heredero legítimo de la corona, y pedir que se difiera la consagración hasta que hayan sido reconocidos los derechos de la señora Juana de Francia y de Navarra, hija y heredera del difunto rey y de nuestra hija.

La angustia aumentaba en el estrado, y comenzaban a surgir peligrosos murmullos del fondo de la iglesia. La muchedumbre permanecía en silencio.

El arzobispo parecía embarazado con la corona; no sabía si colocarla de nuevo en el altar o proseguir la ceremonia.

Felipe estaba inmóvil, sin nada en la cabeza, impotente, soportando el peso de cuarenta libras de oro y brocados y en sus manos los símbolos del poder y de la justicia. Nunca se había sentido tan indefenso, tan amenazado, tan solo. Un férreo guantelete le apretaba el pecho. Su calma era asombrosa. Hacer un gesto, abrir la boca en aquel instante, entablar una controversia, era desencadenar un tumulto y sin duda ir al fracaso. Permaneció rígido bajo el peso de sus ornamentos, como si la batalla se desarrollara muy por debajo de él.

Oyó susurrar a los pares eclesiásticos:

—¿Qué hacemos?

El prelado de Langres, que no olvidaba la vejación sufrida poco antes, era de la opinión de suspender la ceremonia.

—Retirémonos y discutamos —propuso otro.

—No podemos, el rey está ungido ya. Es rey; coronadlo —replicó el obispo de Beauvais.

La condesa Mahaut se inclinó sobre su hija Juana y le murmuró:

—¡La muy bribona! Merece reventar.

Con sus párpados de tortuga, el condestable hizo una señal a Adán Héron para que continuara el llamamiento de los pares.

—Magnífico y poderoso señor, el conde de Valois, par del rey —pronunció el chambelán.

Toda la atención se concentró en el tío del rey. Si respondía a la llamada, Felipe había ganado, porque Valois representaba la garantía de los pares laicos, del verdadero poder. Si rehusaba, Felipe había perdido.

Valois no se daba prisa, y el arzobispo esperaba ostensiblemente su decisión.

Felipe bosquejó entonces un gesto; volvió la cabeza en dirección al sitio donde estaba su tío; la mirada que le dirigió valía cien mil libras. Borgoña nunca pagaría tanto.

El exemperador de Constantinopla se levantó, crispado el rostro, y fue a colocarse detrás de su sobrino.

«Qué bien he hecho en mostrarme generoso con él», pensó Felipe.

—Noble y poderosa dama Mahaut, condesa de Artois, par del rey —llamó Adán Héron.

El arzobispo levantó el pesado círculo de oro rematado con una cruz en la parte frontal, y pronunció al fin:

—Coronet te Deus.^d

Uno de los pares laicos debía coger la corona y mantenerla encima de la cabeza del rey, mientras los otros pares ponían sobre ella un dedo, en gesto simbólico. Valois adelantó las manos, pero Felipe, con un movimiento del cetro, lo detuvo.

—Coged la corona vos, madre mía —dijo a Mahaut.

—Gracias, hijo mío —murmuró la gigante.

Con esta espectacular designación recibía las gracias por su doble regicidio. Ocupaba el lugar del primer par del reino y se le confirmaba aparatosamente la posesión del condado del Artois.

—¡Borgoña no se doblega! —exclamó la duquesa Agnés.

Y, agrupando a su séquito, se dirigió hacia la salida mientras Mahaut y Valois conducían lentamente a Felipe a su trono.

Cuando estuvo sentado, con los pies descansando sobre un cojín de seda, el arzobispo se quitó la mitra y besó al rey en la boca, diciendo:

—Vivat rex in aeternum.^e

Los otros pares imitaron su gesto, repitiendo:

—Vivat rex in aeternum.

Felipe se sentía fatigado. Acababa de ganar la última batalla, después de siete meses de constantes luchas, para conseguir el poder supremo que ya nadie le podría disputar.

Las campanas atronaban al aire proclamando su triunfo; fuera, el pueblo gritaba deseándole gloria y larga vida. Todos sus adversarios habían sido domeñados. Tenía un hijo para asegurar su descendencia y una esposa feliz para compartir sus penas y alegrías. El reino de Francia le pertenecía.

«¡Qué cansado estoy! ¡Qué cansado!», se decía Felipe.

Nada en verdad parecía faltarle a aquel rey de veintitrés años que se había impuesto por su tenacidad, que había aceptado los beneficios del crimen y que poseía todos los caracteres de un gran monarca.

El tiempo de los castigos iba a comenzar.

Repertorio Biográfico

ARTOIS (Mahaut, condesa de Borgoña, después de) (¿-27 noviembre 1329). Hija de Roberto II de Artois. Casó (1291) con el conde palatino de Borgoña, Otón IV (muerto en 1303).

Condesa-par de Artois por sentencia real (1309). Madre de Juana de Borgoña, esposa de Felipe de Poitiers, futuro Felipe V, y de Blanca de Borgoña, esposa de Carlos de Francia, futuro Carlos IV.

ARTOIS (Roberto III de). (1287-1342). Hijo de Felipe de Artois y nieto de Roberto II de Artois.

Conde de Beaumont-le-Roger y señor de Conches (1309). Casó con Juana de Valois, hija de Carlos de Valois y de Catalina de Courtenay (1318). Par del reino por su condado de Beaumont-le-Roger (1328). Desterrado del reino (1332), se refugió en la corte de Eduardo III de Inglaterra. Herido mortalmente en Vannes. Enterrado en San Pablo de Londres.

AUCH (Arnaldo de) (¿-1320). Obispo de Poitiers (1306). Creado cardenal-obispo de Albano por Clemente V el 24 de diciembre de 1312. Muerto en Aviñón.

AUNAY (Felipe de) (¿-1314). Hijo de Gualterio de Aunay, señor de Moucy-le-Neuf, del Mesnil y de Grand Moulin. Escudero del conde Valois. Convicto de adulterio (escándalo de la torre de Nesle) con Margarita de Borgoña, esposa de Luis de Navarra, futuro Luis X el Turbulento, fue ejecutado en Pontoise, al mismo tiempo que su hermano Gualterio, amante de Blanca de Borgoña.

BAGLIONI (Guccio) (hacia 1295-1340). Banquero sienés. Hijo de Nino Baglioni; emparentado con la familia de los Tolomei. Tenía (1315) oficina de banca en Neauphle-leVieux.

Casó secretamente con María de Cressay. Tuvo un hijo, Giannino (1316), cambiado en la cuna con Juan I el Póstumo. Muerto en Campania.

BEATRIZ de Hungría (hacia 1294-?) Hija de Carlos-Martel de Anjou. Hermana de Caroberto, rey de Hungría, y de Clemencia, reina de Francia. Casó con el delfín de

Vienne, Juan II de La Tour du Fin, y madre de Guigues VIII y de Humberto II, últimos delfines del Vienne.

BEAUMONT (Juan de) (¿-1318) Señor de Clichy y de Courcelles la Garenne. Sucedió en 1315 a Miles de Noyers en el cargo de mariscal de Francia.

BEC-CRESPIN (Michel del) (¿-1318) Diezmero de Saint-Quentin en Vermandois. Creado cardenal por Clemente V el 24 de diciembre de 1312.

BOCCACCIO DA CHELLINO Banquero florentino, viajante de la compañía de los Bardi. De una amante francesa tuvo un hijo adulterino (1313) que fue el ilustre poeta Boccaccio, autor del Decameron.

BONIFACIO VIII (Benito Caetani), papa (hacia 1215-11 octubre 1303) Antiguo canónigo de Todi, abogado consistorial y notario apostólico. Cardenal en 1281. Fue elegido papa el 24 de diciembre de 1294, después de la abdicación de Celestino V. Víctima del «atentado» de Anagni, murió en Roma un mes más tarde.

BOURBON (Luis, señor, luego duque de) (hacia 1275-1342) Hijo primero de Roberto, conde de Clermont (1256-1318), y de Beatriz, hija de Juan, señor de Bourbon. Nieto de San Luis. Camarero mayor de Francia desde 1312. Conde de La Marche (1327). Duque y par en septiembre de 1327.

BOURGOGNE (Agnes de Francia, duquesa de) (hacia 1268-1325) Última de los once hijos de San Luis. Casó en 1273 con Roberto II de Borgoña (muerto en 1306). Madre de Hugo V y de Eudes IV, duques de Borgoña; de Margarita, esposa de Luis X el Turbulento, y de Juana, llamada la Coja, esposa de Felipe VI de Valois.

BOURGOGNE (Blanca de) (hacia 1296-1326) Hija última de Otón IV, conde palatino de Borgoña, y de Mahaut de Artois. Casada en 1307 con Carlos de Francia, hijo tercero de Felipe el Hermoso. Convicta de adulterio (1314), al mismo tiempo que Margarita de Borgoña, fue encerrada en Château-Gaillard, después en el castillo de Gournay, cerca de Coutances. Después de la anulación de su matrimonio (1322),

tomó el hábito en la abadía de Maubuisson.

BOURGOGNE (Eudes IV, duque de) (hacia 1294-1350) Hijo de Roberto II, duque de Borgoña, y de Agnes de Francia, hija de San Luis. Sucedió en mayo de 1315 a su hermano Hugo V.

Hermano de Margarita, esposa de Luis X el Turbulento, de Juana, esposa de Felipe de Valois, futuro Felipe VI, de María, esposa del conde de Bar, y de Blanca, esposa del conde Eduardo de Saboya.

Casó el 18 de junio de 1318 con Juana, primogénita de Felipe V (muerta en 1347).

BOUVILLE (Hugo III, conde de) (¿-1331) Hijo de Hugo II de Bouville y de María de Chambly.

Chambelán de Felipe el Hermoso. Casó (1291) con Margarita des Barres, de la cual tuvo un hijo, Carlos, que fue chambelán de Carlos V y gobernador del delfinado.

CAETANI (Francisco) (¿-marzo 1317) Sobrino de Bonifacio VIII y creado cardenal por él en 1295. Envuelto en un intento de hechizar al rey de Francia (1316). Muerto en Aviñón.

CARLOS de Francia, conde de La Marche, después Carlos IV, rey de Francia. (1294-21 febrero 1328) Hijo tercero de Felipe IV el Hermoso y de Juana de Champaña. Conde usufructuario de La Marche (1315). Sucedió, con el nombre de Carlos IV, a su hermano Felipe V (1322). Casó sucesivamente con Blanca de Borgoña (1307), María de Luxemburgo (1322) y Juana de Evreux (1325). Murió en Vincennes, sin heredero varón, último rey de la línea directa de los capetos.

CHATILLON (Gaucher V de, conde de Porcien) (hacia 1250-1329) Condestable de Champaña (1284) luego de Francia tras la batalla de Courtray (1302). Hijo de Gaucher IV y de Isabeau de Villehardouin, llamada de Lizines. Aseguró la victoria de Mons-en-Pévele. Hizo coronar a Luis el Turbulento rey de Navarra en Pamplona (1307). Ejecutor testamentario sucesivamente de Luis X, Felipe V y de Carlos IV. Participó en la batalla de Cassel (1328), murió al año siguiente tras haber ocupado el cargo de condestable de Francia con cinco reyes. Había casado con Isabel de Dreux, luego con Melisenda de Vergy, después con Isabeau de Rumigny.

CLEMENCIA de Hungría, reina de Francia (hacia 1293-12 octubre 1328) Hija de Carlos-Martel de Anjou, rey titular de Hungría, y de Clemencia de Habsburgo. Sobrina de Carlos de Valois por su primera esposa, Margarita de Anjou-Sicilia. Hermana de Caroberto, rey de Hungría, y de Beatriz, esposa del delfín Juan II. Casó con Luis X el Turbulento, rey de Francia y de Navarra, el 13 de agosto de 1315, y fue coronada con él en Reims. Viuda en junio de 1316, trajo al mundo en noviembre de 1316 un hijo, Juan I. Murió en el Temple.

CLEMENTE V (Beltrán de Got o Goth), papa (¿.20 abril 1314) Nacido en Villandraut (Gironde). Hijo del caballero Arnaldo-Garsias de Got. Arzobispo de Burdeos (1300). Elegido papa (1305) para suceder a Benedicto XI. Coronado en Lyon. Fue el primero de los papas de Aviñón.

CLERMONT (Roberto, conde de) (1256-1318) Hijo último de San Luis y de Margarita de Provenza. Casado, hacia 1279, con Beatriz, hija única y heredera de Juan, señor de Bourbon.

Reconocido señor de Bourbon en 1283.

COLONNA (Jaime) (¿-14 agosto 1318) Miembro de la célebre familia romana de los Colonna. Creado cardenal en 1278 por Nicolás III. Principal consejero de la corte romana bajo Nicolás IV. Excomulgado por Bonifacio VIII en 1297 y restablecido en su dignidad cardenalicia en 1306.

COLONNA (Pedro) (¿-1326) Sobrino del anterior. Creado cardenal por Nicolás IV en 1288.

Excomulgado por Bonifacio VIII en 1297 y restablecido en su dignidad cardenalicia en 1306. Muerto en Aviñón.

CORBEIL (Juan de) llamado de Grez (¿-1318) Señor de Grez en Brie y de Jalemain.

Mariscal de Francia desde 1308.

COURTENAY (Roberto de) (¿-1324) Arzobispo de Reims desde 1299 hasta su muerte.

CRESSAY (señora Eliabel de)

Castellana de Cressay, junto a Neaupble-le-Vieux en el prebostazgo de Montfort-1'Amaury.

Viuda del señor Juan de Cressay, caballero. Madre de Juan, Pedro y María de Cressay.

CRESSAY (Juan de) y CRESSAY (Pedro de) Hijos de la anterior. Ambos fueron armados caballeros por Felipe VI de Valois cuando la batalla de Crecy (1346).

CRESSAY (María de) (hacia 1298-1345) Hija de la señora Eliabel y del señor Juan de Cressay, caballero. Casó secretamente con Guccio Baglioni, madre (1316) de un niño cambiado en la cuna con Juan I el Póstumo, del cual era nodriza. Fue enterrada en el convento de los Agustinos, junto a Cressay.

cDUEZE (Jacobo) ver Juan XXII, papa

DURFORT-DURAS (Guillermo de) (¿-1330) Obispo de Langres (1306), luego de Ruan (1319), hasta su muerte.

EDUARDO II Plantagenet, rey de Inglaterra (1284-21 septiembre 1327) Nacido en Carnarvon. Hijo de Eduardo I y de Leonor de Castilla. Primer príncipe de Gales. Duque de Aquitania y conde de Ponthieu (1303). Armado caballero en Westminster (1306). Rey en 1307. Casó en Boulogne-sur-Mer, el 22 de enero de 1308, con Isabel de Francia, hija de Felipe el Hermoso.

Coronado en Westminster el 25 de febrero de 1308. Destronado (1326) por un levantamiento de los barones dirigido por su mujer, fue encarcelado y murió asesinado en el castillo de Berkeley.

EVERARDO Antiguo Templario. Clérigo de Bar-sur-Aube. Enredado en 1316 en un asunto de brujería; cómplice del cardenal Caetani en un intento de hechizar al rey

de Francia.

EVREUX (Luis de Francia, conde de) (1276-mayo 1319) Hijo de Felipe III el Atrevido y de María de Brabante. Hermanastro de Felipe el Hermoso y de Carlos de Valois, conde de Evreux (1298). Casó con Margarita de Artois, hermana de Roberto III del cual tuvo: Juana, tercera esposa de Carlos IV el Hermoso, y Felipe, marido de Juana, reina de Navarra.

EVREUX (Felipe de) Hijo del anterior. Casó (1318) con Juana de Francia, hija de Luis X el Turbulento y de Margarita de Borgoña, heredera de Navarra, muerta en 1349. Padre de Carlos el Malo, rey de Navarra, y de Blanca, segunda esposa de Felipe VI de Valois, rey de Francia.

FELIPE IV llamado el Hermoso, rey de Francia (1268-29 noviembre 1314) Nacido en Fontainebleau. Hijo de Felipe III el Atrevido y de Isabel de Aragón. Casó (1284) con Juana de Champaña, reina de Navarra. Padre de los reyes Luis X, Felipe V y Carlos IV y de Isabel de Francia, reina de Inglaterra. Reconocido rey en Perpiñán (1285) y coronado en Reims (6 febrero 1286).

Muerto en Fontainebleau y enterrado en Saint-Denis.

FELIPE, conde de Poitiers, luego FELIPE y, llamado el Largo, rey de Francia (1291-3 enero 1322) Hijo de Felipe IV el Hermoso y de Juana de Champaña. Hermano de los reyes Luis X, Carlos IV y de Isabel, reina de Inglaterra. Conde palatino de Borgoña, señor de Salins, por su matrimonio (1307) con Juana de Borgoña. Conde usufructuario de Poitiers (1311). Par de Francia (1315).

Regente a la muerte de Luis X; luego rey, después de la muerte del hijo póstumo de éste (noviembre 1316). Muerto en Longchamp, sin heredero varón. Enterrado en Saint-Denis.

FELIPE, conde de Valois, luego FELIPE VI, rey de Francia (1293-22 agosto 1350).

Primogénito de Carlos de Valois y de su primera mujer, Margarita de Anjou-Sicilia. Sobrino de Felipe IV el Hermoso y primo hermano de Luis X, Felipe V y Carlos IV. Regente del reino a la muerte de Carlos IV el Hermoso, luego rey tras el nacimiento de la hija póstuma de éste (abril 1328). Coronado en Reims el 29 de mayo

de 1328. Su ascensión al trono, protestada por Inglaterra, dio origen a la segunda guerra de los Cien Años. Casó en primeras nupcias (1313) con Juana de Borgoña, llamada la Coja, hermana de Margarita, la cual murió en 1348; en segundas nupcias (1349) con Blanca de Navarra, nieta de Luis X y de Margarita.

FERIENNES (Isabel de) (¿-1317). Maga. Declaró contra Mahaut en el proceso intentado contra ésta tras la muerte de Luis X. Fue quemada viva, igualmente que su hijo, después de la exculpación de Mahaut el 9 de octubre de 1317.

FIENNES (Juan, barón de Ringry, señor de Ruminghen, castellano de Bourburg, barón de).

Elegido jefe de la nobleza rebelde de Artois y uno de los últimos en someterse (1320). Casó con Isabel, sexta hija de Guy de Dampierre, conde de Flandes, de la cual tuvo un hijo, Roberto, condestable de Francia en 1356.

FLANDES (Roberto, llamado de Bethune, conde de Nevers y de) (¿-1322). Hijo de Guy de Dampierre, conde de Flandes (muerto en 1305) y de Isabel de Luxemburgo. Casó con Yolanda de Borgoña, condesa de Nevers. Padre de Luis de Nevers.

FLEURY (Geoffroy de). Entró en funciones el 12 de julio de 1316, fue el primer oficial de la casa real que llevó el título de tesorero del rey. Ennoblecido por Felipe V en 1320.

FLISCO (Lucas de) (¿-1336). Consanguíneo del rey Jaime II de Aragón. Creado cardenal por Bonifacio VIII el 2 de marzo de 1300.

FOREZ (Juan I de Albon, conde de) (¿-antes de 1333). Embajador de Felipe el Hermoso y de Luis X en la corte papal. Guardián del cónclave de Lyon en 1316. Casó (1296) con Alix de Vienne, hija de Humberto de La Tour du Pri.

FOUGERES (Arnaldo de) (¿-1317). Arzobispo de Arles (1308). Creado cardenal por Clemente V el 19 de diciembre de 1310.

FREAUVILLE (Nicolás de) (¿-1323). Dominicano. Confesor de Felipe el Hermoso. Creado cardenal por Clemente V el 15 de diciembre de 1305.

FREDOL (Berenguer), llamado el Mayor. (Hacia 1250-junio 1323) Obispo de Beziers (1294).

Creado cardenal por Clemente V el 15 de diciembre de 1305.

FREDOL (Berenguer), llamado el Menor (¿-1323) Sobrino del anterior. Obispo de Beziers (1309). Creado cardenal por Clemente V el 24 de diciembre de 1312.

GALARD (Pedro de) Gran jefe de los ballesteros de Francia desde 1310. Gobernador de Flandes (1319).

GUIGUES, delfinito del Viennois, futuro delfín Guigues VIII (1310-1333) Hijo de Juan II de La Tour du Pri, delfín del Viennois, y de Beatriz de Hungría. Sobrino de la reina Clemencia.

Comprometido en junio de 1316 con Isabel de Francia, hija tercera de Felipe V, y casado en mayo de 1323. Muerto sin heredero, le sucedió su hermano.

HERON (Adán) Bachiller, luego chambelán de Felipe, conde de Poitiers, futuro Felipe V.

HIRSON o HIRESON (Thierry Larchier de) (hacia 1270-17 noviembre 1328) Primero, clérigo con Roberto II de Artois, acompañó a Nogaret a Anagni y fue utilizado por Felipe el Hermoso para muchas misiones. Canónigo de Amis (1299). Canciller de Mahaut de Artois (1303). Obispo de Amis (1328).

HIRSON o HIRESON (Beatriz de) Doncella de compañía de la condesa Mahaut de Artois, sobrina de su canciller, Thierry de Hirson.

ISABEL de Francia, reina de Inglaterra (1292-23 agosto 1358) Hija de Felipe IV

el Hermoso y de Juana de Champaña. Hermana de los reyes Luis X, Felipe y, y Carlos IV. Casó con Eduardo II de Inglaterra (1308). Se puso a la cabeza (1325), con Roger Mortimer, de la rebelión de los barones ingleses que condujo a la deposición de su marido. Apodada «la loba de Francia», gobernó de 1326 a 1328 en nombre de su hijo Eduardo III. Desterrada de la corte (1330), murió en el castillo de Hertford.

ISABEL de Francia (hacia 1311-después de 1345) Hija menor de Felipe V y de Juana de Borgoña. Prometida en junio de 1316 a Guigues, delfinito del Viennois, futuro Guigues VIII; casada el 17 de mayo de 1323.

JUAN XXII (Jacobo Duèze), papa (1244-diciembre 1334) Hijo de un burgués de Cahors. Cursó estudios en Cahors y Montpellier. Arcipreste de San Andrés de Cahors. Canónigo de Saint-Front de Périgueux y de Albi. Arcipreste de Sarlat. En 1289 marchó a Nápoles, donde devino rápidamente familiar del rey Carlos II de Anjou, que lo hizo secretario del consejo privado, luego su canciller. Obispo de Frejús (1300), después de Aviñón (1310). Secretario del concilio de Vienne (1311). Cardenal obispo de Porto (1312). Elegido papa en agosto de 1316, tomó el nombre de Juan XXII. Coronado en Lyon en septiembre de 1316. Muerto en Aviñón.

JUAN II de LA TOUR DU PIN, delfín del Viennois (hacia 1280-1319) Hijo de Humberto I de La Tour du Pin, delfín de Vienne, al cual sucedió en 1307. Casó con Beatriz de Hungría de la que tuvo dos hijos, Guigues y Humberto, últimos delfines de Vienne.

JUANA de Borgoña, condesa de Poitiers, luego reina de Francia (hacia 1293-21 enero 1330) Hija primera de Otón IV, conde palatino de Borgoña, y de Mahaut de Artois. Hermana de Blanca, esposa de Carlos de Francia, futuro Carlos IV. Casada en 1307 con Felipe de Poitiers, hijo segundo de Felipe el Hermoso. Convicta de complicidad en los adulterios de su hermana y de su cuñada (1314), fue encerrada en Dourdan, y liberada en 1315. Madre de tres hijas: Juana, Margarita e Isabel, que se casaron respectivamente con el duque de Borgoña, el conde de Flandes y el delfín de Vienne.

JUANA de Francia, duquesa de Borgoña (1308-1347) Hija primera de Felipe V y de Juana de Borgoña. Prometida en julio de 1316 a Eudes IV, duque de Borgoña;

casada en junio de 1318.

JUANA de Francia, reina de Navarra (hacia 1311-8 octubre 1349) Hija de Luis de Navarra, futuro Luis X el Turbulento y de Margarita de Borgoña. Supuesta bastarda. Excluida de la sucesión del trono de Francia, heredó el de Navarra. Casada (1318) con Felipe, conde de Evreux. Madre de Carlos el Malo, rey de Navarra, y de Blanca, segunda mujer de Felipe VI de Valois, rey de Francia.

JOINVILLE (Juan, señor de) (1224-24 diciembre 1317) Senescal hereditario de Champaña.

Acompañó a Luis IX en la séptima cruzada y estuvo cautivo juntamente con él. A los ochenta años escribió su Historia de San Luis que lo coloca entre los grandes cronistas.

JOINVILLE (Anseau o Ansel de) Hijo del anterior. Senescal hereditario de Champaña.

Miembro del Gran Consejo de Felipe V, y mariscal de Francia.

LA MADELAINE (Guillermo de) Preboste de París del 31 de marzo de 1316 a fin de agosto de 1316.

LONGIS (Guillermo de), llamado de Pérgamo (¿-abril 1319) Canciller del rey Carlos II de Sicilia. Creado cardenal por Celestino V el 18 de septiembre de 1294. Muerto en Aviñón.

LUIS X, el Turbulento, rey de Francia y de Navarra (octubre 1289-5 junio 1316) Hijo de Felipe IV el Hermoso y de Juana de Champaña. Hermano de los reyes Felipe V y Carlos IV, y de Isabel, reina de Inglaterra. Rey de Navarra (1307). Rey de Francia (1314). Casó (1305) con Margarita de Borgoña, de la que tuvo una hija, Juana, nacida hacia 1311. Después del escándalo de la torre de Nesle y de la muerte de Margarita, se casó (agosto 1315) con Clemencia de Hungría.

Coronado en Reims (agosto 1315). Muerto en Vincennes. Su hijo, Juan I el Póstumo, nació cinco meses después (noviembre 1316).

MANDAGOUT (Guillermo de) (¿-septiembre 1321) Obispo de Embrun (1295), luego de Aix (1311). Creado cardenal obispo de Palestina por Clemente V el 24 de diciembre de 1312.

MARGARITA de Borgoña, reina de Navarra, (hacia 1293 - 1315). Hija de Roberto II, duque de Borgoña, y de Agnes de Francia. Casada (1305) con Luis, rey de Navarra, primogénito de Felipe el Hermoso, futuro Luis X, del cual tuvo una hija, Juana. Convicta de adulterio (asunto de la torre de Nesle, 1314), fue encerrada en Château-Gaillard, donde murió asesinada.

MARIGNY (Enguerrando le Portier de) (hacia 1265-30 abril 1315). Nació en Lyons-la-Forêt.

Casado en Primeras nupcias con Juana de Saint-Martin, y en segundas con Alips de Mons.

Primeramente escudero del conde de Bouville, luego afecto a la casa de la reina Juana, esposa de Felipe el Hermoso, y sucesivamente alcaide del castillo de Issoudun (1298), chambelán (1304); caballero y conde de Longueville, intendente de las finanzas y de las construcciones, capitán del Louvre, coadjutor en el gobierno y rector del reino durante la última parte del reinado de Felipe el Hermoso. Tras la muerte de este último fue acusado de malversación, condenado y ahorcado en Montfaucon. Rehabilitado en 1317 por Felipe V y enterrado en la iglesia de los Cartujos, trasladado después a la colegiata de Ecois que él había fundado.

MARIGNY (Juan de) (¿-1350) El menor de los tres hermanos Marigny, canónigo de Notre-Dame; luego obispo de Beauvais (1312). Canciller (1329) lugarteniente del rey en Gascuña (1342).

Arzobispo de Ruan (1347).

MELLO (Guillermo de) (¿-hacia 1328) Señor de Epoisses y de Givry. Consejero del duque de Borgoña.

NOUVEL (Arnaldo) (¿-agosto 1317) Abad de la abadía cisterciense de Fontfroide (Aude).

Creado cardenal por Clemente V en 1310. Legado del papa en Inglaterra.

NOYERS (Miles IV de), señor de Vandoeuvre (¿-1350), Mariscal de Francia (1303-1315).

Consejero sucesivamente de Felipe V, Carlos IV y de Felipe VI, su actuación tuvo excepcional importancia bajo los tres reinados. Gran vinatero de Francia (1336).

ORSINI (Napoleón), llamado de los Ursinos (¿-marzo 1342) Creado cardenal por Nicolás IV el 16 de mayo de 1288.

PELAGRUE (Arnaldo de) (¿-agosto 1331) Arcediano de Chartres. Creado cardenal por Clemente V el 15 diciembre 1305.

PRATO (Nicolás Alberti de) (¿-abril 1321) Obispo de Espoleto, luego de Ostia (1303).

Creado cardenal por Benedicto XI el 18 de diciembre de 1303. Muerto en Aviñón.

PRESLES (Raúl I de) o de PRAYERES (¿-1331) Señor de Lizy-sur-Ourcq. Abogado.

Secretario de Felipe el Hermoso (1311). Encarcelado a la muerte de éste, y rehabilitado al fin del reinado de Luis X. Guardián del cónclave de Lyon en 1316. Ennoblecido por Felipe V, «caballero perseverante» de este rey y miembro de su consejo. Fundó el colegio de Presles.

SABOYA (Amadeo V, llamado el Grande, conde de) (1249-octubre 1323). Hijo segundo de Tomás II de Saboya, conde de Maurienne (muerto en 1259), y de su segunda mujer, Beatriz de Fiesque. Sucedió en 1283 a su tío Felipe, casó en primeras nupcias con Sibila de Baugé (muerta en 1294), se volvió a casar en 1304 con María de Brabante. En 1307 su hijo Eduardo casó con Blanca de Borgoña, hermana de Margarita y de Eudes IV.

SABOYA (Pedro de) (¿-1332) Arzobispo de Lyon (1308). Tuvo conflictos con Felipe el Hermoso, que lo encarceló en 1310. Consintió en la anexión de la región de Lyon a la corona en 1312 y fue repuesto en su sede arzobispal.

SAINT-POL (Guy de Châtillon, conde de) (¿-abril 1317) Hijo de Guy IV y de Mahaut de Brabante. Casó con María de Bretaña (1292) hija del duque Juan II y de Beatriz de Inglaterra. Gran vinatero (1296). Ejecutor testamentario de Luis X y miembro del consejo de regencia. Padre de Mahaut, tercera esposa de Carlos de Valois.

STEFANESCHI (Jacobo CAETANI de) (¿-junio 1341) Creado cardenal por Bonifacio VIII el 17 de diciembre de 1295.

SULLY (Enrique de) (¿-hacia 1336) Hijo de Enrique III, señor de Sully (muerto en 1285) y de Margarita de Beaunietz. Marido de Juana de Vendôme. Gran vinatero de Francia desde 1317.

TOLOMEI (Spinello) Jefe en Francia de la compañía sienesa de los Tolomei, fundada en el siglo XII por Tolomeo Tolomei y enriquecida rápidamente en el comercio internacional y por el control de las minas de plata en Toscana. Todavía existe en Siena un palacio Tolomei.

TRYE (Mateo de) Señor de Fontenay y de Plainville-en-Vexin. Gran panetero (1298). Luego chambelán de Luis X.

VALOIS (Carlos de) (12 marzo 1270-diciembre 1325). Hijo de Felipe III el Atrevido y de su primera mujer, Isabel de Aragón. Hermano de Felipe IV el Hermoso. Armado caballero a los catorce años. Investido del reino de Aragón por el legado del papa el mismo año, no llegó a ocupar el trono, y renunció al título en 1295. Conde usufructuario de Anjou, del Maine y del Perche (marzo 1290) por su primer matrimonio con Margarita Anjou-Sicilia; emperador titular de Constantinopla por su segundo matrimonio (enero 1301) con Catalina de Courtenay; fue creado conde de Romaña por el papa Bonifacio VIII. Casó en terceras nupcias (1308) con Mahaut de ChâtillonSaint-Pol. De sus tres matrimonios tuvo numerosos hijos; su primogénito fue Felipe VI, primer rey de la dinastía Valois.

Dirigió una campaña en Italia por cuenta del papa en 1301, mandó dos expediciones en Aquitania (1297 y 1324) y fue candidato al imperio de Alemania. Muerto en Nogent-le-Roi y enterrado en la iglesia de los Jacobinos de París.

Notas Históricas

1 Contaba alrededor de los setenta y cinco años cuando el senescal de Joinville emprendió su Historia de San Luis, a petición de la reina Juana de Navarra, mujer de Felipe el Hermoso, que quería tener un libro de «las santas palabras y de las buenas acciones» del rey cruzado. Su redacción ocupó a Joinville una decena de años. Muerta entre tanto la reina Juana, fue a su hijo, Luis de Navarra, futuro Luis X el Turbulento, a quien el autor dedicó su obra: «A su buen señor Luis, hijo del rey de Francia», y se la presentó como una miniatura de su tiempo. [Volver](#)

2 Tras de ser elegido papa en las extrañas circunstancias descritas en este volumen -que nosotros hemos novelado, pero en manera alguna inventado- Jacobo Duèze (Juan XXII) sostendría, hacia la mitad de su pontificado en diversos sermones y estudios, su tesis sobre la visión beatífica. [Volver](#)

3 Las principales ropas de seda usadas en los vestidos eran: el jamete, muy parecido a nuestro raso, el cendal y el camocán, semejantes a los tafetanes, y las ropas de oro o plata, pesados brocados con trama de seda. Entre las ropas de lana, se empleaban mucho los jaspeados, ropas tejidas de diversos colores, los rayados, y el camelin, es decir, ropa de pelo de camello o sus imitaciones, y sobre todo los escarlatas. Estos últimos eran las ropas más ricas y más apreciadas con las que se vestían en las ocasiones solemnes. Las mejores fábricas estaban en Flandes y en Inglaterra. La cochinilla, pequeño insecto que se encontraba en el Languedoc y se vendía disecado, era la materia colorante. Había varios matices de escarlata: roja, rosada, violeta y sanguina. [Volver](#)

4 La mayor parte de los autores fijan en veintitrés la cifra de cardenales asistentes al cónclave de 1314-1316. Nosotros la elevamos a veinticuatro. El partido de los «romanos» contaba seis italianos: Jaime Colonna, Pedro Colonna, Napoleón Orsini, Francisco Caetani, Jacobo Stefaneschi Caetani, Nicolás Alberti (o Albertini) de Prato; un angevino de Nápoles, Guillermo de Longis, y por fin un español, Lucas de Flisco (llamado a veces Fieschi), consanguíneo del rey de Aragón. Estos cardenales habían sido creados anteriormente al pontificado de Clemente V y a la instalación del papado en Aviñón; el capelo les había sido conferido entre 1278 y 1303, en los pontificados de Nicolás III, Nicolás IV, Celestino V, Bonifacio VIII y Benedicto XI. Los restantes cardenales habían sido creados por Clemente V. El partido llamado «provenzal»

comprendía a: Guillermo de Mandagout, Berenguer Fredol el mayor, Berenguer Fredol el menor, uno de Cahors, Jacobo Duèze y los normandos Nicolás de Fréauville y Miguel del Bec. Por último «los gascones», en número de diez, eran Arnaldo de Pelagruie, Arnaldo de Fougères, Arnaldo Nouvel, Arnaldo de Auch, Raimundo Guillermo de Farges, Bernardo de Garves, Guillermo Pedro Godin, Raimundo de Got, Vital del Four y Guillermo Teste. [Volver](#)

5 Hasta la mitad del siglo xii, la ciudad de Lyon estuvo en poder de los condes de Forez y de Roannez, bajo la soberanía puramente nominal del emperador de Alemania. A partir de 1173, habiendo reconocido el emperador al arzobispo de Lyon, primado de las Galias, los derechos soberanos, la región de Lyon quedó separada del Forez y el poder eclesiástico la gobernó con derecho a administrar justicia, acuñar moneda y hacer levas. Este régimen disgustó a la poderosa comuna de Lyon, compuesta únicamente de burgueses y mercaderes, quienes durante más de un siglo lucharon por emanciparse. Después de varias revueltas desafortunadas, apelaron al rey Felipe el Hermoso, que en 1292 puso a Lyon bajo su protección. Veinte años después, el 10 de abril de 1312, un tratado firmado entre la comuna, el arzobispo y el rey unió definitivamente Lyon al reino de Francia. A pesar de las reivindicaciones de Juan de Marigny, arzobispo de Sens, que controlaba la diócesis de París, el arzobispo de Lyon conservó el primado de las Galias, única prerrogativa que le quedó. Al final de la Edad Media, Lyon contaba con 24 taberneros, 32 barberos, 48 tejedores, 56 sastres, 44 pescadores, 36 carniceros y abaceros, 57 zapateros, 36 panaderos, 25 hosteleros, 15 orfebres, 20 palleros y 87 notarios. La ciudad era administrada por la «comuna», constituida por los burgueses comerciantes que nombraban, cada 21 de diciembre, 12 cónsules, siempre personas notables y elegidos entre las familias ricas; este cuerpo consular se llamaba el «sindical». La familia de los Varay, pañeros y cambistas, era una de las más antiguas y consideradas de Lyon. Treinta y uno de sus miembros llevaron el título de cónsules; algunos fueron reelegidos, uno de ellos hasta diez veces. Había ocho Varay entre los cincuenta ciudadanos que los de Lyon nombraron jefes, en 1285, para dirigir la lucha contra el arzobispo y obtener la anexión a Francia. [Volver](#)

6 La Iglesia romana no ha vendido nunca la absolució n, como frecuentemente han pretendido sus adversarios. Pero ha hecho pagar a los culpables, lo que es muy diferente, el precio de las bulas que les eran entregadas para atestiguar que habían recibido la absolució n de su falta.

Estas bulas eran necesarias cuando, habiendo sido público el delito o el crimen, era preciso probar que estaban absueltos, para ser admitidos de nuevo a los

sacramentos. El mismo principio se aplicaba en derecho civil en lo relativo a las cartas de gracia y de remisión concedidas por el rey; la entrega de estas cartas y su inscripción en los registros estaban sujetas a tasas. Esta costumbre se remontaba a la época de los francos, antes incluso de su conversión al cristianismo. Jacobo Duèze (Juan XXII) quiso, con el libro de tasas y la institución de la Sacra Penitenciaría, codificar y generalizar esta costumbre en la Iglesia, idea que saneó sus finanzas. No estaban obligados a estas bulas sólo los miembros del clero; igualmente había tasas previstas para los laicos. Las tarifas se calculaban en «dracmas», moneda que valía alrededor de seis libras. Así, el parricidio, el fratricidio o el asesinato de un pariente entre laicos estaba tasado entre cinco y siete dracmas, lo mismo que el incesto, la violación de una vírgen o el robo de objetos sagrados. El marido que pegaba a su mujer o la hacía abortar debía pagar seis dracmas, y siete si le había arrancado los cabellos. La multa más fuerte, que era de veintisiete dracmas, se aplicaba a la falsificación de las cartas apostólicas; es decir de la firma del papa. Las tasas subieron con el tiempo, paralelamente a la devaluación de la moneda.

Pero una vez más hemos de decir que no se trataba de la venta de la absolución; era un derecho de registro para proporcionar pruebas auténticas. Los innumerables panfletos dedicados a esta cuestión que circularon a partir de la Reforma, para desacreditar a la Iglesia romana, se basaron en esta confusión voluntaria. [Volver](#)

7 A los Padres Predicadores o dominicos se les llamaba también jacobinos debido a la iglesia de San Jacobo que les habían dado en París, alrededor de la cual instalaron su comunidad.

El convento de Lyon donde se celebró el cónclave de 1316 había sido edificado en 1236 sobre terrenos situados detrás de la casa de los Templarios. El conjunto conventual se extendía desde la actual plaza de los Jacobinos hasta la plaza Bellecour. [Volver](#)

8. Se olvida con frecuencia el carácter primitivamente electivo de la monarquía capetina, que precedió a su carácter hereditario, o al menos coexistió con él. A la muerte accidental del último carolingio, Luis V el Perezoso, desaparecido a los veinte años tras un reinado de meses, fue designado por elección Hugo Capeto, duque de Francia e hijo de Hugo el Grande. Hugo Capeto asoció inmediatamente al trono a su hijo Roberto II, haciéndolo elegir como su sucesor y consagrándolo el mismo año de su propia consagración. Así se hizo durante los reinados siguientes.

En cuanto el primogénito del rey era designado presunto heredero, los pares debían ratificar esta elección y el nuevo elegido era consagrado en vida de su padre. El primero que prescindió de la tradición de la elección previa fue Felipe Augusto.

No mostraba gran estima de las aptitudes de su hijo, y sin duda no tenía deseos de asociarlo a su gobierno. Luís VIII recibió la corona de Francia a la muerte de Felipe Augusto el 14 de julio de 1223, exactamente como hubiera recibido la herencia de un feudo. Aquel 14 de julio la monarquía francesa se hizo verdaderamente hereditaria.

9. Por regla general, en las genealogías se da el nombre de Luis al hijo de Felipe V, nacido en julio de 1316. Ahora bien, en las cuentas de Geoffroy de Fleury, tesorero de Felipe el Largo, que comenzó la redacción de sus libros aquel año, exactamente el 12 de julio, al tomar posesión de su cargo, se designa al niño con el nombre de Felipe. Otros genealogistas mencionan dos hijos, uno de ellos nacido en 1315, concebido por lo tanto durante el encierro de Juana de Borgoña en Dourdan; esto parece increíble, sabiendo los esfuerzos que hizo Mahaut para reconciliar a su hija con su yerno. El niño fruto de esta reconciliación recibió probablemente, como era costumbre, dos nombres al menos de los habituales de la familia.

10. La toma del poder por parte de Blanca de Castilla no se realizó, por otra parte, sin dificultades. Aunque designada por un acto de Luis VIII, su marido, como tutora y regente, Blanca de Castilla tropezó con la violenta hostilidad de los grandes vasallos.

«Está Francia bien perdida, altos barones, oíd, con mujer en la bailía», escribió Hugo de la Ferté.

Pero Blanca de Castilla era mujer de temple muy distinto al de Clemencia de Hungría.

Además era reina desde hacía diez años y había dado a luz doce hijos. Salió triunfante gracias al apoyo del conde Thibaud de Champaña, a quien señalaban como su amante.

11. Se comprueba una impresionante similitud entre la locura de Roberto de Clermont y la del rey Carlos VI, su resobrino por partida doble, en la quinta generación masculina y en la cuarta femenina. En los dos casos la demencia se produce por el golpe de un arma, con traumatismo craneal en Clermont y sin traumatismo en Carlos VI, pero que en ambos originó una manía furiosa: los mismos períodos de crisis frenéticas, seguidos de largas remisiones en las que observaban un comportamiento normal en apariencia; el mismo gusto obsesivo por los torneos, que no se podía impedir que organizaran, y a los que se presentaban a veces en estado de delirio. A pesar de su peligrosa demencia, Clermont tenía autorización para cazar en el patrimonio real. Hasta se presentó en el ejército de Felipe el Hermoso durante una

de las campañas de Flandes; lo mismo que Carlos VI, loco desde hacía veinte años, asistió al asedio de Bourges y a los combates contra el duque de Berry.

12. Gritos reglamentarios que señalaban el comienzo del torneo.

[13](#) Los juguetes y juegos infantiles prácticamente no han variado desde la Edad Media.

Había ya pelotas y balones hechos de cuero o de trapo, aros, trompos, muñecas, caballos de madera y tejos. Se jugaba a la gallina ciega, al marro, al escondite, a la cabrilla y a los títeres. Los niños de las familias ricas tenían también imitaciones de los armamentos, hechos a su medida: yelmos de hierro ligero, cotas de mallas, espadas sin filo; antecedentes de las modernas panoplias de general o de caballista.

[Volver](#)

[14](#) La última hija de Agnes de Borgoña, Juana, casada con Felipe de Valois, futuro Felipe VI, era coja, como su primo hermano Luis I de Borbón, hijo de Roberto de Clermont. La cojera existía igualmente en la rama colateral de los Anjou, ya que el rey Carlos II, abuelo de Clemencia de Hungría, tenía el apodo de el Cojo. Según una tradición, recogida por Federico Mistral en Islas de Oro, cuando el embajador del rey de Francia, por lo tanto el conde de Bouville, fue a pedir en matrimonio a Clemencia en nombre de su señor, exigió que la princesa se desnudara ante él, para asegurarse de que tenía las piernas rectas. [Volver](#)

[15](#) La broigne era un vestido de piel, de tela o de terciopelo sobre la cual se cosían pequeñas mallas de hierro, lo cual reemplazó a la cota de malla propiamente dicha. Para reforzarla comenzaron a poner bajo esta broigne unos elementos llamados «plates» -de donde el nombre de armadura de plates- los cuales eran unos trozos de metal plano, forjados a la forma del cuerpo y articulados al modo de la cola de los cangrejos. [Volver](#)

16. Mahaut redactó un minucioso informe de los robos y destrozos cometidos en su castillo de Hesdin, informe que comprendía no menos de ciento veintinueve artículos. Promovió un proceso en el Parlamento de París para obtener una indemnización, que le fue concedida por sentencia del 9 de mayo de 1321.

[17](#) Se decía «tuerto» por «miope». A Felipe V lo llamaron el Largo, el Grande o el Tuerto. [Volver](#)

[18](#) Se acostumbraba entonces, en las familias reales y principescas, dar a los hijos varios padrinos y madrinas, a veces hasta ocho. Así, Carlos de Valois y Gaucher de Châtillon fueron padrinos de Carlos de La Marche, hijo tercero de Felipe el Hermoso. Mahaut fue madrina de este príncipe, como lo era de otros muchos hijos de su familia. Su designación para que llevara a la pila bautismal al hijo póstumo de Luis X no podía, pues, sorprender a nadie; por lo contrario, el no designarla hubiera parecido indicar que estaba en desgracia. [Volver](#)

[19](#) En aquella época, el bautismo se celebraba siempre el día siguiente al nacimiento. La ablución por inmersión completa en agua fría se practicó hasta comienzos del siglo XIV. Un sínodo celebrado en Rávena en 1313 decidió, por primera vez, que el bautismo podía administrarse igualmente por aspersión, si había penuria de agua bendita o si se temía que la inmersión completa pudiera perjudicar la salud del niño. Sin embargo, la práctica de la inmersión no desapareció hasta el siglo XV. [Volver](#)

[20](#) Cuando un recién nacido presentaba síntomas de enfermedad, no le hacían tomar las medicinas a él sino a su nodriza. [Volver](#)

[21](#) Los chevaliers poursuivants (caballeros perseverantes), creación de Felipe V a principio de su reinado, eran nombrados por el rey para acompañarlo y aconsejarle; debían estar junto a él en todos sus desplazamientos, pero no todos a la vez. Se encuentran entre ellos parientes próximos del rey como el conde de Valois, el conde de Evreux, el conde de La Marche y el conde de Clermont; grandes señores como los condes de Forez, de Boulogne, de Savoye, de Saint-Pol, de Sully, de Harcourt y de Comminges; grandes oficiales de la corona como el condestable, los mariscales, el jefe de los ballesteros, y otros personajes, miembros del Consejo secreto o del «consejo que gobierna», legistas, administradores del Tesoro, burgueses ennoblecidos y amigos personales del rey. Entre ellos hay que hacer notar los nombres de Miles de Noyers, Giraud Guette, Guy Fíorent, Guillermo Flotte, Guillermo Courteheuse, Martin des Essarts y Anseau de Joinville. Estos caballeros fueron una anticipación de los gentileshombres de cámara instituidos por Enrique III, los cuales subsistieron

hasta Carlos X. [Volver](#)

22. La súbita prodigalidad de la reina Clemencia a raíz de su trágico alumbramiento, que parece síntoma de un trastorno mental, se fue acentuando rápidamente. El papa Juan XXII, que había protegido siempre a Clemencia por ser princesa de Anjou, se vio obligado desde el mayo siguiente a escribir a la joven viuda aconsejándole que viviera oscura, casta y humildemente; que fuera sobria en la mesa, modesta tanto en sus palabras como en sus vestidos, y que no saliera siempre en compañía de jóvenes. Al mismo tiempo escribió a Felipe V para fijar la viudedad de Clemencia, asunto que tuvo sus dificultades. El papa escribió varias veces más a Clemencia exhortándola a reducir sus excesivos gastos y rogándole que arreglara sus deudas, en particular con los Bardi de Florencia. Finalmente, en 1318, Clemencia tuvo que retirarse por unos años al convento de Santa María de Nazaret, cerca de Aix-en-Provence. Pero antes de entrar, la obligaron, para satisfacer las exigencias de sus acreedores, a depositar en garantía todas sus joyas.

[23](#) Se llamaban bolsas de cul-de-vilain unas muy anchas de cuerpo y estrechas de cuello.

Las hacían primorosamente decoradas y los señores llevaban en ellas frecuentemente su sello además del dinero. [Volver](#)

[24](#) Se entendía por robe en su acepción de ajuar, un equipo completo, compuesto de varias piezas llamadas «garnements» todas de la misma tela. La robe de ceremonia comprendía: dos sobrecotas, una abierta y otra cerrada, una gualdrapa, una garnacha, una caperuza y un manto de lujo. [Volver](#)

[25](#) Después de la elección de Hugo Capeto, los seis más altos señores del reino, tres duques y tres condes, designados para colocar la corona al elegido en su consagración, fueron los duques de Borgoña, Normandía y de Guyena y los condes de Champaña, de Flandes y de Tolosa.

Eran considerados como pares del rey, es decir iguales a él. Paralelamente había seis pares eclesiásticos, de los cuales tres eran duques-obispos y tres condes-obispos. [Volver](#)

[26](#) Cinco siglos más tarde, en su discurso del 21 de marzo de 1817 ante la Cámara

de los pares, relativo a una ley de finanzas, Chateaubriand se apoyó en esta ordenanza de Felipe el Largo promulgada en 1318, por la cual el patrimonio de la corona había sido declarado inalienable. [Volver](#)

Notas

[a](#) Jasón: Héroe griego que se cita como sinónimo de aventurero feliz, jefe de los argonautas, con los cuales fue a la cólquida, a la conquista del vellocino de oro. (Nota del traductor.) [Volver](#)

[b](#) Cada seis metros, aproximadamente. [Volver](#)

[c](#) Recibe esta espada con la bendición de Dios... [Volver](#)

[d](#) ¡Que Dios te corone! [Volver](#)

[e](#) ¡Viva el rey para siempre! [Volver](#)